B. LYTTON

IONE

IONE

I

ALARCON

21/2056
V. 1

DIONE

ÚLTIMOS DIAS DE POMPEYA

TOMO I

Al Sr. D. Leandro Albareda

Recuerdo de su a

C. Barallat y Falguera

R 99257

BIBLIOTECA VERDAGUER

DIONEA

ÚLTIMOS DIAS DE POMPEYA

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA EN INGLÉS POR

EDUARDO BULWER LITTON

VERSIÓN ESPAÑOLA POR

C. BARALLAT Y FALGUERA

CON DIBUJOS DE

APELES MESTRES

FOTOGRABADOS DE C. VERDAGUER

TOMO I

BARCELONA

C. VERDAGUER, IMPRESOR-EDITOR

CALLES DE LLULL Y CERDEÑA, (ENSANCHE)

1883

Queda hecho el depósito que previene la ley para los efectos de propiedad.

Tipo-litografia de Celestino Verdaguer.

PRÓLOGO

El día noveno para las calendas de setiembre del año 832 de la era romana, ó sea el 24 de agosto del año 79 de nuestra era, tuvo lugar la erupción del Vesuvio que sepultó á la ciudad de Pompeya junto con Herculano, Retina, Estabias y Oplonte.

En febrero del año 63, según nos dice Séneca, hubo temblor de tierra en la Campania, y en el año 64 repitióse estando Nerón en el teatro de Neápolis, de lo cual tenemos noticia por el testimonio de Tácito. A la grande erupción del año 79 precedieron varios terremotos de menos importancia como lo indica Plinio el joven en una de sus letras á Tácito. Era aquel año el primero del imperio de Tito, hijo y sucesor de Vespasiano.

En 1684 abriendo un pozo en Pórtici se topó con las ruínas de Herculano.

En 1748 un labrador trazando un sulco en el sitio que lla-

maban la Civitá *descubrió una estatua de bronce y aquello fué la señal para el desenterramiento de Pompeya.*

La novela de Bulwer Litton que fué publicada en 1834 había sido escrita en Nápoles durante el invierno de 1832. Propúsose el autor por medio de la imaginación poética y de la erudición histórica poblar aquella ciudad desenterrada, reanimar aquellas interesantísimas ruinas, crear una segunda vida para aquella población á la que Walter Scott cuando fué á visitarla junto con Guillermo Gell había dado el nombre de Ciudad de los muertos.

Antes y después de Bulwer Lytton se ha investigado y se ha escrito mucho sobre Pompeya. El mérito de su novela no ha desmerecido á pesar de esto, y bien puede recordarse lo que decía el autor en su edición de 1850, es á saber, que la severa y profundísima crítica de los alemanes no encontraba objeción grave que oponer á la manera general como están tratados en este libro los usos y costumbres del pueblo pompeyano.

Por esta razón le hemos concedido un sitio en nuestra Biblioteca *puesto que ha continuado siendo un tema y un estímulo para los arqueólogos y puede servir de introducción á mayores y más completas investigaciones para quien mediante su lectura llegue á interesarse en el conocimiento del mundo antiguo. Esto aparte de que su valor literario se halla generalmente reconocido, y es una obra poco divulgada en nuestra España donde muchos han debido enterarse de ella por medio de infidelísimas y mutiladas versiones francesas en las cuales falta nada menos que la cuarta parte del texto.*

La destrucción de Pompeya será en todo tiempo un caso de

grandísimo interés para el historiador y para el literato. Hechas todas las concesiones que la novela histórica requiere creemos que el trabajo inspirado á Bulwer Lytton por aquella catástrofe será leído con la misma curiosidad que suele concederse á la lectura de Ivanhoe, *del* Monasterio *ó de* Ricardo en Palestina.

Para guiar al lector en puntos de topografía pompeyana será muy útil cuando menos consultar la obra de Ernesto Breton que lleva por título: Pompeya descrita y dibujada. *Por nuestra parte hemos procurado adaptar á la época actual el texto de Bulwer Lytton y damos algunas aclaraciones del mismo por medio de notas explicativas. Hemos cercenado resueltamente en algunos capítulos lo que hoy aparecería inoportuno y ageno á la novela y hemos condensado lo que en nuestro idioma pecaría de difuso, conservando empero todo lo sustancial y dando relieve á la intención semiclásica del estilo. En cuanto al saborcillo de sentimentalismo propio de la época en que fué escrita la obra lo hemos suavizado cuanto ha sido posible sin falsear los conceptos ni destruir el fondo de los movimientos afectivos.*

C. B. Y F.

Barcelona, Abril de 1883.

LIBRO I
CAVE CANEM

CAPÍTULO PRIMERO.

Dos elegantes en Pompeya. — Conversación introductoria de Claudio con el ricacho Diomedes. — Glauco el ateniense y su carrocín.

¡Ola Diomedes! ¡Feliz encuentro! ¿Cenas hoy en casa de Glauco?

Esto decía un jóven de baja estatura cuya túnica, lacia y afeminada en los pliegues, daba manifiestos indicios de la nobleza y presunción de su dueño.

—No por cierto, querido Claudio, respondióle Diomedes, que era un hombre bastante rollizo y de edad madura. No ceno en casa de Glauco, porque, la verdad que diga, no se ha dignado convidarme, y juro por Pólux que me ha jugado con esto una mala partida, pues dicen que no hay cenas en Pompeya como las suyas.

—Bien está eso, dijo el otro, pero en tales cenas no sobra nunca el vino, á lo menos para mi gusto. Glauco asegura que el mucho vino le pone turbia la cabeza á la mañana siguiente, de lo cual infiero que no debe circular por sus venas la antigua sangre griega.

—Puede haber otra razón para explicar su tacañería, replicó Diomedes arqueando las cejas. A pesar de sus fantasías y extravagancias presumo que no es oro todo lo que reluce y por lo visto prefiere ahorrar de sus ánforas antes que de su facundia.

—Esto es una razón de más, dijo Claudio, para cenar en su casa en tanto que le duran los sextercios, y el año que viene haremos por buscar otro que nos convide.

—Oigo decir, añadió Diomedes, que el tal Glauco está loco por los dados.

—Loco por los placeres de toda clase, contestó Claudio. Y puesto que ahora tiene la humorada de dar convites justo es que por él nos volvamos también locos.

—¡Oh qué bien dicho está eso, Claudio! exclamó Diomedes. Pero dime ¿no has visto tú nunca mis bodegas?

—No por cierto, buen Diomedes, dijo Claudio.

—Pues entonces, repuso el interlocutor, te convido á que cenes conmigo uno de estos días. Tengo lampreas en mi vivero que están diciendo comedme, y convidaremos á Pansa el edil, á que nos haga compañía.

—Bien está, contestó Claudio, ¡pero nada de ostentaciones para conmigo! *Aborrezco el fausto de los persas*, como dijo el poeta; conténtome con poca cosa. Mas veo que está avanzando el día y tengo que ir á los baños. ¿Y tú?

—Yo, replicó Diomedes, voy á la cuestura por un negocio con el Estado y después al templo de Isis. ¡Buena suerte!

—¡Necio, infatuado, falto de modales! dijo Claudio entre dientes, alejándose del sitio donde se habían detenido. Pues, ¿no cree con hablar de sus festines y de sus

bodegas que hemos de echar en olvido la condición de su padre que fué un liberto? Probaremos de olvidarlo cuando le honremos ganándole su caudal á lento juego. Estos plebeyos enriquecidos sirven á lo menos de cosecha para nosotros los nobles garbosos.

De esta suerte, conversando consigo mismo, llegó Claudio á la vía Domiciana llena de transeuntes y de carricoches, alegre, animada, movediza y retozona como lo están hoy día las calles de Nápoles. Resonaban bulliciosamente al oído los cencerros de los carruajes en tanto que cruzaban en direcciones opuestas, y Claudio con amables sonrisas é inclinaciones de cabeza demostraba conocer familiarmente á los dueños de los trenes más elegantes y caprichosos, pues, la verdad sea dicha, entre los haraganes de Pompeya era el más conocido de todos.

Pasaba en carruaje fastuoso y elegante un joven que al divisar á Claudio, llamóle al momento por su nombre.

—¡Ola, Claudio! dijo el del carrocín con voz agradable y melódica, ¿has dormido ya sobre tu buena fortuna?

Era de ver aquel carruaje de moda hecho de bronce y grabado en la parte externa con escenas de los juegos olímpicos diseñadas con todo el primor del arte griego; y eran de ver también los dos caballos que lo arrastraban pertenecientes á la casta más rara de los caballos parthos, ligerísimos de piernas, que parecían hendir el aire y desdeñar el suelo, pero atentos á la menor indicación del cochero que iba al lado del joven dueño del carruaje, el cual mediante su voluntad les ponía al paso ó los dejaba inmóviles como una piedra; parados, pero vivientes, como animadísima escultura de Praxiteles.

El joven presentaba en su aspecto aquella regularidad calmosa que sirvió de modelo á los escultores atenienses, y demostraba su origen griego en lo correcto de su fisonomía y en los rubicundos y poblados rizos de su frente. No llevaba toga porque en los tiempos del imperio había caído en desuso entre los romanos y era ridiculizada par-

ticularmente por los que pretendían vestir según la moda, pero llevaba una túnica hermoseada con los encendidos tintes de Tyro, y las fíbulas ó hebillas que la sujetaban estaban adornadas con relucientes esmeraldas. Llevaba en el cuello una cadena de oro terminada en el centro sobre el pecho por una cabeza de serpiente en cuya boca pendía un sello anular de esquisito trabajo. Las mangas de la túnica eran holgadas y ribeteadas de oro, y el cinturón, festoneado con primorosa labor y hecho con la misma tela de las franjas, servíale en defecto de faltriqueras para guardar el pañuelo, la bolsa, las tablillas y el estilo.

—¡Querido Glauco! exclamó Claudio ¡Cuánto me alegro de ver que las pérdidas no han alterado tu semblante! Pareces radiante como inspirado por el mismo Apolo, y brilla en tu rostro la felicidad mas completa. No se diría sino que eres tú quien ha llevado la ganancia y que soy yo quien ha sufrido la pérdida.

—¿Y que hay en todo esto de ganar ó perder insípidas piezas de metal que deba cambiar nuestro ánimo, Claudio mio? dijo Glauco. Por Venus, en tanto que somos jóvenes y podemos ceñir con guirnaldas nuestra poblada cabellera, en tanto que podemos oir con gusto los sonidos de la cítara, en tanto que la sonrisa de Lydia ó de Chloe enciende la sangre que corre ardorosa en nuestras venas, lo que hay que hacer es deleitarse con el aire y con el sol, y obligar al mal tiempo á que sea tesorero de nuestros goces. Con que ya lo sabes: esta tarde cenas conmigo.

—¿Quien ha olvidado jamás un convite de Glauco? dijo Claudio.

—Pues ahora ¿á dónde vas? preguntó éste.

—A los baños, contestó Claudio, pero tengo todavía una hora de tiempo.

—Si es así, repuso Glauco, voy á dejar el carrocín y pasearemos juntos.

Y en esto bajó y se puso al lado de Claudio y acarició el caballo que estaba en aquella parte, y mientras el caballo

relinchaba suavemente y amusgaba las orejas como agradeciendo la caricia, decía Glauco:

— Vaya, vaya, famoso Filias, hoy es día de fiesta para tí. ¿Verdad, Claudio, que es un precioso caballo?

— Digno de Febo, contestó el noble parásito, ó séase (no alterando el concepto) ¡digno de Glauco!

CAPÍTULO II.

La florista cieguecita. — La damisela de moda. — El secreto de un corazón helénico. — El egipcio Arbaces en la playa.

Hablando ligeramente de fruslerías, paseábanse por la calle los dos jóvenes, que acertaban entonces á encontrarse en el barrio de las tiendas más vistosas en cuyo interior desde la parte de afuera se divisaba la ostentación y el lujo, particularmente el de los armónicos colores pintados al fresco que presentaban interminable variedad de imágenes y temas decorativos.

Las límpidas fuentecillas que multiplicadamente lanzaban al aire graciosos chorros para templar los ardores del verano; la muchedumbre de los ociosos paseantes, cubiertos casi todos con la púrpura de Tyro; los joviales grupos que se formaban enfrente de las tiendas más favorecidas; los siervos andando de aquí para allá con vasijas de bronce de formas esbeltas; las jóvenes campesi-

nas estacionadas unas cerca de otras con cestas llenas de colorados frutos ó de flores más apreciadas por los antiguos italianos que por los de nuestro tiempo (porque estos al parecer ven siempre la sierpecilla debajo de la yerba, y creen espiar una desgracia en cada rosa y en cada violeta), los diferentes puntos de cita que servían al desocupado pompeyano para lo que sirven hoy los cafés y los casinos; las ánforas de vino y aceite puestas en hilera sobre anaqueles de mármol; los toldos purpurinos que protegían contra el calor del sol los umbrales de las tiendas de bebida, convidando al cansado con el descanso y al indolente con los recreos de la pereza; todo esto formaba un cuadro tan viváz y alegre, que bien podía disculparse la imaginación ática de Glauco, si viviendo en tal ciudad y con tales costumbres encontrábase siempre dispuesto para saborear el goce de los sentidos.

— No me hables más de Roma, díjole á Claudio. Los placeres son tan majestuosos y pesados entre aquellos paredones, que aun en los sitios más cortesanos, aun en la casa dorada de Nerón ó en las comenzadas magnificencias del palacio de Tito, se observa una cierta estupidéz en el lujo. La mirada se cansa y el espíritu se entontece, y además de esto, Claudio mío, allí se despierta la desazón comparando tanta riqueza y brillo con la medianía de nuestro estado. Aquí por el contrario, podemos entregarnos al goce sin esfuerzo alguno, y tenemos lujo y brillantéz exentos de pomposidad y libres por consiguiente de fatiga.

— ¿Fueron estas razones las que movieron tu ánimo cuando escogiste á Pompeya por residencia veraniega? preguntó Claudio.

— Estas fueron, dijo Glauco. Y vivo aquí con mejor gusto que en Bayas. Bien aprecio las delicias de semejante sitio, pero me aburren los pedantes que por allá suelen encontrarse, y que al parecer miden y avaloran las distracciones á tanto el dracma.

— Mucho te complacen sin embargo los eruditos, repuso Claudio, y en cuanto al amor que sientes hacia la poesía, bien claramente lo pregonan las pinturas de tu casa donde admiramos á Esquilo y Homero; al género dramático y á la epopeya.

— Así es por cierto, contestó Glauco, pero los romanos de hoy que remedan á mis antepasados atenienses lo hacen todo con pesadéz. Cuando emprenden una cacería mandan á los siervos que lleven consigo las obras de Platón, y mientras se les escapa el jabalí toman los libros y el papiro para no perder tiempo. Cuando las bailarinas se balancean delante de sus ojos con toda la cadencia del arte pérsico, algún liberto zángano con rostro que parece estátua de piedra, se pone á leer delante de ellos un capítulo del libro de los Deberes escrito por Cicerón. ¡Necios boticarios que mezclan el estudio con los regocijos ignorando que ambas drogas recrean por separado y unidas empalagan! Por esta afectación de mal gusto, los romanos echan á perder entrambas cosas y prueban que no está cultivado su espíritu para una ni para otra. ¡Oh, Claudio mío, y que poco saben tus compatricios del bello y amable carácter de Péricles, ó de la conversación fácil y encantadora de Aspasia! Visité el otro día á Plinio y le encontré en su quinta escribiendo mientras un pobre siervo estaba tocando la flauta. Entre tanto su sobrino (asegúrote á fe mía que me aburren tales filosofastros) estaba leyendo en Tucidides la descripción de la peste, y moviendo su caprichosa cabezuela al compás de la música mientras recitaban sus labios los repugnantes detalles de aquel terrible estrago. El pisaverde por lo visto no encontraba disonancia alguna entre la amorosa melodía y la explicación de la epidemia.

— Pues amor y enfermedad son frecuentemente una misma cosa, dijo Claudio.

— Esto le dije yo para escusar su petulancia, continuó Glauco, pero mi hombre me clavó fijamente la mirada

sin entender de chanzas, y me dijo que la música era solamente un recreo material del oído, mientras que la lectura del libro era lo que levantaba el corazón. ¡Bueno está eso de levantar el corazón con los horrores de la peste! ¡Ah! exclamó el rechoncho tío dando un fuerte resoplido, mi sobrino es un ateniense cabal y por esto combina siempre lo útil con lo dulce. ¡Oh, Minerva, y cuanto me reí para mis adentros! Mientras yo estaba con ellos vinieron á decirle al jovenzuelo sofista, que su liberto favorito había muerto de la fiebre. ¡Inexorable muerte! exclamó al instante. ¡Dadme las poesías de Horacio! ¡Qué suavemente consuela el dulce poeta en tales desgracias!... Pero, dime Claudio, ¿esta clase de hombres pueden sentir algún afecto? Yo creo que no, y que ni siquiera existe para ellos el atractivo de los sentidos. ¡Cuán raramente se encuentra un romano que tenga corazón! Todos parecen talentos de mecánica sin osamenta ni encarnadura.

Claudio estaba un poco desconcertado al oír semejante crítica de sus compatricios, pero fingía simpatizar con los conceptos de su amigo, en parte por no perder sus buenas costumbres de parásito, y en parte porque estaba realmente de moda entre los jóvenes acicalados de Roma, el desdeñar su origen itálico (del cual en realidad procedía su orgullo) y el dedicarse á imitar á los griegos, aun á costa de burlarse de sí mismos cuando la imitación salía záfia.

Prosiguiendo el diálogo los dos amigos, halláronse detenidos en su paseo por numeroso gentío en la encrucijada de tres calles; y en el punto donde caía la sombra de un elegante y gracioso templo vieron á una muchacha que, llevando una cestita de flores en el brazo derecho y un pequeño instrumento músico de tres cuerdas en la mano izquierda, modulaba con bajo y suave acompañamiento una cantilena extraña y semisalvaje. A cada pausa del canto pasaba graciosamense la cestita ante el corro de los

ociosos pidiéndoles, en cambio de flores, algunos sextercios, que no dejaban de llover ciertamente en la cesta, ya por el solaz de la agradable música, ya por compasión hacia la cantadora que era ciega.

Paróse Glauco, y díjole á su compañero:

— He aquí á mi pobre tesaliana á quien no había vuelto á ver después de mi regreso á Pompeya. ¡Dulcísimo es el timbre de su voz! Prestemos atención á su canto.

CANTO DE LA CIEGUECITA FLORISTA.

I.

Comprad mis flores, — oid mi ruego,
Para vosotros — yo las cogí;
La cieguecita — viene de lejos
Trayendo encantos — de su jardín.

Bella es la tierra, — me dicen todos,
Bella es la rosa — y el alelí,
No es perdurable — lo que es hermoso
Pero es muy grato — suave matiz.

Cogí el capullo — de los varales;
Bien dormiditas — las sorprendí;
No hace una hora — corté sus tallos;
Ornad con ellas — vuestro festín.

Perlas del aura — rocío y llanto
Veréis mezclados — con el sonrís
Junto á los bordes — de la corola
Que el tierno Céfiro — besó gentil.

II.

De luz un mundo — tenéis vosotros,
Tan solo sombras — hay para mí;
Mi casa es triste, — comprad mis flores,
Y por vosotros — podré vivir.

Me hallo en el reino — de los suspiros,
Me hallo sin goce, — soy infeliz,
Tiendo los brazos — en el vacío,
No sé cual sea — mi porvenir.

Mis flores hablan — y me consuelan:
Ven cieguecita, — dice el jazmín,
Ven cieguecita, — dice la rosa,
Tu aliento dame — y amor gentil.

Comprad mis flores, — oid mi ruego,
Para vosotros — yo las cogí;
La cieguecita — viene de lejos,
Trayendo encantos — de su jardín.

— Dame este ramito de violetas ¡oh dulce Nydia! exclamó Glauco. Precioso hoy más que nunca es el timbre de tu garganta.

Y esto diciendo, apartó á los que estaban delante de él y echó en la cesta algunos sextercios.

Paróse la niña conturbada al oír la voz del ateniense, pero pudo reponerse al instante aun cuando el más vivo carmín había encendido sus mejillas y su cuello y su frente.

— ¿Con qué estás de vuelta? dijo á media voz. Y luego añadió como para sí misma: ¡Glauco está de vuelta!

— Así es, niña mía, dijo Glauco. Hace pocos días que he regresado á Pompeya y te espero mañana en mi jardín, pues debes cuidarle como antes. Acuérdate de que en casa no ha de entretejerse una sola guirnalda como no sea por mano de la hermosa Nydia.

Sonrió gozosamente Nydia pero no contestó palabra, y en tanto Glauco puso en su pecho el ramito de violetas y alejóse con jovialidad y desembarazo.

—¿Vas á ser el patrono de esta niña? preguntó Claudio.

—Ciertamente, contestó Glauco, puesto que entona maravillando el oído. Me interesa la joven sierva por lo que vale, y además por ser hija de la montaña de los dioses. La sombra del Olimpo cobijó su cuna. De la Tesalia proviene.

—Tesalia es el país de las magas, dijo Claudio.

—Es verdad, repuso Glauco, pero todas las mujeres, según yo pienso, son magas; y ¡por Venus! debe tener diseminado el aire de Pompeya un filtro amoroso, puesto que no hay aquí una carita femenina que no me vuelva loco.

—Mira, ahí tienes una de las mejorcitas de Pompeya, ahí tienes á la rica Iulia, hija del machucho Diomedes; dijo entonces Claudio.

Acercábase en efecto, dirigiéndose á los baños, una joven, cubierto el rostro con el velo y acompañada por dos servidoras.

—Saludámoste, hermosa Iulia, le dijo Claudio al encontrarse con ella.

Iulia levantó con gracia una punta del velo dejando ver su correcto perfil romano, sus negros y chispeantes ojos, y su mejilla naturalmente aceitunada pero hermoseada por el arte con bello y delicado tinte de rosa.

—¡Y Glauco también! ¡está de vuelta! exclamó.

Y fijando intencionalmente la ardorosa mirada en el ateniense, añadió con voz más tierna:

—¿Ha olvidado á sus amigos del año pasado?

—Hermosísima Iulia, dijo Glauco, aun el mismo Letéo si desaparece en las entrañas de la tierra es para brotar en otro sitio; Diu Piter no suele permitirnos olvidar más que por un momento; pero Venus, más rígida en este punto, no permite ni un instante de olvido.

—¡No se halla jamás Glauco escaso de bellas palabras! replicó ella.

— ¿Qué tiene eso de raro, dijo él, cuando el objeto que las motiva es tan hermoso?

— Espero que os veremos pronto á los dos en la quinta de mi padre, dijo Iulia dirigiéndose á Claudio.

— Y marcaremos el día de la visita con piedra blanca, contestó el fullero.

Iulia dejó caer el velo pausadamente dando la última mirada al ateniense, con timidez afectada, y en realidad con osadía, expresando á la vez ternura y reproche.

Siguieron su camino los dos amigos, y dijo Glauco:

— ¡En verdad que es hermosa Iulia!

— En tono más ardiente lo hubieras dicho el año pasado, repuso el otro.

— Así es por cierto, añadió Glauco, puesto que me deslumbró á primera vista una joya que bien mirada viene á ser una imitación de artificio.

— Todas las mujeres son lo mismo en el fondo, dijo Claudio. ¡Dichoso quien alcanza un buen palmito y una rica dote! ¿Qué otra cosa mejor podría desearse?

Glauco, al oír estas palabras, no contestó cosa alguna como si le pareciesen demasiado frívolas para el estado de su ánimo.

Hallábanse entonces en una calle menos concurrida que las otras, á cuyo extremo se divisaba el ancho y plácido mar que en aquellas deliciosas costas parece haber renunciado á la potestad de amedrentar á los hombres: ¡tan flojamente soplan en la ensenada las rizadoras brisas; tan variados y suaves son los tonos que toma el agua de las rosadas nubes; tan fragantes son los aromas que el vientecillo de tierra difunde sobre la dilatada superficie! ¡De aquel mar podemos figurarnos que nació Afrodite para conquistar el imperio del mundo!

— Temprano es todavía para el baño, exclamó el griego sujeto siempre á los impulsos poéticos. Dejemos la ciudad y el gentío que por ahí circula, y vamos á ver el agua mientras el mediodía está rielando sobre las olas.

— De buena gana, dijo Claudio, tanto más cuanto que la bahía suele ser el sitio más concurrido de Pompeya.

Era Pompeya en aquel entonces un cuadro reducido de la civilización de su época, y en el estrecho círculo de sus murallas, contenía una muestra de todos los adelantos del lujo. Pequeñas, pero bellísimas tiendecitas; palacios en miniatura; baños, foro, teatros y redondel; corrupción y vigor, delicadeza y vicio en las costumbres, todo contribuía á presentar allí un modelo de los tiempos imperiales. Era una chuchería, un juguete, un teatrito de muñecos donde los dioses parecían complacerse en guardar la representación de la gran monarquía terrestre, para ocultarla después por mucho tiempo y ofrecerla más tarde á la admiración de la posteridad, en comprobación de aquel proverbio según el cual debajo del sol no existe cosa nueva.

En la cristalina bahía estaban los bajeles de comercio, y las doradas góndolas destinadas al recreo de los favorecidos por la fortuna. Las barcas de pescadores se deslizaban rápidamente acercándose á la playa ó alejándose de ella, y á distancia se veían los altos mástiles de la escuadra mandada por Plinio. En la playa se hallaba sentado un siciliano el cual con vehemencia de ademanes y expresivas contracciones del rostro dirigía la palabra á un grupo de pescadores y de bobos contándoles un cuento extraño de marineros náufragos y de protectores delfines; ni más ni menos de lo que hoy puede contemplarse no lejos de allí en el muelle de Nápoles.

Apartando á su compañero de entre el gentío, dirigió el griego sus pasos hacia la parte más solitaria de la costa, donde ambos amigos se sentaron en un pequeño risco que se levantaba entre los pulidos guijarros, respirando la voluptuosa y templada brisa que danzando sobre las olas dejaba oir el rumor de sus invisibles pasos. Algo había seguramente en tal espectáculo que inclinaba los ánimos al arrobamiento y al silencio; pues Claudio, con la mano en

la frente para guardar los ojos contra la excesiva luz del encendido firmamento, quedóse calculando sus ganancias de la última semana, mientras el griego, apoyándose en la mano y no mostrando temor al sol que al fin y al cabo era el Dios tutelar de su patria y henchía sus venas con los abrasadores rayos del amor, de los goces y de la poesía, miraba fijamente la extensa y líquida llanura envidiando quizás á los vientecillos que se dirigían, desplegando sus alas, hacia las costas de Grecia.

—Dime, Claudio, dijo el griego al cabo de un rato, ¿has estado tú enamorado alguna vez?

—Y aún muchas, contestó Claudio.

—El que lo ha estado muchas veces, replicó Glauco, no lo ha estado nunca. No hay más que un *Eros*, verdadero amor, si bien existen otros amorcillos falsos y contrahechos.

—Pues no son malos dioses esos amorcillos contrahechos, repuso Claudio.

—No me aparto de lo que dices, dijo Glauco, puesto que adoro hasta la sombra del Amor, pero al Amor en sí mismo le prefiero ciertamente.

—¿Eres juicioso y delicado en los amores? preguntó Claudio. ¿Tienes aquel sentimiento que describe el poeta, sentimiento intensísimo que nos hace olvidar las cenas, que nos aparta del teatro y que nos obliga á componer elegías? Pues, amigo mío, yo no he sentido nunca semejante cosa. En este punto nos parecemos como lo negro y lo blanco.

—No creo que andamos tan lejos como te figuras, dijo Glauco sonriendo, pero bien puedo decir como Tíbulo:

Quien toma amor por guía
Vive tranquilamente
Si en él se fía;
De los dioses amparo
Halla en noche sombría
Y en día claro.

A la verdad no estoy enamorado, pero bien pudiera estarlo si hubiese mejores ocasiones para solazar mi vista con el objeto amado. Eros encendió la antorcha, pero los sacerdotes no han derramado el aceite.

—¿Adivino el objeto de tu amor? dijo Claudio, ¿es la hija de Diomedes? Ella te quiere, y no tiene gana de ocultarlo, y por Hércules, he de decírtelo una vez y otras ciento, es hermosa y es muy rica, y cerrará los postigos en la casa de su marido con hebras de oro.

—Yo no he de venderme, respondió Glauco. Hermosa es en verdad la hija de Diomedes, y á no ser nieta de un liberto, hubiérame quizás comprometido con ella... pero nó; toda su belleza está en el semblante; sus ademanes no son de niña, y su entendimiento no concibe otra cosa que los placeres.

—¡Ingrato eres! repuso Claudio. ¿Quién será, pues, la afortunada doncella?

—Óyeme, Claudio, dijo el ateniense. Hallábame hace algunos meses en Neápolis, ciudad muy grata á mi corazón, porque guarda las costumbres y el aspecto de su origen griego, y merece el nombre de Parténope por su atmósfera transparente y por sus bellísimas riberas. Entré un día en el templo de Minerva para ofrecer mis votos á la diosa, no tanto en mi favor como en favor de la ciudad á la que niega hoy Palas su sonrisa; y en ocasión en que el templo estaba desierto me asaltaron todos los recuerdos de Atenas. Creyendo estar solo, y hallándome excitado por la devoción ferviente, sucedió que las palabras acudieron á mis labios y lloraron mis ojos en tanto que rezaba mi plegaria. Interrumpióme el levísimo respirar de alguien que debía encontrarse á poca distancia, y volviendo la cabeza ví á una mujer que había levantado su velo y rezaba también. Encontróse con la mía su mirada y parecióme que de sus negros y encantadores ojos salía un rayo celestial que penetraba en mi alma. Yo no he visto jamás, Claudio mio, un rostro mortal delineado con

mayor delicadeza. Vaga melancolía realzaba sus facciones mostrándose en ellas el alma como en los modelos destinados por la escultura á la representación de Psyche lo cual ennoblecía su hermosura comunicándole divino atractivo. Noté que estaba llorosa y adiviné que debía ser de linaje ateniense y que al oír mi plegaria en favor de Atenas había su corazón respondido al mío. Con voz temblorosa, le dije: ¿eres ateniense, hermosa joven? Ruborizóse y cubrió su cara con el velo, y díjome enseguida: Las cenizas de mis abuelos reposan á orillas del Iliso; nací en Neápolis; pero soy de Atenas por el linaje y el corazón. Unamos nuestros votos, dije yo; y habiendo llegado el sacerdote, yo y ella, uno al lado del otro, tomamos parte en las ceremonias rituales; juntos pusimos la mano sobre las rodillas de la diosa; juntos ofrecimos en el altar las guirnaldas de olivo. Extraña emoción de sagrado y fraternal cariño embargaba mi ánimo. Procedentes de tierra lejana y sojuzgada, estábamos solos en aquel templo consagrado á la diosa tutelar de nuestra querida Atenas, y era natural que sintiese mi corazón atraído por aquella á quien debía ya llamar mi compatricia. Parecióme que la conocía desde muchos años, y la práctica del rito vino en realidad, como por encanto, á formar entre nosotros lazos y simpatías que ordinariamente proceden del tiempo. Silenciosamente salíamos del templo, y preparábame á preguntarle dónde vivía y si podría visitarla, cuando un joven, parecido á ella, que la esperaba en la gradería se acercó y la llevó consigo juntando la mano con la suya. Volvióse ella: hízome señal de buena despedida: separónos el gentío y no volví á verla. Cuando llegué á casa encontré letras que me obligaron á salir para Atenas puesto que los parientes proponían pleito sobre mi herencia. Gané el proceso: volví apresuradamente á Neápolis; busqué por toda la ciudad, pero no pude dar con mi compatricia. Deseoso entonces de olvidar la hermosa aparición en medio de la alegría, vine á Pompeya y entreguéme á nuestra vida regalona y

de lujo. Este es mi cuento. No estoy enamorado; pero la recuerdo y la echo de menos.

Iba Claudio á contestar, cuando el rumor de pasos lentos y mesurados, resonando sobre las guijas del arenal, distrajo á entrambos, y volviéndose, conocieron al momento al que llegaba.

Era éste un hombre alto; de unos cuarenta años; no muy grueso pero nervudo y fuerte; de tez oscura y bronceada que daba claras muestras de su origen oriental; de fisonomía un si es no es griega sobre todo en la barba, labios y frente; de nariz prolongada y aguileña, y de huesos algo salientes que le quitaban el suave y delicado perfil conservado más allá de la juventud en el perfecto rostro de los iónicos. Rasgados eran sus ojos y negros como la noche oscurísima y brillaban con centelléo constante y un poco vago. Sagacidad y talento revelaba aquella mirada, melancólica al par que tranquila y al mismo tiempo imperiosa y grave. En el modo de andar como en el semblante manifestaba la calma y el orgullo, y bien se adivinaba que debía ser extranjero al contemplar su ropaje de forma correcta y majestuosa que aumentaba el buen efecto de su continente y de su figura.

Ambos jóvenes, al saludar al recien llegado, hicieron como por instinto, y á escondidas, un pequeño signo con los dedos, encaminado á preservarse de la *mala mirada;* porque se decía que Arbaces, el egipcio, poseia este poder maléfico.

Con sonrisa entre fria y cortés, díjoles Arbaces:

—Bellísimas deben estar hoy estas playas cuando han sacado de los sitios de más barullo al alegre Claudio y al bien querido Glauco.

—¿Tan pocos atractivos tiene ordinariamente la naturaleza? preguntó el griego.

—Para el disipado pocos tiene, dijo Arbaces.

—Austera es la respuesta contestó Glauco, pero me parece poco atinada. El placer se deleita en los contrastes;

entre el bullicio aprendemos á gozar de la soledad, y en medio de las soledades á gozar del bullicio.

— Así lo piensan los jóvenes filósofos del jardín Epicúreo, replicó el egipcio. Confunden el aburrimiento con la meditación, y se figuran porque están cansados de los demás que saborean los goces de la soledad. Pero no en tan fatigados pechos puede Naturaleza despertar aquel entusiasmo que únicamente de su castísima reserva saca su belleza indefinible. No les pide el desfallecimiento causado por las pasiones, sino el fervor intenso que tiene por único solaz el adorarla. Cuando la luna, oh joven ateniense, aparecía en luminosas visiones á Endymion, era después de caido el día; y no entre la febril agitación de los hombres, sino en las colinas silenciosas y en los solitarios valles destinados á la caza.

— ¡Bellísimo simil! exclamó Glauco, ¡pero la aplicación es injusta! ¡Desfallecimiento! Esta palabra puede bien aplicarse á la edad madura pero no á la juventud. Por mi parte al menos, no he conocido un momento de cansancio.

De nuevo sonrió el egipcio, pero fué esta vez tan fría y antipática su sonrisa, que el mismo Claudio, poco impresionable por lo común, sintió una especie de calofrío. No dió ninguna réplica el hijo del Nilo á las calurosas palabras de Glauco, pero al cabo de un rato dijo con voz apagada y triste:

— Bien hacéis en recrearos con las horas, en tanto que se muestran plácidas. ¡Brevemente se marchitan las rosas! ¡Presto se disipan los perfumes! Y nosotros, oh Glauco, extranjeros en esta tierra, y apartados de las cenizas paternas, no tenemos otro recurso que el placer ó la nostalgia; ¡para tí lo primero, para mí quizás lo último!

Los animados ojos del griego se cubrieron al instante de lágrimas.

— ¡Ah! ¡no me hables, exclamó, no me hables, Ar-

baces, de mis antepasados! ¡Olvidemos que ha existido otra libertad además de la romana! Y en cuanto á la Gloria, ¡en vano invocaremos su sombra en los campos de Marathon y de las Termópilas!

—¡No está de acuerdo con tus palabras el corazón! replicó el egipcio. ¡Seguro estoy de que entre las zambras de esta noche vas á acordarte más de la heróica Leena, que de la cortesana Lais! Con esto ¡buena suerte!

Dijo, y envolvióse con el manto y apartóse de allí pausadamente.

—¡Ya puedo respirar con más libertad! prorrumpió Claudio. Yo creo que á manera de los egipcios introducimos un esqueleto en nuestros festines. La presencia de este hombre que semeja un fantasma puede acedar la más hermosa uva de Falerno.

—¡Hombre singular! dijo Glauco meditabundo. Aunque parece muerto para el goce, y frío para todas las cosas terrenas, la murmuración le acecha, y pretende que su casa y su corazón pueden explicarlo todo al revés que su porte y sus palabras.

—¡Oh, ciertamente! añadió Claudio. Susúrrase que hay orgías en su opaca morada que no pertenecen al culto de Osiris. ¡Dicen que es rico! ¿No pudiéramos llevarle con nosotros y enseñarle el placer de los dados? ¡Placer de placeres! ¡fiebre ardorosa de esperanza y de temor! ¡Inagotable pasión que no puede expresarse con palabras! ¡Cuán gallardo eres, ¡oh juego! y ¡cuán hermoso!

—¡Inspirado, inspirado! exclamó Glauco soltando la carcajada. ¡Ya el oráculo ha infiltrado en Claudio la poesía! ¿Qué prodigio nos falta contemplar después de este?

CAPÍTULO III.

Alcurnia de Glauco.—Descripción de las casas pompeyanas. Banquete clásico.

El cielo había concedido á Glauco grandes condiciones de prosperidad rehusando empero favorecerle con una calidad muy estimable. Habíale dado hermosura, salud, riqueza, ilustre progenie, alma poética, corazón de fuego; pero le había negado el derecho de libre ciudadanía, puesto que había nacido en Atenas bajo el dominio de Roma. Dueño desde muy joven de una herencia cuantiosa, había satisfecho el deseo de viajar, tan adecuado á su edad, y había apurado la embriagadora copa del placer entre el fausto de la corte.

Era un Alcibíades exento de ambición, y tenía su carácter las dotes que asoman ordinariamente donde hay fantasía, talento y bienes de fortuna, faltando por contrapeso el deseo de gloria ó de renombre. Punto de cita de los disipados era su casa en Roma, pero al mismo tiempo era el asilo de todos los amantes del arte; y los escultores de Grecia sentían mucho orgullo, por tratarse de un ateniense, contribuyendo en ella al decorado de los pórticos ó de aquellas piezas de conversación y estudio que llevaban el nombre de exedras. En cuanto á su casa de Pompeya... ¡triste recuerdo! ¡sus colores están hoy casi borrados! ¡no brilla la pintura en sus paredes! ¡hermosura, gracia, delicados perfiles, todo esto no es más que una sombra! Pero con todo, el día en que la descubrieron las modernas gentes, ¡cuánta admiración produjo su minucioso y brillante decorado! ¡cuántos elogios merecieron sus pinturas y mosáicos! Apasionado por la poesía y por el drama que recordaban á Glauco el vigor y el heroismo de su raza, había adornado las paredes de su bella casita con representaciones de Esquilo y Homero. Y ciertos anticuarios que se creían entendidos en estas cosas, confundieron al propietario con el patrono, y aun hoy, (bien que el error está reconocido) suelen designar la desenterrada casa del ateniense bajo el nombre de *casa del poeta dramático*.

Queremos describir la casa de Glauco, pero antes daremos al lector una idea general de las casas pompeyanas procurando que nuestra explicación sea clara y lo menos pedantesca posible. Indudablemente se hallará un fuerte parecido entre nuestros planos y los de Vitruvio, pero distínguese la casa de Pompeya por diferencias de pormenor, de gusto y de capricho, que siendo producto natural de la facultad creadora del hombre, dificultan y embarazan la tarea del anticuario.

Entrábase de ordinario por un pequeño pasadizo denominado *vestíbulo* á una sala que tenía columnas en algunas

casas, y en la mayor parte no las tenía. Por el frente y á los lados tenía esta sala varias puertas que daban entrada á los dormitorios entre los cuales se hallaba el del portero; y el mejor de tales cuartos para dormir solía destinarse á los huéspedes. Al extremo de la sala, á izquierda y á derecha, si tenía suficiente anchura el edificio, se hallaban dos apartamientos que en rigor no podían llamarse cuartos, ocupados generalmente por las damas de la casa. El pavimento de la sala, variegado en cuadros, tenía en el centro un pequeño aljibe cuadrangular, llamado clásicamente *impluvio*, en el cual penetraba el agua llovediza por una abertura del techo que podía cubrirse á voluntad mediante una toldilla. Tenía el impluvio peculiar santidad en concepto de los antiguos, y por esto se ponían cerca de él (aunque en Pompeya menos que en Roma), las imágenes de los dioses domésticos. El hogar hospitalario mencionado con tanta frecuencia por los poetas romanos y consagrado á los Lares, consistía casi invariablemente en Pompeya en un brasero movible. Y en alguno de los rincones, ó en sitio más manifiesto, solía encontrarse una grande arca de madera fortalecida y ornamentada con tiras de bronce ó de hierro, y sujeta con robustos garfios al basamento de piedra que la sostenía, de modo que ningún ladrón pudiese robarla. Supónese que estas arcas eran el cofre monetario del dueño de la casa, pero no se ha encontrado moneda en ninguna de las que fueron descubiertas en Pompeya, y es probable que servían, más que para otra cosa, para ostentación y boato.

La sala de que hablamos llevaba el nombre de *átrio*, y en ella eran recibidos los clientes y los visitadores de rango inferior. En las casas más respetables había un siervo llamado *atriense*, destinado particularmente á esta sala, y se le consideraba mayor categoría que á los demás criados. El aljibe central podía alguna vez ser un embarazo y un peligro, pero solía estar rodeado de césped y dejaba

suficiente sitio á los lados para pasar de una parte á otra.

Enfrente á la entrada del átrio se hallaba un departamento llamado *tablino* que, de ordinario, tenía delicadas pinturas y ricos mosáicos. Allí se reunían los recuerdos de familia y los del destino público que había ocupado el dueño. A un lado de este salón acostumbraba encontrarse el *triclinio* ó comedor, y á otro lado, con frecuencia, un cuartito guardajoyas que no dejaba de contener á veces preciosidades muy raras y de gran coste. Para que los criados pasaran á la parte de atrás de la casa sin atravesar las piezas principales había también un corredor lateral. Dichas piezas principales terminaban en el espacio ocupado por una columnata cuadrangular llamada *peristilo*. Cuando era pequeña la casa, el centro de la columnata, si bien diminuto, servía de jardincillo y contenía macetas puestas en pedestales, y debajo de la columnata se construían cuartitos para dormitorio. También se hallaba debajo de la columnata muchas veces un segundo *triclinio*, (pues era costumbre tener comedores de invierno y de verano y también comedores especiales para los días de fiesta) y luego si el propietario era amigo de las letras un gabinete para biblioteca, el cual, aun siendo muy pequeñito, podía custodiar de sobras los pocos rollos de papiro de que se componía en aquellos tiempos la colección más notable.

Al extremo del peristilo topábase generalmente con la cocina. Cuando la casa era espaciosa no terminaba con el peristilo; y el centro de la columnata, no siendo necesario para jardín, contenía un surtidor con peces ó una simple fuente. Á los lados, no faltando sitio, construíase algún nuevo comedor ó dormitorio ó un saloncito de pinturas que llevaba siempre el nombre griego de *pinacotheca*. Tales departamentos comunicaban con otro espacio cuadrado ó rectangular con columnata, generalmente de mayores dimensiones que el peristilo, al cual se le llamaba *viridario* ó jardín, y además de la profusión de hermosas

flores que lo embellecían, estaba adornado con estátuas y surtidores. Junto á él se hallaban la casita del jardinero y otras dependencias.

Á segundos y terceros pisos raramente se les dió en Pompeya importancia alguna, pues sólo se construyeron á un lado de las casas con destino á cuartitos para la servidumbre, al revés de lo que sucedía en los magníficos edificios de Roma donde el principal comedor ó *cenáculo* estaba muchas veces en el segundo alto.

La mayor parte de los aposentos y estrados secundarios eran por lo común pequeños, porque en aquel clima delicioso era natural recibir á casi todos los visitantes en el peristilo ó pórtico, en el átrio ó en el jardín, y aun los comedores bien que adornados y elegantes, no tenían que ser espaciosos, pues que los antiguos gustaban de la sociedad pero no de las grandes reuniones, y rara vez eran más de nueve las personas invitadas. El conjunto de la casa presentaba siempre un bellísimo aspecto puesto que á la entrada lo dominaba la vista de un sólo golpe. Parecíanse estas casas pompeyanas en algún modo á las de Grecia, pero aun mejor presentaban el tipo de las romanas. Todas, por lo común, aunque desemejantes en algún detalle, revelaban extraordinaria inclinación á las refinadas elegancias de la vida, bien que la mayor pureza de gusto no siempre se encontraba en ellas, teniendo algunas abigarrados colores y dibujos extravagantes, mostrando otras embadurnada de bermellón la parte inferior de las columnas y sin pintura el resto, y viéndose en las cercas de varios jardincillos la representación pictórica de árboles, pájaros y templos como para agrandar la perspectiva; ¡necio engaño que prohijó la pedantería del mismo Plinio haciendo de ello ostentación ingénua!

La casa de Glauco era una de las más pequeñas y mejor decoradas: bonito modelo para un moderno aristócrata; tema de envidia inagotable para nuestros solterones rebuscadores de la filigrana y de la taracea. Penetrábase en ella

por un largo y estrecho vestíbulo en cuyo pavimento estaba representado un perrazo hecho con piezas de mosáico, teniendo junto á él la tradicional leyenda *Cave Canem*, que es como decir en castellano: *Guárdate del perro*. Á cada lado había un cuartito destinado seguramente á recibir aquellos visitantes que por falta de rango ó de familiaridad no eran introducidos generalmente en las estancias interiores, pues el edificio no era bastante espacioso para que éstas últimas pudieran dividirse en sección pública y sección privada. El átrio de la casa de Glauco, al ser descubierto, mostróse rico en pinturas tan dignas de nota por lo expresivas, que bajo este aspecto, el mismo Rafael no hubiera desdeñado el adoptarlas. Hállanse actualmente en el Museo de Nápoles y admiran á los inteligentes. Figura entre ellas, en primer término, la separación de Aquiles y de Briseida; ¿y á quién dejan de llamar la atención por la fuerza, el vigor y la belleza con que están representados los contornos y fisonomías de Aquiles y de su inmortal esclava?

A un lado del átrio se encontraba una escalerilla que conducía al piso superior habitado por los criados. Los tres cuartitos, á mano izquierda, fueron probablemente dormitorios, y en sus paredes, además de otros asuntos decorativos, se hallaban el rapto de Europa y la batalla de las Amazonas.

En el tablino, á una y otra extremidad, veíanse ricos tapices de púrpura de Tyro, sirviendo de cortinajes para resguardar la pieza. En las paredes estaba representado un poeta en el acto de leer poesías delante de sus amigos y en el exquisito mosáico del suelo un director de teatro que daba instrucciones á los comediantes.

El peristilo terminaba la casa de Glauco. Á cada una de las siete columnas que lo formaban se enlazaban festones de guirnaldas, y el centro que hacía el oficio de jardín estaba adornado con rarísimas flores colocadas en tiestos de mármol sobre pedestales. Á la izquierda tenía este jar-

dincillo un fano de pequeñas dimensiones dedicado á los Penates, semejante á las capillitas que suelen encontrarse junto á los caminos en las comarcas de religión católica romana. Enfrente de la capillita estaba colocado un trípode de bronce. La izquierda de la columnata daba ingreso á dos pequeños *cubículos* ó dormitorios, y la derecha al triclinio donde se habían reunido el día de nuestra historia los convidados de Glauco.

A este departamento le han dado los anticuarios por su decorado, el nombre de Cuarto de Leda, y en las modernas publicaciones puede verse el grabado que reproduce la delicada y graciosa pintura de Leda en el acto de presentar á su esposo el niño recien nacido.

Comunicaba el hermosísimo Cuarto de Leda con el fragante jardincillo, lo cual encarecía el bien estar que dentro del mismo se disfrutaba. Contenía una mesa de excelente madera de cedro pulidísima y adornada con rasgos y follajes de plata, junto á la cual estaban los tres *lechos*, mas usuales en Pompeya que el asiento semicircular á que se habían acostumbrado ultimamente los romanos. Los lechos eran de bronce incrustado con metales preciosos y tenían blandas almohadas con delicadísimas bordaduras.

— No es mayor tu casa que un estuche de fíbula, dijo el edil Pansa, pero en su clase es una joya. ¡Qué bella la despedida de Aquiles y Briseida! ¡Qué estilo! ¡qué rasgos de fisonomía!... Creo que me explico, ¿verdad?

— El parecer de Pansa, dijo socarronamente Claudio, es un gran voto en estas cosas. ¡Qué bellas pinturas tiene en sus paredes! ¡Allí sí que se encuentra la mano de Zeuxis!

— Me adulas, Claudio, me adulas, repuso el edil que era populachero y acostumbrado por ende á que el vulgo celebrase la ornamentación de su casa. Tengo ciertamente alguna cosa linda, ¡por Pólux! ¡vaya si la tengo! buenos colores; y no digo nada del dibujo; pero lo que hay que ver son las paredes de la cocina; ¡aquello sí que está bueno! ¡Y todo salió de mi cabeza!

—¿Pues qué hay en tu cocina? preguntó Glauco. No sabía yo que tuviese otro mérito que el de los guisos.

—Sabe, ateniense mío, contestó Pansa, que las paredes de mi cocina tienen pintado un cocinero que ofrece los útiles de su oficio sobre el altar de Vesta... ¡y hay una lamprea tomada del natural!.. ¡vaya! ¡cuando digo que es un portento!

Presentáronse en esto los criados trayendo un grande azafate con las primicias del festín. Entre preciosos higos, ensalada con nieve, huevos y anchoas, había en el azafate diversas copas de vinillo mezclado con miel, todo lo cual pusieron sobre la mesa presentando además á cada uno de los cinco invitados un tazón de agua jarabeada y una servilleta con bordados y franja de púrpura. El edil en vez de tomar servilleta de la casa sacó vanidosamente la suya propia que era de tela menos delgada pero que tenía bordadura doble y enjugóse con ella las manos muy satisfecho y deseando que le admirasen.

—¡Preciosa servilleta! díjole Claudio: ¡tiene tanta bordadura como un cíngulo!

—¡Tonterías, Claudio mío, tonterías! contestó Pansa. ¡Dicenme que el doble rayado es la última moda de Roma!... ¡pero mejor que yo tendrá mañana Glauco de estas cosas!

—¡Danos tu protección, oh Baco! dijo el dueño de la casa inclinándose con respeto ante la bella estatuita que ocupaba el centro de la mesa en cuyos extremos se veían los Lares y las orcillas de sal.

Repitieron la invocación los convidados y luego hicieron las libaciones de costumbre derramando vino sobre la mesa. Reclináronse entonces en los lechos y comenzó el banquete. Desembarazada la mesa de los primeros estimulantes cubrióse de manjares mas suculentos, y el joven Salustio, que era otro de los comensales, mientras el escanciador llenaba su vaso hasta el borde, exclamó:

—¡Pueda ser esta copa la última que bebo en mi vida si

no es este el mejor vino que he catado en Pompeya!

— Traed el ánfora y leed el rótulo, dijo Glauco.

Según el rótulo del tapón manifestó el sirviente que el vino era de Chios y que tenía cincuenta años.

— ¡Qué bien lo ha refrescado la nieve! dijo Pansa ¡y á que buen punto!

— La nieve templa el vino como la experiencia templa el ardor del hombre, dijo Salustio, y ambas cosas mejoran el goce.

— ¡Como la negativa de las mujeres! añadió Glauco, ¡Frío de un instante y luego incendio en los corazones!

— ¿Cuando habrá combate de fieras? preguntó Claudio á Pansa.

— Al noveno para las calendas de setiembre, contestó Pansa; al día siguiente de la fiesta de Vulcano. Tenemos para aquel día un leoncillo precioso.

— ¿Y que van á darle al leon? dijo entonces Claudio. Hay escaséz de criminales, querido Pansa, y será preciso que se encuentre alguno que no lo sea para darlo á la bestia.

— Ya he pensado seriamente en esto, repuso el edil. En verdad es una ley torpísima la que prohibe dar los esclavos á las fieras. ¿No puede hacer cada uno lo que quiere con lo que es suyo? Pues esta ley es un ataque al derecho de propiedad.

— No sucedia así en los buenos tiempos de la república, dijo Salustio exhalando un especie de quejido lastimero.

— Y además, añadió Pansa, esta generosidad para con los esclavos redunda en daño del pueblo. ¡Pues no gusta poco el pueblo de la lucha de hombres y leones! Y esta diversion no podrá tener efecto por causa de esta ley estúpida, si los dioses á lo mejor no se dignan enviarnos un delincuente.

— ¡Qué mala política, exclamó Claudio, qué mala política la de impedir al pueblo todos los gustos varoniles!

— Demos gracias á Diu Piter y al Destino, dijo Salus-

tio, porque á lo menos no tiene hoy Nerón las riendas del imperio.

—¡Tirano de veras! dijo Pansa. Diez años seguidos tuvo cerrado nuestro anfiteatro.

—Lo raro es que no hubiese revueltas con este motivo, observó Salustio.

—Poco faltó para que las hubiese, contestó Pansa con la boca llena por un pedazo enorme de jabalí.

Al llegar á este punto la conversación fué interrumpida por un sonido de flautas y entraron dos siervos trayendo un nuevo plato.

—¿Qué golosina vas á ofrecernos, querido Glauco? dijo Salustio con ojos saltones.

—¡Bien veo lo que es! ¡por Pólux! ¡un cabritillo ambracio! exclamó el edil.

Y haciendo castañetear los dedos (que era el signo de costumbre para llamar á los servidores) manifestó el deseo de hacer una nueva libación en obsequio del cabritillo recien llegado.

Salustio no cabía en sí de gozo, porque lo más agradable de la vida para él era el comer. Tenía veinte y cuatro años y acaso había malgastado los demás placeres. No carecía de talento sin embargo, y en cuanto era posible denotaba poseer un corazón bellísimo.

—Yo había esperado, dijo Glauco en tono melancólico, que podría ofreceros en el día de hoy ostras de Britania, pero aquellos mismos vientos que fueron tan crueles para César nos han privado de las ostras.

—¿Tanto valen esas ostras? preguntó Lépido quitándose el cinturon y aflojando la túnica. Yo creo que es la distancia lo que aumenta su valor y que no son tan delicadas como las de Brundusia. Pero en Roma, ya se sabe, no hay cena completa sin ostras británicas.

—¡Pobres britanos! dijo Salustio. ¡No se dirá que no tienen cosa buena puesto que tienen ostras!

—¡Más valiera que tuviesen gladiadores! dijo el edil

que no podía quitar de su cabeza la idea del anfiteatro.

Glauco, á quien su criado favorito renovaba en aquel momento la florida guirnalda de la cabeza, no pudo reprimir una protesta al oir la insistencia del edil.

—¡Por Palas! exclamó. Yo gusto de los placeres del anfiteatro cuando una bestia fiera combate con otra; pero cuando un hombre de carne y hueso como nosotros desciende á la arena y es despedazado, el espectáculo me parece horrible. Me falta corazón, se me quita el aliento y me dan tentaciones de saltar al redondel y defenderle. La gritería del populacho me parece más horrorosa que la voz de las Furias perseguidoras de Orestes. Mucho me alegro de que en los próximos juegos no haya de verse tan sangrienta escena.

El edil se encogió de hombros. El joven Salustio, á pesar de su buen natural, se quedó estupefacto. El agraciado Lépido que hablaba poco para no descomponer su fisonomía, exclamó: ¡Por Hércules! El parásito Claudio dijo: ¡por Pólux! Y el sexto comensal, que era la sombra de Claudio, el eco cuando no el adulador de su amigo porque este era mas rico que él, el parásito del parásito en una palabra, admirado á su vez y sorprendido, dijo también á media voz: ¡por Pólux!

—Vosotros italianos, gustáis de semejantes espectáculos, continuó Glauco, pero nosotros los griegos somos más compasivos. ¡Génio de Píndaro! ¿No es mejor que todo esto la emulación entre el hombre y el hombre, la magnánima lucha, el triunfo que no causa duelos, el gusto de combatir y vencer á un noble adversario?... Pero yo creo que no entendéis una palabra de lo que digo...

—¡Este cabrito es excelente! observó Salustio.

El criado trinchador que presumia de muy entendido en su oficio, había cumplido entre tanto su tarea al sonido de la música, la cual empezó en bajo tono y fué subiendo y animándose por grados mientras él marcaba la cadencia con su cuchillo.

—¿Es de Sicilia tu cocinero? dijo Pansa.

—Ciertamente, es de Syracusa, contestó Glauco.

—Vamos á jugarlo; propongo una partida entre dos platos, dijo Claudio.

—Mejor sería esto que los combates del anfiteatro, dijo Glauco, pero no quiero perder el cocinero ¿qué apostarías en cambio?

—¡Apuesto mi Phílida, mi hermosa bailarina! respondió Claudio.

—Pues yo no compro mujeres, repuso Glauco.

Y en esto y como para distraer la conversación arreglaba perezosamente su guirnalda.

Los músicos colocados en el pórtico tocaban en aquel momento la mas bella y alegre melodía mientras los cantores entonaban la oda del *fausto Pérsico* compuesta por Horacio, todo lo cual en aquellos tiempos no parecía lujoso ni afeminado ni á propósito para la mesa de un senador ó de un imperante, sino sencillo y de cada día y adecuado á la mesa de un gentil-hombre.

—¡Oh, qué bueno es el viejo Horacio! exclamó Salustio. ¡Qué bien celebra las fiestas y las muchachas! ¡Pero no tiene el mérito de los poetas modernos!...

—¿Cómo el inmortal Fulvio, por ejemplo? preguntó Claudio.

—¡Ah! ¡el inmortal Fulvio! exclamó el convidado sombra.

—Ó como Espurena, dijo Lépido, ó como Cayo Mucio que escribe en un año tres poemas épicos. ¿Cuando hicieron semejante cosa ni Horacio ni Virgilio? Los poetas antiguos parecía que copiasen la escultura en lugar de componer versos. ¡Siempre la simplicidad y el reposo! Los modernos por el contrario, tienen fuego, pasión, energía; con ellos no se duerme el espíritu; con ellos se imita la vida, la acción, el colorido... ¡Oh, inmortal Fulvio!

—Y á propósito, dijo Salustio, ¿tenéis noticia de la

nueva oda que Espurena ha dedicado á Isis? Es magnífica por cierto y llena de fervor.

— Isis parece ser la diosa favorita de los pompeyanos, dijo Glauco.

— Así es por cierto, contestó Pansa, se ha hecho famosísima. Los mejores oráculos son los de la imagen de Isis. Yo no soy supersticioso, pero puedo aseguraros que más de una vez me ha protegido con sus advertencias respecto á los deberes de mi cargo. ¡Los sacerdotes de la diosa son tan severos! No son alegres y presuntuosos como los de Diu Piter y de la Fortuna; andan descalzos, no comen carne y pasan la mayor parte de la noche en devoción solitaria.

— ¡Buen ejemplo para los demás! ¡Bien necesita una reforma el templo de Diu Piter! dijo Lépido que era reformador para todos menos para sí mismo.

— Dicen que Arbaces el egipcio es quien ha dado á conocer los más altos misterios á los sacerdotes de Isis, observó Salustio. Jáctase de ser descendiente de los Rameses, y asegura que en su familia se han atesorado los secretos de la antigüedad más remota.

— A lo menos es cierto, dijo Claudio, que posee el don de la mala mirada. Si yo me acercase á su cara de Medusa sin hacer el signo de sortilegio, estoy seguro de que había de morirse uno de mis caballos, ó de que al tirar los dados, me saldría nueve veces consecutivas la jugada de *perros*.

— Esto si que sería un prodigio, dijo Salustio con gravedad.

— ¿Qué pensamiento te ocurre, Salustio? dijo el tahur poniéndose colorado.

— Ninguno, replicó Salustio, solo digo que si yo jugase mucho contigo, de fijo me dejabas sin blanca.

Claudio solamente contestó con una sonrisa despreciativa.

— Como Arbaces no fuese rico, dijo Pansa muy oron-

do, yo habia de averiguar lo que hay de cierto en eso que se cuenta de su astrologia y de su magia. Agrippa, siendo edil en Roma, desterró á todas las gentes de esta calaña. Pero Arbaces es rico... y es deber de los ediles protejer á las personas acaudaladas.

— ¿ Qué pensáis, preguntó uno de los comensales, de esta nueva secta que tiene algunos prosélitos en Pompeya, de estos que adoran al dios hebreo llamado Cristo ?

— ¡ Visionarios ! contestó Claudio. No hay entre ellos uno solo que tenga posición social. Todos son pobres, nulos é ignorantes.

— Y debieran ser crucificados por sus blasfemias, añadió Pansa. Todos niegan á Venus y á Diove. Dejad que yo les atrape : veréis lo que les pasa.

Terminaba la segunda parte de la comida, y todos los concurrentes estaban ya de espaldas sobre el lecho. Hízose entonces una pausa durante la cual escucharon el acorde de las suaves voces meridionales con la churumbela de Arcadia. Glauco era el más atento y el menos inclinado á romper el silencio, pero Claudio empezó á cavilar que estaban perdiendo un tiempo precioso.

— ¡ Bien para ti, Glauco mío ! dijo brindando á la salud del griego y echándose al cuerpo una tras otra tantas copas de vino como letras tenía el nombre de Glauco. ¿ Quieres tomar la revancha de lo que perdíste ayer ? Mira, ahí tienes los dados que están esperando el juego.

— Como quieras, contestó Glauco.

— ¡ Dados en verano y delante de un edil ! exclamó Pansa. Esto es contrario á la ley.

— ¡ No en presencia tuya, respetable Pansa ! dijo Claudio haciendo sonar los dados en el cubilete. A tu presencia no hay que temer abusos, y sabes que la ley se ha hecho para impedirlos.

— ¡ Cuánta sabiduría ! dijo el parásito sombra.

— ¡ Bueno ! ¡ volveré los ojos á otra parte ! repuso el edil.

— No todavía, dijo Glauco, esperemos á que haya terminado la cena.

Claudio soltó una exclamación de disgusto, y exhaló su mal humor con un bostezo.

— « Parece que tiene hambre del oro », dijo Lépido al oído de Salustio aludiendo á un pasage de *la alcancia* de Plauto.

— ¡Ah! ¡qué bien conozco á estos pólipos que se agarran á todo lo que tocan! respondió Salustio sin gana de broma.

En esto se presentó el tercer servicio compuesto de frutas, alfónsigos, conservas, tortas de pastelería y otras cosas diversas y dispuestas con elegancia, dejándolo los criados sobre la mesa junto con las jarras de vino que hasta entonces se había distribuido alrededor y en copas.

— Prueba este vino de Lesbos, querido Pansa, dijo Salustio, ¡verás lo que es bueno!

— No es añejo, añadió Glauco, pero el fuego le ha dado vigor. Es precóz como nosotros; él por las llamas de Vulcano, nosotros por las llamas de Venus en cuyo honor apuro esta copa.

— Delicadísimo es, dijo Pansa, pero sabe un poquito á resina.

— ¡Qué preciosa copa! exclamó Claudio fijándose en una de transparente cristal cuyas ansas ornadas de pedrería se presentaban según la moda pompeyana en forma de serpiente.

— Esta sortija la hará más preciosa, contestó Glauco sacando un rico anillo de la primera falange de su dedo y colgándolo en el ansa; la hará menos indigna de ser aceptada por mi amigo Claudio, á quien prosperen los dioses en bienestar y fortuna, de modo que pueda llenarla con frecuencia y por mucho tiempo hasta el borde.

— Generoso eres Glauco, dijo el tahur dando la copa á su esclavo. Tu buen afecto dobla para mí el valor del regalo.

—¡Brindo á las tres gracias! prorumpió Pansa.

Y tomando pretexto de su brindis, llenó por tres veces la copa siguiendo su ejemplo los convidados.

—Observo, dijo Salustio, que no hemos nombrado director del festín.

—Echemos los dados para designarlo, contestó Claudio.

—No por cierto, dijo Glauco, no ha de haber entre nosotros acompasado y rígido director; no ha de haber *rey del convite* ni tirano de la fiesta. ¿Pues, no han jurado los romanos que no prestarían obediencia en ningún caso al poder real? ¡Seamos libres como nuestros abuelos! Músicos; tocad la cántiga que yo compuse la otra noche: tocad el *himno Báquico de las horas*.

Los músicos entonces templaron los instrumentos, y en suavísimo modo iónico acompañaron la voz de los jóvenes cantores que entonaron la siguiente poesía versificada en el idioma de los helenos.

HIMNO VESPERTINO DE LAS HORAS.

De un día veraniego,
De un día bochornoso
Marcamos los instantes;
Y llega del reposo
La sombra quieta y plácida
Que al mundo ha de velar.

Celebre nuestro paso
Con cantos placenteros
Quien sienta dulce anhelo
De tiempos venideros,
Quien jure en su alma férvida
Vivir para gozar.

Celébrenos la niña
Cretense, en las orillas
Del mar, que con sus ojos
Compite en maravillas;
Celébrenos, movida
Del vino embriagador.

Celébrenos el Fauno
Que desde el bosquecillo,
Soñando un nupcial lecho
Sobre el gentil tomillo,
Sonriente, audaz y pícaro
La atisba con fervor.

Con incesante vuelo
Pasamos por el mundo,
Bañando nuestras alas
Del agua en lo profundo
Cuando en el negro imperio
Se esconde el claro sol.

Brindad en honra nuestra
Con jugo del racimo;
Llenad las tazas de oro
Que ofrecen tierno arrimo
Mientras del nuevo día
Se espera el arrebol.

Mucho aplaudieron los convidados esta cántiga, porque cuando el poeta es el amo de la casa, es natural que todos sus versos parezcan admirables.

—Suavidad, fuerza y energía de la lengua griega, no tienen copia posible para los romanos, dijo Lépido.

—Pues por eso contrasta la poesía de Glauco con la oda de Horacio de que antes hablábamos, respondió Claudio con ironía en el fondo pero con aspecto serio. La melodía es iónica de pura raza. Y puesto que esta palabra evoca para mí un agradable recuerdo, propongo un brindis. ¡Compañeros: brindo por la hermosa Dione!

—¡Nombre griego! dijo Glauco á media voz. ¡Brindo con gusto á su salud! ¿Pero quién es Dione?

—¡Ah! bien se conoce, dijo Lépido, que eres nuevo en la ciudad, pues de otro modo no tendrías escusa. No conocer á Dione, es no conocer lo más bello de Pompeya.

—Es hermosísima, añadió Pansa, ¡y qué voz tan delicada tiene!

— De lenguas de ruiseñores creo que se alimenta, dijo Claudio.

— ¡Lenguas de ruiseñores! ¡Bonísima idea! exclamó el parásito sombra.

— ¡Pero explicadme quien es! insistió Glauco.

— Has de saber... empezó Lépido.

— Déjame hablar, dijo Claudio; tus explicaderas se arrastran como una tortuga.

— Las tuyas me parecen guijarros, dijo á media voz el elegante Lépido recostándose desdeñosamente en el lecho.

— Sabe, querido Glauco, que Dione es extranjera, y hace poco que está en Pompeya, dijo Claudio. Canta como Saffo; y sus cantos ella misma los compone. En el tocar de la tibia, de la cítara ó de la lira, excede á las Musas. Su belleza deslumbra, su casa es perfectísima ¡qué buen gusto! ¡qué alhajas! ¡qué bronces! Y es rica; y tanto como tiene de rica tiene de generosa.

— ¿Sus amantes procuran que nada le falte, y ella es gastadora? preguntó Glauco.

— ¿Qué amantes? repuso Claudio. Todos los pompeyanos están rendidos por ella, pero no escucha á nadie. Dice que es temprano para su boda.

— ¿No tiene amantes? dijo Glauco.

— ¡Es el alma de Vesta con el cinturon de Venus! contestó Claudio.

— ¡Bellísima frase! observó el adulador de oficio.

— Y á este prodigio ¿no hay medio de verle? continuó Glauco.

— Esta noche te llevo á su casa, pero ahora, á los dados, dijo Claudio agitando de nuevo el cubilete.

— ¡Sea! contestó Glauco. ¡Pansa, vuelve los ojos!

Lépido y Salustio, pusiéronse á jugar á pares y nones: púsose de mirón el parásito sombra; y Claudio y el griego se enfrascaron en sus dados.

— ¡Por Pólux! exclamó el griego al cabo de un rato, ¡esta es la segunda vez que saco *perros*!

— ¡Ahora, Venus, ayúdame! dijo Claudio teniendo en alto el cubilete y agitándole. ¡Oh, alma Venus! ¡Vedla! ¡es la misma diosa!

Habia sacado en efecto el mejor punto que se llamaba punto de Venus, porque realmente el que adquiere caudales tiene algo adelantado para lograr sus favores.

— Ingrata es Venus para mí, dijo Glauco. ¡Siempre he sacrificado en sus aras!

— El que juega con Claudio, dijo Lépido entre dientes, puede poner al juego su manto como el Gorgojo de la comedia.

— ¡Pobre Glauco! añadió Salustio en voz baja. ¡Está ciego como la misma Fortuna!

— ¡No juego más! ¡he perdido treinta sextercios! dijo el griego.

— ¡Cuánto siento que pierdas! dijo Claudio.

— ¡Qué bueno es! exclamó el parásito.

— ¡Pues no lo sientas! replicó Glauco. El gusto de que me ganes, me sirve de recompensa.

Comenzó entonces una conversación general y animada, circuló más libremente el vino, y prodigáronse nuevos elogios á Dione.

— En vez de esperar las estrellas, vamos á visitar á quien las eclipsa, propuso Lépido.

Lo mismo dijo Claudio desesperanzado de renovar el juego; y Glauco aun rogando cortesmente á los convidados que no tuviesen prisa, dejó entrever su curiosidad respecto á Dione, por lo cual decidieron trasladarse todos, á escepción de Pansa y del convidado sombra, á la casa de la bellísima griega. Bebieron á la salud de Glauco y del emperador Tito; hicieron su última libación; pusiéronse el calzado; bajaron los escalones que conducian al átrio, iluminado ya por los sirvientes; lo atravesaron; hollaron sin temor el terrible perro de la puerta, y se encontraron bañados por los rayos de la luna que se levantaba en aquel momento sobre las calles de Pompeya llenas todavía de gente.

Pasaron por el barrio de los plateros, alumbrado, y brillantísimo con la pedrería de los aparadores, y llegaron á la casa de Dione.

El vestíbulo recibia la luz de varias lámparas. Todas las aberturas del tablino tenían cortinajes bordados de púrpura. Los pavimentos de mosáico eran de vivísimos colores. Debajo de la columnata donde se encuadraba el fragante jardincillo, vieron por fin á Dione rodeada de visitantes que la aplaudían y lisonjeaban.

— ¿ Me habéis dicho que es ateniense ? preguntó Glauco en voz baja al entrar en el peristilo.

— No es ateniense, es de Neápolis, le contestaron.

— ¡ Neápolis ! repuso Glauco.

Y he aquí que separándose los del grupo que estaban junto á Dione, dejaron patente á su vista aquella aparición expléndida, aquella hermosura comparable á las ninfas del agua que por tantos meses había fluctuado en su memoria.

CAPÍTULO IV.

El templo de Isis. — El sacerdote de la diosa. — De como la índole de Arbaces va demostrándose por sí misma.

QUIERE el orden de nuestro relato que volvamos á ocuparnos en este momento del egipcio, á quien habíamos dejado al separarse de Glauco y de su compañero junto á la mar acariciada por el sol del mediodía. Cuando llegó al sitio más frecuentado de la playa detúvose Arbaces con los brazos cruzados contemplando la animación de la muchedumbre, mientras aparecía en su torvo rostro una malévola sonrisa.

— ¡Necios, tontos, embobados! dijo para sus adentros, ¡en diversiones y en negocios, en religión ó en comercio, siempre dominados por las pasiones á que debiérais poner un freno! ¡Y cuánto os despreciaría yo si no me hallase en el caso de aborreceros! Griegos y romanos robasteis á mi patria, á la ciencia profunda del Egipto, todo el fuego que anima vuestro espíritu. Conocimientos, poesía, leyes y artes, bárbara maestría en los ardides de la guerra, (¡y aun sobre cada uno de estos puntos cuanto

ha degenerado la mutilada copia del soberbio original!) todo lo habéis pillado como pillan los esclavos los desperdicios de una cena. ¡Y ahora, mímicos imitadores de la pantomina; romanos, descendientes en verdad de una raza de ladrones; ahora sois nuestros dueños! ¡Ya las pirámides no contemplan el esplendor de los Rameses! ¡Ya se cierne el águila sobre la serpiente del Nilo!... Pero ¡si sois dueños de mi raza, no lo sois de mi alma! Por el poder de la sabiduría, os sujeta y os encadena mi espíritu con lazos invisibles. En tanto que el saber podrá dominar sobre la fuerza, en tanto que la religión tendrá una cueva cuyos oráculos asombren al entendimiento humano, los sabios obtendrán el imperio del mundo. De vuestro vicio destila Arbaces sus placeres nunca profanados por la mirada vulgar; vastos, ricos, inacabables, de que vuestra mente enervada y vuestra imaginación sensual y oscura no pueden concebir siquiera una sombra. ¡Afanáos, afanáos mucho, locos de ambición y de avaricia! Vuestro anhelo de fasces, de cuesturas y de todas las mojigangas de un poder servil, sólo me inspira risa y desprecio. Donde hay una creencia religiosa allí está mi poder. Yo puedo pisotear las almas de aquellos á quienes cubre la púrpura. Tebas habrá sucumbido, Egipto será tan sólo un nombre, pero en el mundo entero habrá vasallos de Arbaces.

Andaba á paso lento mientras esto decía el egipcio, y al entrar en la ciudad, llamando la atención por su alta estatura entre la muchedumbre que llenaba el foro, dirigióse al pequeño y gracioso templo consagrado á Isis.

Poco tiempo hacía que estaba terminada la construccion de aquel edificio. El antiguo fué arruinado diez y seis años antes por un temblor de tierra; y el nuevo se había hecho de moda entre los veleidosos pompeyanos como se hacen de moda entre nosotros la iglesia recien erigida y el predicador novel. Célebres eran los oráculos de la diosa en Pompeya, no sólo por el lenguaje misterioso que los velaba, sino también por el crédito que se daba ordina-

riamente á sus predicciones y mandatos. Si no eran dictados por una divinidad, procedían al menos de un profundo conocimiento de la mente humana, y se aplicaban de un modo cabal á las circunstancias individuales contrastando sobre este punto con las vagas generalidades de los otros templos competidores del de Isis.

Al aproximarse Arbaces á la verja que separaba la parte profana del sitio consagrado, hallábanse en el patio abierto gentes de toda clase, particularmente mercaderes, que oraban en voz baja y devota, frente á diversos altares. En las paredes de la *celda* que tenía el pavimento levantado mediante siete peldaños de mármol Pário, veíanse en hornacinas diferentes estátuas, y como tema de ornamentación pictórica hallábase repetida la granada que era el fruto consagrado á Isis. Ocupaba el interior un prolongado pedestal sobre el que descansaban dos estátuas, una de Isis y otra del silencioso y místico Horo; y además, formando cortejo á la diosa egipcia, estaban allí Baco el de nombres múltiples y de africana procedencia; la Venus de Chipre saliendo del baño, forma griega de la misma Isis; Anubis el de la cabeza de perro, y el buey Apis, con otras varias imágenes egipcias de extrañas formas y desconocido nombre.

No debemos creer con todo esto que en las ciudades de la comarca llamada *grande Grecia*, ó sea el sud de Italia, revistiese el culto de Isis las formas y ceremonias que propiamente le correspondían. Aquellas poblaciones mestizas y abigarradas con ser relativamente modernas é ignorantes, confundían sin escrúpulo los cultos de todos los climas y de todas las épocas, y los profundos misterios del Nilo quedaban desfigurados por cien añadiduras frívolas y torpes procedentes de la simbólica del Cefiso ó del Tíber. El templo de Isis, en Pompeya, estaba servido por sacerdotes romanos y griegos, desconocedores unos y otros de la antigua lengua y de los orígenes del rito, y el descendiente de los venerables monarcas egipcios, con

apariencia de seriedad y devoción, reíase en el fondo muy de veras, de las niñadas y tonterías que pretendían imitar el solemne y típico ceremonial de su ardorosa patria.

Á uno y otro lado de los peldaños hallábanse puestos en fila los que iban á ofrecer el sacrificio, vestidos de blanco, y en la parte superior estaban dos sacerdotes de ínfima gerarquía, uno de los cuales tenía en la mano una palma y el otro una gavilla de mieses. Junto al paso central hallábanse apiñados los mirones.

—Dime, tú, dijo á uno de éstos Arbaces, ¿qué causa os reune hoy junto á los altares de Isis? Paréceme, á juzgar por esas blancas vestiduras, que se prepara un sacrificio y que los sacerdotes van á manifestar algún oráculo. ¿Á qué pregunta buscáis contestación si puede saberse?

El interrogado ejercía la profesión de mercader mediante sus relaciones con Alejandría (porque es de saber que á tales mercaderes se debió probablemente la introducción del culto de Isis en Pompeya) y era ni más ni menos que aquel mismo Diomedes á quien hemos encontrado conversando con Claudio.

—Preguntamos por la suerte de nuestros bajeles que mañana se hacen á la vela para Alejandría, contestó Diomedes. Vamos á ofrecer un sacrificio y á implorar la respuesta de la diosa. Yo no soy de los que han pedido á los sacerdotes el sacrificio: ya puedes verlo en mi vestidura; pero tengo interés en la marcha de los bajeles, ¡por Diu Piter, lo tengo! Si no fuera por mi pequeño negocio, ¿cómo había de vivir en estos tiempos malhadados?

Á esto el egipcio dijo con gravedad:

—Aunque Isis propiamente es diosa de la agricultura, no deja sin embargo de amparar al comercio.

Y después de estas palabras, volvió su cabeza hacia el Oriente y pareció absorto en silenciosa plegaria.

Entonces compareció en el centro de la gradería un sacerdote vestido de blanco de los piés á la cabeza con el velo pendiente de la coronilla; y los dos que estaban á la

derecha y á la izquierda fueron relevados por otros dos, desnudos de medio cuerpo arriba, y cubiertos en lo demás con holgado y blanco ropaje. Al propio tiempo, sentado en la escalinata uno de los ministros con un prolongado instrumento neumático, comenzó á tocar una melodía solemne. Un sacerdote en el peldaño de enmedio sostenía con una mano una corona votiva y con la otra una vara blanca mientras que para animar la pintoresca escena de esta ceremonia oriental, un augusto ibis, pájaro sagrado en el culto egipcio, contemplaba calladamente el rito ó se paseaba con majestad sobre el altar situado al pié de las gradas. Junto á este altar estaba el sacerdote del sacrificio.

El rostro de Arbaces pareció despojarse de su rígida severidad en el momento en que los arúspices inspeccionaron las entrañas, manifestando entonces una ansia piadosa que se convirtió en expresión de júbilo cuando se declaró que los signos eran favorables y cuando el fuego brillante y claro empezó á consumir la porción sagrada de la víctima entre los olores de la mirra y del incienso. Callaban religiosamente los que habían ido á ofrecer el sacrificio, y apareció en esto un nuevo sacerdote, casi desnudo, pues llevaba por todo traje un ancho ceñidor, el cual sacerdote, abalanzándose, empezó á bailar con extrañísimas mudanzas y á implorar de la diosa el deseado oráculo. Los demás sacerdotes se habían agrupado en la celda y cuando el danzarín fatigadísimo dejó de hacer sus contorsiones, oyóse un débil sonido que partía del cuerpo de la estátua. Tres veces movió ésta la cabeza; otras tantas abrió los labios, y á lo último una voz hueca pronunció estas palabras místicas:

Las ondas cual corceles se encrespan y batallan;
Por entre los escollos la tumba abierta está;
Terrible, adusto ceño presenta lo futuro,
Pero al partir la nave
La bendición del cielo consigo llevará.

Cesó la voz del oráculo : respiraron libremente los circunstantes ; miráronse unos á otros los mercaderes, y dijo Diomedes :

— No hay cosa más clara. Habrá tempestad en el mar y es natural porque se acerca el otoño, pero nuestros barcos serán salvos. ¡ Oh benéfica Isis !

— ¡ Alabada sea eternamente ! exclamaron los mercaderes. ¿ Puede haber algo menos ambiguo que este pronóstico ?

Levantó la mano el sacerdote para imponer silencio puesto que los ritos de Isis lo prescribían , y era bastante difícil conseguirlo entre los vivaces pompeyanos ; derramó su libación sobre el altar ; pronunció una corta plegaria y dió por terminada la ceremonia despidiendo á los congregados.

Mientras éstos se dispersaban hacia una y otra parte, permaneció inmóvil Arbaces junto á la reja, y cuando ya no quedaba casi nadie en el templo se le acercó uno de los sacerdotes y saludóle con manifestaciones de trato familiar y de franqueza.

La fisonomía del tal sacerdote era por todo extremo repugnante. Su cabeza afeitada mostraba tan estrecho el cráneo y tan pequeña la frente, que le asemejaba á los salvajes africanos de los cuales se distinguía sin embargo por tener en las sienes dos protuberancias , lo cual indica *adquisitividad* según los adeptos de una ciencia que pasa por moderna , pero que debió ser conocida entre los antiguos á juzgar por las esculturas. Junto á las cejas tenía grandes arrugas ; los ojos eran pequeños ; la pupila negra, y lo que debía ser blanco era más bien amarillento ; la nariz corta y gruesa como nariz de sátiro ; los labios prominentes y descoloridos ; los pómulos harto visibles ; las mejillas de color pálido , y la piel parecida á un pergamino. Vigoroso el cuello y anchas las espaldas ; nervuda la mano y desarrollado el brazo , podía discurrir hazañas atrevidas con la seguridad completa de llevarlas á cabo.

Arbaces y Caleno.

— Caleno, díjole el egipcio, bien fingiste la voz de la estátua según lo que te dije, y los versos son excelentes. Siempre hay que vaticinar próspera suerte á no ser que la cosa sea imposible del todo.

— Además de que, replicó Caleno, si llega la tempestad y zozobran esos malditos bajeles, ¿no queda esto igualmente vaticinado? La bendición del cielo no han de perderla por eso los tales barcos. Piden calma y reposo los marineros cuando navegan por el mar Egeo, ó á lo menos así lo dice Horacio, ¿pues cuándo encontrarán mejor reposo que yéndose al fondo?

— Bien, Caleno mío, dijo Arbaces, yo espero que Apecides querrá tomar las lecciones de tu experiencia. Y ahora, puesto que he de hablarte de otras cosas, dejemos este sitio si te parece.

— Vamos, contestó el sacerdote.

Y le condujo á uno de los cuartitos que estaban en el pórtico. Sentáronse allí junto á una mesa servida con huevos, frutas, fiambres y copas de excelente vino, y honraron el banquete como era justo, protegidos por una cortina que impedía la vista, y tomando la precaución de hablar bajo para no ser oídos desde fuera.

— Tú sabes, dijo Arbaces, que siempre he tenido por máxima ganar el afecto de los jóvenes, los cuales por la inexperiencia y docilidad de su mente me prestan utilidad grandísima. Yo entretejo sus pensamientos, arreglo la urdimbre y la acomodo á mi gusto. Por este medio convierto á los hombres en seguidores ó en criados, y á las mujeres...

— Á las mujeres en amigas íntimas, interrumpió Caleno haciendo una mueca rarísima.

— Así es verdad, repuso Arbaces, no hay para que ocultarlo. Como vosotros alimentáis víctimas para los sacrificios, yo gusto de educar á quienes han de servir de ofrenda ante el altar de mis placeres. Gústame sazonar los frutos de su entendimiento para hacerlos gratos á mi pa-

ladar, desarrollar el tierno capullo de sus pasiones, dirigir todos sus intentos á los míos. Tengo aversión á vuestras instruidas y maduras cortesanas, y busco el atractivo de los amores en el delicado crecimiento de la inocencia, preservándome con esto de la saciedad y sosteniendo con el frescor ageno el frescor de mi vida propia. De los corazones primerizos tomo yo los ingredientes para el caldero mágico cuya mixtura rejuvenece. Pero demos todo esto por averiguado, y vamos á lo que interesa. Tú sabes que hace algún tiempo encontré en Neápolis á Dione y Apecides, hermana y hermano, hijos de atenienses, que habían fijado el domicilio en aquella ciudad. La muerte de los padres, que me conocían y estimaban, me constituyó en tutor de los dos jóvenes y en nada he desatendido los deberes de mi cargo. El muchacho, dócil y obediente, amoldóse pronto á las influencias que yo dejaba sentir sobre él. Lo que yo más estimo en este mundo, dejando á un lado el amor de las mujeres, son las viejas tradiciones de mi patria, y me complazco en propagar entre todas las comarcas, pobladas acaso desde muchísimo tiempo por colonias egipcias, la práctica de nuestro ritual y de nuestros símbolos misteriosos. Deslumbrar á los hombres sirviendo al mismo tiempo á los dioses, eso es lo que me contenta sobremanera. Por esto inicié al joven Apecides en el solemne culto de Isis; le expliqué algunas de las sublimes alegorías contenidas en nuestro rito, excité en su alma, ya dispuesta para el fervor, aquel entusiasmo que la imaginación transforma en fe, y le di carácter sacerdotal colocándole entre vosotros.

—Todo es así como lo refieres, dijo Caleno, pero al estimular su fe le has quitado el lastre. Ya se horroriza de encontrarse desengañado; ya desmaya al ver muertas sus ilusiones; revuélvese en su interior contra las escaleras secretas y las estátuas que hablan; se encierra en su celda; malgasta sus fuerzas andando de una parte para otra; habla solo y no tiene gana de asistir á las ceremonias; y se

le ha encontrado alguna vez en compañía de uno á quien yo creo adherido á la nueva secta de ateos que niegan los dioses y dicen que nuestros oráculos son inspiraciones de aquel espíritu malo de que hablan las tradiciones orientales. ¡Cómo si no supiéramos nosotros, mejor que ellos, dónde se encuentra la inspiración de nuestros oráculos!

—Eso es lo que yo temía, dijo Arbaces malhumorado, eso es lo que pude colegir oyendo los reproches que me dirigió la última vez que le he visto. Ahora huye de mí, pero yo quiero buscarle y continuar mi enseñanza. Quiero introducirle en el santuario de la sabiduría. Quiero explicarle que hay dos grados de santidad, el primero es la fe, el segundo el fraude; el primero para el vulgo, el segundo para los hombres superiores.

—Por el primero no he pasado yo nunca; ni tú tampoco, segun presumo, dijo Caleno.

—Te equivocas, replicó Arbaces. En lo que enseño no creo realmente, pero en cambio creo en lo que no enseño. Creo que en la naturaleza existe una santidad contra la cual no quiero ni puedo oponer reparos. Creo en mi propio saber y en lo que el mismo me revela.., pero no dejemos nuestro asunto que es más agradable y más terreno. Mientras yo cuidaba de la educación de Apecides ¿cuales eran mis proyectos respecto á Dione? Supongo que ya comprenderás que la destinaba á ser mi reina, mi novia, la Isis de mi corazón. Hasta el día en que la hé visto no comprendía yo todo el amor que puede engendrarse en mi naturaleza...

—Dicen por todas partes que es una nueva Helena, interumpió Caleno.

Y al mismo tiempo sorbió fuertemente con los labios, no pudiendo averiguarse si hacía esto en obsequio á Dione ó en obsequio al vino que tenía en el vaso.

—Es cierto eso que manifiestas, repuso Arbaces. No ha producido la Grecia mayor belleza que la suya, pero no es esto todo. Su alma es elevada y es digna en conse-

cuencia de asociarse conmigo. Su ingenio es una excepción entre las mujeres; penetrante, vigoroso, deslumbrador. Fluye expontáneamente de sus labios la poesía, y al expresar ante ella una verdad por complicada y profunda que sea su espíritu la alcanza al momento. No hay guerra entre su imaginación y su criterio, y ambas influencias la dirigen á través de la vida como los vientos y las olas dirigen á la vez un barquichuelo. Tiene independencia en el modo de pensar y puede marchar sola en el mundo, puede ser tan esforzada como encantadora. Tiene la condición que he buscado toda la vida en otras mujeres y que no he podido encontrar hasta la hora presente sino en ella. ¡Dione debe ser mía! Siento por ella una doble pasión y la deseo en cuerpo y alma.

—¿Según esto no es tuya todavía? preguntó el sacerdote.

—No, en verdad, dijo Arbaces, me quiere como amigo, me quiere con la inteligencia solamente y me supone las virtudes vulgares que yo desdeño. Pero atiende al seguimiento de mi relato. Hermano y hermana eran jóvenes y ricos, Dione arrogante y ambiciosa, engreida por su ingenio, por su talento poético, por el atractivo de su voz y de su palabra. Cuando Apecides me dejó para entrar en el sacerdocio, ella se trasladó á Pompeya con el objeto de estar cerca de él, y aquí ha dado á conocer sus dotes naturales; ha reunido á muchos en su visita, les ha embelesado con su acento, les ha subyugado con su poesía y se ha complacido en figurar como una nueva Erinna.

—Ó como una Saffo, dijo Caleno.

—¡Saffo sin amor! prosiguió Arbaces. Yo he procurado más que otra cosa fomentar sus ímpetus juveniles, no he contrariado sus placeres ni sus inclinaciones vanidosas, he deseado enervarla entre las frivolidades y el lujo de esta población disipada, pero fíjate bien Caleno, el soplo abrasador con el cual debía no solo empañarse sino abrasarse el espejo ha pasado por delante de ella dejándola

intacta. Gustosamente la he visto rodeada de amadores fútiles y parlanchines que por fuerza debían serle antipáticos. De este modo quizás en los tranquilos momentos que alternan con la agitación mundana llegará el día en que pueda yo presentarme á la lucha con mis propios méritos, excitar su interés, encender sus pasiones y dominar su espíritu. Para todo esto no hay juventud ni hermosura ni chispeantes habladurías capaces de fascinar á Dione; preciso es conquistar por entero su imaginación, y la vida de Arbaces no es sino un contínuo triunfo sobre imaginaciones parecidas.

—¿De este modo según lo que indicas no temes poco ni mucho á tus rivales? dijo Caleno. Los galanes de Italia sin embargo no desconocen el arte de enamorar.

—No temo á nadie, repuso Arbaces: su alma griega desdeña á los zafios romanos, y se desdeñaría á sí misma si por un momento sintiese amor hacia un descendiente de tales advenedizos.

—Pero tú no eres griego sino egipcio, dijo Caleno,

—La tierra egipcia es madre de Atenas, contestó Arbaces: su Minerva tutelar es nuestra diosa: su fundador Cecrops era un fugitivo de Sais. Ya le he dicho todo esto á Dione y sabe también ella que en mis venas corre la sangre de las dinastías más antiguas del mundo. A pesar de cuanto llevo indicado me acosa de algún tiempo á esta parte un singular recelo. Advierto que está mas silenciosa que de costumbre, que gusta de las melodías tristes, que llora á veces sin razón ni motivo alguno. ¿Hay aquí un comienzo de amores? ¿Es solamente el deseo de amar? Sea como fuere ha llegado el caso de influir en su fantasía y en su corazón ora atrayendo la corriente del amor, ora haciéndola brotar á favor mío. Para que me ayudes en esta empresa he venido á encontrarte.

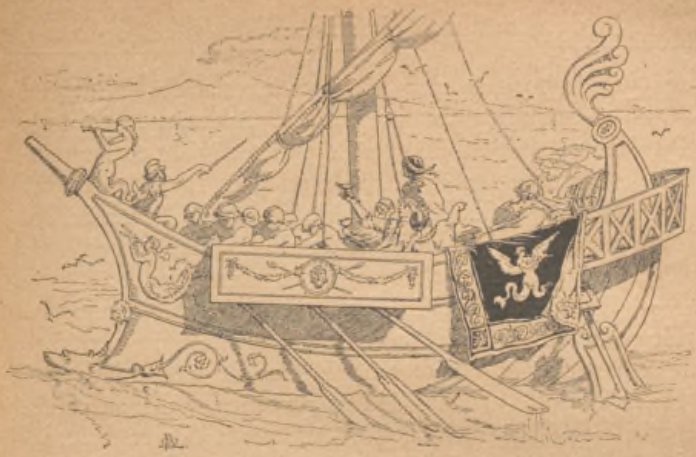
—¿Y que puedo hacer yo en favor tuyo? preguntó Caleno.

—Quiero invitarla muy pronto á una fiesta en mi casa,

dijo Arbaces; quiero deslumbrarla y desvanecerla por completo. Las artes con que el egipcio arrastra á los jóvenes novicios deben servirnos en esta ocasión, y le enseñaremos los secretos del amor bajo el velo de los misterios religiosos.

—¿Según eso, dijo Caleno, quieres que presencie alguno de aquellos voluptuosos banquetes á que asistimos con tanto gusto los sacerdotes de Isis echando en olvido los votos de abstinencia?

—No ciertamente, dijo Arbaces, no son para sus ojos tales escenas. Esto lo reservo para dominar al hermano en lo cual hemos de ocuparnos primero, y es tarea más fácil. Tú me ayudarás respecto á uno y otro punto y obrarás en todo según mis instrucciones.



CAPÍTULO V.

Donde se habla otra vez de la ramilletera. — Progresos del cariño.

PENETRABA gozamente el sol en la casa de Glauco inundando con el esplendor de sus nacientes rayos aquella hermosa estancia que, según antes hemos dicho, lleva hoy el nombre de Cuarto de Leda. No sólo daba paso á la luz la hilera de ventanillas situada en la parte superior de las paredes, sino también la puerta que salía al jardín, el cual venía á ser en las ciudades del Mediodía lo que es en otras partes el invernáculo. No permitían las dimensiones del jardín que sirviese para paseo, pero las diversas y olorosas plantas que lo adornaban lo hacían á propósito para la indolencia voluptuosa que tanto gustan de saborear los habitantes de climas cálidos. Los olores difundí-

dos por la brisa marina llenaban la estancia. Bellísimas flores enguirnaldaban las paredes. Además de Leda y Tyndaro veíanse en ellas un Cupido reclinado en las rodillas de Venus y una Ariadna dormida en la orilla del mar olvidando al pérfido Teseo. Alegre estaba la luz del sol sobre las paredes y sobre el variegado pavimento, pero más alegre todavía estaba el corazón del joven Glanco.

—¡Ayer la he visto! decía paseándose en el saloncito. ¡He podido escucharla! ¡conversar con ella! ¡oír el timbre de su voz cuando enaltece las glorias de nuestra patria! ¡He descubierto el ídolo de mis ensueños, y á manera del escultor de Chipre, he podido infiltrar la vida en las creaciones de mi mente!...

Más hubiera durado este amoroso soliloquio á no haberse presentado repentinamente en el umbral una joven, casi una niña, vestida con blanca túnica que le llegaba desde el cuello hasta los tobillos la cual tenía en una mano una cestita de flores y en la otra un vaso de bronce. Representaba en sus facciones alguna mayor edad de la que tenía realmente, si bien era su perfil suave y delicado, y aunque no pudiera llamarse muy hermosa, era vivaz en la expresión, agraciada por todo extremo, y al parecer muy sufrida. Triste y melancólico su rostro, no daba lugar á la sonrisa en sus bellísimos labios, y al ver la timidez de sus pasos y el vago relucir de sus pupilas, adivinábase la aflicción que pesaba sobre ella desde el nacimiento. Era cieguecita en verdad, pero en la órbita de sus ojos no había defecto, y sus resplandores, aunque velados, eran claros, serenos y sin nubes.

—Dícenme que está aquí Glauco, dijo ella. ¿Puedo entrar?

—¡Oh Nydia mía! ¿eres tú? dijo el griego. Bien sabía yo que te acordarías de venir á mi casa.

—Glauco se ha hecho justicia creyendo que yo no le olvidaba, replicó Nydia con rubor. ¿Pues no ha sido siempre bonísimo para la pobre cieguecita?

—¿Y cómo podía ser de otro modo? dijo Glauco en tono compasivo y con la ternura de un hermano.

Nydia suspiró, hizo un momento de pausa, y luégo sin responder directamente, continuó diciendo:

—¿Hace poco que has llegado, Glauco?

—El sol de esta mañana es el sexto que se levanta para mí en Pompeya, dijo Glauco.

—¿Y estás bueno? preguntó Nydia. Aunque á la verdad no debiera preguntarlo, dijo luego, porque bien debe estar bueno quien puede contemplar la tierra que dicen que es tan hermosa.

—Yo estoy bueno, dijo Glauco, ¿y tú, Nydia? Paréceme que has crecido. Será cosa el año que viene de que pienses lo que has de contestar á los novios.

Cubrió nuevamente el rubor las mejillas de Nydia y arqueó al mismo tiempo las cejas.

—Te he traído algunas flores, dijo ocultando su emoción. Poco valen, pero son frescas y recien cogidas.

Y en esto, buscando la mesita que estaba cerca de Glauco, dejó sobre ella la cesta.

—Viniesen de la misma Flora, dijo Glauco con galantería, no había de agradecerlas yo más que de tu mano. Y renuevo ahora el voto que hice á las Gracias de que en mi casa no han de usarse otras guirnaldas que las tuyas.

—¿Y cómo van este año las flores en tu viridario? preguntó Nydia, ¿están lozanas?

—Y muy lozanas, contestó Glauco. Se conoce que los Lares se han encargado de velar por ellas.

—¡Cuánto me alegro! dijo Nydia. Porque has de saber que he venido con frecuencia mientras estabas fuera para regarlas.

—No sé yo como darte las gracias, contestó Glauco, ¿cómo había de figurarme que dejaba tan cariñosa protección á mis queridas flores de Pompeya?

Temblábanle á la pobre niña las manos, y su respiración agitada se manifestaba en los ondulantes pliegues de

su túnica. Volvióse un poco de lado, llena de turbacion y dijo:

— El sol está hoy muy cálido para las pobres flores y deben echarme á menos, porque me encontraba enferma, y hace nueve días que no he venido á cuidarlas.

— ¡Enferma Nydia! exclamó Glauco. ¡Pues en tus mejillas hay más buen color que el año último!

— ¡Con frecuencia estoy enferma! dijo tristemente la cieguecita, y cada año es mayor el sentimiento que tengo por hallarme privada de la vista. ¡Pero déjame que vaya á las flores! añadió.

Y haciendo un saludo con la cabeza, dirigióse al viridario y ocupóse en el riego de las macetas.

— ¡Pobre Nydia! dijo Glauco no apartando de ella la vista. ¡No puedes ver la tierra ni el sol, ni el mar ni las estrellas, y lo que es peor, no puedes ver á Dione!

Volvió con esta exclamación á sus recuerdos de la última velada de los cuales le distrajo á pocos instantes la llegada de Claudio.

La prueba de cuanto había crecido y se había sutilizado su amor en una sola noche fué la de que á pesar de que antes hizo sabedor á Glauco de su primera entrevista con Dione y de la impresión que le había causado, sentía en aquel momento repugnancia extraordinaria á conversar de ella con su amigo. Había visto á Dione hermosa, pura, inmaculada, teniendo á su alrededor los jóvenes más disipados y alegres de Pompeya, embelesándoles y convirtiendo en respeto su audacia, cambiando la naturaleza de los menos delicados y contemplativos; y al revés de lo que sucedía en la fábula de Circe transformando á los irra-

cionales en hombres mediante el poder de sus hechizos. Los que no podían comprender su alma sentíanse al menos admirados por su hermosura: los que no tenían suficiente corazón para apreciar su poesía tenían al menos oído para escuchar el timbre de su voz. Viéndola rodeada de tal suerte, mejorando y enalteciendo cuanto estaba cerca de ella, Glauco sintió por primera vez toda la nobleza de su propio carácter, y comprendió cuán mal se avenían sus amigos y sus pasadas aventuras con la divinidad de sus pensamientos. Pareció como si un velo se apartase de sus ojos, y vió claramente la gran distancia que existía entre él y sus compañeros, cosa que la engañadora neblina de los placeres le había ocultado hasta entonces. Tenía el valor de aspirar á Dione y esto le enaltecía en su propio concepto, proponiéndose cumplir con el destino que le aconsejaba levantar sus miradas y sublimarse. Aquel nombre que se presentaba á su ardiente fantasía como sagrado y divino, no podía ya pronunciarlo ante oídos comunes y vulgares. Ya no era Dione la hermosa joven á quien había visto una vez y de quien guardaba vehemente recuerdo: era mucho más que esto: era el objeto de su culto. Este delicado sentimiento ¿quién no lo ha experimentado alguna vez? Si tú no lo experimentaste nunca, oh lector, no estuvistes jamás enamorado.

Por esto, en cuanto Claudio con afectados transportes empezó á enaltecer la hermosura de Dione, sintió Glauco fatiga y enojo de oír tales alabanzas en sus labios, y contestó con frialdad, de tal manera, que el romano imaginó que aquella pasión en lugar de inflamarse con la entrevista debía de haberse extinguido. Poca pesadumbre tuvo de esto Claudio, porque lo que él deseaba era que Glauco se uniese con heredera más rica que Dione, con Iulia, la hija del opulento Diomedes, cuyas piezas de oro ya veía el tahur en sus propias arcas. La conversación de entrambos no fué tan natural y seguida como acostumbraba ser-

lo, y en cuanto Claudio salió, dispúsose Glauco á encaminarse de nuevo hácia la casa de Dione. Ponía ya los piés en el umbral para salir de la suya, cuando topó con Nydia que había acabado su poética tarea, y ella conociendo al instante sus pasos le dijo:

—¡Sales hoy temprano, Glauco!

—¡Cierto! dijo el griego, los cielos de Campania desprecian á los dormilones.

—¡Qué no pueda yo ver esos cielos! exclamó Nydia en voz tan baja que no llegó su lamento á oídos de Glauco.

Permaneció por unos momentos la tesaliana en el umbral, y en seguida, guiando sus pasos por medio de un baston largo de que sabía servirse con gran destreza, tomó el camino de la casa en que habitaba. Pronto se alejó de las calles más vistosas y hallóse en cierto barrio, poco frecuentado á la verdad por las personas graves y de buen tono; á bien que la desgracia que sufría le ocultaba allí los groseros espectáculos del vicio. Por ser la hora tan de mañana estaban las calles quietas y silenciosas, y sólo se escuchaba algun rumor dentro de las sospechosas y oscuras guaridas por delante de las cuales iba pasando la niña con su habitual tristeza.

Llamó á la puerta de atrás de una especie de taberna la cual se abrió al momento, y un hombre de voz enronquecida le intimó que diese cuenta de los sextercios. No había tenido ella tiempo para dar la respuesta cuando una voz de mujer, menos bronca y vulgar que la del hombre, dijo á éste:

—No te acucies por ganancia tan pequeña. Ya verás tú como la voz de la chiquilla será pronto celebrada en los ricos festines de nuestro amigo, y bien sabes que paga á muy alto precio las lenguas de ruiseñores.

—¡Oh! yo espero que nó; yo aseguro que nó; exclamó Nydia. Mendigaré desde la mañana hasta la noche, pero no me enviéis á su casa.

—¿Y por qué? preguntó la que antes había hablado.

—¿ Por qué ? Porque soy niña y bien criada, y porque las mujeres que allí se encuentran no son buena compañía para mí, dijo Nydia.

— ¡ Cierto ; hay que buscar distinguidas compañías para una esclava de la casa de Burbo ! dijo irónicamente y soltando una carcajada la voz del hombre.

La tesaliana en esto dejó la cesta de las flores, ocultóse el rostro con las manos y lloró en silencio.

Mientras tanto Glauco había llegado á la casa de Dione y la encontró rodeada por las camareras que estaban trabajando á su lado. Tenía junto á ella el arpa, quizás porque aquel día se encontraba más ociosa y más pensativa que de costumbre. Parecióle á Glauco, á la luz de la mañana y sencillamente vestida, más hermosa que la noche anterior cuando ostentaba entre encendidas lámparas sus costosos joyeles, y no le desagradó la palidez de su rostro ni tampoco el vivo carmín de que se cubrió su frente al recibir la visita. Sabía Glauco el arte de lisonjear, pero toda lisonja espiró en sus labios á la vista de Dione, y decidióse á rendirle con sus miradas el principal homenaje. Hablaron de Grecia, y sobre este punto Dione gustaba más de escuchar que de hablar, al paso que Glauco tenía allí el tema favorito de su elocuencia. Describió los olivares de plateadas hojas que adornan las riberas del Iliso, y los templos despojados de su antiguo esplendor pero bellísimos en medio de su decadencia ; y trajo á la memoria con melancólicos detalles la ciudad del libre Harmodio y del magnífico Péricles, con todo el fervor de quien había contemplado la tierra de la poesía precisamente en la edad juvenil y asociaba por ello el sentimiento patriótico con la primavera de su vida. Dione le escuchaba callada y absorta, y encontraba más atractivo en su acento y en sus descripciones que en los cumplimientos exagerados de los que iban á cortejarla. ¿ Qué falta podía haber en encariñarse por un compatricio ? En él sentía el amor de Atenas. Los dioses de su raza, la tierra de sus ensueños ; todo

hablaba por la voz de Glauco... De allí adelante uno y otro se vieron todos los días.

Al caer de la tarde hicieron excursiones marítimas respirando el fresco ambiente dentro de la barquilla que se deslizaba sobre las aguas, ó bien durante la velada conversaron juntos en los pórticos ó en las salas de la casa de Dione. Súbito y poderoso había sido su afecto, y en él se concentraban por completo todos los manantiales de la existencia. Corazón, cerebro, sentidos, imaginación; tales eran de aquel cariño los sacerdotes y ministros. Quítese el obstáculo que separaba á dos objetos entre los cuales existe atractivo, y les veréis al momento unirse, identificarse uno con otro. Lo que á entrambos les admiraba era el que hubiese transcurrido tanto tiempo sin conocerse. Y ciertamente era cosa muy natural que estuviesen enamorados. Jóvenes, gallardos, inteligentes, iguales en el nacimiento y en la poesía del alma, ¿dónde podía haber unión más bella y mejor dispuesta? Creían ellos que el cielo sonreía al verles juntos, y como el que sufre persecución busca un asilo junto á los altares, así entendían que el ara de su amor debía ser un asilo contra las penas por lo cual se esmeraban en cubrirla de flores sin recelar que entre ellas pudieran introducirse las serpientes.

Un día, que era el quinto después de su primera entrevista en Pompeya, Glauco y Dione, con un corto número de escogidos amigos regresaban de una excursión marítima que habían hecho al rededor de la bahía. Bogaba el barquichuelo sobre las plácidas aguas cuyo bruñido espejo rompían tan sólo los goteantes remos, y miéntras los que iban en la embarcación conversaban alegremente unos con otros, Glauco se reclinó á los piés de Dione deseando mirarla frente á frente, y no atreviéndose casi á levantar los ojos. Después de un rato, exclamó Dione rompiendo el silencio:

—¡Pobre hermano mío! ¡Cuánto le gustaría estar ahora con nosotros!

—Me hablas de tu hermano y no le conozco todavía, dijo Glauco. Pensando en tí no he tenido tiempo de preguntarte por nadie. ¿Era tu hermano el que te acompañaba en el templo de Minerva en Neápolis?

—Era mi hermano, contestó Dione.

—¿Y se encuentra aquí? dijo Glauco.

—Efectivamente, repuso ella.

—¿Pues cómo, hallándose en Pompeya, preguntó Glauco, no está siempre contigo?

—Porque tiene otros deberes, dijo Dione con tristeza. Porque es sacerdote de Isis.

—¿Tan jóven, exclamó Glauco, y es sacerdote de un culto que somete á tan rígidas observancias? ¿Quién le indujo á ello?

—Su carácter entusiasta y fervoroso, contestó Dione, y además el influjo de un egipcio que es amigo y tutor nuestro y que despertó en él un piadoso deseo de consagrar su vida á la mística divinidad del Nilo. Quizás la misma severidad de este culto fué para él un atractivo poderosísimo.

—¿Y no se arrepiente de haber entrado en la regla? Supongo al menos que está contento con su estado, dijo Glauco.

Dione en esto suspiró profundamente y cubrió sus ojos con el velo.

—Lo que yo deseo, dijo después de un momento de silencio, es que no resulte su vocación precipitada. Como todos los que tienen grandes aspiraciones se halla quizás dispuesto á rebelarse.

—¿Segun eso no es afortunado en su carrera? exclamó el griego en tono ardiente. ¿Y quién era el egipcio? ¿Era sacerdote? ¿Tenía algún interés en allegar reclutas para el templo?

—No lo tenía, contestó Dione. Su interés estaba en nuestra dicha y creía favorecer á mi hermano coadyuvando á sus deseos. ¡Éramos huérfanos!

—¡Como yo! dijo Glauco con tristeza.

Fijó Dione su mirada en Glauco, y añadió:

—Arbaces quiso reemplazar á nuestro padre. Bien deberías conocerle porque gusta del talento.

—¿Arbaces? Ya le conozco, repuso Glauco, ó por lo menos puedo decir que le hablo cuando le encuentro. Pero antes de haber oído lo que dices en elogio suyo, no hubiera dado un paso para estrechar con él mis relaciones. Mi corazón se inclina fácilmente á los que valen más que yo, pero aquel sombrío egipcio, con su frente ceñuda y su helada sonrisa, paréceme capaz de ennegrecer al mismo sol. Como Epiménides el cretense debe haber permanecido Arbaces cuarenta años en una caverna y ahora se encuentra extraño á la luz del día.

—Como Epiménides es bondadoso, instruído y tiene bellos modales, dijo Dione.

—Feliz él, puesto que tú le alabas. Ya me parece que le voy queriendo, contestó Glauco.

—Su calma y frialdad, continuó Dione sin darse por entendida del requiebro, provienen seguramente de sufrimientos antiguos. Del mismo modo ese Vesuvio que hoy aparece á nuestros ojos tan calmoso y tranquilo, contenía en otro tiempo terribles fuegos que para siempre se apagaron.

Al llegar á este punto dirigieron ambos su mirada á la montaña hacia donde había señalado Dione. Todo el firmamento estaba lleno de rosadas nubecillas, pero en la negra cumbre vesuviana que se levantaba sobre las viñas y bosquecillos de sus laderas, se había formado una densa y oscurísima nube, única señal de mal agüero en aquel paisaje. De una manera inexplicable y súbita sintiéronse ambos entristecidos; y como la simpatía les había enseñado al menor síntoma de conmoción, al más leve presentimiento de un daño, á buscar refugio el uno en el otro, apartaron á un mismo tiempo los ojos del monte y miráronse mútuamente con indecible ternura. ¿Qué necesidad tenían de decirse con palabras que estaban enamorados?

CAPÍTULO VI.

El pajarero coje en sus redes el pájaro que había escapado, y tiende nuevos lazos para otra víctima.

En la historia que vamos relatando los acontecimientos avanzan rápidamente como las peripecias de un drama. Época es aquella á que nos referimos en la cual bastaron días para dar á los frutos la madurez de un año.

Poco había visitado Arbaces la casa de Dione en los últimos tiempos, y al hacerlo, no había encontrado á Glauco, ignorando por consiguiente que el amor se interponía como un obstáculo entre él y los proyectos que había concebido. Ocupado especialmente en lo relativo al hermano de Dione, vióse obligado á ocuparse menos de

ella. Su altanería y amor propio se habían despertado y puesto en alarma viendo el rápido cambio que se efectuaba en el espíritu del joven, y temía perder, con respecto á sí mismo un discípulo dócil, y con respecto á Isis un servidor entusiasta. Apecides había dejado de buscarle y de consultarle: no se le encontraba en ninguna parte; apartábase ceñudamente del egipcio, y aun echaba á correr cuando le veía de lejos. Arbaces, cuyo activo y dominador espíritu tenía por costumbre subyugar á los demás, no pudo sufrir que aquél á quien consideraba como hechura suya se le escapase de las manos, y resolvió, interiormente, que esto no había de ser y que no sería.

En esto andaba pensando, mientras atravesaba un bosquecillo situado en el recinto de la ciudad, entre su casa y la de Dione á la cual se encaminaba, cuando apoyado contra un árbol, y mirando al suelo, divisó al joven sacerdote de Isis á quien sorprendió con su presencia.

Púsole amistosamente la mano sobre el hombro y llamóle; más, al oír su nombre, Apecides hizo ademán de alejarse.

—Hijo mío, dijo el egipcio, ¿qué ha pasado entre nosotros puesto que huyes de mi presencia?

Quedóse Apecides pensativo, y sin volver palabra, con los ojos clavados en tierra, con temblor en los labios y con el pecho jadeante.

—Háblame, amigo mío, prosiguió el egipcio, háblame. Algo debe de apesadumbrar tu espíritu. ¿Qué tienes que decirme?

—¿Á tí? ¡Nada! dijo Apecides.

—¿Y por qué no soy digno de tus confidencias? preguntó el egipcio.

—Porque eres enemigo mío, contestó el joven.

—Vamos á ver cómo se entiende esto, dijo Arbaces á media voz.

Y quieras ó nó, cogió el brazo del joven con el suyo y

le llevó á sentarse en uno de los poyos que había en el bosque, donde la expresión cavilosa de entrambos bien se avenía con la soledad y con las sombras que allí reinaban.

Aunque Apecides estaba en la flor de los años, parecía más gastado que el egipcio. Sus facciones regulares y delicadas mostrábanse cubiertas de palidez, y en sus ojos no brillaba otra cosa sino la fiebre. Se había encorvado precozmente su talla, y en sus manos mujeriles veíanse las azules y abultadas venas que indicaban el relajamiento de sus fibras. Semejábase mucho á Dione en el rostro, pero no tenía la expresión tranquila, majestuosa y clásica de su bella hermana. En ella era visible el entusiasmo, bien que templado y armónico, y de aquí el atractivo de su fisonomía en que se manifestaba un espíritu constantemente en reposo pero nunca dormido. En Apecides todo revelaba el fervor y la pasión de su temperamento, y á juzgar por su inquieta y ardorosa mirada, por la anchura de las sienes que era grande comparada con la distancia del cabello á las cejas, y por el temblor impaciente de sus labios, comprendíase que la parte intelectual de su naturaleza estaba dirigida y sojuzgada por tendencias imaginativas é ideales. La fantasía de la hermana se había detenido ante la meta de oro de los encantos poéticos; menos feliz y menos enfrenada la del hermano divagaba entre visiones incorpóreas é impalpables. De esta suerte las facultades que en Dione eran talento, corrían peligro de ser demencia en Apecides.

—Me has dicho que soy tu enemigo, díjole Arbaces, y yo adivino la causa de esta acusación injusta. Te he colocado entre los sacerdotes de Isis, y ahora te revuelves contra sus engaños y supercherías: crées que yo también por mi parte contribuí al engaño: se ha ofendido tu lealtad y has acabado por tenerme en mal concepto.

—Bien conocías tú las engañifas de esta farsa malamente llamada culto religioso, contestó Apecides. ¿Por

qué las ocultaste ? Cuando me instabas vivamente á que tomase el hábito que ahora llevo, no me hablabas de otra cosa que de la santa vida de aquellos hombres dedicados á la sabiduría, y después de esto me encuentro, gracias á tí, formando parte de un hato de ignorantes y groseros que sólo entienden de sus embustes y falsedades. Me hablabas de sacerdotes que sacrificaban los placeres del mundo al cultivo excelso de las virtudes, y me colocaste entre gentes ennegrecidas por todos los vicios. Me hablabas de amigos, de guías del linaje humano, y no veo cerca de mí, sino fulleros y trampistas. ¡ Bajamente obraste conmigo, Arbaces ! Me quitaste la aureola de la juventud, marchitaste mi confianza en la bondad del mundo, extinguiste, sin apagarla, mi sed de santidad que yo esperaba satisfacer por medio de la ciencia. Joven era yo, rico, ardiente, con todos los placeres de la tierra ante mis ojos, y resignéme sin pena, gustosísimo, exaltado á dejarlo todo para penetrar en los altos misterios del saber divino; todo lo dejé en cambio de la compañía de los dioses, de las revelaciones del cielo... y ahora ¿ qué es lo que tengo ?... ¿ qué es lo que tengo, Arbaces ?

Interrumpióle un sollozo al llegar á este punto, cubrióse el rostro con las manos y echó á llorar amargamente.

—Las promesas que te hice, dijo Arbaces, debo cumplirlas, amigo y discípulo mío. Aquello de que te quejas no han sido más que pruebas para templar tu ánimo : ya se acabó el noviciado, y debes olvidarte de esos engaños y ficciones que sirven para el vulgo. Justo es que en adelante no te veas mezclado con los servidores de última fila, con los esclavos atrienses de nuestra diosa. Debes penetrar en el sagrado recinto, y aun para eso has menester que yo sea el guía, el ministro sacerdotal. De este modo comprenderás el valor de mi amistad que hoy desprecias, y vivirás para bendecirla.

El joven, oyendo estas palabras, levantó la cabeza con asombro y miró vagamente al egipcio.

—Óyeme, continuó Arbaces, mirando en derredor para asegurarse de que estaban solos. Óyeme, dijo en tono solemne: bien sabes que del Egipto deriva todo el saber del mundo y que de allí traen su origen las enseñanzas de Atenas y las profundas leyes de Creta. Del Egipto vinieron también aquellas antiquísimas y misteriosas tribus que poseían gran caudal de conocimientos y apreciaban las delicadezas de la vida intelectual mucho antes de que las hordas Romúleas se esparramasen por las llanuras de Italia y convirtiesen aquella prístina y refinada civilización en barbárie y oscuridad. Del Egipto vinieron los ritos y la grandeza de la augusta Cere, cuyos habitantes vencieron á sus férreos dominadores de Roma enseñándoles lo más elevado de la religión y del culto. ¿Y por qué manera crees tú, oh joven, que el antiquísimo Egipto que ha dado el sér á tantas naciones, llegó á la cumbre de su grandeza y descolló por su ciencia sobre la región de las nubes? Pues fué únicamente por sus misteriosas y sacratísimas prácticas religiosas. Vuestras modernas naciones sacaron del Egipto su grandeza; el Egipto sacó la suya de sus tradiciones sacerdotales. Recogido el espíritu y como replegado en sí mismo, los antiguos ministros de Dios, en las orillas del Nilo desearon influír sobre lo más noble que tiene el hombre, que es el alma y el pensamiento; sintiéronse inspirados por el móvil más grande que pueda exaltar á los mortales; y de las revoluciones que observaron en los astros, y de las estaciones de la tierra, y del grandioso y permanente ciclo de los destinos humanos, formaron una altísima alegoría que representaron ante el vulgo por medio de los dioses y las diosas, dándole á esta alegoría en realidad el nombre de Régimen del mundo, dándole para el pueblo el nombre de Religión. Isis es una fábula: no te sobresaltes por ello: la diosa es nada; pero lo que ella representa es verdadera y típica existencia. La Naturaleza, simbolizada por Isis, es madre de todas las cosas; oscura, antiquísima, ines-

crutable, reserva sólo en parte el conocimiento de sus misterios á un corto número de elegidos. « Ningún mortal ha levantado mi velo, » dice la Isis á quien tú adoras, pero el sabio, sin embargo, ha podido remover la punta de este velo y ha contemplado cara á cara, la sublime hermosura de la gran Madre. Con esto los sacerdotes fueron bienhechores, civilizadores del hombre al mismo tiempo que eran impostores y falaces. ¿Piensas tú, oh joven, que si no hubiesen engañado al entendimiento humano hubieran podido servirle? Cegado ha de estar el ignorante y rastrero vulgo para alcanzar su propio provecho; que no le es dado penetrar la fuerza de una máxima, pero le es dado en cambio reverenciar un oráculo. Rige el Emperador de Roma distintas partes del mundo y manda sobre diversas razas, uniendo y concordando elementos opuestos para conseguir la paz, el órden, el derecho, la tranquilidad en la vida común. ¿Puede hacer esto por sí mismo el imperante? Nó, en verdad: es la pompa, el respeto, la majestad lo que obra este prodigio. Si esto son engaños é imposturas, lo son también nuestros oráculos y adivinaciones, nuestras ceremonias y ritos, pero esto como aquello son procedimientos para conservar la autoridad. Iguales medios para idénticos fines: lo que importa es conseguir la bondad y la armonía en el entendimiento humano. Veo que me escuchas atento y arrobado y que empiezas á penetrar en mis conceptos.

Apecides permanecía silencioso, pero cambiaba con rapidez la expresión del rostro y las actitudes, denotando el efecto que le producían las palabras del egipcio realzadas como lo estaban, por el tono de voz, las maneras y el continente.

— Puesto en orden el cáos de las sociedades humanas, prosiguió Arbaces, esto es, habiendo obligado á la muchedumbre á que obedeciese y prestase acatamiento á unos pocos, nuestros antepasados de la comarca del Nilo, entregáronse á nuevas y grandiosas meditaciones, y conclu-

yeron acertadamente que la sabiduría no debe ser tenida por inútil, en pos de lo cual inventaron códigos y procedimientos legales, y artes suntuarias y comodidades para la vida. Buscaban creencias y regalaban al mundo el bienestar. ¿No eran, pues, una virtud sus artificios? ¿Y sin desdeñar la más divina y benéfica esencia que pueda manifestarse en la contemplación de los altísimos cielos, ¿no será bueno, á semejanza de lo que hacían los antepasados, volver los ojos á este mundo y aprobar la sabiduría humana que tales obras produjo? Concretándonos á lo que te importa en este momento, comprenderás que los altares de nuestra divinidad tradicional deben tener servidores, pero que deben tenerlos de otra clase que aquellos estólidos y ruines á quienes has tenido ocasión de conocer, los cuales no son más que estacas y garabatos para poner las cuerdas y tender la ropa. Guarda en la memoria dos máximas que Sexto Pitagónico había sacado de las doctrinas egipcias. La una dice: no hables de Dios á la muchedumbre. La otra dice: el hombre digno de Dios, es un dios entre los hombres. Como el talento dió á los ministros del culto egipcio en pasadas edades aquel imperio que hoy vemos tan espantosamente decaído, así es preciso también que su restauración se verifique por medio del talento. En tí he visto, Apecides, un discípulo afecto á mis lecciones, un ministro afecto á los grandiosos fines que todavía podemos alcanzar: por tu energía, capacidad, pureza de fe y juvenil entusiasmo, te he juzgado á propósito para una profesión que tan bellas cualidades presupone y ve ahora la razón porque alenté tu fervor sagrado y por qué no dejé de estimularte en el instante decisivo. Me haces cargos actualmente porque no te hablé de las tretas, mañas y ardides de los que iban á ser tus compañeros, y es la verdad que si lo hubiese hecho, Apecides, no hubiera logrado mi propósito. Habríase alarmado tu noble naturaleza y habría perdido Isis un sacerdote.

Apecides en esto exhaló una especie de gemido de lo

más hondo del pecho, pero el egipcio continuó su discurso sin hacer caso de la interrupción.

—Te he colocado en el templo sin preparación alguna, dijo, porque he querido que descubrieses, por tí mismo, las necedades con que se embauca al rebaño popular, y que bien sabía yo que habían de darte náuseas. He querido, que por tu propio impulso, desearas conocer de qué manera dirigen toda esta máquina aquellos para quienes brota y se levanta en los aires la fuente que refresca el mundo. He querido que pasaras el aprendizaje establecido para todos los sacerdotes de Isis, porque este aprendizaje sirve para distinguir á unos de otros, y mientras á los que se acomodan á las imposturas vulgares se les deja que las practiquen, á los que teniendo más elevada naturaleza, como tú, repugnan el proseguirlas, se les abren de par en par los dorados secretos que la religión contiene. Gústame el encontrar en tí lo que había esperado. Pronunciáste un voto y no puedes retroceder: avanza, pues, resueltamente: yo te enseñaré el camino.

—¿Y qué vas á enseñarme, singularísimo Arbaces? dijo el joven. ¿Vas á mostrarme nuevas farsas, nuevas mojigangas?

—Nó ciertamente, contestó el egipcio. Si te he conducido hasta ahora á los abismos de la duda, quiero llevarte desde hoy á las celsitudes de la fe. Víste los tipos falsos y debes conocer las realidades que representan. No hay apariencia que no sea substancial. Vé á mi casa esta noche. Dáme tu mano.

Con este lenguaje del egipcio, conmovido el joven, excitado y fuera de sí, estrechó la mano que el otro le ofreció, y separáronse el maestro y el discípulo.

Cierto que para Apecides era muy difícil la retirada, puesto que había hecho voto de soltería y se había entregado voluntariamente á una regla que según después comprendió, le obligaba á sobrellevar las austeridades del fanatismo sin los consuelos de la fe. Por esto era natural

que deseara todavía reconciliarse con su destino ya que lo tenía por irrevocable; y por otra parte la poderosa inteligencia del egipcio, avasallaba su imaginación juvenil, y llevándole á vanas cavilaciones y conjeturas, le mantenía entre el temor y la esperanza.

En cuanto se despidió de Apecides, continuó Arbaces grave y pausadamente su camino hacia la casa de Dione. Al entrar en el tablino llegó á sus oídos una voz que provenía al parecer de álguien que debía encontrarse en los pórticos del peristilo, y si bien resonaba armónicamente, como que era la voz del joven Glauco, oyóla con gran disgusto, y sintiendo por primera vez involuntario estremecimiento de celos.

Entró en el peristilo y vió á Glauco sentado junto á Dione. El surtidor del fragante jardincillo lanzaba al aire sus plateadas gotas y templaba con deliciosó frescor el bochorno del día. Cerca de Dione estaban sus camareras como de costumbre, porque entre la libertad de su vida no permitía que sufriesen mengua la delicadeza y el decoro. A los piés de Glauco yacía la lira en la cual había mo-

dulado poco antes en obsequio á Dione una de las bellísimas tonadas de Lesbos. Era en verdad el grupo que se presentaba á los ojos de Arbaces bella manifestación de la peculiar y refinada poesía que acostumbramos justamente atribuír á las usanzas de los tiempos clásicos; era un precioso cuadro el que formaban las marmóreas columnas, las macetas, las blancas y reposadas estátuas cerrando toda perspectiva y dando relieve escultural á los dos jóvenes cuyo retrato plástico hubiera inspirado ó desesperado quizás á un artista.

Detúvose Arbaces por un momento mirando á la gentil pareja y perdió algún tanto la serenidad y el dominio de sí mismo. Hizo sin embargo un esfuerzo para calmarse y adelantóse pisando muy quedo y de tal manera que ni le oyeron los criados ni mucho menos Dione y su amigo.

Glauco decía:

—Y á pesar de lo que hablamos en elogio de los poetas es la verdad que cuando estamos enamorados nos parece que no entienden de amores poco ni mucho. Cuando sale el sol desaparece el brillar de las estrellas, y son los poetas estrellas de la noche que ante el sol del amor pierden su brillo.

—¡Brillante y delicada imagen, noble Glauco! dijo Arbaces.

Sobresaltáronse los dos jóvenes y vieron detrás del sitial que ocupaba Dione la fría y sarcástica fisonomía del recien llegado.

—¡Presentación repentina! dijo Glauco levantándose y haciendo esfuerzos para sonreírse.

—Nada mas natural para el que está seguro de ser bien recibido, contestó Arbaces.

Y en esto se sentó é indicó también á Glauco que se sentara.

—Cuanto me place veros juntos, dijo Dione, porque me parece adecuado vuestro carácter y entiendo que habéis de ser amigos.

—Devuélveme á lo ménos quince años de vida si quieres igualarme á Glauco, replicó el egipcio. Yo aceptaria su amistad con mucho gusto, pero ¿qué le doy en cambio? ¿Puedo hablarle de lo mismo que él me hablará seguramente? ¿de banquetes, de guirnaldas, de caballos Parthos, de azares del juego? Todo eso corresponde á su edad y á su estado y á su carácter, pero no me corresponde á mí.

Esto diciendo el astuto egipcio fijó la vista en el suelo procurando observar de soslayo que efecto le hacian á Dione las insinuaciones relativas al carácter del visitante pero no quedó muy satisfecho de su exámen.

Glauco por su parte, aunque se encendieron un poco sus mejillas, apresuróse á responder con la sonrisa en los labios, llevando sin duda la intención de humillar y desconcertar al egipcio.

—Bien dices, discreto Arbaces, dijo Glauco. Podemos estimarnos uno á otro pero no es fácil que lleguemos á ser amigos. Falta en mis banquetes la sal misteriosa que dicen que hay en los tuyos, y debo aguardar algún tiempo antes de tener tu edad. Cuando llegue este caso ¡por Hércules! si es que juzgo prudente apurar todos los goces de que puede rodearse un hombre provecto, sabré tambien echar á broma las galanterías juveniles.

El egipcio dirigió á Glauco una vivísima y penetrante mirada y contestó friamente:

—No te entiendo de un modo cabal, Glauco, pero ya me hago cargo de que el ingenio luce en la oscuridad.

Volvió la cabeza al decir esto con una imperceptible y desdeñosa risita, y después de un momento de silencio dijo á Dione:

—No he tenido la suerte, Dione hermosísima, de encontrarte en casa las dos ó tres veces que he llegado últimamente á tu vestíbulo.

—La calma del mar me ha tentado, respondió Dione un poco confusa, y he salido al caer de la tarde.

Poco se fijó Arbaces al parecer en la turbación de Dione, aunque bien la habia notado, y contestó con tono amable:

— Sabes lo que dice el antiguo poeta: las mujeres siempre en casa, y allí charlando.

— Este poeta era un cínico y detestaba á las mujeres, se apresuró á responder Glauco.

— Hablaba según los usos de su tierra, y esta tierra era la jactanciosa Grecia, replicó Arbaces.

— Otros tiempos, otras costumbres, repuso Glauco, y si los antiguos griegos hubiesen conocido á Dione habrian cambiado su norma en este punto.

— Estos bellos cumplidos ¿los aprendiste en Roma? dijo Arbaces procurando reprimirse.

— No es fácil aprenderlos en Egipto, contestó Glauco haciéndose el distraído y jugando con el collar.

Apesaróse Dione viendo cuán poco camino llevaban de ser amigos entre sí los dos visitantes, y dijo para interrumpir su diálogo:

— Yo creo que Arbaces no debe ser tan severo para su pobre pupila. Si por huérfana y privada de los cuidados maternos he debido usar de mi libertad como usan los hombres de la suya, ni me he igualado en costumbres con las mujeres romanas, ni he adoptado siquiera las que debieran adoptarse en Grecia. Unidas con la libertad pueden desarrollarse las virtudes del hombre ¿porqué razón dejarían de combinarse en la vida de las mujeres? La esclavitud que os asusta y os agobia ¿puede ser para nosotras un preservativo? Grave error han cometido los hombres, á lo que entiendo, figurándose que la naturaleza en las mujeres es tan distinta que hasta merece leyes para impedir su desarrollo. Será quizás inferior nuestro espíritu, pero no es incapaz de libertad, y cuando se cohibe á las mujeres se daña á los hijos que por ellas deben ser educados, se daña tambien á los maridos que en ellas pudieran encontrar un buen consejo.

Callóse Dione y difundióse por su rostro un súbito carmín, donde se manifestaba el recelo de haber dicho demasiado. A la verdad no temía ella tanto el efecto que pudieran causar sus palabras en el austero Arbaces como el que pudieran causar en el cortesano Glauco, porque la opinion de éste le interesaba mucho y no era costumbre de los griegos el dar á las mujeres que merecian delicado concepto la libertad y la posición social de que disfrutaban en Italia.

—¡No cambie nunca tu pensar, oh Dione! dijo Glauco. ¡Guíate siempre por tu buen corazón! Feliz hubiera sido la Grecia si hubiese tenido en las mujeres de familia los atractivos intelectuales que tanto se han celebrado en las menos dignas. No hay decadencia en la libertad ni en el saber cuando las mujeres honradas sonrien al hombre libre y alientan al hombre sábio.

Arbaces no tomó parte de nuevo en estos discretéos, porque ni le convenía chocar con la opinión de su pupila ni adoptar la del griego, y así fué que después de una conversacion embarazosa y breve, Glauco tomó el partido de despedirse.

Cuando Arbaces se quedó solo con la bella neapolitana, aproximó el asiento, y tomando el tono meloso con el cual solía envolver los artificios y malas intenciones de su carácter, le dijo:

—No vayas á figurarte, querida pupila, (si me es lícito llamarte de este modo), que yo quiera poner trabas á esa libertad de que sabes hacer un empleo tan perfecto; pero aun cuando no alcanza á la que usan las damas romanas, como tú acertadamente dijiste, creo que nunca estará de sobra el que seas con ella muy circunspecta mientras permanezcas soltera. Puedes continuar atrayendo á tus piés á los elegantes, á los de florido ingenio y aun á los sabios; puedes continuar hechizándoles con tu conversación como Aspasia, ó con tu música como Erinna; pero no hay que olvidarse de las malas lenguas, y en tanto que excitas

la admiracion debes tener mucho cuidado con la envidia.

—¿Qué quieres decir Arbaces? dijo Dione sobresaltada. Eres mi amigo y te interesas por mi bienestar y por mi fama. ¿Qué me das á entender con tus palabras?

—El ser tu amigo me enorgullece, continuó Arbaces. Lo soy de veras. ¿Pero puedo hablarte sin reserva y sin temor á tu enojo?

—Así debes hacerlo, dijo Dione.

—Pues bien, replicó el egipcio, á ese disipadillo, á ese Glauco ¿hace mucho tiempo que le conoces? ¿le has visto con frecuencia?

La mirada de Arbaces era escrutadora como si quisiera penetrar en lo mas íntimo del alma, y Dione resistiéndola con una especie de miedo inexplicable, le contestó:

—Presentáronle en mi casa como compatricio de mi padre y aun puedo decir como compatricio mío, y hace de esto algunos días, ¿pero á qué es la pregunta?

—Yo creía que le conocías de más tiempo, dijo el egipcio. ¡Bajo calumniador es por cierto!

—¿Cómo es eso Arbaces? ¿Qué es lo que dices? exclamó Dione.

—¡Déjalo! repuso Arbaces. No vayas á enojarte con aquel que no es digno de semejante honra.

—¡Pero habla! insistió Dione. ¿Qué ha dicho Glauco? O mejor ¿en qué supones tú que ha podido ofenderme?

Poco le agradó al egipcio que se le atribuyera suposición en las insinuaciones que adelantaba, pero disimuló lo mejor que pudo y prosiguió diciendo:

—Ya tienes noticia de sus costumbres y aventuras, y de los amigos que le rodean. Sus únicas ocupaciones son la mesa y los dados. Viviendo en comunidad con los viciosos ¿cómo ha de soñar siquiera en las virtudes?

—Hablas todavía con enigmas, replicó Dione. Por los dioses te conjuro á que te espliques claramente.

—Sea de este modo, continuó Arbaces. Has de saber, Dione mía, que ese Glauco, ayer mismo en los baños

públicos, se estaba jactando de ser amado por tí. Dijo que le divertía la cosa, pero hay que hacerle justicia, se deshizo en alabanzas con respecto á tu hermosura. ¿Quién pudiera negarla? Mas en cuanto alguno de sus camaradas, Claudio ó Lépido que eso muy poco importa, le preguntó si iba á contraer nupcias contigo y si era llegado el caso de poner enramada en las puertas echóse á reir á carcajada tendida.

—¡Esto es imposible! ¿Quién te ha dicho una mentira como esta? dijo Dione.

—Supongo que no quieres averiguar todo lo que han dicho los insolentes mozuelos que han divulgado la historia por la ciudad, contestó Arbaces. Puedes estar segura de que yo mismo al principio me resistí á creerlo: pero hay tales testigos de oidas que, aunque penosamente, he debido convencerme y te lo cuento con disgusto.

Reclinóse Dione muy abatida, y su rostro quedó más blanco que la columna en que se apoyaba.

—Mucho enojo he sentido, continuó diciendo Arbaces, de que tu nombre corriera de boca en boca ni más ni menos que el de una bailarina. Quería venir esta mañana para advertirte creyendo encontrarte sola. Llego, y me encuentro con Glauco. No estrañes que no haya podido contenerme y que haya dejado traslucir mi antipatía. Descortés he sido en tu presencia. ¿Perdonas esto á tu buen amigo, Dione?

Dione puso su mano en la del egipcio pero no replicó palabra.

—No hablemos ya de este particular, dijo él; mas entiende por mi aviso cuanta prudencia necesita el estado en que te encuentras. Deja de entristecerte, porque una tontería como esta no debe ocupar por mucho tiempo el entendimiento de Dione. Los insultos ofenden cuando provienen de persona á quien damos nuestro afecto, y la persona que merezca el amor de Dione debe estar muy alta.

—¡Amor! ¡Sí, ciertamente! ¡Amor! esclamó Dione, sonriendo y temblando á la vez.

De este modo en aquellos tiempos lejanos y entre un sistema social que tanto se diferenciaba del moderno, las pequeñas causas interrumpían el curso de los amores, como hoy sucede. Celos cavilosos, enmarañadas calumnias, charlatanerías de ociosos ó de malvados todo se ponía en juego, entonces como ahora, para romper un tierno afecto. Cuando una barca navega sobre la tranquila superficie de las aguas, dice la fábula que basta para detenerla un pececillo de ínfima especie el cual tiene la costumbre de pegarse á la quilla. Siempre ha sucedido lo mismo con el corazón humano, y ciertamente no formaríamos exacta idea de la novela y de la historia si no comprendiésemos la permanencia de los móviles que hoy vemos puestos en acción en nuestra vida doméstica.

El egipcio había sido hábil buscando el lado flaco en el carácter de Dione. Diestramente dirigió el ponzoñoso dardo contra el orgullo, y creyó que había muerto para siempre lo que él entendía ser un naciente devanéo supuesto el poco trato que había mediado entre Dione y Glauco. Cambió entonces de asunto y habló con Dione de su hermano. Poco duró sin embargo la conversación, y al retirarse llevó Arbaces el decidido propósito de ver á su pupila todos los días y de vigilarla.

No bien hubo salido Arbaces del peristilo, cuando la altivéz y el disimulo mujeril abandonaron á la pobre víctima que prorrumpió en amargo y apasionado llanto.

CAPÍTULO VII.

Diversiones de un ocioso en Pompeya. — Copia en pequeña escala de los baños de Roma.

CUANDO Glauco dejó la compañía de Dione andaba ligero como si bebiese los vientos, tanta era la satisfacción que había experimentado en la entrevista comprendiendo por vez primera que su amor quedaba perfectamente correspondido y que podía guardar para lo venidero las mejores esperanzas. Estaba lleno de

embeleso y pareciale que tierra y cielo eran demasiado pequeños para contener su dicha.

Sin imaginar ni mucho menos que dejaba un enemigo detrás de él, había olvidado las pullas de Arbaces y hasta la existencia de semejante hombre. Atravesó las animadas calles talareando gozosamente la melodía que tanto había gustado á Dione, y encontróse á poco en la calle de la Fortuna, bellísima con sus aceras resaltadas, con sus fachadas pintadas al fresco, con sus portales abiertos que dejaban ver al transeunte las pinturas interiores. Topábase en los extremos de la vía transversal con arcos de triunfo, y esto daba severidad y aspecto artístico á todo el barrio. En cuanto Glauco llegó á la esquina de la calle del Foro donde se hallaba el templo de la Fortuna, el pórtico de aquel bello edificio servía como de marco y decoración elegante á la animada agrupación de los desocupados. Dícese que aquel templo fué construído por la familia de Cicerón ó quizás por el mismo Marco Tulio, y era un excelente modelo de arquitectura romana. Estaba erigido sobre un podio un poco alto; y entre dos escalinatas laterales que subían al rellano encontrábase el altar de la diosa. Sobre este rellano y en toda su anchura, veíase una gradería encima de la cual descansaba el pórtico, cuyas estriadas columnas entre uno y otro capitel tenían guirnaldas de preciosas flores. A entrambos lados del templo había estatuas labradas por artífices de Grecia, y á poca distancia, ornamentado con trofeos de bronce, se divisaba el arco triunfal que tenía por remate una estatua ecuestre de Calígula.

Muchos eran los que estaban reunidos en la plazoleta frente al templo: unos estaban sentados en bancos y discutían los asuntos políticos del imperio; otros conversaban sobre la próxima fiesta del anfiteatro; algunos, que eran jóvenes, dilucidaban los méritos y perfecciones de una hermosa; porfiaban los de otro grupo criticando el último espectáculo; los de más allá, ya entrados en años,

calculaban las ganancias de su comercio con Alejandría. Entre estos se encontraban muchos mercaderes con holgado y característico traje oriental, llevando chinelas coloreadas y adornadas con piedras preciosas y andando muy serios y muy compuestos, al revés de los itálianos vestidos con ligeras túnicas y vivos en el gesticular como pueblo impaciente y movedizo que se valia siempre, junto con el habla, de signos y posturas para expresar sus conceptos. Aun hoy conservan sus descendientes este carácter, y no falta un erudito y curioso libro sobre el geroglífico de sus ademanes.

Metiéndose por entre los grupos hallóse Glauco á pocos momentos rodeado por sus amigos, troneras y decidores hasta lo sumo.

—¿Por dónde andas? exclamó Salustio. Hace un lustro que no te veo.

—¿Y qué has hecho tú durante este lustro? díjole Glauco. ¿Qué golosinas ha descubierto tu paladar?

—Dedícome ahora á la ciencia, respondió Salustio. Estoy haciendo experimentos sobre el modo de cebar lampreas. Desconfio sin embargo de llevar esto á la perfección que alcanzaron nuestros abuelos de Roma.

—¡Pobrecito Salustio! ¿Y por qué no andan á pedir de boca estas cebaduras? dijo Glauco.

—Porque no es posible echar esclavos en el vivero, contestó Salustio en tono de lamentación y de tristeza. A no ser porque lo prohiben las leyes, ya hubiera yo tirado al agua un despensero gordo que tengo en casa, y me parece que hubiera dado jugo y buen sabor á los peces. Pero hoy los criados no son criados ni tienen ley á sus amos. De otro modo, ya se hubiera echado Davo al estanque para darme gusto.

—¿Qué se sabe de Roma? preguntó Lépido acercándose perezosamente al grupo.

—Que el emperador ha dado una expléndida cena á los senadores, contestó Salustio.

—Es bondadoso á lo sumo, dijo Lépido. Me aseguran que no despide á nadie sin atender á sus pretensiones.

—¿Quién sabe si me concedería el permiso de matar un esclavo para mi piscina? replicó Salustio con viveza.

—No fuera imposible, dijo Glauco, porque ya es cosa sabida que para hacer favor á un romano, hay que dañar á otra persona. Tened por seguro que á cada sonrisa producida por los actos de Tito, han derramado lágrimas un centenar de ojos.

—Que viva Tito por muchos años, exclamó Pansa entreoyendo el nombre del emperador mientras se pavoneaba entre los grupos. Ha prometido á mi hermano que le daría una cuestura, y bien lo necesita porque ha dado al traste con sus bienes.

—¿Y ahora quiere enriquecerse á costa del pueblo? preguntó Glauco.

—Así es, contestó Pansa. Y luego añadió: Vaya, tengo que ir á cuidar del erario público que necesita algunas reformas.

Dichas estas palabras, marchóse afanado el edil y formáronle séquito gran número de clientes con sus correspondientes togas, cuyo uso había degenerado hasta el extremo de representar un humillante obsequio hecho á los patronos.

—¡Pobre Pansa! exclamó Lépido. No le queda tiempo para divertirse. ¡Gracias doy al cielo de no ser edil!

—¡Ola, Glauco! ¿Cómo estás? ¿Brioso como siempre? dijo Claudio que llegaba en aquel momento.

—¿Has venido á sacrificar á la Fortuna? le preguntó Salustio.

—Todas las noches le ofrezco un sacrificio, dijo el tahur.

—No lo dudo ciertamente, repuso Salustio. No hay hombre en el mundo que haya hecho más víctimas.

—¡Por Hércules! Bien está el chiste, dijo Glauco riendo.

—Tus dichos me parecen ahullidos de perro, dijo Claudio con mucho enfado. No puedes abrir la boca si no es con el intento de morder.

—Mas quiero tener en boca los ahullidos de perro, contestó Salustio, que jugar contigo teniendo siempre la jugada de perro en las manos.

—Basta de broma, dijo Glauco tomando al mismo tiempo una rosa de manos de una florista.

—La rosa es emblema del silencio, dijo Salustio. Pero en verdad, las rosas que á mí me gustan son las de sobremesa. Y ahora, hablando de otra cosa, ya sabéis que Diomedes dará un gran festín dentro de pocos días, ¿te ha invitado, Glauco?

—Esta mañana he recibido la invitación, dijo el griego.

—Pues yo también, replicó Salustio sacando un papiro del cinto. Y veo que nos cita para más temprano que de costumbre. Prueba de suntuosidad.

—¡Oh! es opulento como Creso, dijo Claudio, y la lista de sus platos es tan larga como un poema épico.

—Vamos ahora á los baños, propuso Glauco. Ya debe estar allí todo el mundo, y Fulvio cuyos versos tanto me gustan ha de leernos hoy su última oda.

Los jóvenes asintieron á esto y encamináronse todos á los baños. Aunque las termas públicas ó baños habían sido erigidas más bien para los pobres que para los ricos, porque estos tenían baño en su casa, acudían allí sin embargo las personas de toda condición social, siendo el lugar favorito para la conversación y para el muelle descanso tan apetecido por aquel pueblo siempre jovial y poco dado á graves pensamientos. Los baños de Pompeya en el plan y en la construcción, diferían de las vastas y complicadas termas de Roma, y aun en cada ciudad del imperio se han observado modificaciones en la disposición arquitectónica de los establecimientos termales, cosa que por lo visto admira mucho á los eruditos como si los arquitectos y las modas no hubieran podido tener caprichos antes de nuestro siglo.

Glauco y sus amigos entraron en las termas por uno de los portales que se hallaban en la prolongación de la calle de la Fortuna. En el ala del pórtico estaba sentado el guarda de los baños, teniendo junto á si dos cajas, una para la moneda y otra para las tarjetas de entrada. Varios ciudadanos de categoría diversa ocupaban los asientos del pórtico, en tanto que algunos, como lo prevenía la ordenanza medical de los físicos, paseaban arriba y abajo deteniéndose de cuando en cuando para leer las noticias inscritas en la pared, de espectáculos, juegos, ventas y exposiciones. El tema general de conversación era aquel día el próximo espectáculo que debía darse en el anfiteatro. A cada recien llegado se le acosaba á preguntas para averiguar si Pompeya tendría la felicidad de topar con algún terrible crimen, con algún sacrilegio espantoso, con algún feroz homicidio, para que los ediles pudieran ofrecer á las quijadas del león algo que valiera la pena. Todas las diversiones parecían desabridas y fastidiosas en comparación de lo que podía prometerse con semejante hallazgo.

—Por mi parte, dijo un orífice muy campechano, creo que el emperador, si es tan bueno como dicen, podría enviarnos algún judío.

—¿Porqué no se ajustan cuentas con alguno de los nazarenos? dijo un sabijondo. Yo no soy amigo de la crueldad, pero el ateo, el qué niega al mismo Diu Piter no creo que deba obtener misericordia.

—No me apura el número de dioses que pueda adorar un hombre, dijo el orífice, pero renegar de todos es monstruoso verdaderamente.

—Pues yo imagino dijo Glauco, que los que pertenecen á esta secta de que habláis no son absolutamente ateos. Se me ha dicho que creen en Dios único y en la vida futura.

—¡Error, querido Glauco! repuso el sabijondo. Yo he tenido ocasión de hablar con ellos y se me han reido

á las barbas al oir los nombres de Pluton y del Hádes.

—¡Oh potentes dioses! esclamó el platero horrorizado. ¡También tenemos en Pompeya gentes de esta clase!

—Pocos son, dijo el sabijondo, y se reunen con tanto misterio que no se encuentra medio para descubrir sus asambleas.

Mientras Glauco se paseaba por el pórtico un escultor muy enamorado de su arte, miróle con atención y exclamó:

—¡Ah, si pudiéramos llevar á éste á la arena! ¡Este sí, que sería un hermoso modelo! ¡Qué musculatura! ¡que rostro! ¡Lástima que no sea gladiador!.. ¡un tema, un riquísimo tema para el arte! ¿Porqué razón no hemos de echar éste al leoncillo?

En esto llegó Fulvio, aquel poeta romano á quien sus contemporáneos llamaron inmortal, y que á no ser por esta novela sería desconocido por todo el mundo en nuestra edad profana.

—¡Oh ateniense mío, Glauco mío! prorrumpió Fulvio ¡has venido para oír mi composición poética! ¡Cuanto honor! Gracias debo darte á tí que siendo griego sabes embellecer el lenguaje común con los encantos de la poesía. Es mi oda una bagatela, pero si merece tu aprobación hallaré quizás un medio para presentarme á Tito. Bien sabes, Glauco, que el poeta sin patrono es como el ánfora sin rótulo que aunque tenga buen vino nadie le hace caso. Además de que, como dice Pitágoras, el incienso se ha hecho para los dioses, la alabanza para los hombres. El patrono es el sacerdote del poeta porque le proporciona incienso y le alcanza creyentes.

—Pompeya entera es tu patrono, respondióle Glauco, y tienes en cada pórtico un altar consagrado á tu renombre.

—¡Ah! ¡es verdad! los pobres pompeyanos son muy

corteses; gustan de honrar al mérito, dijo el poeta; pero ya ves; al fin y al cabo son los habitantes de una ciudad pequeña. ¡Yo aspiro á cosas mayores!.¿Pero vamos á entrar adentro?

—Ciertamente, dijo Glauco, estamos perdiendo el tiempo mientras no escuchamos tu lectura.

En esto una veintena de concurrentes á los baños salieron al pórtico y un esclavo puesto á la entrada de un pequeño corredor franqueó el paso á Glauco, á Claudio, al poeta y á todos los amigos del poeta.

—¡Qué diminuto es eso comparado con las termas de Roma! dijo Lépido desdeñosamente.

—Pues la pintura de ese techo estrellado es de muy buen gusto, dijo Glauco, que estaba dispuesto á encontrar mérito en todo.

Lépido se encogió de hombros y pagó tributo á su indolencia no aventurando la réplica.

Entraron luego en otra pieza un poco más grande que la que habían atravesado, la cual era el apodypterio ó lugar para desnudarse. Allí el abovedado techo se apoyaba en un cornisamento cuyo friso estaba adornado con pinturas abigarradas y grotescas, consistiendo las de la bóveda en cuadros blancos con rayas de carmesí. En cuanto al pavimento era de reluciente mosáico blanco y adosados á las paredes se encontraban diversos bancos para el descanso de los haraganes que allí solían reunirse. No se hallaban en aquel aposento los grandes ventanales de que habla Vitruvio refiriéndose á

los frigidarios. Los pompeyanos, como todos los habitantes de la Italia meridional, gustaban de sustraerse á la intensa luz del día y asociaban la idea de goce con la de sombra. Dos solas ventanas con cristales daban paso á una media luz suficiente para los bañistas, y el compartimiento en que estaba situada una de las ventanas tenía como adorno un ancho relieve que representaba la destrucción de los Titanes.

Tomó asiento Fulvio en aquella salita con aire de importancia y los concurrentes lo tomaron en derredor, pidiéndole que comenzara su lectura.

No dió lugar el poeta á que le rogasen mucho, y sacando de su veste un rollo de papiro tosió tres veces para aclarar la voz é imponer silencio, y empezó á recitar aquella oda tan preciosa que con harto sentimiento de su alma no ha podido descubrir el autor de este relato. A juzgar por los aplausos que obtuvo debió ser digna de su fama. Glauco fué el sólo entre los circunstantes que no la creyó superior á las de Horacio.

Concluída la lectura, los que iban á tomar un baño frío empezaron á desnudarse colgando sus vestidos en los garfios del muro y recibiendo holgadas ropas de baño de mano de sus criados propios, ó de los que había en las termas á disposición del público. De este modo pasaron todos á la muy elegante salita circular llamada frigidario la cual se conserva todavía para vergüenza de los actuales habitantes de aquella comarca que no suelen bañarse.

Los más refinados en punto á las abluciones del cuerpo entraron pasando por otra puerta en el *tepidario* donde se mantenía templada la temperatura, en parte por un brasero móvil, y en parte por conductos que difundían el calor en el subsuelo. Allí pasaban los bañistas un rato disfrutando voluptuosamente de aquella artificial atmósfera, y como se considerase esta pieza una de las mas importantes del establecimiento, estaba ornamentada con más riqueza y distinción que las otras. La bóveda era artesonada y pin-

tada; las vidrieras de cristal opaco daban paso únicamente á la luz difusa: por encima de la cornisa extendíanse en hilera varias figuras de alto relieve: en las paredes predominaba el color carmesí: el pavimento era de mosáico blanco con orladuras negras. Allí había apasionados finos de las abluciones, hombres que se bañaban siete veces al día, los cuales permanecían lacios y enervados por largo tiempo antes ó después del baño, saludando con ojos apagados á los amigos que llegaban, pero no teniendo ánimo para dirigirles la palabra.

Después de haber permanecido en esta pieza dividiéronse según sus gustos los que habían entrado en ella: unos se fueron al *sudatorio* que hacía el oficio de los modernos baños de vapor y de allí al baño templado: otros mas acostumbrados ó más impacientes fuéronse directamente al *caldario*.

Lépido era allí el que mejor pasaba por todas las ceremonias á excepción del baño frío que no era en aquel entónces de buen tono. Después de haber disfrutado del tepidario hízose conducir á la sala sudatoria, donde tomó con todas las menudencias que el caso requería un baño de vapor saturado de perfumes. Luego se entregó en manos de sus criados quienes le enjugaron y acabaron de quitarle el sudor frotándole con una especie de raspadera entonces en uso, la cual por más que otra cosa diga cierto viajero moderno, no servía para limpiár la piel puesto que bien limpia debían tenerla los que tanto se bañaban. De allí pasó á la sala caldaria donde se derramaron sobre él suaves esencias y luego en el momento en que salía rocióle todo el cuerpo una menuda y fresca llúvia. Poniéndose entonces una delgada ropa talar pasó al tepidario donde estaba Glauco, y comenzó lo más extraordinario de aquellos excesos de higiene. Los criados con pomos de oro, de cristal ó de alabastro todos adornados con pedrería, empezaron á ungir á los bañistas con los mas raros ungüentos líquidos traídos á propósito de todas las partes

del mundo. Con los nombres de aquellos líquidos olorosos y fragantes: *amaracino*, *megalio*, *nardo* y muchísimos otros, pudiera formarse en nuestros días un tomo. Suavísima música se escuchaba en la estancia vecina mientras duraba el ungimiento, y los bañistas que no habían abusado del baño, frescos y reanimados por aquella operación agradable, se encontraban dispuestos á conversar mas jovialmente que nunca.

—¡Bendito sea el que inventó los baños! exclamó Glauco tendiéndose en la almohada que estaba sobre el sitial de bronce. Sea Hércules ó Baco, merece por este solo hecho los honores divinos.

Estaba allí un corpulento ciudadano resollando y dando fuertes quejidos en tanto que le frotaban, y éste dirigióse á Glauco sin dejar de hablar con los frotadores.

—Dime, Glauco, decía... ¡Malditas sean tus manos esclavo! ¡no tan fuerte!.. dime Glauco.., ¡ay, ay! ¡que me estás desollando!.. dime, ¿los baños de Roma son tan magníficos como se pondera? Deben ser mucho mejores que estos, ¿verdad?

Volvióse Glauco y conoció á Diomedes, aunque no dejó de costarle un poquillo por lo encendido que estaba con la estregadura, y conteniendo la sonrisa, le dijo:

—Figúrate que Pompeya entera es un establecimiento de baños y tendrás idea de la extensión que ocupan las termas imperiales de Roma. Ahora imagínate además todas las distracciones reunidas para el espíritu y el cuerpo, todas las formas de gimnástica inventadas hasta el presente y todos los rollos literarios escritos por Italia y Grecia: figúrate que hay salas para tales diversiones y admiradores para tales obras: añade á todo esto jardines, teatros, pórticos y escuelas, y especialmente salas de baños grandiosas y adecuadas á toda exigencia; en una palabra, concibe en tu fantasía una ciudad de dioses compuesta únicamente de palacios y edificios públicos y empezarás á comprender los esplendores de aquellas termas.

—¡Por Hércules! dijo Diomedes abriendo los ojos desmesuradamente. Allí debe uno emplear la vida entera en el baño.

—Mucho hay de eso en Roma, contestó gravemente Glauco. Hay ciudadanos que pasan el día en las termas: llegan al abrir las puertas y salen al cerrarlas, y al parecer no conocen otra vida ó al menos la desprecian.

—¡Por Pólux! ¡Me dejas asombrado! dijo Diomedes.

—Aun los que no se bañan más que tres veces al día, prosiguió Glauco, se esfuerzan en pasar el tiempo sin apartarse del baño. Juegan á pelota en los pórticos; van al teatro después del primer baño; comen á la sombra de las arboledas; oyen después del segundo baño los versos de algún poeta; entran á veces en la biblioteca para dormirse leyendo antiguas obras; cenan enseguida; toman el tercer baño y no sabiendo alejarse se quedan conversando con los amigos.

—¡Por Hércules! ¡también se hace eso en Pompeya! exclamó Diomedes.

—Pero aquí es menor la escusa, dijo Glauco. Los de allá son felices á su manera entre la pompa y el poderío; los que van á las termas romanas no ven los barrios poco limpios ni saben que exista pobreza en el mundo. La Naturaleza les sonríe constantemente, y la única vez que se enfurruña con ellos es cuando les manda al Cocyto. Aquellos sí que son filósofos ¿verdad, Diomedes?

Mientras de este modo conversaba Glauco, acababa Lépido sus operaciones interminables. Después de los ungüentos y perfumes refrescáronle con finísimos polvos, y quitados que fueron estos por medio de la piedra pómez, empezó á vestirse no con los vestidos que traía cuando entró en el baño, sino con el traje á que llamaban *synthesis;* y que servía de adorno para la cena. Entiéndase que la tal cena solía empezar á las tres de la tarde, razón por la cual hubieran hecho mejor para nosotros en darle nombre de comida. Solo después de vestido abrió Lépido enteramente los ojos y pareció que resucitase.

Salustio en aquel instante dió también pruebas de su existencia por medio de un bostezo.

— ¡Es la hora! dijo á Glauco y á Lépido. Venid á cenar á mi casa.

— No os olvidéis de que os aguardo á los tres dentro de pocos días, dijo Diomedes contentísimo de sus relaciones con los elegantes.

— No lo olvidaremos, dijo Salustio, porque el sitio de la memoria es el estómago.

Pasando entonces á respirar aire más fresco y saliendo luego á la calle, los tres galanes dieron por terminada la ocupación importantísima del baño.

CAPÍTULO VIII.

Donde Arbaces carga los dados *por medio del placer, y gana la partida.*

Sobre la bulliciosa Pompeya descendían ya las sombras de la noche, cuando Apecides se dirigió hacia la casa del egipcio, evitando las calles más concurridas y alumbradas, marchando con la cabeza baja y los brazos cruzados y ocultos entre los pliegues de su ropage, y formando contraste su delgadez y su apostura solemne con la vivacidad y la frente serena de todos aquellos á quienes iba encontrando á su paso. Más grave y más tranquilo que los otros, pasó uno por dos veces delante de Apecides mirándole curiosamente y como si vacilara, y luego acercándose á él y dándole un golpecito en la espalda, decidióse á llamarle.

— ¡Apecides! dijo el transeunte, y al mismo tiempo hizo con la mano y de un modo rápido el signo de la cruz.

—¡Ah, nazareno! contestó el sacerdote palideciendo, ¿qué me quieres?

—No quisiera interrumpir tus meditaciones, dijo el otro, pero entiendo que la última vez que nos hemos visto he recibido de tí más amable acogimiento.

—Sé bienvenido, Olintho, dijo Apecides, pero me hallas triste y fatigado, y no puedo esta noche discutir contigo sobre los temas que te interesan.

—¡Oh desmazalado corazón! replicó Olintho. ¡Triste y fatigado estás y quieres alejarte de los manantiales que refrescan y devuelven la salud!

—¡Oh tierra! exclamó el joven sacerdote golpeándose el pecho, ¿en qué regiones me será dado descubrir el verdadero Olimpo donde realmente habitan los dioses? ¿Habremos de creer como este nazareno, que lo que han adorado nuestros abuelos á través de los siglos no era más que un nombre? ¿Hay que destrozar como profanos y sacrílegos los mismos altares que hemos tenido por sacrosantos? ¿O debemos pensar quizás de la manera que piensa Arbaces?...

Callóse en esto, y se apartó rápidamente como hombre que huye de sí mismo.

Pero el nazareno era decidido, vigoroso, entusiasta como todos aquellos por medio de los cuales prepara Dios las revoluciones sobre la tierra: prontos á convertir á los demás porque están siempre resignados al sufrimiento. A éstos nada les descorazona, nada les pára en su camino. Inspiran el fervor á quien les oye y penetran como por fuerza en los corazones. Inflamada la pasión por su mente, sírveles luego de instrumento para sus fines; y en su entusiasmo se encuentra la alegoría real de la fábula de Orfeo: mueve las piedras y encanta á las bestias feroces. Es el entusiasmo fuerza animadora de la sinceridad, y la verdad necesita de él para extender sus triunfos.

No permitió pues Olintho, que Apecides se alejase sin escucharle y alcanzándole de súbito, le dijo:

—No me extraña, Apecides, que te parezca importunidad la mía, porque yo revuelvo de arriba abajo todos los conceptos de tu alma; porque tú has caído en la incertidumbre; porque tú estás nadando en el vasto mar de la indecisión y de los sueños nocturnos. No me extraña todo esto, Apecides, pero deseo que me oigas. Vigila y ruega: las sombras acabarán por disiparse; cesará la tempestad; y Dios mismo que se ha revelado no hace mucho tiempo allá en el lago de Galilea, pasará sobre las ondas tumultuosas para libertar tu alma. Nuestra religión es celosa en exigir, pero es pródiga en beneficios. Por una hora de turbación una eternidad de recompensa.

—Todo esto son armadijos, contestó Apecides ásperamente, con los cuales en todo tiempo se cautiva á los hombres. Bellas fueron las promesas por cierto que me entregaron al simulacro de Isis.

—Consulta la razón, repuso Olintho, ¿puede ser bueno un rito religioso que ultraja á la moralidad? Os dicen que adoréis á los dioses ¿y qué son ellos según vuestra creencia? ¿Sus acciones y atributos, no les representan como criminales? ¿Diu Piter no aparece infiel y parricida? De los dioses habéis hecho imitadores de vicios: adoráis el homicidio y el desórden, ¿y no es esto una burla de lo más santo que tiene el hombre que es la fé? Volved vuestras miradas á Dios, al sólo, al verdadero Dios á cuya adoración quiero conducirte. Si parece demasiado sublime para el entendimiento humano, contemplémosle en su propio Hijo que se manifestó en vida mortal como nosotros. Y su vida no se hizo patente como en los dioses de la fábula por medio de vicios, sino por la práctica de todas las virtudes. En él se reune la más rígida moral con los más tiernos afectos, y aun bajo el aspecto meramente humano, merecía altares. Honráis á Sócrates y á su escuela ¿y qué son las dudosas virtudes del ateniense comparadas con la esplendorosa, activa, infinita santidad del Cristo? Vino á la tierra como modelo de las edades futuras,

para mostrarnos aquellas formas de la bondad de que Platon estaba anhelante. Este fué el verdadero sacrificio que hizo para el hombre y la aureola que circundó la hora de su muerte, no solo brilló para la tierra sino que manifestó abierto el cielo. ¿Estás conmovido? ¿Habla Dios en tu corazón? ¡Contigo está su espíritu! Ven sin reparo. Algunos de los nuestros están ahora reunidos para exponer la palabra divina. Ven: iremos á su asamblea. Estás abrumado, estás pesaroso: allí oirás las propias palabras de Dios: «Veníd los que estáis cansados; yo os daré alivio y recreo.»

—No puedo ahora, dijo Apecides, otro rato.

—¡Ahora! exclamó Olintho con vehemencia y cogiéndole por el brazo.

Pero Apecides no estaba dispuesto suficientemente para renunciar á la creencia que tantos sacrificios le debía, y por otra parte se acordaba de las promesas del egipcio, por lo cual desprendiéndose de Olintho y haciendo un esfuerzo para vencer la irresolución que la elocuencia del cristiano producía en su mente fervorosa, recogió con la mano los pliegues del ropaje, y alejóse con tan rápido paso que era imposible seguirle.

Cansado y sin aliento llegó por fin á un sitio de la ciudad, solitario y apartado, y detúvose ante la puerta del egipcio. Mientras descansaba un poco de su fatiga, salió de entre una plateada nube un rayo de luna y dejó ver las paredes de aquella morada misteriosa, la cual no tenía casas en el vecindario sino viñas por delante, y un grande arbolado en la parte posterior, dormido y sin movimiento y bañado por la melancólica luz de la noche. A distancia se percibía el opaco perfil de las colinas, y entre ellas la tranquila meseta del Vesuvio, más elevada hoy que entonces ante la mirada del viajero.

Apecides se adelantó por entre los sarmientos amugronados, y llegó á un ancho y espacioso pórtico que tenía á entrambos lados de la escalinata la imagen egipcia de la

Apecides llegó á un espacioso pórtico...

Esfinge, imagen impasible, armónica, grandiosa, en la cual para representar la sabiduría cuidaban los escultores de aunar la belleza y la severidad, y que alumbrada por los blancos destellos lunares, era si cabe más imponente que á la luz del día. A mitad de la altura extendíase á un lado y otro de las gradas la sombra del verde y frondoso áloes, y la palma oriental proyectaba también sobre el mármol sus esbeltos contornos. El silencio de aquella soledad y el extraño aspecto de las esfinges, infundió en el joven sacerdote una especie de terror pánico, y hubiera deseado oír otra cosa que el ruído de sus pisadas cuando subía hacia el umbral.

Llegado que hubo á la puerta, cuya inscripción no pudo leer porque los caractéres le eran desconocidos, llamó al instante, y abrió sin ruído alguno un esclavo etíope de alta estatura, el cual sin preguntarle nada ni saludarle le indicó con un signo que podía entrar. Vió allí una grande sala iluminada por altos y primorosos candelabros de bronce, cuyas paredes por sus geroglíficos y por sus tintas graves y oscuras formaban contraste con los dibujos elegantes y con los vivos colores que estaban de moda en Pompeya. Del extremo de la sala se adelantó un esclavo que sin ser de raza africana, tenía sin embargo la tez morena mucho más que los italianos del mediodía.

—Vengo á preguntar por Arbaces, díjole el sacerdote con voz temblona.

Inclinó su cabeza el esclavo sin decir palabra, condújole á un pasadizo fuera de la sala, hízole subir por una escalera estrecha y atravesó con él diversas estancias, en todas las cuales era ornamento principal la severa y misteriosa esfinge. Estaba el egipcio en una cámara bastante oscura, sentado junto á una mesita en la que se extendían diversos rollos de pergamino marcados con aquellos mismos caractéres que se veían á la puerta de entrada. Cerca de él se hallaba un pequeño trípode humeante de incienso, y un grandioso globo en que es-

taban pintadas las constelaciones del cielo. Encima de una segunda mesa veíanse algunos instrumentos de hechura delicada, cuyo uso era indescifrable para Apecides. El extremo de la habitación quedaba oculto por una cortina, y la abertura cuadrangular que el techo tenía en el centro daba paso á los rayos de la luna mezclándose su luz pálida con la escasísima de la lamparilla.

— Siéntate, Apecides, dijo sin levantarse el egipcio.

Sentóse en efecto el joven, quedóse Arbaces meditabundo durante un rato, y luego dijo:

— Pregúntasme, ó quieres preguntarme, Apecides, los más profundos secretos que pueden ser conocidos por el alma humana: quieres que yo resuelva para tí el enigma de la vida!... ¡Bien lo comprendo!... Como niños estamos colocados en la oscuridad y por corto tiempo en esta existencia limitada, y creamos en nuestra imaginación espectros que divagan entre las sombras: ora pensamos en nosotros mismos y nos llenamos de espanto: ora dirigimos la vista al mundo que nos rodea y nos empeñamos en averiguar los misterios que en él se encierran, extendiendo las manos hacia uno y otro lado medrosos y azorados, creyendo hallar á cada instante nuevos y desconocidos peligros. Ignorando los confines de nuestra cárcel, ya nos figuramos que se estrechan para agobiarnos, ya nos figuramos que se desvanecen y se pierden en lo eterno. En semejante estado la sabiduría consiste necesariamente en la solución de estos dos problemas: ¿qué es lo que debemos creer? ¿qué es lo que debemos rechazar? ¿No es eso lo que quieres que yo conteste?

Movió Apecides la cabeza en señal de asentimiento, y Arbaces continuó con voz reposada:

— Es preciso, óyelo bien, Apecides, es preciso que los hombres tengan fé; es preciso que esperen en algo. Es la naturaleza común la que habla en tí cuando aterrorizado al ver derrumbarse todo lo que servía de fundamento á tus creencias, te encuentras fluctuando en el mar espan-

toso y sin límites de la incertidumbre. Pides á voces que vayan á socorrerte; buscas una tabla de salvación para llegar á una costa por más que sea lejana y oscura. Pues bien; óyeme. ¿Has olvidado la conversación que antes de ahora hemos tenido?

—¡Olvidarla! exclamó Apecides.

—Ya te he confesado, continuó Arbaces, que las divinidades á que tributamos tanto incienso, no son otra cosa que invenciones. Te he confesado que nuestros ritos y ceremonias son fingimientos encaminados á engañar á los hombres para bien suyo. Te he explicado por qué manera tales artificios forman la trama social y constituyen la armonía del mundo y el poder de los sabios, poder que se funda siempre en la obediencia del vulgo. Importa, pues, continuar estos saludables engaños, y siendo necesaria, como antes hemos dicho, una creencia religiosa, bueno es que guarde el hombre la que proviene de sus padres y ha echado raíces en su corazón fortificada por la costumbre. Si para nosotros buscamos una creencia más sutil porque nuestro entendimiento más aguzado no puede contentarse con la primitiva, no es cosa de privar á los demás de este apoyo que ha venido á faltarnos. Esto es lo prudente, esto es lo que aconseja la benevolencia.

—Sigue adelante, dijo Apecides.

—Siendo esto así, prosiguió el egipcio, dejemos intacto el antiguo territorio de la religión, ciñamos á estilo de viajeros nuestros lomos, y emprendamos el viaje hacia las regiones de la nueva fé. Borra de tus recuerdos cuánto has creído hasta la hora presente. Figúrate que es tu espíritu una tabla rasa, un papiro en el cual no hay escrita cosa alguna. Contempla el mundo; repara en su orden armónico; en su regularidad, y en los designios que manifiesta. Alguien ha debido crearle, porque la obra proclama un creador. Al llegar aquí, nos encontramos ya en terreno sólido. ¿Quién es el creador? Un dios, contestarás indefectiblemente. Bien está, pero no hay que con-

fundirnos con los nombres. De la causa creadora del mundo nosotros no conocemos ni podemos conocer otra cosa que los atributos: poder; invariable regularidad; inflexible, tenaz, abrumadora regularidad que no atiende á los casos particulares, que lo barre, lo arrastra, lo consume todo sin hacer caso de los corazones esparcidos acá y acullá que separados de la masa general caen y quedan triturados bajo la rueda del tiempo. La mezcla de lo bueno y lo malo, la existencia del sufrimiento y del crimen han puesto en apuro constantemente la imaginación de los sabios. Al crear un dios le han supuesto benévolo. ¿De dónde proviene, pues, el mal? ¿por qué lo permite? ó mejor, ¿por qué lo crea y por qué lo mantiene? Para zanjar esta dificultad idearon los persas un segundo espíritu cuya naturaleza es mala y le supusieron en lucha continua con el dios del bien. Los egipcios imaginaron asimismo un espíritu del mal personificándole en el sombrío y pavoroso Typhon. Ambígua y disparatada creencia que no hace más que descarriarnos, locura que deriva de un concepto erróneo como lo es el figurarse palpable, corpórea y humana la fuerza del poder desconocido, revistiendo á lo invisible con las cualidades de lo visible. Mejor es, pues, que á la fuerza directora le demos un nombre que no se avenga con las equivocadas personificaciones de nuestra mente. Llamemos á esta fuerza Necesidad, y de este modo el misterio resultará más claro. La Necesidad, dicen los griegos, obliga á los dioses. ¿Pero á qué los dioses cuando su intervención es inútil? Prescindamos por consiguiente de los dioses y digamos que la Necesidad regula todo lo perceptible, y que la fuerza y la constancia son sus cualidades intrínsecas. ¿Quieres preguntar más? ¡Pues no hay que saber otra cosa! Si esta fuerza es eterna, si nos conduce á nuevos destinos después de aquella oscuridad á que damos el nombre de muerte, todo esto lo ignoramos. Hay que dejar, pues, la consideración de este antiguo invisible y desconocido Poder, y atenernos á lo que se pre-

senta á nuestros ojos como gran ministro de sus funciones. Sobre este punto, podemos saber más; su evidencia nos rodea por todas partes, y su nombre es Naturaleza. El error de los sabios ha consistido en hacer investigaciones sobre los atributos de la Necesidad donde todo es lobreguez impenetrable. ¡Hubiéranse limitado á estudiar la Naturaleza, y cuántos conocimientos tendríamos acumulados sin duda alguna! Aquí el exámen y la investigación no resultan estériles. Sabemos en qué consiste el objeto explorado, y el entendimiento asciende por una escala palpable de causas y efectos. La Naturaleza es el gran agente del universo, y la Necesidad le impone leyes por las cuales obra y nos concede las facultades necesarias para el exámen como son curiosidad y memoria, cuya unión es el buen juicio, cuya perfección es la sabiduría. Yo examino, pues, por medio de estas facultades, la inagotable Naturaleza, la tierra, el aire, el océano, el firmamento, y encuentro, en cada una de estas partes del gran conjunto, misteriosas y recíprocas simpatías. Por la luna se rigen las mareas; por el aire se mantiene la tierra, y en él viven y respiran los séres organizados; por la marcha de los astros marcamos los confines de cada región y podemos medir el tiempo: su pálida luz descubre los misterios de lo pasado: su enseñanza solemne permite discernir los destinos de lo futuro. Y de este modo, aun ignorando lo que es la Necesidad, nos instruímos al menos en sus preceptos. Todo esto constituye ciertamente una religión, y de ella deben extraerse las reglas morales. Yo creo, según eso, en dos divinidades: la Naturaleza y la Necesidad, y tributo culto á esta última por medio de la reverencia, y á la primera por medio del exámen. ¿Cuál es la moralidad que mi religión me enseña? Es esta: todas las cosas se hallan sometidas á réglas generales: el sol brilla para el gozo del mayor número, por más que accidentalmente cause algún daño; la noche difunde el sueño reparador, si bien encubre los secretos del crimen; los bosques her-

mosean la tierra, pero dando albergue al mismo tiempo á las serpientes y á los leones; el océano sostiene centenares de embarcaciones pero á veces traga por descuido alguna de ellas. No es, pues, al beneficio de todos sino al beneficio de la mayor parte á lo que se encaminan los actos de la Naturaleza á quien aguijonea la Necesidad en su tremenda carrera. Tal es la moralidad de estos formidables agentes del mundo: tal debe ser la mía que soy hechura suya. Quiero conservar los engaños de la astucia sacerdotal porque son útiles á la muchedumbre; quiero comunicar á los hombres las artes que descubro y las ciencias que perfecciono; quiero acelerar el curso de las doctrinas civilizadoras, y creo con todo esto servir al conjunto de los hombres y aplicar la ley general enseñada por la Naturaleza. En cuanto á mí mismo, reclamo una excepción y la reclamo también para todo hombre sabio, teniendo la seguridad de que mis acciones pesan muy poco en la balanza de lo bueno y de lo malo, y de que el producto de mi saber ha de acarrear bienes á la mayor parte de los hombres alcanzando á comarcas remotas y civilizando naciones primitivas, todo lo cual compensa de sobras el daño que mis deseos puedan causar á un corto número de personas. Yo doy al mundo la sabiduría, y en cambio reclamo la libertad. Perfecciono la existencia de los demás y uso placenteramente de la mía. Tal es mi derecho y mi beneplácito. Nuestro saber es eterno, pero nuestra vida es corta; preciso es aprovecharla en tanto que pasa. Consagra al placer tu juventud; consagra tus sentidos al deleite. Pronto llega la hora en que se quiebra la taza y en que se marchitan las guirnaldas. Goza, pues, en tanto que puedes, y continúa siendo mi pupilo y mi discípulo. Yo te enseñaré el mecanismo de la Naturaleza, yo te explicaré lo más recóndito que ella encierra y encubre; te enseñaré la doctrina á que los necios dan el nombre de magia; te enseñaré también, oh Apecides, el poderoso misterio de las estrellas. De este modo podrás

cumplir tus deberes para con los hombres; de este modo ilustrarás á la raza de que formas parte. Pero al mismo tiempo quiero enseñarte también placeres que no conoce el vulgo. Consagrarás los días al servicio de los hombres, pero vendrán en pos de ellos las suaves noches consagradas únicamente á tus delicias.

No bien cesó de hablar el egipcio, cuando se oyó resonar por todos lados la más tierna y delicada música que jamás haya podido inventar la Lydia ó perfeccionar la Iónia. Parecía que se bañaban los sentidos en oleadas armónicas, enervadoras y llenas de encanto. Parecía que se escuchasen las melodías de espíritus invisibles como solían escucharlas en la edad de oro los que guardaban su rebaño en los valles de Tesalia ó en las verdes cañadas de Paphos.

Las palabras que iba á pronunciar Apecides para contestar á las sofisterías del egipcio, se helaron en sus labios. Destruír aquel hechizo equivalía á profanarlo; y su índole delicadísima, suave y ardorosa al mismo tiempo como hija de Grecia, quedó completamente cautiva y subyugada. Reclinóse en el sitial, atento el oído y entreabiertos los labios, y oyó un coro de voces dulces y penetrantes como las que dispertaron á Psyche en los palacios del Amor, las cuales cantaban esta composición poética:

HIMNO DE EROS.

En los valles del Cefiso
Vibró en el aire una voz
Y á los rosales de Teos
Aliento y vida infundió.

Tiñéronse las corolas
De purpurino rubor
Y acurrucóse el palomo
En su pequeña mansión.

Sonriente el azul del cielo
Bella lumbre difundió;
La tierra lanzó un suspiro
Renovando su verdor.

A la Náyade en su celda
Llevó el eco el dulce son,
Y de Pan la verde gruta
Oyólo y se estremeció

« Soy más anciano que el mundo
Soy el Poder del Amor »
Esto decia en los valles
La voz que el eco llevó,

« Por mí nacieron los dioses
Del cáos abrumador;
Por mí dan vida á la tierra
Los claros rayos del sol; »

« Por mí la estrella fulgura,
Por mí canta el ruiseñor,
Por mí en los cerros visita
La casta luna á Endymión; »

« Por mí á la violeta humilde
Su beso el aura llevó,
Por mí en la triste otoñada
Renueva el bosque su olor; »

« ¡Amad! ¡Amáos mortales!
Suave es el yugo que os doy.
¡Aun al caer de la tarde
Las brisas hablan de amor! »

Cuando cesó de oírse el canto cogió el egipcio la mano de Apecides, y le llevó, mal de su grado, vacilante y tembloroso, hacia el extremo de la sala donde se hallaba el cortinaje, detrás del cual aparecieron un sin número de luces á manera de estrellas, y aun el cortinaje mismo se alumbró y tomó el color azulado del firmamento. Representaba en efecto el cielo, tal como brilla en las noches de Junio sobre los manantiales de Castalia, y veíanse en su fondo ligeras nubecillas de color de rosa entre las que

sonreían, gracias al arte de la pintura, divinísimos rostros que hubieran sido modelos dignos de Apeles ó de Phidias. Las estrellas que resplandecían en el transparente azul, movíanse atravesando el espacio, y la música que resonó de nuevo más viva y animada, parecía imitar la melodía de las esferas.

—¡Oh! ¿qué prodigio es este, Arbaces? dijo Apecides con decaída voz. Después de haber negado los dioses ¿qué vas á revelarme ahora?

—¡Sus placeres! contestó Arbaces.

Y esto lo dijo en tono que se diferenciaba por tal manera de su habitual tranquilidad, que Apecides se extremeció creyendo que también el egipcio estaba sufriendo mudanza.

En el momento en que se acercaba á la cortina, dejóse oír detrás de ella una melodía nueva desenfrenada, llena de regocijo, y desgarrándose la cortina en dos partes se elevó en los aires y pareció desvanecerse, presentándose á los ojos medio atontados del joven sacerdote un espectáculo como no se presentó jamás en la casa de un sybarita. Veíase allí un gran salón á propósito para festines, con muchas luces que templaban la atmósfera, y con olorosas emanaciones de incienso, violeta, jazmín y mirra. Los más delicados perfumes que del reino vegetal pueden extraerse, confundíanse allí en esencia superior, en ambrosía inefable. Colgaban de las esbeltas columnas que sostenían el levantado techo blancos lienzos con estrellas de oro, y en los dos extremos del aposento había dos fuentes cuyo chorro, jugueteando con los rayos de luz, parecía componerse de rosados cristales. Penetraron en la sala y vieron levantarse desde el suelo, en el centro de ella y acompañada por invisibles acordes, una mesa cubierta con los manjares más exquisitos que pudieran inventar la traza y el capricho, y con diversos vasos de aquella fábrica Myrrhina, cuyo secreto se ha perdido, tan notables por su transparencia, tan bellos por la viveza de

su colorido, todos adornados con exóticas flores orientales. Los lechos de reposo que circuían la mesa estaban cubiertos con tapicería de azul y oro. De unos pequeños agujeros hechos en la bóveda, caía una menuda lluvia de aguas olorosas, la cual refrescaba el ambiente y contendía con los flameros humeantes, como si los espíritus del agua y del fuego se disputasen sobre quién llenaría los aires de mejor fragancia. En esto, echando atrás los níveos ropajes y mostrando sus hermosísimos rostros, presentáronse buen número de jovencitas que bien podían rivalizar, por sus correctas formas, con aquellas que vió Adonis mientras descansaba en el regazo de Venus. Llevaban algunas una lira en la mano y otras una guirnalda, y acercándose al joven, le encadenaron entre todas con las cadenas de flores y le condujeron al banquete. La tierra, y aun todo pensamiento de la tierra, se apartó de su mente, y creyendo encontrarse en medio de un sueño, contenía la respiración para no despertar demasiado pronto. Excitada la fiebre de los sentidos en términos tan nuevos para él, latieron sus pulsos, y enturbiáronse sus miradas como si fuese preso de un vértigo. Y mientras estaba de tal manera espantado y desvanecido, cantó de nuevo el coro con joviales y báquicas cadencias:

ANACREÓNTICA.

Del color de la sangre en el cáliz
Me agrada el vino;
Mas me agrada el carmín de tu rostro
Lyeo divino.

Nos liberta en la cárcel del mundo
Zumo espumoso;
Mas prefiero la luz de tus ojos
Joven precioso

Las estrellas tan sólo nos miran
Bello está el cielo;
Ven querido; á mi lado no tengas
Ningún recelo.

Mas que el vino me embriaga tu encanto
Dulce bien mío:
Toma, toma la llave dorada
De mi albedrío.

Concluído el canto, unidas entre sí por guirnaldas de florecitas estrelladas, adelantáronse tres niñas que aventajaban á las tres Gracias al imitarlas, las cuales marcaban los pasos de una danza iónica parecidas á las Neréidas que en las noches de luna juguetean sobre la arenosa playa del mar Egeo. Tales debieron ser las danzas que enseñaba á sus ninfas la diosa Cytheréa cuando celebraba las bodas de su hijo con la bellísima Psyche.

Ora acercándose al joven ceñian su frente con la coronita de flores, ora poniéndose de rodillas la mas tierna y de pocos años le presentaba la taza en que centelleaba el vino espumoso de Lesbos. Dejó de resistirse en esto el joven sacerdote y cogiendo la copa embriagadora llevóla á sus labios y mientras la sangre corría ardorosamente por sus venas reclinó su cabeza sobre el pecho de la niña que estaba á su lado. Buscó entonces con ojos velados el sitio donde estaba Arbaces á quién había olvidado en medio de sus emociones, y vióle sentado bajo un dosel al extremo de la mesa notando que le contemplaba con la sonrisa en los labios animándole al parecer á disfrutar de la fiesta. Y no estaba vestido Arbaces como solía de ordinario con traje pardusco ó negro, ni tenía grave y pensativa la frente, sino que llevaba con majestad un trage blanco deslumbrador y recamado de oro y piedras preciosas, coronaba sus negros rizos con una especie de tiara formada con rosas, esmeraldas y rubíes, y parecía como Ulyses haber recobrado una segunda ju-

ventud, puesto que en sus facciones la severidad se había trocado en hermosura y aparecía entre las bellezas que le rodeaban con la supremacia esplendorosa y benévola del dios Olímpico.

—Vino, festín y amores para tí, discípulo mío, dijo Arbaces. No te acobardes ante el hervor de la juventud. Lo que eres hoy lo sientes en tus venas. Lo que has de ser un día, vas á verlo al instante.

Señaló en esto con el dedo hacia un ángulo de la sala, y Apecides siguiendo con la vista la indicación descubrió sobre un pedestal, entre las estatuas de Baco y de Idalia, la forma de un esqueleto.

—¡No te asustes! continuó el egipcio. Este amigable huésped no quiere advertirnos otra cosa que la brevedad de nuestra vida. La voz que sale de sus quijadas nos manda gozar.

Tras de estas palabras de Arbaces, un grupo de niñas acercándose al pedestal del esqueleto lo adornó con guirnaldas, y mientras en áquel ardiente festín se apuraban y entrechocaban los tazones cantaron las siguientes estrofas:

HIMNO BÁQUICO

Á LA IMAGEN DE LA MUERTE.

I.

¡Llega á la tierra del sombrío Huésped
Tú que la risa y el amor gozabas!
¡Llegue tu nave á la ribera augusta
Donde aparece el hórrido fantasma!

Ven sin recelo; el porvenir te espera;
Ven sin tristeza: ¡el corazón levanta!
¡Mas no te olvides del placer perdido
Ni de la flor que embelleció tu casa!

Recuerda bajo el claro firmamento
Cuán preciados olores te dió el aura;
Cuanto recreó tu oído en són meloso
La cítara vibrante y plateada.

Al llegar aquí se adelantó un nuevo grupo de niñas, y cambiando el compás de la música la cual se hizo viva y alegre, anudaron el canto en esta forma:

II.

¡Oh Muerte, Muerte,
Refugio bello,
Nuestras barquillas
Buscan tu puerto!

¡Mas no azorarse!
¡Pausado el remo!
¡Tended las velas
Dó sopla el Céfiro!

¡ Ceñid las horas
Que pasan presto
Con las guirnaldas
Del dulce afecto !

Víctimas seamos
En cualquier tiempo
¡ Pero de rosas
Cúbrase el pecho !

Paráronse cortos instantes, y luego con mayor vivacidad que antes, cantaron acompañando una gentilísima danza:

¡Corta es la vida,
Corto un momento,
No malgastarlo
Nos manda el cielo!

¡Copa de Baco,
Tazón de fuego,
Perlas diluidas
Guarda tu seno!

¡Dále tu néctar
Al joven bello !
¡ Colma su espíritu
Sonriente y ébrio !

Formóse un tercer grupo de niñas que llevando las tazas rebosantes, fueron á derramarlas como ofrenda sobre aquel extraño altar; y la variable y sutil melodía, tomó esta vez un carácter lento y solemne acompañando estos versos:

III.

¡ Oh ! ¡ Bienvenido seas, Huésped de lo oscuro,
Que atravesaste el agua del espantoso mar !
Contigo iremos todos á la mansión lejana
Cuando las hojas secas los vientos llevarán.

Bien hayas, negro Huésped, que traes á la mente
De la sabiduría la fuerza celestial;
¡Mientras que tu presencia nos colme de enseñanzas
Tu augusto y fiel semblante querrémos festejar!

En este momento la que estaba al lado de Apecides dió fin á los cantos de este modo:

IV.

¡Mas ved cuán felices
Transcurren las horas!
¡Lejanos estamos
De las negras sombras!

Las nubes del cielo
Sonrien gozosas
¡Oh, ven á mi pecho
Rosicler de aurora!

¡Ven: mírame amante!
¡Ven: llámame hermosa!
¡Dime que vivimos,
Dime que me adoras,
Dime que no muere
Del amor la antorcha!

LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO.

Un bodegón de Pompeya.—Los atletas del anfiteatro clásico.

A uno de los barrios de Pompeya que no estaban habitados por los señores de la molicie sino por sus miñones y sus víctimas; á una mansión de gladiadores y de atletas mercenarios; á un albergue de vicios y miserias, de groserías y de torpezas; á los rincones truhanescos de la antigua ciudad conducimos al lector en este capítulo.

La taberna de que hablamos hallábase en callejuela estrecha y apartada; consistía en una pieza bastante grande, y tenía en la parte delantera solamente una puerta. Veíase junto al umbral un grupo de hombres, conocidos fácilmente como campeones del redondel á causa de su

musculatura vigorosa y fornida, cuello corto y hercúleo, y fisonomía desvergonzada y audáz. Sobre un mostrador, á la parte de afuera de la tienda, se hallaban puestas en orden algunas jarras de vino y aceite, y por encima de ellas, en la pared, una pintura de malísima mano representaba á varios gladiadores que bebían: ¡tan antigua y tan venerable es la costumbre de poner muestras pintarrajeadas! Dentro de la tienda había diferentes mesitas distribuidas poco más ó menos como en la época moderna, y junto á cada una de ellas estaban varios hombres, unos bebiendo, otros tirando los dados, y otros divirtiéndose con el juego más ingenioso conocido bajo el nombre de *las doce casillas*, juego que algunos historiadores poco exactos confunden con el ajedréz y que se parecía más bien al chaquete, y se jugaba ordinariamente aunque no siempre valiéndose de los dados.

Era muy temprano todavía y nada revelaba mejor que lo insólito de estar jugando á semejante hora, las costumbres de aquellos haraganes que pasaban el día en las tabernas. El establecimiento, á pesar de lo que hemos dicho, era menos repugnante que los similares de nuestras ciudades modernas, puesto que la jovialidad de espíritu de los pompeyanos que buscaban halagar el sentido aun cuando olvidaban el concepto, manifestábase en los vivos colores de las paredes y en las formas elegantes aunque caprichosas de las copas, lámparas y demás utensilios caseros.

—¡Por Pólux! dijo uno de los gladiadores repantigándose en la pared de entrada, ¡el vino que nos traes, viejo Sileno, es capaz de convertir en agua clara la mejor sangre de nuestras venas!

Y esto diciendo, golpeó en la espalda á un hombre agigantado y muy rollizo que estaba con ellos y que era el hostelero y dueño de la taberna como lo demostraban sus brazos desnudos y el delantal blanco sujeto á la cintura de la cual pendían también la servilleta y las llaves. Aun-

que había entrado en la otoñada de sus años era todavía robusto, y hubiera podido habérselas con el más valiente de sus parroquianos á no tener demasiada carnosidad, demasiados mofletes y demasiado vientre.

—Nada de chanzas groseras para conmigo, dijo el gigantesco amo de casa con vozarrón de tigre acosado: mi vino es demasiado bueno para esa carroña que ha de yacer muy pronto sobre el polvo del *expoliario*.

—¡Vaya como grazna ese cuervo! dijo desdeñosamente el gladiador. Has de vivir lo bastante para ahorcarte de despecho al ver que yo gano la corona de palma, y entonces, en cuanto coja la bolsa en el anfiteatro, mi primer voto á Hércules será el de olvidarte á tí y á la maldita bebida que nos sirves.

—Oíd á ese modesto Pyrgo-Polinices, dijo el hostelero. ¡Parece que ha servido á las órdenes de Bombomaquides! Oíd, Esporo, Niger, Tetredes; dice que va á ganar la bolsa antes que vosotros, y juro por los dioses que uno sólo de vuestros músculos basta para reventarle, ó yo no entiendo nada en cosas de la arena.

—¡Ah! exclamó el gladiador encendido de rabia, ¡no hablaría de este modo nuestro *lanista!*

Llamábase *lanista* en la antigua Italia el maestro de los gladiadores, el que les instruía en el manejo de las armas.

—¿Y qué diría el lanista contra mí, vanidoso Lydon? dijo frunciendo el ceño Tetredes.

—¿Y contra mí que he vencido en quince peleas? dijo el agigantado Niger acercándose á Lydon.

—¿Y contra mí? gruñó Esporo echando fuego por los ojos.

—¡Basta! dijo Lydon cruzando los brazos y mirando á sus rivales con altanería. Ya llegará pronto el día de las pruebas. Guardad para entonces las bravatas.

—¡Veremos! dijo broncamente el hostelero. Y si yo muevo el dedo para salvarte, pueden las Parcas cortarme el hilo.

— ¡ La cuerda deben cortarte que no el hilo ! respondió Lydon bufando de cólera. ¡ Ahí va un sextercio para que compres la que te hace falta !

El titánico tabernero cogió en esto la mano con que Lydon le ofrecía la moneda, y apretóla de tal suerte, que llegó á brotar sangre de los dedos, manchando el vestido de los que estaban cerca.

Todos á una soltaron estrepitosamente la risa.

— Esto es para enseñarte, muchacho fanfarrón, á hacerte el Macedonio delante de mí, dijo el tabernero. ¡ No soy un persa enclenque, te lo aseguro ! ¡ Pues qué ! ¿ no he combatido yo veinte años seguidos en la arena sin que nadie me haya visto bajar los brazos ? ¿ Y no he recibido la vara de manos del *editor* de la fiesta como signo de victoria y como permiso para retirarme con mis laureles ? ¡ No faltaba más sino que un bribonzuelo viniese ahora á darme lecciones !

En esto soltó la mano del gladiador, el cual, durante aquel tiempo, no habia movido un músculo de la cara ni cambiado su expresión animada y desdeñosa, suportando valerosamente el bárbaro apretón del tabernero. Mas en cuanto éste le hubo soltado, agachóse por un momento como un gato montés, erizóse el pelo de su cabeza y de su barba, y dando un feroz ahullido saltó sobre el gigantesco adversario y le apretó la garganta con tal ímpetu, que sin ser parte á evitarlo su corpulencia ni su vigor, derribóle al suelo, á donde cayó como una inmensa mole arrastrando al agresor en su caída.

El hostelero no hubiera necesitado la cuerda que tan generosamente le ofrecía Lydon si hubiese permanecido tres minutos sujetado por éste ; pero al estrépito producido por el golpe, una mujer que hasta entonces había estado en otra pieza, presentóse en el campo de batalla. Esta nueva aliada bastaba por sí sola para andar á la greña con el gladiador. Era delgada y alta, y mostraba que sus brazos podían emplearse en cosa mejor que en acariciar á

nadie. Á la verdad, la delicadísima compañera del amo de la casa había tomado parte como él en las luchas de la arena, y lo que es más, había trabajado en presencia del Emperador. Y aun del mismo Burbo, del fornido atleta convertido en tabernero, decíase que había cedido alguna vez la palma á su blanda Estratonice. Esta gentil manceba, pues, al ver el inminente peligro en que se hallaba su hombre, sin más armas que las que debía directamente á la madre Naturaleza, se abalanzó sobre el gladiador, agarróle por la mitad del cuerpo y levantóle sobre el cuerpo de Burbo quedando únicamente sujeto éste por la garganta de la cual no soltaba Lydon las manos con que le apretaba y le quitaba el aliento.

Mientras tanto los demás gladiadores, amamantados, nutridos y engordados con sangre, habíanse agrupado con alegría salvaje en derredor de los combatientes, olfateando, fisgando con los labios, clavando los ojos con avidez en el sanguinolento cuello del uno y en las garras del otro.

—¡*Tiene bastante!* ¡*Tiene bastante!* exclamaban ahullando y frotando sus nervudas manos, queriendo significar con esto que no había salvación para Burbo.

—¡Pues *no tengo bastante*, embusteros! dijo el tabernero libertándose por un supremo esfuerzo de las forzudas manos que le ahogaban.

Y poniéndose nuevamente en pié, fatigado, maltrecho y lleno de sangre, rechinó los dientes y miró con hosca mirada á su adversario el cual no podía desasirse de la terrible amazona.

—¡Bonito juego! dijeron los gladiadores. ¡Uno contra uno!

Y haciendo corro á Lydon y á la mujer, separaron al amable hostelero y á su cortés parroquiano.

Lydon, avergonzado con todo esto, y viendo que era inútil su esfuerzo para que la varona le soltase, metió la mano en el cinturón y sacó un cuchillito. Era tan amenazante la mirada del gladiador, y brillaba de tal modo la

hoja del cuchillo, que Estratonice retrocedió con espanto porque no sabía de otra lucha que de la de brazos y puños.

— ¡Oh dioses, qué vileza! exclamó ella. ¡Pues no trae chismes escondidos! ¡Eso no es de hombre gentil ni de buen gladiador! ¡No se han hecho para mí los mozos de esta calaña!

Y al decir esto, volvió la espalda á Lydon y fué á ver el estado en que quedaba Burbo.

Éste, acostumbrado á las contiendas como un perrote, había recobrado ya su estado natural. Rebajóse algún tanto el color de sus mejillas, deshincháronse las venas de su frente, exhaló un resoplido para desahogarse, y mirando á su adversario de piés á cabeza con gesto de aprobacion, le dijo:

— ¡Por Castor! eres más fuerte de lo que yo creía. Veo que tienes mérito y valor. Dame tu mano, camarada.

— ¡Bien dicho, viejo Burbo! exclamaron los gladiadores. ¡Tieso el espinazo! ¡Dale tu mano, Lydon!

— Cierto que se la doy, dijo Lydon, pero ahora que he probado su sangre tengo ganas de sorberla toda.

— ¡Por Hércules! dijo impasible el tabernero. ¡Excelente deseo de gladiador! ¡Y pensar que la buena escuela puede formar hombres parecidos! ¡Oh Pólux! ¡Eso sí que es aventajar á las bestias feroces!

— ¡Á las bestias, estúpido! exclamó Tetredes. ¿Pues empezamos hoy nosotros á dominar á las bestias?

— Vaya, vaya, dijo Estratonice que estaba arreglándose los cabellos y ajustando el vestido: si ahora sois buenos amigos, paz y silencio; porque os hago saber que han de venir á veros algunos jóvenes patricios de los que os dan protección y apoyo. Quieren hacer apuestas para el combate del anfiteatro y desean contemplaros de cerca y más á sus anchas que en la escuela. Para eso vienen siempre á mi casa porque encuentran lo mejor de Pompeya. Nuestros parroquianos son la flor y nata del redondel, gracias á los dioses.

— Así es, dijo Burbo echándose á pechos una taza ó mejor un cubo de vino. El que ha ganado laureles como los míos no proteje sino á los bravos. ¡Bebe Lydon! Puedas tú alcanzar una vejez honrosa como la mía.

— ¡Ven acá! dijo Estratonice tirando afectuosamente á Burbo por las orejas, ¡ven acá!

— No tires tan fuerte, lobezna, contestó Burbo abriendo sus enormes quijadas. Me haces más daño que el gladiador.

— ¡Silencio! continuó ella en voz baja. Ahí está Caleno que ha venido con disfraz por la puertecilla. Pienso que traerá los sextercios.

—¡Oh! voy á encontrarle, dijo Burbo. Entretanto no quites el ojo de las copas y atiende á la cuenta. Mucho cuidado con esos héroes que son más perillanes que Caco.

— No temas nada, tonto, respondió la cónyuge.

Burbo, satisfecho con esta frase de cariño y de seguridad, salió de la pieza pública y se fué á los *penetrales* ó departamentos interiores de la casa.

—¿De modo que esos patronos van á venir para contemplar nuestra musculatura? ¿Quién te lo ha dicho, ama? preguntó Niger.

— Lépido me lo ha dicho, contestó ella. Vendrá con Claudio, el gran amigo de las apuestas, y con Glauco, el griego.

— ¡Apuesta sobre apuesta! dijo Tetredes. Yo apuesto veinte sextercios á que Claudio apostará en favor mío. ¿Qué dices á eso Lydon?

— ¡Que apostará para mí! dijo Lydon.

— No; ¡para mí! refunfuñó Esporo.

— ¡Qué necios! ¿Pensais que ha de preferiros á Niger? dijo éste nombrándose con mucha modestia.

—¿Quién de vosotros, dijo Estratonice destapando una ánfora para sus parroquianos que se habían reunido y sentado á la mesa; quién de vosotros forzudos y valientes

como sois, combatirá con el león de Numidia si no se encuentra un criminal á propósito?

—Yo puedo combatirle que he escapado de tus garras, dijo Lydon.

—Hablemos de otra cosa, dijo Tetredes, ¿dónde se halla tu sierva, la cieguecita de los ojos lindos? Hace mucho tiempo que no la he visto.

—¡Oh! ¡es demasiado delicada para servirte á la mesa, borrascoso hijo de Neptuno! dijo Estratonice. La enviamos á vender flores y á cantar canciones á las damas. La pobre niña deberá consagrarse á Vesta.

—¿Y cómo ha llegado á tu poder esta alhaja? preguntó Lydon. Paréceme que estaría mejor en la casa de una matrona romana que en la tuya.

—Dices verdad, respondió Estratonice. Ya llegará día en que haga yo mi negocio vendiéndola. ¿Queréis saber cómo vino á casa?

—Eso es, dijo Lydon.

—Pues oíd, continuó Estratonice. Mi sierva Estafila murió. ¿Te acuerdas de Estafila, Niger?

—¿Que si me acuerdo? dijo el atleta. Manazas, rostro de máscara de teatro, ¡vaya si me acuerdo! ¡Ya debe estar sirviendo á Plutón á la hora presente!

—Cállate, bruto, dijo Estratonice. Pues como decía, mi Estafila murió, y fué para mí una pérdida muy grande, y tuve que ir al mercado á buscar otra. Pero ¡por los dioses! desde que yo había comprado á Estafila se había puesto todo muy caro, y mis sextercios andaban escasos, y ya estaba yo dispuesta á marcharme sin comprar, cuando un negociante me tiró del vestido y me dijo: ¡Ama! ¿quieres una sierva, barato? ¡Tengo una niña de ganga! Es chiquilla todavía; es viva y dócil al mismo tiempo; canta bien y es de buena sangre. ¿De qué tierra es? pregunté yo. De la Tesalia, respondió el negociante. Yo sabía que las tesalianas son perspicaces y de buen carácter, y quise verla. Encontréla ya entonces como está hoy á

poca diferencia, y hallábase con los brazos cruzados sobre el pecho y los párpados caídos, con el aspecto resignado que tiene de costumbre. Pregunté por el precio; pareciómе arreglado y la compré. Trájola á mi casa el negociante, marchóse al momento y figuráos mi asombro cuando me enteré de que era ciega. ¡Buena pasada me había jugado el hombre! Acudí á los magistrados, pero el bribón se había escapado de Pompeya. Volví á casa con humor muy negro, y la niña lo pagó al principio, pero luego me hice cargo de que no era culpa suya el ser ciega de nacimiento y me avine con ella. No tenía la fuerza de Estafila, y nos servía de poco dentro de casa, pero aprendió las calles de la ciudad como si tuviese los ojos de Argos, y cuando una mañana llegó con un puñado de sextercios y nos dijo que los había ganado vendiendo las flores del huertecito, pareciónos que la chiquilla era un regalo de los dioses. Desde entonces va á donde quiere con la cesta de flores, entreteje guirnaldas á estilo de Tesalia, cosa que agrada á los galanes; las personas más acomodadas le compran flores y se las pagan mejor que á otras floristas, y todo lo que gana lo trae á casa, con lo cual nos aprovecha más que si tuviéramos otra esclava. Es verdad que yo he de trabajar no teniendo quien me ayude, pero con el ahorro de sus flores podré comprar otra Estafila. Yo creo que algún ladrón de niños en Tesalia debió robar á esa muchacha y que debe ser de buena familia. No solamente tiene habilidad para entretejer guirnaldas, sino que sabe cantar y tocar la cítara con lo cual gana también bastante dinero, y además... pero no he de deciros lo que hay, porque esto cae debajo de la rosa, vamos al decir, que esto es un secreto.

—¡Esto es un secreto! exclamó Lydon. ¿Te has convertido en esfinge?

—En esfinge, nó. ¿Por qué, en esfinge?

—Cesa las habladurías, ama, y tráenos de que comer. Tengo hambre, dijo Esporo con impaciencia.

—Y yo también, añadió el ceñudo Niger haciendo como que amolaba el cuchillo en la palma de la mano.

La amazona entró en la cocina y volvió á salir con una hortera llena de pedazos de carne casi enteramente cruda; manjar á propósito para mantener la ferocidad de los atletas. Pusiéronse á comer como lobos hambrientos, y al poco rato ya no había carne ni vino.

Dejemos ahora en la mesa á los interesantes héroes de la arena clásica, y sigamos los pasos de Burbo que había ido al encuentro de Caleno.

CAPÍTULO II.

Dos beneméritos.

Era el sacerdocio en los primeros tiempos de Roma no una profesión de lucro, sino de honor; y mientras á ella se dedicaban los nobles, estaba prohibido á los plebeyos el abrazarla. Más tarde, y en épocas muy anteriores á la de nuestro relato, abrióse la profesión sacerdotal á todas las clases, y por ello no es de extrañar que Caleno, sacerdote de Isis, tuviese por su familia un orígen humildísimo. Libertos eran sus parientes á excepción de su padre y de su madre. El único individuo de la parentela que había sobrevivido en Pompeya era Burbo, y á éste, mejor que los lazos de la sangre, le unían relaciones misteriosas y feas.

De su padre había recibido Caleno una educación liberal y un modesto patrimonio que desapareció muy pronto

absorvido por los gastos. Por esto abrazó la profesión sacerdotal como último recurso contra la miseria, ya que si bien los emolumentos oficiales eran seguramente escasos los ministros de un templo que llegaba á ser popular, no podían quejarse nunca de la fortuna.

Con frecuencia el ministro de Isis, disfrazado como convenía á su fama de austero y devoto, llegábase á escondidas á la puerta de atrás de la apartada taberna en que tenía sus reales el jubilado gladiador, hombre tan envilecido por sus costumbres personales como por los menesteres en que intervenía; y gozábase de este modo en tirar á un lado los últimos girones del fingimiento y de los remedos de virtud que á pesar de la codicia que le retenía en el templo, mal se avenían con la grosería de su carácter.

Cubierto con el manto holgado que adoptaron los romanos á proporción que abandonaron el uso de la toga y en el que ponían un capuchón para ocultar el rostro, estaba sentado Caleno en el pequeño cuarto que tenía comunicación con aquella puerta falsa por donde había entrado y que suele encontrarse tan generalmente en las casas de Pompeya. Frente de él estaba el rollizo Burbo contando sobre la mesa un puñado de monedas que el sacerdote había sacado de una bolsa que llevaba; porque es de saber que este adminículo de la bolsa era tan usado entonces como ahora, con la diferencia de que acostumbraba llevarse más repleto.

—Ves que te pagamos bien, dijo Caleno, y debes darme las gracias por este negocio.

—Así lo hago, primo mío, así lo hago; respondió Burbo afectuosamente.

Y en esto metió las monedas en un bolsón de cuero, puso el bolsón en el cinto y apretó la hebilla para que éste quedase bien ceñido á su disforme cintura.

—Por Isis, por Pisis y por Nisis, dijo luego, y por todos los dioses de esta clase que haya en Egipto, ase-

guro que mi pequeña Nydia es una verdadera Hespéride que me trae las manzanas de oro.

—Canta bien y tañe como una Musa, dijo Caleno, y esto son méritos que mi amigo paga expléndidamente.

—¡Este hombre es un dios! dijo Burbo entusiasmado. Todo hombre rico y liberal merece altares. Pero ¡vaya una copa de vino, camarada! Y ahora dime, ¿qué es lo que ha hecho la niña? Está azorada, habla de su juramento, y no quiere revelar cosa alguna.

—Tampoco yo puedo decirte nada, ¡por mi mano derecha! También me liga el terrible juramento del silencio, respondió Caleno.

—¡Qué juramento! dijo el tabernero. ¿Á qué viene eso de juramentos entre hombres como nosotros?

—De otros juramentos no haría yo caso, replicó el empedernido sacerdote, pero éste es cosa séria.

Luego para cobrar la serenidad, que parecía haber perdido acordándose del juramento, bebióse de un trago una copa de vino, y prosiguió:

—La verdad que te diga, de lo que yo tengo miedo es de la venganza. ¡Por los dioses! El hombre que me ha hecho jurar es un brujo de primera fuerza y sacaría el secreto á la luna si yo tuviese la humorada de contarle algo. No hablemos más de eso. ¡Por Pólux! Aunque sean muy halagadores los banquetes á que asistimos en su casa, jamás me encuentro en ellos completamente á mi gusto. Mira, muchacho, una hora contigo y con alguna de aquellas mozuelas francas, alegres y campechanas que suelen reunirse en este cuartucho, me gusta á mí muchísimo más que la voluptuosa explendidez de sus festines.

—Pues mira, si esto te gusta, mañana por la noche armaremos aquí un poco de jarana.

—¡Eso quiero! dijo el sacerdote frotándose las manos y acercándose á la mesa.

Oyóse entonces un poco de ruído á la puerta como si álguien probase de abrirla, y el sacerdote púsose al momento la capucha, pero Burbo le dijo:

—¡No temas nada! es la ciega.

Nydia entonces, abriendo la puerta, entró en el cuarto.

—¿Qué tienes, niña? le dijo Burbo. ¡Estás pálida! ¿Te han retenido las francachelas? Vaya, ¡mucho ánimo! Ya sabemos lo que es ser joven.

La muchacha no contestó, pero sentóse con mucho abatimiento: cambió los colores del rostro: golpeó el suelo con los piés, y levantando luego la cabeza, dijo con voz muy resoluta:

—Mi amo: puedes quitarme la comida, pegarme, amenazarme de muerte, pero yo no voy más á ese lugar impío.

—¡Qué es eso, idiota! ¡Desobediencias conmigo! ¡Cuenta con lo que haces! dijo Burbo dando á su voz el tono más bronco que le fué posible, juntando al mismo tiempo las cejas y encandilando los ojos.

—Lo dicho, dicho se está, respondió la pobre niña cruzando las manos sobre el pecho.

—Está bien, modestísima vestal, repuso Burbo. ¿Dices que no quieres ir, no es cierto? Pues la cosa es muy sencilla: haremos que te lleven.

—Y en toda la ciudad se escucharán mis gritos, dijo la niña vivamente y con el rostro encendido.

—Lo veremos, porque irás amordazada, replicó Burbo.

—Pues entonces que los dioses me protejan, dijo Nydia levantándose. Llevaré mi queja á los magistrados.

—*¡Acuérdate del juramento!* dijo una voz cavernosa que era la de Caleno.

—¡Oh pobre de mí! exclamó la cieguecita con temblor nervioso, juntando las manos y sollozando.

En esto, sea que hubiera oído el llanto de la niña, sea que entrase por casualidad, compareció en el cuartito la gentil Estratonice y dijo ásperamente á Burbo:

—¿Qué es eso, animal? ¿Qué le estás haciendo á la chiquilla?

—Cálmate, mujer, dijo el tabernero entre amoscado y temeroso. ¿Quieres cinturones y vestidos nuevos, verdad? Pues mira, mucho cuidado con esto de la niña ó no has de comprar adornos en mucho tiempo. ¡Venganza sobre tu cabeza, miserable!

—Pero ¿qué es lo que ocurre? dijo la arpía, mirando al uno y al otro.

Nydia entonces apartóse de la pared en que se apoyaba, se echó á los piés de Estratonice, abrazó sus rodillas, y levantando sus bellísimos aunque apagados ojos, le dijo estas palabras entremezcladas con el llanto:

—¡Oh ama mía! tú eres mujer: tú has tenido hermanas: tú has sido joven como yo: ¡compadécete de mí! ¡sálvame! ¡No quiero ir más á esos horribles festines!

—¡Tonterías! replicó Estratonice cogiendo brutalmente una de las finísimas manos de la niña sólo dispuestas para tocar las flores. ¡Tonterías, muchacha! ¡Esos dengues no se han hecho para las esclavas!

—Oye este sonido, mujer, dijo Burbo agitando la bolsa de las monedas. Por Pólux, te juro que no has de oírlo más si no sabes enfrenar á esa potranca.

—Ahora está cansada, dijo Estratonice á Caleno. Cuando vosotros la necesiteis otra vez, ya será más dócil.

—¿Vosotros? ¿Vosotros? Pues ¿quién está aquí? exclamó Nydia fijando al parecer los ojos en todos los ángulos del cuarto con tan extraña expresión que el sacerdote, lleno de asombro, se levantó del asiento que ocupaba.

—¡Esta niña debe ver algo! dijo á media voz.

—¿Quién hay aquí? ¡Hablad en nombre del cielo! ¡Ah! ¡si estuviéseis ciegos como yo, no seríais tan malos! decía Nydia derramando nuevas lágrimas.

—¡Quítala! dijo Burbo con impaciencia. ¡Me aburren esos gimoteos!

—Ven, dijo Estratonice empujando á la pobre niña por las espaldas.

Nydia se apartó resueltamente en vez de seguir el impulso de su ama, y dijo con dignidad:

—Sabeis que os he servido fielmente desde que me trajeron de donde estaba mi madre: ¡oh madre mía! ¿podías soñar que había de verme tan abatida?... Mandadme cualquiera otra cosa y obedeceré, pero á ese lugar no quiero ir de ningún modo. Firme, determinada os lo digo. Inflexible como vosotros. ¡Si me llevais á la fuerza, imploraré al Pretor!... ¡Escuchadme, oh dioses! ¡Lo juro!

Los ojos de la arpía se encendieron al oír estas palabras, y cogiendo á la niña por los cabellos, iba á pegarle con la otra mano, capaz como era de aplastarla de una sola manotada, pero temiendo quizás este resultado, fué á descolgar una cuerda que ya otras veces le había servido para vapuleos, y empezó á dar azotes á su esclava, cuyos gemidos debieron oirse muy pronto en toda la casa.

CAPÍTULO III.

De cómo Glauco hizo una compra que andando el tiempo le salió muy cara.

¡Ola bravos compañeros! dijo Lépido bajando la cabeza para entrar en el acovachado portal de la hostelería de Burbo, venimos á ver quién de vosotros honrará mejor á su lanista.

Los gladiadores al momento se levantaron con muestras de respeto viendo á tres elegantes conocidos entre lo más rico y florido de Pompeya, y dispensadores por tanto de la reputación entre los héroes del anfiteatro.

—¡Famosos animalotes! dijo Claudio al oído de Glauco. ¡No me parecen mal para gladiadores!

—¡Lástima que no sean guerreros! replicó Glauco.

Era singular que el delicado y regaladísimo Lépido, aquel mismo Lépido que en el banquete se ofendía de un rayo de luz, y en el baño se asustaba de un airecillo colado, aquél en quien se habían pervertido los impulsos naturales dejándole convertido en ente afeminado y artificioso, recobrase ante los gladiadores su actividad y energía, y con su blanca y suave mano se apresurase á tentar, como lo estaba haciendo, las anchas espaldas y la férrea musculatura de los atletas, demostrando admiración extraordinaria respecto á la fuerza varonil que en sí mismo había destruído.

—Dime, Niger, ¿de qué modo has de batirte y con quién? preguntó Lépido.

—Esporo es quien me ha desafiado, respondió aquel feo atleta. No dudo que el combate ha de ser á muerte.

—Puedes estar seguro de ello, refunfuñó Esporo guiñando el ojo.

—Esporo tomará el gladio; yo la red y el tridente, prosiguió Niger. Veremos si al que sobreviva se le dará con que sostener la dignidad de su corona.

—Nada temas, Hector mío, nosotros llenaremos tu bolsa, dijo Claudio. Pero vamos á ver, añadió á los pocos momentos: Niger se bate con Esporo: hagamos una apuesta, Glauco; yo apuesto en favor de Niger.

—¡Cuando yo os lo decía! exclamó Niger. ¡El noble Claudio me conoce! Ya puedes contarte entre las sombras, Esporo.

Claudio sacó las tablillas, y dijo:

—Apuesto diez sexterciones. ¿Qué me contestas?

—Sea de este modo, dijo Glauco. Pero ¿quién es éste? añadió. Á éste no le había visto yo nunca.

Referíase con estas palabras á Lydon que era más bien conformado que sus compañeros y que había conservado cierta hermosura y nobleza de facciones á pesar de su oficio.

—Este es Lydon, el más joven de todos, contestó Ni-

ger. Hasta hoy se ha ejercitado únicamente con la espada de madera, pero tiene buena sangre y ha desafiado ya á Tetredes.

—Es él quien me ha desafiado, dijo Lydon, pero yo acepto el desafío.

—¿Y cómo vais á combatir? preguntó Lépido. Aunque yo sería de parecer que lo pensases mucho antes de entrar en lucha con Tetredes.

Lydon, por toda respuesta, sonrió desdeñosamente, y Claudio preguntó:

—¿Es ciudadano ó esclavo?

—Ciudadano, respondió Niger. Aquí todos somos ciudadanos.

—Extiende el brazo, Lydon, dijo Lépido con tono de persona inteligente.

El gladiador, mirando intencionadamente á sus compañeros, extendió el brazo y pudieron ver los tres visitantes que, si no era tan grueso como el de los otros, era en cambio muy recio y de proporciones admirables.

—Con que, dinos, ¿cuál es tu arma? dijo Claudio con las tablillas en la mano para coordinar nuevas apuestas.

—Primero combatiremos con la manopla, se apresuró á decir Tetredes mal humorado y celoso, y luego si los dos quedamos con vida, con el gladio.

—¡Con la manopla! exclamó Glauco, haces mal Lydon. La lucha con la manopla es griega, y de ella estoy bien enterado. Para esta contienda debieras estar más grueso. Siendo delgado como eres, no te conviene la manopla.

—No puedo pasar por otra cosa, dijo Lydon, porque es él quien me ha desafiado.

—Pero él no debe imponerte el arma, le dijo Glauco.

—Mi honor me lo impone, respondió Lydon con orgullo.

—Apuesto en favor de Tetredes, dijo Claudio. Dos contra uno á la manopla. Uno contra uno al gladio.

—Aunque dijeses tres contra uno no había yo de aceptar la apuesta, dijo Lépido. Eres generoso en demasía. No llegará el caso de que Lydon deba empuñar el gladio.

—Y tú ¿qué dices á eso, Glauco? preguntó Claudio.

—Yo aceptó, contestó el griego. Juego a favor de Lydon. Tres contra uno.

—¿Van diez sexterciones contra treinta? preguntó Claudio.

—Eso es, replicó el griego.

Era el sexterción un tipo ideal en las cuentas y representaba una suma de mil sextercios.

—Trato concluído, dijo Claudio, y apuntó en seguida la apuesta en las tablillas.

—Dime, noble fiador mío, dijo Lydon al oído de Glauco, ¿cuánto va á ganar el vencedor en esta lucha?

—¿Cuánto? dijo Glauco. Siete sexterciones quizás.

—¡Tanto como eso!

—¡Á lo menos! dijo Glauco, pero yo te aseguro que en tu lugar un griego hubiera pensado en la gloria del triunfo antes que en la moneda. Vosotros italianos, ¡siempre italianos como el primer día!

Coloróse la bronceada mejilla del gladiador, y dijo en seguida:

—No me juzgues mal, noble Glauco. Ambiciono una cosa y otra; pero no sería yo gladiador si hubiese tenido muchos sextercios.

—Y el amo de la casa, ¿dónde anda? preguntó Claudio.

—¿Y Estratonice? preguntó Lépido.

— Por aquí estaban, respondió Niger. Y se han ido adentro y hemos oído chillar á una muchacha. Eso deben ser cosas de celos porque la vieja es celosa como la misma Diuno.

— ¿Quién será la Leda de este Diu Píter? dijo Lépido. ¿Vamos á verla?

En aquel momento se oyó con toda claridad un grito de angustia y de terror, y Glauco dijo:

— ¡Por Palas! yo conozco esta voz! Esta es la voz de mi pobrecita florista.

Penetró entonces en lo interior de las habitaciones y halló á la vieja, encolerizada todavía, y con la cuerda en la mano.

— ¡Furia! dijo Glauco cogiendo la cuerda y apartando á Nydia. ¿Cómo haces eso con una muchacha? ¿Cómo tienes valor para pegar á una chiquilla?

— ¡Oh! ¿eres tú? exclamó la niña con indecible contento. ¡Es Glauco! repitió luego enjugando sus lágrimas.

Y al momento asomó la sonrisa en sus labios, y le abrazó y cubrió de besos la orla de su vestido.

— Y á ti extranjero audaz, ¿quién te mete entre una mujer libre y su esclava? dijo Estratonice. ¡Por los dioses! Aunque llevas finísima túnica y usas mejunges, yo creo que ni tan siquiera eres ciudadano romano.

— ¡Cuenta con las palabras, ama; cuenta con las palabras! dijo Claudio entrando junto con Lépido. Ese es mi amigo y compañero. Tendremos que ponerle al abrigo de tu lengua que llueve piedras, dulcísima Estratonice.

— ¡Dame la esclava! dijo la terrible ama de casa poniendo su forzuda mano sobre el pecho de Glauco.

— No te la doy aun cuando todas las Furias, hermanas tuyas, te ayudasen, contestó el griego. Nada temas, Nydia. Un ateniense no abandona nunca al desgraciado.

— ¡Vamos á ver! dijo Burbo levantándose de mala gana. ¿Á qué viene todo este embrollo por una esclava? Deja tranquilo al gentil hombre, mujer, y puesto que lo desea, no castigues más á la niña.

Tras de estas palabras apartó bruscamente á su cónyuge de donde estaba Glauco.

El sacerdote de Isis, en medio del barullo, había encontrado la ocasión para escabullirse, y á propósito de él, dijo Claudio:

—Yo creo que estaba aquí un hombre cuando hemos entrado en el cuarto.

—¡Dejarle! contestó Burbo, es un perro manso que no gusta de ruídos. Pero tú, muchacha, continuó diciendo, vas á desgarrar la túnica del gentil hombre. Quítate de ahí. Ya estás perdonada.

—¡Oh! ¡no me abandones! exclamó Nydia acercándose aun más al ateniense.

Conmovido por la situación de la niña, y por el ruego que le estaba dirigiendo, no menos que por su gracia natural, sentóse Glauco y sentó á Nydia sobre sus rodillas, enjugando con sus propios rizos la sangre que se veía en sus hombros y besándola cariñosamente en el rostro. Hízole mil caricias y díjole mil naderías como se hace con los niños que lloran, y tanto se esmeró en la buena obra, que hasta pareció conmover á la durísima Estratonice. La presencia del griego difundía un rayo de luz en la oscura y torpe guarida. Joven hermoso y expresivo, personificaba la dicha terrena consolando al pobre y desamparado.

—¿Quién hubiera dicho que nuestra Nydia había de verse tan honrada? dijo Estratonice enjugándose el sudor de la frente.

—Buen hombre, dijo entonces Glauco dirigiéndose á Burbo, la niña es esclava tuya; canta bien y sabe cuidar las flores. Quisiera presentarla á cierta dama á quien conozco. ¿Quieres venderla?

La niña al oír esto se extremeció de alegría, levantóse, apartó con la mano los enredados cabellos que caían sobre su frente, y dirigió al parecer la mirada á todos lados como si la pobre pudiese ver algo.

—¿Vender nuestra Nydia? No por cierto, dijo ásperamente Estratonice.

Nydia se postró con nuevo abatimiento y cogióse otra vez á la túnica de Glauco.

—No digais disparates, dijo Claudio con imperio. Eso debe hacerse porque yo lo quiero, y si no me complaceis estáis perdidos. Burbo es cliente de mi primo Pansa. En el anfiteatro y en los atletas creo que tengo algún influjo. Con que si yo dijese una palabra ya podríais romper las cántaras. Glauco, la esclava es tuya.

—Por ella he pagado seis sexterciones y hoy vale doce, dijo el ama de casa.

—Veinte pago por ella, dijo Glauco. Vamos al magistrado y luego á casa y os daré la moneda.

—Yo no la habría vendido por ciento, dijo astutamente Burbo, pero accedo para dejar satisfecho al noble Claudio, y espero que me dé una recomendación para el edil Pansa porque voy á pretender el cargo de acomodador en el anfiteatro.

—Tendrás la recomendación, dijo Claudio en voz alta, y luego añadió al oído de Burbo: con este griego haces tu fortuna: se le derrama la moneda como agua en un cesto: puedes apuntar con la marga, famoso Príamo.

—*¿Se dará?* dijo Glauco usando la fórmula de las ventas y de los cambios,

—*Se dará*, contestó Burbo.

—¡Entonces voy contigo! ¡oh dicha! exclamó Nydia.

—Así es, niña mía, dijo Glauco. Desde hoy cantarás los himnos de Grecia á la más amable dama que hay en Pompeya.

Suspiró profundamente la cieguecita, y cogiendo la mano de Glauco, le preguntó:

—¿Pues no vamos á tu casa?

—Ahora vamos allá, dijo Glauco. Ven. No perdamos tiempo.

CAPÍTULO IV.

En que el rival de Glauco apresura el paso para llegar al término de su carrera.

DIONE tenía las brillantes condiciones de carácter que á duras penas pueden encontrarse una ó dos veces durante la vida. El ingenio y la belleza en su mayor perfección se habían reunido en ella. Tenía conocimiento de su propio valer, pero al mismo tiempo

poseía la ductilidad propia de las mujeres y sabía adaptarse al temperamento ajeno. Formada estaba peculiarmente para dominar y embelesar á los más distinguidos galanes y á los que tenían mayor fortaleza de ánimo, puesto que el amor y la ambición se despertaban juntos á su presencia. Era natural, por consiguiente, que hubiese subyugado la misteriosa disposición afectiva del egipcio, y no lo era menos que hubiese encadenado para siempre el corazón del ateniense.

Joven, elocuente y enamorado, era Glauco para Dione la encarnación de la poesía helénica. Por esto había correspondido como por instinto al amor que le inspiraba, y creáronse ambos á dos en la imaginación un mundo apartado de lo vulgar, concentrando en sus corazones los últimos rayos del sol de Delos.

Facil era Dione en su trato ordinario, pero al mismo tiempo reservada y digna. Hirióla, pues, profundamente el cuento inventado por Arbaces relativo á la supuesta grosería de Glauco, y hubo de pasar por la más grande amargura que puede ofrecerse á las almas delicadas. Creíase humillada, profundamente humillada, y estaba alarmado su amor al mismo tiempo que su orgullo. Ora en el fondo de su corazón, hacía vivísimos reproches á Glauco, ora resolvía olvidarle y aun aborrecerle, ora prorrumpía en lágrimas abundantes, y recobrando su ternura, exclamaba:

—¡Me desprecia! ¡no me ama ya!

En cuanto el egipcio salió de su casa, retiróse con sus doncellas á la estancia más apartada y no quiso recibir á nadie en su visita ni aquel día ni los que próximamente le siguieron. Glauco fué excluído como los demás amigos, pero no supo atribuirlo á capricho mujeril, y si bien quedó suspenso y muy turbado, mantúvose firme en sus esperanzas. En el silencio de la noche, cuando estaban desiertas las calles y sin más testigo que la luna, dirigíase al *templo del corazón*, á la casa de su amada, y allí enguir-

naldaba la puerta, ó tañía en el laud de Lydia, ó componía improvisados versos. Pero la ventana permanecía cerrada y no había sonrisas para embellecer la noche. Dione estaba despierta y escuchaba el cantar y el tañer de Glauco, y sentíase halagada y contenta, pero en cuanto callaba la voz y se alejaban los pasos de su amante, renovábase la tortura de su alma y creía descubrir en el mismo obsequio nueva ofensa.

Arbaces, en el entretanto, resolvíase á emplear toda su habilidad y artificio para alcanzar la posesión de aquel tesoro que tan ardorosamente codiciaba. Animábale á ello la facilidad con que había reconquistado su imperio sobre el hermano de Dione, puesto que Apecides, después de la orgía que le había ofrecido el egipcio, se había entregado, si bien con abatimiento y asombro, á la discreción de éste. Para acallar los escrúpulos del joven sacerdote, inició le Arbaces en varios pormenores de su misteriosa sabiduría, y hablándole de las estrellas y de magia divina, pasó á los ojos del novicio como un hombre muy superior á los demás mortales. Las puras y sólidas nociones religiosas de Olintho se presentaban en la mente de Apecides, pero el egipcio le hacía entender que todo aquello eran derivaciones de las doctrinas del Nilo, y buscando analogías en diversos detalles, como por ejemplo entre la cruz ansada y la cruz de los cristianos, sacaba consecuencias forzadas y muy distintas de las que puede sacar el verdadero creyente. Con todo ello, sintióse el egipcio completamente dueño de Apecides, y vió en esta victoria un buen agüero respecto á la otra que estaba esperando.

La orgía que avasalló al hermano, había tenido lugar el mismo día en que Arbaces había emponzoñado el corazón de la hermana. Al día siguiente presentóse Arbaces de nuevo á la casa de Dione y hubo necesidad de franquearle la entrada, puesto que tenía representación de tutor y ejercía por lo tanto autoridad. Su presencia no fué agradable á Dione pero estuvo pasiva delante de él, sin-

tiendo, no precisamente repugnancia, pero sí, en los primeros momentos, terror y miedo. Arbaces, con muy buen tacto, evitó el insistir sobre las indignidades atribuídas á Glauco pronunciando el nombre de éste con indiferencia lo mismo que el de Claudio ó de Lépido y aparentando clasificarles á los tres entre las personas frívolas y de poca importancia. A la verdad le ahogaba la rabia y le torturaban los celos cuando se acordaba de la juventud y de los atractivos de su rival.

Repitiéronse las visitas de Arbaces, y un día que era el cuarto, después de aquel en que había tenido lugar el banquete de la muerte, le dijo á Dione:

—Veo que usas el velo estando en casa, y eso no es halagador para los que se honran con tu buen trato.

Dione, que realmente cubría con el velo sus facciones para que no quedase manifiesto que había llorado, contestó al egipcio:

—Para quien mira al entendimiento, como Arbaces, ¿qué importa que la faz esté velada?

—Miro al entendimiento y lo veo, replicó Arbaces, descúbreme, pues, la faz, porque de otro modo no puedo verla.

—Mucha galantería difunden los aires de Pompeya, dijo Dione simulando el tono de chanza.

—¿Crees tú, bellísima Dione, que he necesitado los aires de Pompeya para apreciarte en lo que vales? dijo el egipcio con voz un poco trémula. Bien sabes que hay un cariño que no es atolondrado como el de los jóvenes, cariño del alma que estima al alma, cariño de que habló Platón en la tierra de tus padres. Con semejante cariño te aprecio Dione, y entiendo que es digno de tí aunque parezca austero y frío.

—Amistad es el nombre de este cariño, dijo Dione.

—Demasiado se profana esta palabra para que pueda aplicarse á tan noble sentimiento, repuso Arbaces. No le dés nombre á mi cariño porque no hay nombre que pue-

da expresarlo. No es cariño de la tierra y mal se aviene con los calificativos que en la tierra suelen darse.

Con deseos de cambiar el tema de la conversación, dijo Dione:

— Cuando Arbaces, estimando á otra persona la honra, es natural que se manifieste en el cariño todo el valor de su talento. La amistad de Arbaces debe ser naturalmente más pura que la de aquellos otros cuya frivolidad no comparte... Pero dime, Arbaces, ¿hace días que no has visto á mi hermano? Aquí no ha venido de algún tiempo á esta parte, y la última vez que le ví me puso en alarma su aspecto. Mucho temo que se haya precipitado al entrar en el sacerdocio y que esté quizás arrepentido de sus votos.

— Cierto que estaba turbado y enfermo de espíritu, contestó el egipcio, pero actualmente acude á mí para disipar sus inquietudes y su tristeza. Ha encontrado por fin quien puede y sabe tranquilizarle. Yo he desvanecido sus dudas: le he sacado de los umbrales de la sabiduría, le he mostrado lo más recóndito del Templo, y ante la majestad de la diosa, la alegría y la paz han vuelto á reanimarle. Nada temas; no se arrepiente ya de su vocación: el que fía en Arbaces no tiene por qué arrepentirse.

— Grande alegría me das con estas nuevas, dijo Dione. ¡Querido hermano mío! ¡En tu felicidad descansa mi contento!

Arbaces, aprovechando la ocasión oportuna, dijo entonces á Dione:

— Yo creo que tú no has visto nunca mi casa, y esto quizás podría interesarte porque allí encontrarías de manifiesto lo que me has preguntado varias veces sobre usos y costumbres del Egipto. No pueden comprenderse por el trazado y decorado de mi casa las magnificencias de Tebas ó de Memphis, pero algo hay en ella para formar concepto de la antiquísima civilización que ha sido la luz del mundo. Acuérdate, pues, del austero amigo de tu juventud dedicándole una tarde de verano, y véase hon-

rada mi oscura mansión con la presencia de la admirable Dione.

Ignorando los peligros que la casa tenía, concedió la joven de buena gana lo que le demandaba el egipcio y fijaron la visita para el día siguiente. Arbaces se retiró después de esto con la frente serena y henchido el corazón de insano regocijo.

Apenas había salido Arbaces cuando indicaron á Dione que otra persona preguntaba por ella.

Y ahora, primero que hablemos de como al otro día fué á la mansión del egipcio, debemos ocuparnos un poco más del joven Glauco.

CAPÍTULO V.

La pobre tortuga. — Cambio de situación para Nydia.

El pequeño y oloroso jardín cercado por el peristilo en la casita de Glauco hallábase alumbrado por el sol de la mañana, y el ateniense, melancólico y triste, tendido á la larga sobre el delicado césped del viridario, estaba protegido por un pequeño dosel que le resguardaba de los calores veraniegos.

Cuando aquella linda casita fué desenterrada por primera vez, encontróse en el jardín la concha de una tortuga que había vivido en aquellos sitios. Aquel sér organizado, extraño eslabón en la cadena de los séres, á quien

parece haber negado Naturaleza los goces de la vida salvo el de la pasividad, permanecía ya en el mismo lugar muchos años antes de que Glauco comprara la casa. Las construcciones fueron renovadas, cambiaron los poseedores del edificio, sucediéronse generaciones diversas, y la tortuga desde tiempo inmemorial continuaba desarrollando allí su perezosa y lánguida existencia. Sabido es que las tortugas suelen vivir mucho más de un siglo. Cuando acaeció el terremoto, diez y seis años antes de la época á que nos referimos, la casita sufrió mucho y los posesores tuvieron que abandonarla durante algunos días. Volvieron después á ella, y al explorar las ruinas amontonadas en el viridario, encontraron á la tortuga completamente ilesa. ¡Pobre tortuga! Nada menos que una erupción volcánica fué menester para acabar su vida.

Por una especie de contraste de carácter, el animado Glauco se había encariñado con su tortuga y pasaba largos ratos contemplando su lento andar y su conformación original y extraña.

Tendido, como hemos dicho sobre el césped, le decía Glauco á la tortuga:

—¿Quién sabe si tienes padre y si tienes madre? ¿quién sabe si tienes compañera? ?Eres capaz de afectos? ¿En qué se distinguen tus alegrías de tus tristezas? Tal como eres te envidia mi corazón porque no sientes el pesar de la ausencia de Dione.

Con esto aumentaba la melancolía de su ánimo, cuando le distrajo la llegada de Nydia cuyo ligero y cuidadoso andar se escuchaba sobre el marmóreo pavimento. Pasó el pórtico, detúvose ante las macetas con una regadera en la mano, y empezó á rociar las flores que según costumbre parecieron alegrarse de sus cuidados. Respiró su fragancia, rozó delicadísimamente las corolas, y buscó en los troncos si había alguna hoja seca ó algún insecto que dañasen á la esbeltez y á la hermosura. Tal se hubiera presentado á los ojos de Glauco la más garrida ninfa de la diosa Chloris.

— ¡Nydia mía! dijo Glauco.

Detúvose al oír la voz que la llamaba, ruborizóse, contuvo el aliento, cayóle al suelo la regadera, y luego se dirigió presurosa hacia donde estaba Glauco encontrando el camino sin vacilar entre las sinuosidades del viridario.

— Tres días hace que estás bajo la protección de mis dioses domésticos, dijo Glauco apartando suavemente hacia atrás la hermosa caballera de Nydia. ¿Te han sonreído? ¿Eres dichosa?

— ¡Muy dichosa! respondió la niña respirando con satisfacción y júbilo.

— Pues ahora que has entrado en condición menos dura, continuó Glauco, ahora que has podido vestir esa túnica bordada más á propósito para tí que la que antes llevabas, ahora que tienes mejor suerte (y ruego á los dioses que te la conserven) has de saber que debo pedirte un servicio.

— ¿Qué puedo hacer para tí? dijo Nydia juntando las manos.

— Óyeme, dijo Glauco. Aunque eres joven, quiero que seas mi confidente. ¿Has oído nombrar á Dione?

— Dicen que es de Neápolis y que es muy hermosa, contestó la niña pálida como el mármol.

— Puede oscurecer á la luz del día, continuó Glauco. Pero no solamente es hija de Neápolis: es también oriunda de Grecia. Unicamente nuestra Grecia presenta estos modelos. Debes saber, oh Nydia, que estoy enamorado de Dione.

— Lo creía, dijo Nydia con serenidad.

— Estoy enamorado de ella, prosiguió Glauco, y tú se lo vas á decir. Te envío á su casa. Dichosa tú que entrarás en su cuarto, oirás el timbre de su voz y te confortarás con el aire que respira.

— ¿Me separas de tí? dijo Nydia.

— ¡Estarás con Dione! contestó el griego como si dijera: ¿qué más puedes desear en el mundo?

Y luego, viendo que la niña lloraba, dijo:

—¿Por qué lloras? ¡No sabes el bienestar que te aguarda! ¡Dione es buena y amable! ¡suave como la brisa de primavera! Será una hermana para tí, comprenderá tu mérito, apreciará el sencillo encanto de tu carácter porque se parece al suyo. ¿Lloras todavía? No quiero que hagas eso por fuerza, ¿vas á prestarme este servicio?

—Yo estoy aquí para lo que mandes. Ya no lloro. Estoy tranquila, dijo Nydia.

—Bien, niña mía, dijo Glauco dándole un beso en la mano, vete, pues, á su casa. Y si no te place estar con Dione, si yo te engaño en lo que he dicho, vuelve cuando quieras. Yo te cedo, pero no te doy á otra persona. Mi casa será siempre tu refugio. ¡Pudiese yo acoger en ella á todos los desgraciados para quienes no hay amistad en el mundo! Además de que si el corazón no me engaña, pronto estarás también conmigo, porque mi casa y la de Dione serán una sola.

La niña estaba resignada y no volvió á llorar aun cuando un fuerte extremecimiento la había sobrecogido.

—Vete á la casa de Dione, querida Nydia, prosiguió Glauco. Yo haré que te enseñen el camino. Toma para ella las flores más bonitas y te daré el jarrón en que has de llevarlas. Le dirás que no mire al poco valor de la dádiva. Llevarás el laud que te dí anoché y que sabes puntear con tanto arte. Le darás también esta letra mía en la cual con mucho esfuerzo he podido expresar algo de lo que pienso. Fíjate en cada acento, en cada modulación de su voz, y me dirás si he de alegrarme ó de entristecerme. Hace algunos días que no me ha recibido Dione en su casa y hay en esto un misterio que no comprendo. Me atormenta la duda y el temor. Tú eres diestra y te interesas por mí: averigua, pues, la causa de esos desdenes. Háblale de mí cuanto sea posible, insinúale mi amor por todos los medios, y atiende á si suspira cuando le hablas, ó si contesta, ó si muestra enojo, y de qué modo lo ma-

nifiesta. Tú serás mi amiga y defenderás mi causa. Yo no sé si puedes comprenderme bien porque eres muy joven.

—Bien te comprendo y quiero servirte, contestó Nydia.

—Pues ven á encontrarme en el Cuarto de Leda en cuanto hayas cogido las flores y te daré el jarrón, díjole Glauco. Ya no estás triste ahora, ¿verdad?

—Yo soy esclava, Glauco, respondió la niña, ¿Qué más da que me halle triste ó regocijada?

—No hables de este modo, Nydia. Quiero que seas libre, dijo el griego. Te doy la libertad; pero bien me figuraba yo que deseabas servirme.

—¿Te has ofendido Glauco? dijo ella. ¡Oh! Por toda la libertad del mundo no quisiera yo enojarte. ¡Mi amparo! ¡salvador y protector mío! ¡perdona á la pobre ciega! Gustosamente dejaré tu compañía si con esto eres feliz.

—¡Bendigan los dioses tu agradecido corazón! exclamó Glauco.

Y la besó repetidas veces en la frente sin darse cuenta cabal del sentimiento que la embargaba.

—Me perdonas, dijo ella, y no has de hablarme jamás de libertad. Toda mi dicha consiste en ser tu esclava. Me has prometido que no me darías á otra persona, y fio en tu promesa.

—Lo he prometido, dijo Glauco.

—Pues ahora voy á cojer las flores, contestó Nydia.

Al poco rato dióle Glauco el jarrón, vistoso y adornado con joyeles, y allí colocaron las flores que unas con otras competían en brillo y en fragancia. Con ojos enjutos escuchó Nydia las últimas recomendaciones; no supo responder palabra á lo que Glauco le decía, y tomando su mano la llevó á los labios. Dejó caer entonces el velo sobre el rostro, y salió rápidamente dirigiéndose á la calle.

Cuando llegó al umbral se detuvo por un instante, y extendiendo las manos hacia la casa, exclamó de esta manera:

—¡Tres días felices! ¡Tres días han transcurrido lle-

nos de inexplicable delicia desde que entré por este umbral! ¡Quede contigo la paz, umbral bendito! ¡Mi corazón se desgarra al separarme de tí, y el rumor de sus latidos me habla únicamente de la muerte!

CAPÍTULO VI.

La hermosa afortunada y la esclava ciega.

Entró una sirvienta en el cuarto de Dione y díjole que estaba allí una mensajera de parte de Glauco y que deseaba ser recibida por la dueña de la casa. Vaciló un instante Dione al oír estas palabras, y añadió su esclava:

—La mensajera es ciega y no quiere dar el recado mas que á tí.

Poco levantado es el corazón que no respeta la desdicha ajena, y por eso al oír que la mensajera estaba privada de la vista, no supo negarse Dione á recibirla. El heraldo ciego era ciertamente sagrado para Dione.

—¿Qué me querrá? ¿qué recado puede enviarme? decía hablando consigo misma.

Y palpitaba su corazón cuando oyó el blando paso de Nydia. Descorrióse la cortina: la cieguecita fué introducida por la sirvienta y dijo con timidez:

—¿Quiere hablarme la noble Dione á fin de que yo sepa á dónde he de encaminar mis pasos envueltos en la oscuridad? Deseo ofrecer á sus piés esta ofrenda de flores.

—Hermosa niña, respondió Dione conmovida, no sigas adelante sobre este pavimento resbaladizo. Mi sirvienta me dará lo que me traes.

—Debo darte las flores á tí misma, repuso Nydia.

Y guiándose por el oído se acercó pausadamente á Dione, arrodillóse á sus piés y le presentó el jarrón. Tomólo Dione de sus manos, y lo puso en la mesa. Levantó luego á la niña y quiso que se sentara á su lado, pero ella rehusó modestamente. Sacó entonces Nydia la letra que llevaba en el cinto, y dijo:

—No he cumplido todavía con mi encargo. Traigo para tí esta letra y ella te explicará quizás por qué Glauco ha escogido una mensajera tan poco digna de Dione.

La bella neapolitana estaba temblorosa al tomar la letra de Glauco, sintiólo Nydia al dársela y quedóse algún tanto sofocada, pero al mismo tiempo serena. Con los brazos cruzados, y caídos los párpados, estaba de pié delante de la altiva y majestuosa Dione. ¡Tan orgullosa como la dama, aparecía la esclava en su actitud sumisa! Con la mano hizo señal Dione á las sirvientas de que podían retirarse, fijóse con benévola mirada en la joven y hermosa

mensajera, y luego apartándose un poco, leyó esta misiva:

«Glauco á Dione le envía por escrito lo que no puede expresar con sus palabras. ¿Está Dione enferma? Dícenme las siervas que no lo está y esto me consuela. ¿Ha ofendido Glauco á Dione? Esto no puedo preguntarlo yo á las siervas. Cinco días hace que estoy desterrado de tu presencia. ¿Ha salido el sol en este tiempo? No lo sé. ¿Ha sonreído el cielo? Creo que no ha sonreído: á lo menos yo no he visto la sonrisa. Mi sol y mi cielo es Dione. ¿Te ofendo ahora? ¿Soy atrevido en demasía? ¿Puedo confiar á la tablilla lo que mi boca no es osada para decirte?... Desde que sufro la ausencia comprendo mejor los hechizos con que tienes subyugado mi ánimo. Este alejamiento me priva de la dicha, pero me da valor para manifestarte lo que siento. No quieres verme, y has apartado igualmente de tu presencia á los aduladores que suelen rodearte. ¿Puedes confundirme con ellos? No es posible. Bien conoces que no estoy formado de la misma arcilla, y por humilde que fuera el barro de que traigo mi orígen, bien mejorado quedaría con la fragancia de la rosa. El espíritu de tu naturaleza ha influido en la mía, le ha dado aroma, le ha santificado y engrandecido. ¿Me han calumniado ante tí, oh Dione? Tú no puedes dar asenso á la calumnia. El mismo oráculo de Delfos viniese á decirme que tú eres una persona poco digna y no le daría yo crédito. ¿Ha de ser mi incredulidad en este punto más fuerte que la tuya? Acuérdome de la última vez que te ví, de la melodía que te canté, de la mirada que me diste. Disimula cuanto quieras, hay alguna simpatía entre nosotros y se expresa con los ojos mejor que con los labios. Deja que vuelva á verte, óyeme una vez más, y después podrás despedirme si quieres. No es que yo presuma de que mi afecto ha debido hallar instantánea correspondencia, pero las palabras salen de mi corazón y no puedo contenerlas. Acepta, pues, mi homenaje y mis votos. Nos vi-

mos por primera vez en el templo de Palas, ¿ podremos encontrarnos de nuevo junto á más bellos y más antiguos altares ? »

« ¡ Bellísima y adorada Dione ! Si el ardor de mi juventud, si mi sangre ateniense me han desviado alguna vez, ha sido para enseñarme entre los escollos á gustar del reposo, entre las oleadas á buscar el puerto. Cuelgo mis vestiduras de náufrago en el guarda reliquias del templo de Neptuno. Creo haber escapado á la tempestad puesto que he podido conocerte. Déjame que te vea. Tú eres buena para los extranjeros, ¿ no lo serás también para el compatricio ? Aguardo con ánsia lo que me respondas. Acepta las flores que te mando, las cuales te hablarán con el suave lenguaje de sus aromas, mucho más elocuente que el de las palabras. Derivan su fragancia de la luz del sol, y son emblema del amor que devuelve mejorado en décuplo lo que recibe. Las lleva una mensajera á quien puedes admitir en tu presencia por su propio valer si no es por el mío. Procede como nosotros de lejana tierra. Reposan bajo brillante cielo las cenizas de sus padres. Pero menos dichosa que nosotros es ciega y esclava. ¡ Pobre Nydia ! Quisiera yo en favor suyo, hasta donde fuese posible, reparar las crueldades de la Naturaleza y del Destino, y por ello te pido permiso para colocarla en tu casa. Es amable, diligente y dócil. Es hábil en la música y en el canto. Es una Cloris para cuidar del jardín. Ella confía en que le has de tomar cariño. Si así no fuese, si no te conviniera su compañía, puedes mandarla de nuevo. »

« Déjame decirte una última palabra, Dione. ¿ Cómo consideras en tan alto grado al sombrío egipcio ? No me pareció que tenía en tu presencia las maneras de un hombre cortés. Nosotros los griegos también aprendemos desde muy jóvenes á leer en el pensamiento humano, también buscamos profundidad en los conceptos sin manifestar austeridad en el semblante ; también fijamos la mirada con gravedad para observar, anotar y estudiar aun cuando te-

nemos la sonrisa en los labios. Arbaces no es persona de confianza. ¿Sería quizás él quien te ha malquistado conmigo? Mucho lo temo porque le dejé en tu compañía y porque mi presencia pareció disgustarle. Desde aquel momento no me has recibido en tu casa. No creas lo que pueda decirte contra mí, ó si lo crees dímelo al menos. ¡Bien podrá Dione hacer esto en favor de Glauco! ¡Sobrevéngante felicidades! Envidio á esta misiva que se halla en tus manos y que siendo más dichosa que su autor, puede manifestarse ante tus ojos. Repito lo que antes dije, oh Dione. ¡Sobrevéngante felicidades!»

Parecíale á Dione leyendo el escrito que una bruma se disipaba delante de su vista, y á cada palabra le hacía un reproche el corazón. Sintióse enternecida, besó la letra sin contener el llanto, púsola en el seno, y volviéndose á Nydia le dijo:

—Puedes sentarte, niña, en tanto que yo contesto.

—¿Vas á contestar? dijo Nydia con frialdad. Pues el esclavo que ha venido acompañándome llevará la contestación.

—Tú te quedas conmigo, le dijo Dione. ¿Cómo te llamas?

—Nydia.

—¿De qué tierra eres?

—De la tierra del Olimpo, de Tesalia.

—Serás mi compañera, puesto que eres en cierto modo mi compatricia, dijo Dione en tono cariñoso. Acércate ahora. No estés sobre el mármol. Siéntate aquí y aguarda un instante.

La contestación que Dione escribió á la misiva de Glauco, decía de esta manera:

«Dione á Glauco le desea salud. Ven á verme mañana, Glauco. Me he portado mal contigo y deseo explicarte lo que me dijeron respecto á tí. No temas nada del egipcio ni de nadie. Dícesme que me habla tu letra más de lo que me habías hablado hasta el presente. La contestación que

te doy, escrita deprisa, te dirá mucho más que lo que yo haya podido decirte. ¡Felicidades te sobrevengan! »

Sin leer segunda vez lo escrito, porque tal es el arranque y al mismo tiempo la timidez de los amores, volvió Dione á donde estaba Nydia y ésta le preguntó:

— ¿Has terminado ya la letra?

— Escrita queda, dijo Dione.

— ¿Podrá dar las gracias Glauco al que lleve el mensaje?

Dione se puso como la grana oyendo esta nueva pregunta, y no acertó á responder.

— Dígolo, continuó Nydia, porque la menor palabra desdeñosa, proviniendo de tí, debe contristar á Glauco, y la más pequeña muestra de afecto debe colmarle de alegría. Si es frialdad lo que has escrito llévelo el esclavo, si es cariño, deja que yo lo lleve. Ya volveré esta tarde.

— ¿Y por qué quieres llevar la letra? dijo Dione.

— ¡Ah! ¿por qué quiero yo llevarla? replicó Nydia. Bien comprendo con esto que la respuesta es favorable. ¿Cómo podía ser de otro modo? ¿Quién puede manifestar aspereza con Glauco?

— Niña, niña, dijo Dione con un poco de reserva, ¡paréceme que Glauco es muy amable para tí!

— ¡Noble Dione! respondió Nydia, Glauco ha hecho para mí más que la Fortuna y más que los dioses. ¡Ha sido mi amigo!

Había en estas palabras tanta melancolía y tanta dignidad que Dione no pudo menos de acercarse á la esclava y besarla en la frente.

— Eres agradecida y haces bien, le dijo. Lleva el mensaje, Nydia, pero vuelve á mi casa. Si no me encuentras á tu regreso hallarás dispuesta la estancia cerca de la mía. Yo no tengo hermana, ¿quieres tú ser la hermana de Dione?

— Dícenme que eres hermosa, dijo Nydia besando la mano de su protectora. ¿Quieres concederme una gracia?

—Te daré lo que me pidas, dijo Dione.

—Pues déjame pasar la mano por tu rostro contestó Nydia. Bien sabes que yo no puedo ver lo que alegra al mundo, pero yo conozco la hermosura con la mano y no me engaño nunca.

Y en esto, sin aguardar á que se le replicára, pasó la mano con suavidad sobre las bellas facciones de la descendiente de Grecia, las cuales pudieran representarse tan sólo por la maravillosa estatúa que hoy puede contemplarse en su ciudad natal, en la misma Neápolis; por aquella figura esculpida en mármol de Paros, que acaso es un retrato ideal de la misteriosa Psyche, y que en la armonía, juventud y serena majestad del rostro, vence por todo extremo á la misma Venus de Florencia. Delicadísimamente fué tentando la cieguecita los trenzados cabellos, la frente de alabastro, la satinada mejilla, el purpurino labio y el cuello de cisne.

—Ahora ya sé que eres hermosa, dijo después de su exámen. Guardaré la memoria de tu rostro para siempre.

No bien se hubo alejado Nydia llevando la contestación al mensaje de Glauco, cuando las sirvientas advirtieron á Dione de que había llegado la hora destinada para visitar al egipcio. Lo primero que le ocurrió fué el excusar esta visita, pero luego desechó todo recelo considerando que Arbaces era el más antiguo de sus amigos, y añadiendo algunos adornos á los que ordinariamente llevaba, salió de su casa y emprendió el camino.

CAPÍTULO VII.

Dione presa en las redes. — De como sale un ratoncillo y hace esfuerzos para roer la malla.

¡Oh queridísima Nydia! exclamó Glauco al leer la respuesta de Dione. ¡La más blanca y veloz mensajera que ha volado jamás entre tierra y cielo! ¿Qué puedo hacer yo para darte las gracias?

—Ya recibí mi recompensa, dijo la pobre tesaliana.

—¡Mañana! ¡mañana! decia Glauco con transporte. ¿Cómo he de emplear yo las horas para que transcurran con rapidez?

No queria el enamorado griego que se apartase Nydia de su lado por más que ella hizo ademan diferentes veces de salir de la estancia. Haciale repetir punto por punto la conversación que había tenido con Dione; preguntábale (olvidando la desgracia de la niña) si había visto esta ó aquella señal en la mirada, y en el continente de la noble hija de Neápolis; acordábase luego de que la pregunta era inoportuna, y con el pretexto de que no quedase interrumpido el relato, obligaba á Nydia á comenzarlo de nuevo. Para él transcurrían plácidamente los instantes, mientras que para Nydia eran un suplicio. Con esto empezaba ya á cerrar la noche cuando se decidió á que Nydia marchase de nuevo á la casa de Dione llevando otro ramo de flores y una segunda misiva.

En el momento en que Glauco se quedó solo, invadieron su estancia varios amigos, entre ellos Claudio, los cuales con mucha algazara empezaron á darle broma sobre las aficiones que iba manifestando al retiro, puesto que en todo el día no se le había visto en los sitios de mayor concurrencia. Dijéronle que les acompañase á dar una vuelta por las calles de la ciudad que tantos atractivos ofrecian, y Glauco sintiéndose muy dichoso y por tanto muy expansivo, accedió de buena gana á salir con ellos. Entonces como ahora en aquellas comarcas meridionales (y no hay otras quizás que hayan perdido más de su grandeza, y que más hayan conservado sus costumbres) era uso de los italianos el reunirse durante la velada; y ora en los pórticos de los templos, ora en los jardincillos que había entre algunas calles, pasaban el rato escuchando música y oyendo los cuentos y narraciones de algún improvisador callejero, ó bien ofrecian libaciones de vino y dirigian cantares al astro de la noche.

Glauco y sus compañeros empezaron á pasear por las brillantes y concurridas calles de Pompeya, mientras que Nydia llegaba á la casa de Dione donde le dijeron que se había ausentado algunas horas antes. Por mera curiosidad preguntó Nydia que á donde se había encaminado Dione, y cuando le dijeron que había ido á la casa de Arbaces, quedó sobrecogida y espantada.

—¡Eso es imposible! dijo Nydia.

—Pues no es imposible, niña, contestó la camarera, porque hace mucho tiempo que mi ama conoce al egipcio.

—¡Mucho tiempo, oh dioses! ¡y Glauco la quiere! exclamó Nydia en voz baja. ¿Le visita con frecuencia? preguntó luego á la camarera.

—No por cierto, dijo esta. Hoy es la primera vez; y si es verdad lo que se habla en Pompeya sobre aquella casa, fuera mucho mejor que mi ama no hubiese ido. Pero ya se vé: la pobre ama no sabe nada de todo esto. Habladurías de vestíbulo no entran en el peristilo.

—¿Estás segura de que no había ido nunca? preguntó Nydia.

—Segurísima, contestó la camarera. ¿Pero esto á tí que te importa ni á mí tampoco?

Nydia después de vacilar un momento, dejó las flores que tenia en la mano, llamó al esclavo de Glauco que la había acompañado, y se fué con él sin decir una palabra.

—No conoce, no puede conocer los peligros que corre, pensaba Nydia. ¡Pobre de mí! ¿Debo hacer algo para salvarla? Claro está que debo hacerlo, puesto que quiero á Glauco más que á mi vida.

Llegó á la casa del ateniense, y allí supo que había salido con los amigos; que los criados no sabian donde estaba, y que probablemente regresaría á media noche. Dejóse caer con abatimiento sobre un sitial, ocultó el rostro entre las manos como para coordinar sus ideas, y resolviéndose á no perder tiempo, preguntó al esclavo:

—¿Sabes tú si Dione tiene algun amigo ó pariente en Pompeya?

— ¡Por Diu Piter! dijo el esclavo, ¿qué sales ahí preguntando? Todo el mundo sabe en Pompeya que tiene un hermano, y que este hermano á pesar de ser joven y rico, ha hecho la tontería de meterse á sacerdote de Isis. Eso de tontería sea dicho *debajo de la rosa*, quiero decir que ha de quedarse entre nosotros.

— ¡Sacerdote de Isis! ¡oh dioses! exclamó Nydia. ¿Cómo se llama?

— Se llama Apecides, respondió el esclavo.

—¡Bien lo comprendo! dijo Nydia para sí. Son víctimas á la vez el hermano y la hermana. Este nombre de Apecides es el mismo que oí en aquel sitio. Pronto se hará cargo del peligro que le amenaza. Voy á su encuentro.

Tomó entonces el bastón en que solia apoyarse, y dirigióse hacia el templo de Isis. El esclavo á quien Glauco había confiado el encargo de acompañarla, no parecía muy contento, después de haber ido dos veces á casa de Dione, de emprender otra vez una caminata, porque era bastante grueso y se fatigaba mucho; pero de bueno ó de mal talante decidióse á seguirla, jurando por Castor y Pólux que la niña llevaba seguramente los talares de Mercurio al propio tiempo que la venda de Cupido.

Poco necesitó la cieguecita de que la guiase el esclavo para llegar al conocido santuario de Isis. No habia persona alguna en los alrededores del edificio, y así llegaron sin obstáculo á la sagrada verja.

— Aquí no hay nadie, dijo el rechoncho esclavo. ¿Qué venimos á buscar en este sitio? ¿No sabes que los sacerdotes no viven en el templo?

— ¡Llama! replicó Nydia con impaciencia. Día y noche debe haber á lo menos un sacerdote velando junto á la diosa.

El esclavo llamó sin obtener contestación alguna, y dijo que no veía absolutamente á nadie, pero Nydia insistió en que había oído respirar á la parte de adentro. Por fin, regañando, decidióse el esclavo á escudriñar nueva-

mente con la vista, y al poco rato manifestó que divisaba una figura humana junto á uno de los altarcitos del patio, y que á juzgar por la blanca vestidura debía ser un sacerdote que estaba meditando en aquel sitio.

—¡Oh ministro de Isis! dijo Nydia en alta voz ¡servidor de la antiquísima deidad! ¡Escúchame!

—¿Quién llama? contestó el de adentro con voz desmayada y baja.

—Quien trae importantes noticias á uno de los tuyos, replicó Nydia. No vengo á pedir oráculos sino á darlos.

—¿A quién has de hablar? dijo el de adentro. La hora es intempestiva. No vengas á estorbarme. La noche es para los dioses, el día para los hombres.

—Si no me engaña la voz, dijo Nydia, tú eres el mismo por quien pregunto. No es la primera vez que te oigo. ¿Eres el sacerdote Apecides?

—Este soy, dijo el de adentro acercándose á la reja.

—¡Benditos sean los dioses! exclamó Nydia; y con la mano indicó al esclavo que se apartase un poco.

Hízolo así el esclavo, creyendo que andaba de por medio alguna superstición relacionada con el salvamento de Dione, y fué á sentarse en una grada en tanto que Nydia conversaba con el sacerdote.

—¿Eres realmente Apecides? preguntó Nydia en voz baja.

—Si me conoces ¿no te lo advierte mi fisonomía? contestó el sacerdote.

—Yo soy ciega, repuso Nydia. Mi vista es mi oído. Pero á fin de que no me quepa duda alguna, júrame que eres el mismo que has dicho.

—¡Júrolo por los dioses! dijo Apecides ¡por mi mano derecha y por la Luna!

—Habla bajo y acércate, continuó Nydia. Dame la mano. ¿Sabes tú quien es Arbaces? ¿Depositáste flores á los piés del esqueleto? ¡Cómo un hielo tienes la sangre de tu cuerpo! Escucha todavía: ¿pronunciaste el tremendo voto?

—¿Y tú quien eres y de dónde vienes, pálida jovencita? dijo Apecides muy asombrado. ¡No te conozco! ¡No he reclinado mi cabeza sobre tu pecho! ¡No te he visto nunca!

—¡Pero escuchaste mi voz! dijo Nydia. Tú tienes una hermana. Tú sabes lo que son los banquetes de la muerte. ¿Quisieras verla en ellos y á tu lado? ¿Quisieras que tu hermana estuviese en la casa de Arbaces?

—¡Oh dioses! exclamó el sacerdote. Si me haces burla con lo que dices, he de arrancarte las entrañas.

—Digo la verdad, continuó Nydia. Mientras hablamos, Dione se encuentra en la casa de Arbaces. Ha ido por primera vez. ¡Buena suerte te sobrevenga! Ya te he dicho lo que queria.

—¡Detente! ¡no te vayas! dijo el sacerdote pasando la mano por la frente. Si esto es verdad ¿qué haremos, para sacarla de aquel sitio? No me abrirán, y aunque llegase al interior, no conozco yo las tortuosidades de semejante laberinto. ¡Oh Nemesis! ¡Cuán justamente sufro el castigo!

—Despediré al esclavo que me acompaña, dijo Nydia. Guíame tú hasta la casa de Arbaces, y te enseñaré la puerta secreta. Una vez allí te diré la contraseña. Toma un arma cualquiera porque puede hacerte falta.

Retiróse Apecides á una de las celdillas del templo, y volvió á salir al poco rato cubierto con un manto que ocultaba las vestiduras sacerdotales.

—¡Miserable Arbaces! decia rechinando los dientes. ¿Quién había de sospechar semejante extremo? ¡Es un sofista y un impostor! ¡Es capaz de todas las infamias! ¿Hay dioses protectores del inocente? No lo sé, pero á lo menos existe una diosa á quien puedo mandar, y esta es la Venganza.

Embebido en estos pensamientos, dirigióse Apecides junto con Nydia, pasando por las calles menos frecuentadas, á la casa del egipcio.

El esclavo, despedido bruscamente por Nydia, encogióse de hombros, y paso ante paso tomó el camino de su cubículo.

CAPÍTULO VIII.

Soliloquios del egipcio. — Nuevo exámen de su carácter.

RETROCEDAMOS algunas horas en el decurso de nuestra historia. Á los primeros albores de aquel día que Glauco había marcado ya con piedra blanca, encontrábase Arbaces desvelado y solitario, sentado en

lo más alto de la egipciaca torre que flanqueaba uno de los ángulos de su casa. No solamente el parapeto, sino la misma altura del torreón y la frondosidad de los árboles que rodeaban el edificio impedían á toda mirada curiosa el llegar á donde estaba el egipcio. Sobre una mesa, y junto á él, estaba desarrollado un pergamino ornamentado con místicos emblemas. Las estrellas perdían su brillo, y las sombras de la noche se disipaban dejando ver el perfil de las colinas dibujado sobre el azul del cielo. Solamente por encima del Vesuvio flotaba la oscura y densísima nube que durante los últimos días se había arrastrado junto á la cumbre. El mar estaba tranquilo como un anchuroso lago y en su costa reentrante aparecían clarísimamente las viñas, las arboledas y las blancas paredes de las poblaciones entregadas al reposo.

Era la hora predilecta entre los que cultivaban la atrevida ciencia de las estrellas: aquella ciencia que pretendía leer en los cuerpos celestes las variaciones del destino. Había el egipcio anotado en el pergamino el momento y el signo que le convenía, y descansando su frente en la palma de la mano, se entregaba á los discursos que le sugerían sus cálculos.

—De nuevo me avisan las estrellas, decía. No hay duda sino que me aguarda algún peligro inesperado y sumamente grave. Me amenazan con lo mismo con que amenazaron á Pirro si no mienten las crónicas, quien estuvo condenado á dominar todas las cosas y á no gozarlas, á dar batallas sin fruto, á recojer laureles sin triunfo, á conquistar fama sin provecho, y á lo último, á morir como un gozquecillo por manos de una vieja que le tiró un cacharro. ¡Bien me lisonjean las estrellas proponiendo al ardor de mi sabiduría los mismos resultados que al arrebato de su ambición! Bien me halagan condenándome á ejercicio perpétuo, imponiéndome la pesada tarea de Sísifo, destinándome quizás por último á obtener la muerte de Epirotas! Veamos de nuevo. «Guárdate, dice clara-

mente el pronóstico, cuando pases debajo de antiguos techos ó junto á paredes agrietadas ó cerca de vacilantes peñascos una piedra desprendida se encargará de tu destino.» El riesgo está cercano pero no puede leerse fijamente el día y la hora. Cierto que según las estrellas puedo escapar del peligro que me amenaza. Cierto que me aseguran en este caso próspera y dilatada existencia. Justo es atenerme según esto á lo más favorable. Si yo debiese perecer mi espíritu estaría triste y melancólico y agobiado por el pensamiento del Orco. Lejos de esto, mi espíritu se halla placentero. No hay duda, pues, de que hallaré un preservativo contra la infausta suerte.

Concluido este soliloquio levantóse el egipcio y miró por encima del parapeto. Reinaba el silencio por do quiera. Veíanse los mástiles de las embarcaciones en el puerto, pero no se escuchaba hacia aquella parte rumor alguno. Dentro de la ciudad sólo quedaban encendidas algunas luces frente á las columnatas de los templos ó en los pórticos del foro. En el ancho espacio donde se hallaba el anfiteatro formóse una neblina que poco á poco fué condensándose y acabó por cubrir el follaje de las vecinas arboledas. Parecía en aquel momento Pompeya lo que después de muchos siglos debía parecer nuevamente á las generaciones modernas: *la ciudad de los muertos*.

—¡Dormid! exclamó el egipcio mirando á Pompeya y Estabias y Herculano, ¡dormid! ¡Así fuera vuestro sueño el reposo eterno! Ahora sois joyeles de la corona imperial y brilláis como brillaron un día las ciudades del Nilo. Por una ley misteriosa que exalta á los unos y abate á los otros, ellas han visto derruida su antigua grandeza. Convirtiéronse en tumbas sus templos y sus palacios. Arrástrase la serpiente entre el herbaje de sus calles y corren los lagartos por sus desiertas moradas. ¡Tú, oh Roma, has usurpado la gloria de Sesostris al igual que la de Semiramis! Ya llegará tiempo en que verás humillada tu altanería y en que obtendrá su venganza el anti-

guo Egipto; y eso ha de ser cuando bajen los caballos de la barbarie, y en los dorados palacios de Nerón establezcan su comedero. Tú que sembráste bajo el viento de la conquista, ya recojerás tu cosecha bajo el viento de la desgracia.

A medida que avanzaba la luz del día pudo contemplar el egipcio más distintamente la cumbre del Vesuvio y la extensión de los *Campos Phlegreos ó abrasados,* con el conjunto de plácidas llanuras que se extienden hacia donde estaban las poblaciones de Bayas y de Misena, territorio en que suponían los poetas la entrada del Aqueronte y de la Estigia, territorio que pretendía haber sido teatro de la guerra de los Titanes con el Dios del cielo, quizás porque los basaltos y las lavas manifestaban las huellas y el poder de quien dirige y vibra el rayo.

Al pié del Vesuvio divisó Arbaces á una mujer anciana que andaba de una parte á otra deteniéndose de cuando en cuando á recojer yerbas en los marjales, y dijo entonces:

— ¡Ah! ¡Bien veo que no estoy solo en mis veladas nocturnas! Por allí anda la Bruja del Vesuvio. ¿Conoce realmente esa mujer la grande ciencia de las estrellas? ¿Conoce la magia de la luna y está recogiendo malas yerbas entre el cieno de las charcas? Sea lo que fuere, yo debo ver á esa compañera de mis trabajos. No hay nada despreciable en el saber humano. El desprecio es únicamente para vosotros esclavos del lujo, holgazanes, cerrados de mollera, que no cultiváis otra cosa que el estéril sentido y soñáis que un suelo tan pobre debe produciros el mirto y los laureles. No es para vosotros el goce sino para el sabio. El goce se encuentra únicamente cuando la inteligencia, el juicio, la reflexión y la fantasía se convierten en grandes riberas para llevar sus aguas al mar de los sentidos. ¡Mi goce, mi esperanza es Dione!

Detúvose al pronunciar esta palabra, quedóse un rato meditabundo, y luego añadió:

—Si la muerte se halla realmente muy cerca, preciso es haber vivido antes de afrontarla. ¡Dione debe ser mía!

Era el carácter de Arbaces tan complicado, que aun los pensamientos que más le halagaban aparecían en su ánimo alguna vez confusos y perplexos. Como descendiente de una dinastía destronada predominaba en su espíritu el descontento, y halagado por el instinto de los sentidos como los antiguos egipcios, al mismo tiempo que auxiliado por sus riquezas, entendía vengar su humillación con la satisfacción de sus deseos personales. El vacío que los sentidos dejaban en su alma pretendía llenarlo con el saber, y por eso ejercitaba su imaginación aun en aquella clase de investigaciones que eran en sí mismas no solamente oscuras, sino propias de una mente visionaria y cavilosa. Cábalas y falacias astrológicas, apariencias de la magia, extrañezas químicas, todo había llamado su atención y su estudio, y siendo excéptico como lo era respecto al poder de los dioses, era crédulo en extremo respecto á supersticiones infundadas.

En aquellos tiempos el cultivo de la magia se había naturalizado en las comarcas imperiales reconociendo como uno de sus orígenes el culto de Zoroastro. La teúrgica ó magia buena, y la goética ó nigromancia, habían obtenido gran reputación durante el primer siglo de nuestra era, y con ellas se relacionaba la tradición de las maravillas y portentos que se contaban de Apolonio. Con la magia estaba íntimamente conexo el culto de Isis, y la religión del Egipto había llegado á ser un medio para extender la influencia de las brujerías. Reyes, cortesanos y sabios temblaban ante los poseedores de semejante ciencia.

El nombre verdadero del egipcio era desconocido en Italia. El nombre de Arbaces, originario de la Media, se había hecho común en las riberas del Nilo, y el egipcio lo había adoptado para ocultar el suyo, comprometido alguna vez en conspiraciones políticas. Los cultivadores de la magia le conocían empero por otro nombre que era su

distintivo de Maestro. Llamábanle en el Oriente y en la Magna Grecia : *Hermes*, *el Señor del cinturón de fuego;* y eran conocidas las sutiles especulaciones reunidas por él en diferentes volúmenes, referibles todas ellas á las *ciencias ocultas* entregadas á la hoguera por los cristianos de Efeso. Bajo este aspecto el orgullo y la soberbia reinaban sin contradicción alguna en su espíritu.

Habíase establecido en la Campania porque allí no tenía rival en cuanto á las riquezas y era más libre de lo que hubiera sido en Roma. El amor que había sentido respecto á Dione, exacerbado por las condiciones de su carácter, había dejado de ser tierno; se había hecho impaciente, feroz, desordenado. Por eso al bajar del torreón en que tanto había meditado sobre sus propios destinos, confirmóse más y más en su propósito de conquistar á Dione cuanto antes, puesto que los Hados le atemorizaban poniéndole por delante el próximo fin de su existencia.

CAPÍTULO IX.

Dione en casa de Arbaces. — Primer signo de cólera del formidable enemigo.

Cuando llegó Dione á la vasta mansión del egipcio el mismo sentimiento de horror que había agitado el corazón de su hermano se apoderó del suyo. Parecióle también que algo había de mal agüero en el sombrío aspecto de aquellos mónstruos tebanos cuyos rasgos grandiosos y severos reproducía tan perfectamente el mármol.

Leíase en sus ojos
De los antiguos tiempos — la sábia majestad;
En ellos fija estaba
Inmóvil, permanente, — la inmensa eternidad.

El agigantado etíope acogió á Dione con benévola sonrisa y le hizo señal de que podía pasar adelante. A mitad de la sala se encontró Dione con Arbaces vestido en há-

bitos de fiesta relucientes de pedrería. Aun cuando brillaba fuera de aquel sitio la luz del sol, la sala según costumbre de la gente sensual y refinada estaba en oscuridad, y solo el pálido resplandor de las odoríferas luces artificiales permitía contemplar el techo de marfil y el rico pavimento.

— Hermosa Dione, dijo Arbaces inclinándose para tocar su mano, por tí se ha eclipsado en esta sala la luz del día, sólo tus ojos brillan en este sitio, sólo tu aliento difunde en él su aroma.

— No deberías hablarme de este modo, dijo Dione con la sonrisa en los labios, porque bien me enseñó tu sabiduría el caso que debo hacer de estos graciosos cumplidos. Tú me enseñaste á desdeñar la adulación. ¿Quieres ahora cambiar las enseñanzas de tu pupila?

Era tan franco y encantador el ademán de Dione, y había en sus palabras tanta naturalidad, que el egipcio estaba más enamorado que nunca y sentíase dispuesto á renovar la falta que había cometido. Supo sin embargo contenerse, y habló en tono jovial de cosas indiferentes, en tanto que iba mostrando á su huéspeda diversos departamentos de la casa, los cuales para Dione acostumbrada al modesto lujo de las poblaciones de la Campania parecían contener todas las riquezas del mundo. Pinturas de gran valor artístico decoraban las paredes, y la luz hábilmente difundida permitía contemplar las esculturas de los mejores tiempos de Grecia. Había en los intercolumnios armarios esculpidos destinados á guardar las joyas, cada uno de los cuales era ya por sí mismo una joya. Maderas finísimas encuadraban y adornaban las puertas. El oro y las piedras preciosas abundaban por donde quiera. Por algunas estancias atravesaron sólos Arbaces y Dione; en otras encontraron esclavos puestos en fila los cuales se arrodillaban al pasar Dione, y le presentaban brazaletes, cadenillas y joyeles, no aceptados por ella á pesar de los ruegos del egipcio.

—Ya sabia de oídas que tenias mucha riqueza, dijo ella con asombro, pero ni por sueños hubiera adivinado la importancia de tus tesoros.

—Todo gustaria de fundirlo y de hacer con ello una corona para tus blancas sienes, contestó el egipcio.

—Me agobiaria su peso. Seria yo una segunda Tarpeya, repuso Dione sonriendo.

—Pero no es justo que desdeñes las riquezas, continuó el egipcio. El que no es rico, no puede comprender ni gozar la dicha del mundo. El oro es el grande encantador que realiza nuestros ensueños, y nos presta un poderio semejante al de los dioses. Hay grandeza y sublimidad en la posesión del oro. Es el esclavo de mayor fuerza, y al propio tiempo el más obediente.

Con esto el artificioso Arbaces esperaba deslumbrar á la joven neapolitana, procurando despertar en su ánimo el deseo de ser señora de cuanto se presentaba ante sus ojos, y lisonjeándose con la idea de que el opulento llegaria á ser amado por influjo y virtud de sus riquezas. Dione sin embargo, estaba disgustada de las adulaciones que le prodigaba Arbaces, tan poco versado hasta entonces según ella creia en achaques de galanterías y requiebros. Así fué que usando de aquel arte que tan maravillosamente poseen las mujeres, esforzóse en desconcertar al que le dirigía sus cumplimientos, aparentando no creerlos, y riéndose de ellos como si fueran cosa de juego. Amable y delicada manera de defenderse, habilidad parecida á la del nigromántico del África que hace gala de cambiar la dirección de los vientos con una pluma.

El egipcio estaba fuera de sí, más subyugado por la gracia que por la hermosura, y sólo con grande esfuerzo contenía el ímpetu de sus emociones. La plumilla era poderosa contra las auras veraniegas, pero había de ser juguete del huracán en cuanto estallase la tormenta.

Llegaron á una sala rodeada de blancos tapices con bordaduras de plata, y habiendo el egipcio dado la señal

golpeando una con otra las manos, súbitamente y como por encanto levantóse del suelo una mesa de convite, y junto á ella en el lugar donde estaba Dione un lecho triclinario ó mejor un trono resguardado por un dosel carmesí, todo al sonído de una agradable música que dejaba escuchar sus acordes detrás del cortinaje. Colocóse Arbaces á los piés de Dione y comparecieron para servir el festín varios mancebos gentiles y hermosos como verdaderos Cupidillos.

El festín tocaba á su término, y los acordes de la música languidecían de intento, cuando Arbaces habló de este modo á su hermosa convidada:

—En este nuestro mundo incierto y misterioso ¿no has deseado nunca, pupila mía, mirar á lo lejos, apartar el velo de lo futuro, y contemplar en los dominios del Hado la sombra de las cosas que han de llegar á la existencia? No es solamente en lo pasado donde se encuentran sombras y fantasmas: también tiene sus espectros el porvenir, y cuando ha de realizarse un suceso entra la vida en la sombra y aparece en el mundo. De este modo más allá de la tumba permanecen, como dos ejércitos impalpables, las cosas que han de ser y las que han sido. Si el saber humano penetra en aquellas regiones puede contemplar á uno y otro ejército, puede averiguar (como yo lo tengo averiguado), no solamente el misterio de la muerte sino también el destino de la vida.

—¿Eso tienes averiguado? dijo Dione. ¿A eso puede alcanzar el saber de los hombres?

—¿Quieres poner á prueba mi conocimiento, dijo Arbaces, y asistir á la representación de tus propios destinos? He preparado esta representación para tí. Verás como las sombras desempeñan su parte. Este drama es más interesante que los de Esquilo.

Tembló la neapolitana pensando en Glauco, y vacilando entre el respeto y el miedo, contestó á su extraño huésped:

—Lo que me propones puede causar enojo, puede causar tristeza y espanto. El conocimiento de lo futuro ¿ no será una bebida amarga para lo presente ?

— No ha de ser eso que dices, dijo Arbaces, porque yo mismo he puesto los ojos en tu porvenir, y las sombras que representan para tí el destino habitan en los jardines del Elíseo. Entre asfodelos y rosas preparan guirnaldas para tu frente. Las Hadas que de ordinario se presentan tan severas, tejen para tu vida la urdimbre del amor y de la dicha. ¿ Quieres venir conmigo y contemplar tu suerte futura gozándola de este modo por adelantado ?

De nuevo el nombre de Glauco resonó en el corazón de Dione, y á media voz manifestó que cónsentía en la demanda del egipcio, el cual tomando su mano la llevó á un extremo de la sala donde se abrieron como por magia los tapices, mientras la música prorrumpía en tocatas vivas y alegres. Pasaron por una columnata que tenía á cada extremo una fuente de aguas olorosas y bajaron al jardín por una escalera ancha y cómoda. Levantábase ya la luna en el cielo, y percibíase el olor de las flores que duermen de día y reservan para la noche sus perfumes, las cuales estaban diseminadas en las avenidas de árboles ó reunidas en macetas á manera de ofrenda delante de las estátuas.

—¿ A dónde me conduces, Arbaces ? preguntó Dione con un poco de estrañeza.

—Al templete de los Hados que se halla al extremo del jardín, contestó el egipcio. El terreno sacro es de rigor para la práctica de nuestros ritos.

Llegaron con esto á un pequeño edificio, entraron en la primera sala que tenía en el fondo una cortina negra ; descorrióla el egipcio, y al penetrar Dione en la segunda pieza encontróse completamente á oscuras.

—No te asustes, dijo el egipcio, brillará la luz dentro de poco.

Y en efecto, de un modo gradual difundiéronse por la

estancia la luz y el calórico, y vió claramente Dione que las paredes estaban tapizadas de negro, y que negro era también el ropaje que cubría el lecho destinado á sentarse. En el centro de la pieza estaba un altarcito con un trípode de bronce. A un lado y sobre una majestuosa columna de granito, estaba una testa colosal de mármol negro, coronada con espigas de trigo, que representaba la grande Diosa del Egipto.

Arbaces de pié junto al altar ofreció su guirnalda y derramó en el trípode el contenido de un vaso de bronce, lo que produjo por intérvalos una llama de color azul fluctuante y movediza.

Colocóse entonces Arbaces junto á Dione, pronunció algunas palabras en lengua para ella incomprensible, y abriéndose el cortinaje que estaba á la otra parte del altar apareció allí un paisaje, más claro y más distinto de un momento á otro, con árboles, prados, torrenteras y todo cuanto embellece la más hermosa campiña. En el centro del paisaje presentóse una sombra, la cual se animó, tomó cuerpo, y fué manifestando poco á poco la misma figura, el mismo rostro de Dione. Desvanecióse entonces el paisaje y apareció en su lugar la sala de un rico palacio donde había un trono rodeado de guardias y servidores por encima del cual una mano misteriosa sostenía una diadema. Presentóse otra sombra vestida de negro y cubierto el rostro, la cual humillándose á los piés de la sombra de Dione hizo ademán de invitarla paraque fuera á sentarse en el trono.

—¿Quieres ver el rostro de esta nueva sombra? preguntó Arbaces.

—Bien lo quiero, contestó Dione.

Levantó el egipcio su mano: pareció que el espectro apartaba el manto que velaba su faz, y Dione pudo reconocer en él al mismo Arbaces que allí, en la apariencia, estaba á sus piés de rodillas.

—¡Este es el Hado! dijo el egipcio. Estás predestinada á ser la esposa de Arbaces.

Corrióse entonces el telón sobre los cuadros disolventes y quedó á los piés de Dione el Arbaces real, el Arbaces de carne y hueso que había dispuesto la fantasmagoría.

— Óyeme, dijo Arbaces apasionadamente. Hace tiempo que lucho con el amor. Los destinos no mienten. Debes ser mía porque yo no he sabido encontrar en el mundo quien te igualase. Los ensueños de mi juventud los encontré realizados al conocerte. No me creas frío ni adusto. Jamás habrá tenido una mujer amante tan rendido, tan enamorado, como Arbaces está enamorado de la bellísima Dione. No retires tu mano. La suelto si quieres. Te dejo libre, pero no me rechaces con lijereza. Juzga de lo que puedes por lo que ves en este momento. Nadie me ha visto jamás de rodillas delante de un sér mortal. He mandado á la suerte, pero ahora me tienes á tus piés pidiéndote la mía. La ambición y el orgullo de Arbaces consistirá en obedecerte. Eres mi reina, mi diosa, mi novia. Verás colmados tus deseos. Los confines de la tierra vendrán á tu servicio. Serán esclavos tuyos la pompa, el poder y el lujo. Mírame con ojos benévolos. Alégrame con tu sonrisa. Negro está mi espíritu cuando no recibe el esplendor de tu rostro. ¡Alúmbrame, pues, mi sol, mi cielo, luz de mi vida! ¡Dione! ¡Dione! ¡No rechaces el amor que te ofrezco!

Confusa y asombrada por hallarse en poder de aquel hombre, bien que tranquila por el respeto que se manifestaba en su voz y en su lenguaje, tendióle la mano que él besó ardorosamente, y contestóle en estos términos:

— Si es cierto lo que me dices, Arbaces, debes escucharme con calma. Tú has sido mi tutor, mi consejero y mi amigo, y bien comprenderás cuánto debe sorprenderme lo que ahora manifiestas. No creas que desprecio tu amor, Arbaces. No creas que no me siento conmovida. No creas que dejo de sentirme honrada por el homenaje que me rindes. Pero hay un obstáculo, Arbaces, y quisiera que te enterases de ello serenamente.

—Serenamente escucho tus palabras, dijo Arbaces, por más que sean un rayo que me aniquile.

—Pues debo decirte, dijo ella con rubor pero con voz muy firme, debo decirte que quiero á otro.

—¡Por los dioses! ¡por los infiernos! exclamó Arbaces irguiéndose, no me hables de este modo. ¿Á quién has visto? ¿Á quién has conocido? ¿Es esto un engaño mujeril? ¿Tienes miedo? ¿Deseas ganar tiempo? ¡Oh! Haz de mí lo que quieras; dime que me aborreces, pero no me digas que amas á otro.

—¡Pobre de mí! dijo Dione prorrumpiendo en llanto.

Arbaces, exaltado por el delirio, quiso estrechar á Dione entre sus brazos, y al separarse ella con fuerza, dejó caer al suelo unas tablillas pugilares que guardaba en el pecho y que resultaron ser precisamente la misiva escrita por Glauco.

Cogiólas del suelo Arbaces, leyólas de un extremo á otro con labios temblorosos y frunciendo terriblemente las cejas, y luego dirigiéndose á Dione que estaba en el lecho casi desmayada, le dijo:

—¿Es al autor de esta letra á quien prefieres? ¿Es á ese Glauco á quien has dado tu amor? Responde.

—Es á Glauco á quien amo, contestó Dione juntando las manos y buscando con los ojos un medio para salir del aposento.

—Pues oye, dijo Arbaces con voz apagada y ronca. Tú estarás en la tumba primero que en sus brazos. ¿Crees tú que Arbaces puede soportar un rival como ese petulante griego? ¿Piensas que he dejado madurar el fruto para que llegue otro á cojerlo? No ciertamente, loquilla. Eres mía, del todo mía, únicamente mía. Te reivindico y te abrazo por mi justo derecho.

Cogió entonces nuevamente á Dione entre sus brazos, no ya con amor, sino con rabia; más ella pudo desasirse y corrió hacia la parte del aposento por donde habían entrado. Allí la alcanzó Arbaces en el momento en que iba

á descorrer la cortina, y estaba á punto de apoderarse otra vez de su víctima, cuando sintió que una mano vigorosa le cogía por el hombro, y volviéndose vió á su lado el rostro de Glauco que echaba llamas por los ojos y el pálido y amenazador semblante de Apecides.

—¿Qué Furia os ha traído á este sitio? dijo mirando fijamente al uno y al otro.

—¡La misma Até! ¡La Venganza! contestó Glauco arremetiendo contra el egipcio.

Apecides, en esto, tomó en brazos á Dione que estaba en el suelo desmayada, y no siendo bastante fuerte para llevarla porque la contínua actividad cerebral había debilitado su naturaleza, dejóla reclinada sobre el lecho, y púsose delante de ella con un puñal en la mano mirando la lucha de Arbaces y de Glauco, y decidido á hundir el arma en el pecho del egipcio si éste llevaba la ventaja.

No hay en la tierra combate más terrible que el que se lleva á cabo sin otras armas que las que debe el odio á la Naturaleza. Los dos rivales estaban fuertemente asidos el uno en el cuerpo del otro. Buscaban con la mano la garganta del enemigo. Luchaban con la cabeza erguida, encendidos los ojos, hinchadas las venas, tirantes los músculos, entreabiertos los labios y apretados los dientes. Ambos tenían fuerza extraordinaria. Ambos estaban animados por un odio feroz. Ora se estrechaban y se retorcían mútuamente, ora se empujaban de un lado á otro en su estrecho campo de combate prorrumpiendo en alaridos de cólera. Separáronse fatigados al cabo de un rato para tomar aliento, y Arbaces mirando á la sagrada imagen que estaba sobre la columna la invocó de esta manera:

—¡Oh antigua diosa! ¡Proteje á tu elegido! Proclama tu venganza contra el discípulo de una religion advenediza que profana sacrílegamente tu santuario y ataca á tus servidores.

A estas palabras las marmóreas facciones de Isis parecieron animarse; brilló un extraño y rojizo nimbo en

derredor del busto, y los ojos como globos de fuego dirigieron la irascible mirada hacia donde estaba Glauco. Asustado ante este prodigio, y no exento de temor supersticioso, desfalleció por un instante el griego, y Arbaces sin darle tiempo para reponerse se abalanzó sobre él, exclamando:

— ¡Muere, miserable! ¡La Poderosa Madre reclama el sacrificio de tu vida!

Atacado de este modo, en medio de su estupor, resbaló Glauco sobre el pavimento y quedó á merced de su adversario quien puso la planta del pié sobre el pecho del vencido. Apecides, que por su conocimiento del culto de Isis y de los artificios de Arbaces no se había espantado ante la maravillosa intercesión de la sagrada testa, arrojóse sobre el egipcio, pero éste, más forzudo que él, consiguió desarmarle, y derribándole al suelo blandió en su propia mano el puñal con gesto de triunfo.

Glauco miraba su inevitable suerte con ojos tranquilos y con la desdeñosa resignación de un gladiador vencido en el combate, cuando en aquel terrible momento trepidó el suelo que les sostenía y agitóse con oscilaciones rápidas y convulsivas. Otro espíritu más poderoso que el del egipcio se había presentado á la lucha. ¡Potencia gigantesca y aterradora junto á la cual eran impotentes sus pasiones y sus artificios! Despertaba y manifestábase claramente la espantosa Fuerza del terremoto, y reíase á la vez de la magia producida por los fraudes y de las luchas producidas por el odio. Como un Titán que tiene sobre su cuerpo el peso de las montañas, sacudía el sueño en que había estado sumido por tanto tiempo, desperezábase en el lecho de sus angustias y hacia retemblar las cavernas con el movimiento de sus miembros. En el instante de la venganza y del poderío, el que se creía un semidios veíase reducido á su condición humilde como hijo del barro. Oíase á lo lejos, por debajo de la tierra, un rumor prolongado y sordo; moviéronse los cortinajes

¡La Poderosa Madre reclama el sacrificio de tu vida!

como si los agitara una ráfaga de viento: bamboleóse el altar: vaciló sobre sus puntos de apoyo el trípode: osciló la columna: cayóse del pedestal el negro busto de la diosa y habiéndose inclinado el egipcio para herir á su víctima le alcanzó el enorme pedazo de mármol en mitad de la nuca y le dejó tendido sobre el pavimento sin que diese señales de vida, pareciendo que le había aplastado la misma divinidad á quien tan impíamente invocaba pocos momentos antes.

—¡La tierra ha salvado á sus hijos! dijo Glauco levantándose. ¡Bendito sea el terremoto! ¡Alabemos la providencia de los dioses!

Ayudó entonces á Apecides para que se levantara, y mirando entrambos á donde estaba Arbaces vieron que parecía casi muerto y que arrojaba sangre por la boca manchándose con ella sus ricas vestiduras. Quiso incorporarle Glauco pero cayó pesadamente de sus brazos y un reguero de sangre corrió sobre el pavimento de mármol. Trepidó nuevamente la tierra. Glauco y Apecides viéronse obligados, para no caer, á sostenerse el uno en el otro, y apenas hubo cesado la agitación del suelo resolvieron marcharse sin perder tiempo. Glauco tomó en brazos á Dione, peso muy lijero para él, y salieron á toda prisa de aquel profanado recinto.

En el jardín encontraron grupos de esclavos y de mujeres que huían sin saber á dónde, formando contraste los trajes de gala que llevaban con el solemne terror de aquellos momentos. Ninguno de ellos advirtió la presencia de gente extraña. Todos estaban bastante azorados para no pensar en otra cosa que en sí propios. Después de diez y seis años aquel abrasado y temible suelo amenazaba nuevamente con la destrucción. No se escuchaba más que un clamoreo: *¡el terremoto! ¡el terremoto!*

Sin entrar en la casa Glauco y Apecides dirigiéronse á una de las avenidas del jardín, pasaron una portezuela, y en la parte de afuera encontraron á la cieguecita senta-

da sobre un recuesto y cobijada por un frondoso y negruzco áloes. Mediante un rayo de luna que alumbraba sus facciones , pudieron ver entonces que la pobre niña estaba llorando amargamente.

LIBRO III

CAPÍTULO PRIMERO.

El foro de los Pompeyanos. — El mecanismo elemental que vino á trabajar en la producción de la Nueva Era.

TEMPRANO era todavía, y el foro estaba lleno de hombres de negocios y de vagos.

Los ciudadanos de Italia en aquel tiempo solían permanecer muy poco en casa. En el foro, en los pórticos, en los baños y en los templos, pasaban la mayor parte de las horas, razón por la cual decoraban con esmero los edificios y sitios públicos, puesto que sentían por ellos una especie de cariño doméstico. Animadísimo en verdad estaba el foro de los pompeyanos. Sobre las anchas losas de su pavimento veíanse reunidos diferentes grupos de hombres conversando enérgicamente unos con

otros, y apropiando un gesto á cada palabra, cosa característica de los habitantes del Mediodía. A un lado de la columnata siete cambistas habían establecido sus tiendecitas, ostentando en ellas los relucientes montones de oro, y á su alrededor vistiendo trajes diversos se apiñaban los hombres de mar y los mercaderes. A otro lado, los que llevaban luengas togas movían mucho ruído junto á la magnífica construcción en que los magistrados administraban justicia. Eran aquellos los hombres de ley, activos, locuaces, disputadores y epigramáticos como suelen serlo en todas partes los de su oficio. En el centro del foro estaban diferentes estátuas sostenidas por pedestales, siendo entre ellas muy notable por su aspecto majestuoso la que representaba á Cicerón. Frente al tribunal corría la columnata de orden dórico, y en ella las personas á quienes los negocios obligaban á permanecer en aquel sitio tomaban un modesto desayuno á la italiana, mojando en aguachirle rebanadas de pan y hablando con mucho calor del terremoto de la noche precedente. Veíanse además en el espacio abierto varios vendedores ambulantes que ejercían allí su pequeña industria: uno presentaba cintajos á una gallarda campesina, otro pregonaba delante de un colono las excelencias del calzado que tenía en venta, más allá un cocinero y repostero al aire libre acallaba el hambre de los transeuntes por medio de sus raciones calentadas en el hornillo portátil; á pocos pasos y como para manifestar la unión de la inteligencia con el barullo, un maestro de escuela daba lecciones elementales de gramática latina á sus atolondrados discípulos. A la segunda galería ó azotea que corría por encima del pórtico subíase por unos escalones de madera, y allí también había concurrencia, pero tratándose en aquel sitio la parte más grave de los negocios, presentaban los grupos mayor calma y tranquilidad que los de la plaza.

De cuando en cuando los que estaban cerca del templo de Diu Piter, donde celebraba el senado sus reuniones,

se apartaban respetuosamente para dar paso á un senador que atravesaba el foro saludando con graves inclinaciones de cabeza á los clientes ó amigos á quienes divisaba entre la muchedumbre. Allí entre los vistosos trajes de las personas distinguidas aparecía el atavío rústico de los labriegos que se dirigían á los graneros públicos. Colocándose en el lado oriental del templo contemplaba el espectador delante sí el arco de triunfo y la prolongada calle que estaba detrás de él, siempre cuajada de transeuntes. Sobre la cornisa del otro arco que se veía en perspectiva, levantábase la estátua ecuestre de Calígula fundida en bronce, diseñándose perfectamente en el vivísimo azul de la atmósfera veraniega. En el mismo lado oriental del templo de Diu Piter y detrás de las tiendecitas de los cambistas, hallábase el edificio que hoy se denomina el Panteón, y muchos pompeyanos de clase pobre con la cesta debajo del brazo atravesaban el vestíbulo dirigiéndose á un espacio situado entre dos columnas, donde se vendían los restos de la carne sacrificada que los sacerdotes reservaban con este objeto.

Estábase construyendo en el foro un nuevo edificio destinado á los servicios públicos de la ciudad, y allí trabajaban varios operarios oyéndose el golpear de sus herramientas entre los murmullos y conversaciones del pueblo. ¡Las columnas que entonces se construían quedaron sin terminar y en tal situación han llegado á nuestra época!

No puede sobrepujarse ciertamente la variedad de trajes, de clases sociales, de maneras y de ocupaciones que se presentaban en el foro pompeyano; no puede sobrepujarse el movimiento, la alegría, la animación, el flujo y reflujo de la vida en aquel sitio. Bajo mil formas diferentes se revelaba una calurosa y férvida civilización, que unía armónicamente en un solo raudal los placeres y el comercio, las ocupaciones y la indolencia, los impulsos de la ambición y las mezquindades de la avaricia.

Junto á las gradas del templo de Diu Piter, un hombre

de unos cincuenta años, cruzado de brazos, miraba á la muchedumbre con ademán desdeñoso. Vestía con mucha sencillez, y no había en su traje ninguno de los adornos que acostumbraban usar los pompeyanos de todas las clases sociales, consistentes en su mayor parte en formas que se creían preservativas contra las artes mágicas y la mala mirada. Era su frente levantada y calva, y la parte posterior de su cabeza, poblada todavía, estaba cubierta por el capuz que llevaba en el manto. La tela de sus vestiduras no tenía púrpura ni escarlata, era de color castaño poco estimado entre los habitantes de Pompeya. Llevaba en el cinto un corchete del que pendía un tintero. Llevaba también estilo y tablillas de grandes dimensiones, pero á pesar de la costumbre establecida no llevaba bolsa.

No estaba en el uso de los pompeyanos, francos y poco chismosos en general, entretenerse en observar lo que hacía el prójimo, pero la sonrisa y la mirada de aquel hombre manifestaba tanto desdén mientras contemplaba una pequeña procesión religiosa que subía por las gradas del templo, que no pudo menos de llamar la atención á buen número de circunstantes.

—¿Quién es ese cínico? dijo un mercader á su compañero que era fabricante de joyas.

—Ese es Olintho, contestó el interrogado. Es un nazareno que se ha hecho famoso.

—¡Malísima secta! repuso el mercader. Dícese que por la noche cuando se reunen comienzan las ceremonias matando á un niño recien nacido. Dícese también que son comunistas en cuanto á los bienes. ¿A dónde irían á parar comerciantes y joyeros si llegasen á tomar pié semejantes ideas?

—Cierto es eso, dijo el joyero ¿á dónde iríamos á parar? Además de que ninguno de ellos usa joyas. Todos al ver una serpiente manifiestan horrorizarse, y precisamente la figura serpentina es la moda de Pompeya.

—Mirad como pone el sobrecejo al ver la procesión,

dijo un nuevo interlocutor que era fabricante de bronces. De seguro que está echando pestes contra el templo. ¿Sabes Celsino que ese compadre pasó por delante de mi tienda el otro día, y viéndome ocupado en trabajar una estátua de Minerva me dijo que si fuera de mármol iba á romperla al momento, pero que el bronce estaba demasiado duro para sus fuerzas? ¿Cómo es eso? le dije yo. ¡Romper una diosa! ¡Una diosa! contestó el ateo, ¡un mal espíritu quieres decir! Y después de estas palabras siguió su camino; pero yo no entiendo como se toleran semejantes cosas. ¿Qué tiene de estraño que la tierra trepidase tan espantosamente la noche última? Sin duda quiso arrojar de su seno á este ateo. Porque es un ateo: fijaos bien. Peor que eso: es un enemigo de las Bellas Artes. ¡Pobre industria de los bronces si esa gente llegase á dar leyes á la sociedad!

—Estos son los incendiarios que pegaron fuego á Roma en tiempo de Nerón, dijo el joyero.

A este punto llegaban los comentarios producidos por la religión y el aspecto del nazareno, cuando él mismo empezó á notar que le observaban de todas partes, y que andaban en cuchicheos referentes á su persona. Miró á los grupos primeramente con recelo y un poco después con expresión compasiva, envolvióse en el manto y retiróse del sitio que ocupaba diciendo en voz bastante alta para ser oida:

—¡Ilusos adoradores de imágenes! ¿No aprendistéis nada en el terremoto de anoche? ¿En qué estado ha de sorprenderos el último día?

Los circunstantes que oyeron estas palabras les dieron interpretación diversa según el grado de temor ó de ignorancia de cada uno. Todos convenían empero en reconocer en ellas una terrible imprecación, y en considerar al cristiano como enemigo de los hombres. Todos le llamaban ateo, cosa que deben tener presente los cristianos de nuestros días para no ser injustos ni exagerados con los que disienten de sus creencias religiosas.

Atravesando por entre los grupos y acercándose á una de las salidas del foro donde había por lo comun escasa concurrencia, encontróse Olintho con la pálida y ardorosa fisonomía de Apecides. El ministro de Isis cubierto con un manto que disimulaba las vestiduras sacerdotales, estaba meditando respecto al discípulo de la nueva y misteriosa religión hacia la cual sentía ya tan inclinado su ánimo.

—¿Será éste también un impostor? decía hablando consigo mismo. Llano y sencillo en la vida, en el traje y en el aspecto, ¿encubrirá también éste como Arbaces el vicio de la meretriz bajo el velo de Vesta?

Olintho que adivinó quizás lo que pasaba en la mente del joven sacerdote, acercóse á él con mirada firme y frente serena, y díjole en tono amistoso:

—¡La paz sea contigo, Apecides!

—¡Me hablas de la paz! contestó el joven con amargura y tristeza.

Olintho sintióse conmovido al oír estas palabras y replicó:

—En el saludo que te doy se encuentra todo buen deseo. La paz no existe sin la virtud. La paz es semejante al arco iris que tiene su estribo en la tierra, pero su punto culminante está en el cielo. Allá en el cielo recibe los bellos matices que le adornan. En el cielo se forma entre la lluvia y las nubes, y es un reflejo del Sol Eterno. Produce calma y seguridad, y es una señal de alianza entre Dios y el hombre. La paz que viene de arriba ¡oh joven! es la sonrisa del alma, es una emanación de las órbitas lejanas donde brilla la luz que no muere nunca. ¡La paz sea contigo, repito, Apecides!

—¡Pobre de mí! contestó el joven sacerdote.

Y en esto viendo que les miraban los curiosos para quienes era cosa extraña que hubiese asuntos comunes entre un ministro de Isis y un nazareno, dijo á media voz:

—Este es mal sitio para conversar. Voy contigo á las

orillas del río. Allí encontraremos el paseo, y á esta hora como sabes no va nadie.

Olintho hizo señal de consentir en lo que proponía Apecides, y dirigióse al punto designado pasando por diversas calles con paso rápido, pero con mirada escrutadodora. Los saludos y miradas de inteligencia que de cuando en cuando dirigía á los transeuntes manifestaban que estaba en relación con las clases mas humildes, porque en este punto el cristianismo fué el tipo de muchas otras reformas sociales. El grano de mostaza habia germinado en el corazón de los pequeños. En las chozas donde se albergaban la pobreza y el trabajo íbase formando el vasto raudal que debía inundar más adelante las ciudades y los palacios de la tierra.

CAPÍTULO II.

Una excursión á la hora de siesta por los mares de la Campania.

Pero dime Glauco, preguntaba Dione mientras se deslizaba su barquilla de recreo sobre la movida superficie del Sarno, ¿cómo viniste con Apecides á libertarme del poder de aquel malvado?

—Pregúntalo á Nydia, contestó el ateniense señalando á la cieguecita que estaba cerca de los dos, apoyada pensativamente en su lira. Á ella debes dar las gracias, no á nosotros. Fuè á casa y no me encontró. Buscó á tu hermano en el templo y dirigióle á la casa de Arbaces. En el camino toparon conmigo que estaba con otros amigos, porque la verdad sea dicha, el haber recibido tu letra me

había puesto de excelente humor. En pocas palabras me enteró Nydia de lo que pasaba, y juntéme con ella y con Apecides. Dejé á los compañeros sin decirles lo que pasaba, porque no había de exponerte á chismes y habladurías. Guiónos Nydia hasta el jardín. Oímos tu voz, fuimos á donde estabas, y ya sabes todo lo demás del cuento.

Dione recompensó á Glauco con una mirada, y dijo á Nydia:

—Yo te había prometido que serías mi hermana. Mejor afecto te debo desde ahora puesto que has sido mi providencia.

—Nada vale cuanto he podido hacer en favor tuyo, dijo Nydia inmóvil y con frialdad.

—¿Mas cómo sospechaste los peligros que yo corría? preguntó Dione. ¿Sabías tú algo del egipcio?

—Noble Dione, contestó Nydia, los amos á quienes yo he servido eran encubridores y agentes de Arbaces.

—¿Y tú ibas á la casa y sabías la puerta secreta? dijo Dione.

—Iba allí á tocar la lira, contestó Nydia.

En esto la barca no se movía ya sobre las aguas del río sino que flotaba en el mar. Glauco, enamorado como siempre de las bellezas naturales, dijo á Dione:

—Bien he acertado al sacarte este mediodía de tus aposentos.

—Bien has acertado, Glauco, dijo Nydia con vivacidad.

—Por tí responde la niña, díjole Glauco á Dione.

Y entonces para contrabalancear el peso de la barquilla, sentóse enfrente de donde ella estaba, y al poco rato creía que su aliento, y no la brisa de la tarde, era lo que perfumaba y embalsamaba la atmósfera.

—¿No me dirás ahora, preguntó Glauco, por qué razón estuvo tantos días cerrada para mí la puerta de tu casa?

—No te acuerdes más de eso, contestó Dione. Si es-

cuché la calumnia, conozco ahora la malicia del calumniador.

—¿Y el calumniador era el egipcio? continuó Glauco.

—Déjalo, repuso Dione. No hablemos más de este hombre.

—Quizás se encuentra ya en las orillas de la Estigia, dijo Glauco, aunque no lo creo porque habríamos oído hablar de su muerte. Yo pienso que tu hermano debe haber sufrido el influjo de su tenebroso espíritu. Cuando llegamos anoche á tu casa, me dejó al momento. ¿Crees tú que no se aviene á ser mi amigo?

—¡Algún pesar secreto le agobia! contestó Dione derramando lágrimas. ¡Ayúdame á curarle de sus propias cavilaciones!

—Deseo que me tenga por hermano, replicó Glauco.

Procurando distraerse de la tristeza que le causaba el recuerdo de Apecides, dijo entonces Dione:

—¡Qué tranquilamente flotan las nubes en el cielo! Y á pesar de eso, vosotros decís, porque yo no me acuerdo de semejante cosa, que la tierra tembló la última noche.

—En verdad que tembló y con mayor violencia que otras veces, según dicen, respondió Glauco. Desde el gran terremoto de hace diez y seis años, no se había sentido ninguno tan intenso como el de ayer. La parte del reino de Plutón que se extiende debajo de nuestros *campos abrasados* parece removida especialmente por extrañas convulsiones. ¿Tú sentiste el terremoto, Nydia? Sin duda te causó mucho miedo y por esto llorabas cuando te encontramos.

—Parecióme que se removía y trepidaba la tierra debajo de mis piés como si fuese una gran serpiente, contestó Nydia, pero yo no veo nada, y por eso no tuve miedo. Creí que la trepidación era un sortilegio del egipcio, porque dicen que tiene poder sobre los elementos.

—Bien se conoce que eres tesaliana, Nydia mia, replicó Glauco. Tú puedes creer en la magia porque es cosa de tu tierra.

—Pues ¿quién no cree en la magia? ¿Dudas tú de ella? dijo Nydia.

—Hasta la última velada no creía yo en otros sortilegios que en los del amor, dijo Glauco con voz trémula y contemplando á Dione, pero lo que sucedió anoche parece realmente un prodigio de nigromancia.

Nydia en esto pulsó la lira cuyas vibrantes notas añadieron nuevo embeleso á la tranquilidad del aire y del agua, y Glauco le dijo:

—Sigue tocando la lira, Nydia. Entona alguno de los cantos de Tesalia. Sean mágicos ó no lo sean, me complacerás con ellos con tal que sean cantos de amores.

—¿Quieres un canto de amor? dijo Nydia dirigiendo al parecer la mirada hacia donde estaba Glauco.

—Eso quiero, dijo el griego.

—Pues oye, contestó la cieguecita de Tesalia.

Y después de un corto preludio, apoyando graciosamente la lira en las rodillas, entonó esta melodía poética:

CANTO DEL SUSPIRO.

Por la rosa fragante del valle
Gemían de amor
Un suspiro del aura que vuela
Y un rayo de sol.

Del suspiro los tristes acentos
El eco llevó
Y extinguióse en lejanas montañas
Perdida su voz.

Sin cesar por el llano difunde
Su brillo y calor
El amante solar que en el fuego
Su vida encontró.

A un amante quería la rosa
¿Mas cuál de los dos?
Donde el brillo y la luz no se encuentra
¿A qué es el fervor?

¿Quién advierte oh suspiro del viento
Qué amor te hirió?
¿Quien recuerda que tienes un alma
Y un fiel corazón?

¡Cesa, cesa el lamento importuno
Y acude veloz
A probar á la rosa muriendo
Cuán grande es tu amor!

— Mucha tristeza se halla en tus cantos, querida Nydia, dijo Glauco. Eres jóven y conoces únicamente las apariencias del amor; pero cuando éste brilla en realidad para nosotros y arde en el propio corazón, de otro modo nos inspira.

— ¡Yo canto como me enseñaron! dijo Nydia con melancolía.

— Según eso tu maestro fué desgraciado en amores, repuso Glauco. Quisiera que te ensayases en más alegres cantatas. Déjame esta lira. Voy á darte el ejemplo.

En cuanto Nydia entregó á Glauco el instrumento de música, rozó su mano con la del ateniense y á este contacto encendiéronse sus mejillas y se agitó su pecho. Dione y Glauco, ocupados el uno en el pensamiento del otro, no advirtieron aquellas manifiestas y prematuras emociones que agobiaban á una alma exaltada por la imaginación y abandonada por la esperanza.

Á la vista de los dos amantes, claro, azulado y esplendoroso se extendía el apacible mar que hoy contemplamos después de tantos siglos, besando amorosamente las bellísimas costas. ¡Clima delicioso que nos atrae todavía con los encantos de Circe; que de un modo imperceptible y misterioso, armoniza nuestro espíritu con su plácida calma; que nos manda olvidar las austeridades del trabajo, las exigencias de la ambición y las controversias de la vida y nos hinche de halagadores ensueños enlazando nuestro sér con aquel reducido espacio y con aquel ambiente en que se respiran todos los amores y todo el anhelo

poético! Quien llega á visitarte, oh bellísima comarca, parece dejar la tierra y sus cuidados y pesadumbres para entrar por la puerta de marfil en el reino de los sueños. Las jóvenes y sonrientes horas del presente, las horas, hijas de Saturno, siempre acechadas por su padre que anhela devorarlas, parecen escapar en este sitio á su poderío. Aquí se olvida lo pasado y lo futuro disfrutando de los instantes que transcurren. ¡Flor del jardín del mundo, fuente del deleite, Italia de la Italia, hermosísima y benigna Campania! ¡Necios fueron en verdad los Titanes si habitando en este sitio forcejearon todavía para obtener un nuevo cielo! Si Dios hubiese querido que la trabajosa vida fuese un día de fiesta perpétua, ¿quién no hubiera deseado fijar aquí su habitación para siempre, sin pedir, sin esperar y sin temer cosa alguna con tal que brillase el firmamento y fulgurasen las aguas, con tal que el aire difundiese el suave olor de las violetas y de los azahares, con tal que el corazón satisfecho y palpitante con una emoción sola, encontrase un beso y una mirada para persuadirse (¡oh vanidad de vanidades!) de que el amor, á despecho y pesar de la costumbre, puede llegar á ser eterno?

En aquel clima y en aquellas aguas contempló el ateniense el rostro de la ninfa, del espíritu animador de la comarca, deleitándose en admirar el sonrosado y viviente color de sus mejillas, y gozando como goce sobrehumano la felicidad de querer y de ser querido. ¡Cuán cierto es en verdad que deleita nuestro espíritu la consideración de un afecto semejante en las pasadas y remotas edades! ¡Cuán cierto es que los sentimientos son inmortales, que las simpatías encadenan á una generación con otra y que sobreviven en el alma cuando han perecido las razas, las naciones y las costumbres!

Buscando con la mirada los ojos de Dione que ora medio cerrados ora desviados algún tanto, parecía que huyesen de los suyos, expresó de este modo el ateniense con

suavísima y bien timbrada voz, los sentimientos que le embargaban, y que bien se conocía que estaban inspirados por más halagüeñas esperanzas que las que habían dado tono y color al canto de Nydia.

CANTO DE GLAUCO.

Como flota la barca en los mares
Con la plácida calma de estío,
Así flota, oh querida, mi alma
Sobre el piélago undoso de amor.

Junto á tí ¡cuán radiante es mi dicha!
¡No me niegues tu hermosa mirada,
Nunca trueques la risa en suspiros,
Nunca trueques mi calma en dolor!

Navegante, despliega tu vela
Confiando en que el cielo te ampara;
Los lucientes hermanos de Helena
Son dos astros que velan por tí.

Oh mi bien, como el náuta devoto
Dos patronos yo tengo en el cielo;
No se encubran tus ojos divinos
Centelleantes de amor para mí.

Tu cariño es quietud de los mares,
Tu inconstancia horrorosa tormenta:
Con su furia á mi pobre barquilla
La verías hundirse en el mar.

Bogue yo bajo un cielo sereno,
No haya cambio en tu mente bien mío,
Dame vida, firmeza y reposo,
No me obligue el recelo á espirar.

Cuando vibraron sobre las aguas las últimas notas del canto, los ojos de Dione se encontraron con los del joven. ¡Feliz, oh Nydia, feliz en medio de tu desgracia, porque no pudiste ver aquella fascinadora y ardiente mirada que tanto decía, que tanto revelaba, que daba seguridades de

tan inquebrantable constancia! Pero aunque la tesaliana no podía apercibirse de lo que expresaron los ojos, bien pudo adivinar el pensamiento de los amantes manifestado en el suspirar y en el no decirse palabra alguna. Cruzó ambas manos fuertemente sobre el pecho como si quisiera encerrar allí sus amargas y celosas cavilaciones, y apresuróse á romper el silencio que se había hecho para ella intolerable.

—Paréceme, le dijo á Glauco, que á pesar de lo que antes manifestaste, no es júbilo únicamente lo que se encuentra en tus melodías.

—Yo creía lo que dije cuando tomé la lira de tus manos, dijo el griego, pero á veces la felicidad nos impide la expansión completa.

Dione quiso entonces variar el tema de la conversación que á un mismo tiempo la confundía y la embelesaba, y dijo mirando al Vesuvio:

—¡Qué rara es esa nube que está inmóvil tantos días hace en la cumbre del monte! Ó por mejor decir no se halla inmóvil puesto que muda las formas; y ahora mismo me parece ver en ella el aspecto de un gigante que extiende el brazo por encima de la ciudad. ¿Parece eso de veras ó es tan sólo un efecto de mi fantasía?

—Lo mismo distingo y bien claramente, bellísima Dione, dijo Glauco. Parece que el gigante está sentado en la cima y que su blanco ropaje cuelga por las laderas. Parece que mira fijamente á la ciudad y señala con una mano sus hermosas calles mientras levanta la otra mano señalando al altísimo cielo. ¿Ves eso como lo digo? Debe ser la sombra de algún desmesurado Titan que está contemplando la hermosura del mundo que ha perdido, mostrando la faz ceñuda por lo que fué, y amenazadora por lo que ha de venir.

—¿Tiene que ver esa montaña con el temblor de tierra? dijo Dione. Dicen que en tiempos pasados, en la éra más antigua de la tradición, arrojaba fuegos como el

Etna. Quizás en lo interior fulguran todavía las llamas y acechan ocasión oportuna para manifestarse.

—Puede ser, contestó Glauco meditabundo.

—Decías que te costaba trabajo el creer en la magia, dijo de pronto Nydia. Pues diferentes veces oí decir que en las cavernas escoriáceas de este monte habita una bruja de mucho poderío, y acaso la nube de que habláis no es sino la sombra del espíritu que está conversando con ella.

—Mucho te acuerdas de los cuentos de Tesalia, dijo Glauco, y haces extraña mezcla de buen sentido y de supersticiones inverosímiles.

—Los que vivimos en la oscuridad tenemos superstición, contestó Nydia.

Y después de un rato de silencio, continuó diciendo:

—Explícame, Glauco, lo que voy á preguntarte. ¿Las cosas que tienen hermosura se parecen unas á otras? Porque dicen que tú eres hermoso y Dione también. ¿Se parece, pues, tu rostro al suyo? Yo creo que nó; que no deben parecerse.

—No le hagas á Dione la ofensa de sospechar que nos parecemos, dijo riendo Glauco. No hay más parecido entre el uno y el otro que el que puede haber entre aquello que es natural y ordinario y aquello que es verdaderamente hermoso. El cabello de Dione es negro, el mío es de color claro; los ojos de Dione (¡mírame, Dione mía!) no son negros porque son más delicados que el color negro, no son azules porque son más vivos que el color azul; no acierto á decirte cómo son los ojos de Dione porque toman distinto matiz á cada rayo del sol, pero los míos, dulce Nydia, son pardos y brillan únicamente cuando reflejan la mirada de Dione. En cuanto al color de las mejillas de Dione ¿qué he de decirte?...

—No sigas porque no entiendo una palabra, dijo Nydia con un poco de aspereza. Lo que entiendo únicamente es que tú no te pareces á Dione, y me alegro.

—¿Por qué, Nydia? preguntó Dione.

Nydia sonrojóse un poco y dijo con frialdad:

—Porque yo había creído siempre que debía comparar á cada uno de los dos con objetos diferentes, y gusto de saber que no me equivocaba.

—¿Y á qué se parece Glauco según lo que tú imaginaste? preguntó suavemente Dione.

—A la música, contestó Nydia bajando los párpados.

—Tienes razón, dijo entre sí la hija de Neápolis.

Y luego preguntó:

—¿Y Dione á qué se parece según tu pensamiento?

—No puedo decirlo, contestó la cieguecita. No la he tratado bastante para señalar el modelo.

—Yo te diré á que se parece, dijo ardorosamente Glauco. Parece al sol que da la vida, parece al agua que refresca.

—El sol á veces abrasa. El agua á veces ahoga, contestó Nydia.

—Toma, pues, estas rosas, repuso Glauco, y dime si en su fragancia reconoces el mérito de Dione.

—¡Ay! ¡las rosas se marchitan! dijo graciosamente la neapolitana.

De este modo conversando pasaban las horas; para los amantes entre el brillo y las sonrisas del amor; para la cieguecita entre las torturas de su pena, de su angustia y de sus celos. Y mientras el barco derivaba hacia la costa, Glauco tomó nuevamente la lira y arrancó de sus cuerdas tan alegre y jovial melodía, que aun la misma Nydia olvidó por un momento sus pesares y exhaló un grito de admiración y de sorpresa.

—Ya ves, niña mía, dijo Glauco, que puede ser y es alegre la música del amor, y que no tenía yo razón cuando dije que la felicidad puede impedirnos la expansión completa. ¡Óyeme ahora, Nydia! ¡Óyeme, queridísima Dione! Voy á cantar el

NACIMIENTO DE VENUS.

Sonríe el hondo piélago
De Chipre allá en las playas
De manto azul se viste,
De espumas se engalana,
¡ Mirad ! la eterna Diosa
Flotante sobre el agua
Viene á la luz del mundo — trayendo amor al alma.

La arrastran los delfines
En concha nacarada ;
La impelen con dulzura
Las susurrantes aguas ;
De nieve son sus brazos,
Y el brillo en su mirada
Nos dice claramente — que llega en hora plácida.

Estrella es de los mares
Y emblema de bonanza ;
Es gloria de los bosques,
Delicia de las auras,
Del iris compañera,
Del sol querida hermana,
Transporte de los cielos — que al pecho ardiente calma.

Las ninfas de Neptuno
Le cantan alabanzas;
Le ofrecen las arenas
Topacios y esmeraldas;
Las nubes á su influjo
Chorrean abundancia;
¡Nació! ¡Resuene el múrice — Tritones de las aguas!

CAPÍTULO III.

La congregación religiosa.

Junto con Apecides llegó el nazareno á las orillas del Sarno, que hoy no es más que un riachuelo, pero que en aquellos tiempos era caudaloso y corría hacia la mar, cuajado de innumerables embarcaciones y reflejando á su paso los jardines, viñas, palacios y templos de Pompeya. Apartándose de la vera del río siempre bulliciosa y concurrida, dirigió sus pasos Olintho por un sendero abierto entre las arboledas que al caer de la tarde era el paseo favorito de los pompeyanos, pero que durante las horas del calor y de los negocios no era visitado

sino por los muchachos que jugaban, ó bien por algún poeta ensimismado, ó por un grupo de filósofos que iban allí á controvertir y disputar sobre las cosas del mundo. Al extremo de aquel paseo había varias matas de boj recortadas de un modo caprichoso, y que formaban contraste con el esbelto y elegante follaje de los otros vegetales, representando fáunos y sátiros y pirámides egipcias, y hasta las iniciales ó el nombre entero de algún ciudadano popular y distinguido; por donde se demuestra que el mal gusto es tan antiguo como el bueno, y que los modernos que han dado tortura á los bojes tienen ejemplos que imitar en el mundo clásico presentándose como uno de ellos la quinta del fastuoso Plinio en Toscana.

Caían á plomo los rayos del Sol de mediodía sobre las copas de los árboles, y no se veía en el paseo persona alguna fuera de Olintho y del sacerdote de Isis.

Sentáronse en uno de los poyos que estaban entre los árboles, y allí empezaron su conversación aspirando la fresca brisa que llegaba perezosamente de la costa marina cuyas oleadas reverberaban ante sus ojos. Extraña y singular pareja era la que formaban el sacerdote de la creencia que pasaba por más antigua en el mundo y el propagandista de la más moderna.

— Desde aquel día en que me dejaste de un modo tan súbito ¿has sido feliz? dijo Olintho. Bajo esas ropas sacerdotales ¿ha palpitado gozosamente tu corazón? Tú que estás anhelante para escuchar la voz de Dios ¿has encontrado algún consuelo en los oráculos de Isis? En el modo como respiras con fatiga, y en el disgusto que se manifiesta en tu semblante, leo con toda claridad la contestación á mis preguntas.

— Ciertamente, respondió Apecides con tristeza; el hombre que tienes delante de tí no es otra cosa que un desventurado. Desde mi niñéz idolatraba yo los ensueños de la virtud, y envidiaba la suerte de aquellos que en las cavernas ó en los templos solitarios eran admitidos en la

compañía de los séres más elevados que el hombre. He pasado los días entre deseos vagos y febriles, y las noches entre visiones desconsoladoras aunque solemnes. Seducido por las místicas predicciones de un impostor, he revestido este ropaje, pero debo decírtelo francamente, lo que después he visto, aquello en que he debido participar ha sublevado mi naturaleza por completo. Buscando la verdad he llegado á ser el ministro de la mentira. La última vez que me encontraste estaba yo deslumbrado por las nuevas promesas de aquel hombre falaz á quien hubiera debido conocer más á fondo. Después de esto ¿qué quieres que te diga? Por él he debido unir el perjurio y el desórden con la temeridad y con la tristeza. El velo ha caído sin embargo, y donde veía un semidios no veo ya más que un hombre despreciable. La tierra se ha oscurecido ante mi vista. Me encuentro sumido en espantoso abismo. Dudo ya de si existen los dioses. Dudo de si es el azar el que ha creado á los hombres. Ignoro si debe encontrarse la nada ó el otro mundo después de esta triste vida. Háblame pues de tu fé, y resuelve mis dudas si á tanto alcanzas.

— No es cosa que maraville, contestó el nazareno, el ver que has vacilado de tal manera y que has llegado á tanta incertidumbre, porque ochenta años hace no existía una revelación de Dios que hoy existe, y de la cual no tienes todavía conocimiento claro. Nuevas leyes han sido declaradas para quien tiene oídos. Nuevo cielo, nuevo Olimpo ha resplandecido para quien tiene ojos. Oye pues lo que voy á decirte respecto á mi fé.

Y en esto el nazareno con todo el fuego de quien tiene una creencia verdadera, y con todo el celo de quien desea comunicarla á los demás, le habló de los sufrimientos y de los milagros del Cristo, de la ascensión gloriosa del Salvador y de las claras predicciones de su doctrina. Con lágrimas en los ojos le habló asimismo de la recompensa que ha de tener la virtud en los cielos, y de los tormen-

tos que están reservados para el crimen. Y todo ello se presentaba natural á la mente de Apecides, porque la religión popular había acostumbrado los ánimos á comprender la acción de los dioses sobre la tierra y la participación de la divinidad en las pasiones, fatigas y desgracias del hombre. ¿Qué simbolizaban los trabajos del hijo de Alcmena, en cuyas aras quemaban incienso innumerables ciudades, sino una faena sobrenatural para redimir á la raza humana? ¿Y el gran Apolo de los Dorios, no había bajado á la región de los sepulcros para expiación de las culpas? Por esto á los ojos de Apecides el sentido real de la religión dominante le pareció concordarse con la nueva fé, en la cual debían encontrarse en armonía el filósofo, el sacerdote y el pueblo. Las seguridades y consuelos de la nueva religión invitaban á la perfección moral y al arrepentimiento, conquistando por ello sus adeptos entre los que tenían conturbado y enfermo el espíritu. De ahí también que Apecides, buscando en el remordimiento la santidad, se inclinase á la religión de aquel que le sugería en cambio de la virtud, la esperanza segurísima de la gloria celeste.

—Ven conmigo, dijo el nazareno cuando estuvo seguro de que su discurso había producido buen efecto. Ven á la pobre casita en que nos reunímos algunos pocos y escogidos compañeros. Oirás las oraciones, notarás la sinceridad de los que se enternecen y lloran pensando en sus culpas, tomarás parte en nuestro sencillo sacrificio, no de víctimas ni de guirnaldas, sino de pensamientos puros. Estas flores que ofrecemos en el altar del corazón no se marchitan nunca, se entreabren todavía más allá del sepulcro, renacen á nuestros pasos en el cielo, y nos deleitan con su eterna fragancia. Ven, no perdamos tiempo. Prepárate desde luego para el día grande y pavoroso. Prepárate para salir de las sombras á la luz, de la tristeza á la dicha, de la corrupción á la inmortalidad. Hoy es el día del Señor, y nosotros le tenemos reservado para

nuestras devociones. Aunque acostumbramos reunirnos por la noche, también á esta hora encontraremos allí algunos amigos. ¡Qué gozo, que alegría tendremos todos si conseguimos que el extraviado cordero entre en el sacro rebaño!

El buen corazón de Apecides sintióse conmovido con las palabras de Olintho. Aquel espíritu generoso que buscaba su bienestar en la dicha ajena y que se complacía en hallar compañeros para la eternidad, cautivóle sobremanera y consoló su alma. Dejar á Olintho y quedarse solo, no era posible en aquel momento para Apecides. Por otra parte no dejaba de aguijonearle algún tanto la curiosidad y el deseo de conocer aquellos ritos respecto á los cuales se decían tantas cosas extrañas y contradictorias. Vaciló un momento; miró á su traje; pensó en Arbaces extremeciéndose de horror, y luego fijó la mirada en el nazareno que estaba ansioso, anhelante de saber su respuesta, interesado en favor suyo para salvarle. Envolvióse entonces en el manto para ocultar sus vestiduras sacerdotales, y dijo á Olintho:

—Puedes marchar adelante. Te sigo.

Olintho estrechó su mano con alegría, dirigióse á la orilla del río, llamó á una de las barcas que allí estaban: entraron en ella: sentáronse debajo de la toldilla y hendieron rápidamente las aguas. Cerca de la suya pasó otra barca que se dirigía hacia el mar, y llevaba la proa adornada con flores. Oíase á bordo de esta barquilla una dulcísima música, y Olintho dijo con tristeza:

—De este modo navegan los amadores del lujo, desprevenidos y alegres en el mar de las tempestades y de los naufragios, mientras nosotros, calladamente y sin ser vistos, pasamos cerca de ellos para alcanzar la tierra.

Apecides, que por entre la tela del pabellón había podido divisar en la regocijada barquilla el rostro de su hermana Dione, sentóse con abatimiento y exhaló un suspiro.

Desembarcaron en la ribera cerca de un barrio pequeño

y compuesto de varias casuchas pobres, despidieron al barquillero, y Olintho guió al sacerdote de Isis por entre callejuelas hasta que llegaron á una casa un poco mayor que las otras cuya puerta estaba cerrada. Llamaron dando tres golpes, pasaron el umbral, atravesaron un átrio en el que no había nadie, y llegaron á otra puerta que tenía un ventanillo y comunicaba con una pieza de menores dimensiones que el átrio.

—¡La paz sea con vosotros! dijo Olintho antes de penetrar en la estancia.

—¿Para quién la paz? contestó una voz desde adentro.

—Para el que tiene fé, repuso Olintho.

Abrióse entonces la puerta de aquella salita y vióse que estaban en ella doce ó catorce personas en semicírculo meditabundas y silenciosas contemplando una cruz de madera. Todos levantaron los ojos sin decir palabra cuando entró Olintho. Éste se puso de rodillas, rezando en voz baja, y cumplido este rito, dijo á la asamblea:

—Hombres, hermanos míos, no os asombréis de que se halle entre vosotros un sacerdote de Isis. Ha vivido con los ciegos, pero el espíritu ha descendido sobre él, y ahora desea ver, oír y entender.

—Así sea, dijo uno de los presentes.

Era éste mas joven que Apecides, pero tenía semejanza con él por la palidez del rostro, por el cansancio que se notaba en sus facciones, y por su mirada inquieta y febril que revelaba un contínuo trabajo del pensamiento.

—Así sea, dijo otro de los del semicírculo.

Éste que se hallaba en el vigor de su edad, daba claros indicios de ser asiático por los rasgos de su fisonomía y por su color bronceado. Era hijo de Syria, y había sido en su juventud salteador de caminos.

—Así sea, dijo un tercero.

Y en éste que era ya anciano y tenía la barba luenga y canosa, reconoció Apecides un esclavo del rico Diomedes.

—Así sea, repitieron en coro los demás circunstantes.

Todos ellos según pudo observar Apecides, pertenecían á las clases más humildes de la sociedad, á escepción de uno que era mercader alejandrino, y de otro que era oficial de la guardia.

—No te recomendamos secreto alguno, dijo Olintho á su compañero. No te imponemos el juramento de no hacernos traición aunque te lo impondrían tal vez algunos de los nuestros. Cierto que no hay ley alguna contra nosotros, pero el pueblo es más fiero que los que le mandan y quiere nuestra sangre. A pesar de eso, no queremos ligarte para nuestra seguridad. Puedes entregarnos á la muchedumbre. Puedes acusarnos, calumniarnos, infamarnos si quieres. Estamos por encima de la muerte, y gustosos iremos á encontrar los dientes del león ó los tornillos de la tortura. Hollamos la oscuridad de la tumba, y lo que para un criminal se llama la muerte para un cristiano se llama la eternidad.

Manifestaron los congregados su aprobación á estas palabras, y Olintho continuó diciendo:

—Vienes hoy como observador, Apecides, y mucho deseamos que permanezcas mañana entre nosotros como converso. Nuestra religión la has visto ya. Nuestra sola imágen es esta cruz. En este rollo de pergamino se hallan todos los misterios de nuestra Cere, todos los ritos de nuestra Eleusis. Nuestra moral se halla en nuestra vida. Todos hemos sido malos, pero hoy ¿quién puede acusarnos de un crímen? Nuestra vida anterior ha sido lavada con aguas bautismales. No pienses que en esto hay mérito por parte nuestra. Es la obra de Dios. Acércate Medón, dijo dirigiéndose al anciano esclavo. Tú eres en nuestra congregación religiosa el único que no goza de libertad. Pero en el cielo los últimos han de ser los primeros, y así debe ya entenderse desde ahora entre nosotros. Desarrolla el pergamino, lee y explica.

No hemos de detenernos en la lectura de Medón, ni en los comentarios de la asamblea, porque muchas doc-

trinas que entonces aparecían como nuevas, son hoy familiares á todo el mundo. En las respuestas que pudieron dar á los reparos del sacerdote gentil aquellos hombres sencillos é ignorantes, lo que sobre todo se manifestaba era la convicción íntima de que todos ellos eran más grandes de lo que parecían.

Terminada la lectura tuvo lugar un incidente que conmovió en gran manera al sacerdote, y fué que llamaron á la puerta, y después de la salutación y respuesta de costumbre, entraron en la sala tímidamente dos niños, el mayor de los cuales tenía todo lo más unos siete años, hijos ambos del dueño de la casa, de aquel severo y robusto syrio que había pasado sus mocedades en latrocinios y escenas de sangre. El más anciano de la congregación religiosa, que era el esclavo, les abrazó, y ellos recostados en su regazo se dejaron acariciar por el anciano que sonreía de júbilo al contemplarles. Todos aquellos hombres fervorosos y llenos de vigor, avezados á los combates de la vida, que no temían obstáculo alguno en el mundo, que estaban preparados para sufrir los tormentos y la muerte, rodearon á los tiernos muchachos, y era de ver como al aspecto de estos nuevos compañeros se desarrugaba su entrecejo y se animaba la expresión de sus labios. El anciano Medón abrió entonces el pergamino y enseñó á los muchachos á pronunciar la bellísima oración del *Padre Nuestro*. También les habló en sencillos términos del amor que Dios profesa á los niños, y les dijo que no cae un gorrión sobre la tierra sin que lo contemple la mirada del Altísimo. Aquella iniciación de los niños se conservó por mucho tiempo entre los usos de la primitiva iglesia cristiana, como recuerdo de las palabras del Salvador, « dejad que los niños vengan á mí y no les apartéis », y fué quizás el orígen de la calumnia que se propalaba contra los nazarenos, es á saber, la de que atraían á los muchachos y les llevaban á sus asambleas para inmolarles en secreto. El austero y arrepentido padre de fa-

milias sentíase de nuevo en la edad de la inocencia contemplando la de sus hijos. Sonreía cuando estos pronunciaban respetuosa y sumisamente las palabras sagradas, y en cuanto hubo cesado la lección y corrieron ambos á sentarse en sus rodillas les abrazó repetidas veces, llorando á lágrima viva, de gozo y de dolor, de arrepentimiento y de esperanza, de pena con respecto á sí mismo y de amor con respecto á los demás.

Abriéndose en esto una puerta interior, entró un hombre de pequeña estatura y al verle cuantos estaban presentes se levantaron con muestras de afecto y de respeto profundísimo. Apecides sintióse cautivado á su presencia. Era imposible no amarle á primera vista puesto que descansaba en él la sonrisa de la divinidad y había dejado huellas en su rostro la encarnación del Amor celeste.

— ¡Hijos míos, que Dios sea con vosotros! dijo el anciano extendiendo los brazos.

Los niños al verle corrieron á su encuentro. Sentóse en el suelo, los niños se sentaron junto á él reclinándose en su pecho, y allí reunidos ofrecieron el bello espectáculo de la armonía entre los dos extremos de la vida humana, entre los arroyos que están todavía cerca del manantial primitivo y el río majestuoso que se dirige al océano de la eternidad. Como el crepúsculo vespertino parece confundir la tierra con el cielo y los collados con las brumas, así aquella benévola y gozosa vejez parecía confundir cuanto le rodeaba santificándolo sin distinción de edades, difundiendo sobre la niñéz y sobre la edad madura la luz del cielo que para el anciano estaba tan próxima.

— Padre, dijo Olintho, tú que presenciaste el milagro del Redentor, tú que has visto en Naim la resurrección del que estaba muerto y por ello has venido á ser el testimonio viviente de la gracia y del poder del Cristo, sabe que está entre nosotros una nueva oveja para el rebaño.

— ¡Dejadme que le bendiga! dijo el anciano.

Todos los circunstantes se apartaron, y Apecides como

por instinto se acercó al varon apostólico y se puso de rodillas. El anciano extendió sus manos sobre la cabeza del sacerdote de Isis, y pronunció su bendición en voz baja, con los ojos fijos en el cielo, y derramando aquel apacible llanto que solo los hombres de bien saben derramar por la dicha agena.

Al lado del converso estaban los dos niños. Como ellos tenía ya el corazón, y habíase abierto para él la puerta del reino de los cielos.

CAPÍTULO IV.

Corre con ímpetu el raudal de los amores.
¿ Á dónde se dirige ?

Los días semejan años cuando entre dos jóvenes que se quieren no hay barrera ni obstáculo ; cuando brilla el sol, y es apacible la fortuna, y el amor es próspero y bien correspondido. No cuidaba Dione de ocultarle á Glauco el afecto que por él sentía, antes bien las conversaciones de entrambos recaían siempre sobre el mútuo cariño. Como el cielo alegra en primavera los jardines, así las esperanzas de lo futuro alegraban para ellos el presente. Plácidamente navegaban por el rio de la existencia, formando proyectos y embelleciendo con la felicidad de hoy el día de mañana.

Era muy entrado el mes de Agosto y los novios habían

fijado para el de Setiembre la celebración de sus nupcias. El portal de la casa de Glauco estaba ya adornado con guirnaldas. Á la puerta de la casa de Dione iba todas las noches el enamorado griego y ofrecía allí sus ricas libaciones. Glauco no existía ya para sus amigos y pasaba el día entero con Dione. Por la mañana, durante las horas del calor, solían recrearse con la música: por la tarde, alejándose de los sitios muy concurridos, solían repetir sus excursiones marítimas ó paseaban por los fértiles viñedos que se extendían al pié del Vesuvio. La tierra no había temblado nuevamente, y los alegres pompeyanos olvidaban la terrible advertencia del destino. Glauco, á tenor de sus creencias religiosas, figurábase que aquella convulsión de la naturaleza había sido una especie de milagro hecho por los dioses en favor de Dione, y por esto había ofrecido sacrificios como acción de gracias en los templos de su fé. Aun el mismo altar de Isis se vió cubierto con sus guirnaldas votivas. Ruborizábase del temor que le había causado el busto de mármol, y bien conocía que sus fulgores eran debidos á la magia humana, tanto más cuanto los resultados no anunciaban ciertamente el enojo de la diosa egipcia.

De Arbaces oyeron decir que vivía y que poco á poco, tendido en el lecho del sufrimiento, iba recobrándose de los efectos del golpe. Por entonces estaban libres de él los dos amantes, pero no dejaba de soñar en la hora y en el modo de su venganza.

Mañana y tarde la compañera constante y casi única de los novios era Nydia. La brusca libertad con que tomaba parte en sus conversaciones, las maneras caprichosas y á veces mal intencionadas que empleaba con ellos; todo lo toleraban y lo echaban á buena parte ya por los servicios que les había prestado, ya por la compasión que les inspiraba su desgracia. Entrambos se interesaban por ella, y acaso aumentaba el cariño que le tenían la rara y contradictoria naturaleza que observaban en su carácter; la sin-

gular alternativa de resignación y de cólera, de ignorancia y de ingénio, de aspereza y de ternura, de reservas y altiveces de mujer y de caprichos de niña. No había aceptado la manumisión, pero se la dejaba completamente libre de obrar según su gusto. Glauco y Dione la trataban como trata una madre al hijo mimado y enfermizo á quien no se atreve á dar órdenes ni aun considerándolas de provecho. Gracias á este respeto que se tenía con su voluntad, pudo deshacerse del esclavo á quien se había encargado que la acompañase y anduvo otra vez solita con su bastón por las calles de Pompeya guiándose maravillosamente por entre el gentío, evitando los tropiezos y los choques, y acertando la dirección verdadera en medio de las encrucijadas. Su principal recreo continuaba siendo el jardincito de Glauco, cuyas flores, mejor que nadie, agradecían y recompensaban su cariño. Alguna vez entraba en el aposento de Glauco y buscaba medio de conversar con él, pero la conversación de Glauco reducíase por entonces á hablar de Dione, y Nydia se retiraba muy pronto sintiendo que aquel nombre le torturaba el alma.

—¡Si Dione hubiese quedado en poder del egipcio, hoy no estaría Glauco enamorado de ella! decíase interiormente Nydia.

Y al hacer esta consideración, reprochábase el buen servicio que había prestado, y sentíase oprimida por pensamientos terribles y sombríos. A la verdad, cuando se mostró tan generosa y desprendida, no había previsto las amargas pruebas que estaban reservadas á su ánimo. No había estado presente á las entrevistas de Glauco y Dione, no había sentido que la voz de Glauco, tan dulce para ella, era mucho más dulce, mucho más tierna cuando hablaba con la otra. Herido su corazón al enterarse del amor de Glauco quedó en los primeros momentos sumida en la tristeza, pero después crecieron los celos, fueron tomando una forma salvaje, y á lo último se presentaban á su espíritu con ideas de rabia y de venganza. Como la

hoja verde se balancea suavemente en las ramas, mientras que la hoja seca es pisoteada en el suelo y arrastrada en todas direcciones por el viento, así también el amor que nace y se arraiga en los pechos felices y esperanzados no recibe más que el frescor de las brisas apacibles, pero el corazón desgajado del verde árbol de la vida, sin ramita ni punto de apoyo, es llevado á una y otra parte por las ráfagas tempestuosas hasta que al último soplo del vendaval queda enterrado en el limo para siempre.

La falta de guía y dirección durante la infancia, había endurecido el carácter de Nydia: las orgías de Burbo y los banquetes del egipcio la habían disgustado, pero no habían dejado de exaltar algún tanto su imaginación amorosa. Con esto, en su alma llena de fiebre y de visiones delirantes, no se concordaban uno con otra los deseos, y ora temía que Glauco descubriese el secreto de su amor, ora se indignaba de que no lo sospechase siquiera; ora sentía profundo cariño por Dione por la sola razón de que Glauco la quería, ora por este mismo motivo se hallaba dispuesta á matarla.

En estas luchas interiores alteróse la salud de Nydia sin que ella misma lo notase, palidecieron sus mejillas, fué menos firme su andar y acudían con frecuencia las lágrimas á sus ojos sin que sirviesen los llantos para consolar su angustia.

Una mañana, mientras desempeñaba su habitual tarea en el viridario del ateniense, estaba éste en la columnata del peristilo con un mercader de la ciudad comprándole dijes y adornos para la novia.

—Ven acá, Nydia, dijo Glauco. Deja ese tiesto y acércate. Toma esta cadenita. Vamos á ver... Deja que te la ponga en el cuello. ¿Verdad que le cae bien, Servilio?

—¡Y tan bien como le cae! contestó el joyero que á fuer de tal era como los joyeros de todas las épocas, muy halagador y cumplimentoso.

Nydia estaba contenta y sonrojada por la gratitud, pero

el joyero cortó muy pronto su alegría con estas palabras:

— Dejad que estos hermosos pendientes adornen el rostro de Dione. Ya veremos entonces hasta qué punto mis joyas enaltecen á la belleza.

— ¿Pendientes para Dione? dijo Nydia.

— Así es, contestó Glauco. Estoy buscando joyas para Dione pero no encuentro ninguna que sea digna de su hermosura.

No bien acabó Glauco de pronunciar esta frase cuando Nydia, con brusco movimiento, quitó de su cuello la cadenita y la tiró al suelo.

— ¿Qué es esto, Nydia? dijo Glauco. ¿No te gusta esa chuchería? ¿Te has enojado?

— ¡Siempre me tratas como esclava y como niña! replicó la tesaliana sollozando.

Y en esto, sin poder contenerse, se fué al extremo del jardín á donde Glauco no intentó seguirla porque estaba ofendido de su arrebato.

Después de mirar y remirar las joyas, de preferir primero una y luego otra, y de discutir su precio con el joyero, acabó Glauco por comprarlas todas. Hechas ya las compras, despidió al mercader, fué á vestirse á su cuarto, hizo que le preparasen el carrocin y se fué á la casa de Dione sin acordarse más de la cieguecita ni de su acceso de cólera. Pasó la mañana con la hermosa hija de Neápolis, estuvo luego en los baños y cenó en una de las hostelerías de Pompeya, cosa muy factible porque la ciudad no estaba falta de comodidades en este punto. Decimos que cenó y no será malo recordar que la cena de aquellos tiempos era la comida de las tres de la tarde. Volvió luego á su casa para cambiar de traje, entró en el peristilo, y distraído como estaba con sus amores, no advirtió que la pobre ciega estaba todavía en el sitio donde la había dejado. Ella conoció al momento sus pasos y apenas hubo entrado en su cuarto favorito, junto al peristilo, cuando habiéndose sentado en el lecho de reposo

sintió que le tiraban suavemente de la ropa y vió á sus piés á Nydia de rodillas que le presentaba un ramo de flores como signo de alianza.

—Te has ofendido conmigo y creo que es la primera vez, dijo Nydia derramando lágrimas. Créeme, Glauco, antes quisiera morir que causarte un momento de disgusto. Mira tu cadena: ya la llevo en el cuello. Es una dádiva tuya y no he de dejarla nunca.

—No te acuerdes más de esto, querida Nydia, dijo Glauco levantándola y besándola en la frente. Pero, vamos á ver, ¿qué ha sido todo ello? Porque yo no he comprendido á que venía tu enojo.

—No me lo preguntes, dijo Nydia con el rostro encendido. Ya sé que soy una niña y que siempre ando con tonterías. Tú mismo lo has dicho alguna vez. ¿Para qué le preguntas á una niña la razón de sus locuras?

—Pronto no serás ya una niña, prenda mía, dijo Glauco, y si quieres que te traten como mujer debes evitar los ímpetus y los arrebatos. No creas que quiero reñirte, pero digo esto para bien tuyo.

—Es verdad, contestó ella, es preciso que aprenda á dominarme. El deber de las mujeres consiste en ocultar los sentimientos del corazón. La virtud femenina es la hipocresía.

—No es ser hipócrita el dominarse, replicó el ateniense, y esta virtud es tan necesaria á los hombres como á las mujeres. Esta dominación, como la toga de los senadores, es la señal de la dignidad.

—¡Bien, bien! ¡tienes razón en eso del dominarse! dijo Nydia. Lo que tú dices está bien dicho. Cuando te oigo se calman mis exaltados pensamientos y me siento serena y placentera. ¡Guíame! ¡aconséjame siempre, protector mío!

—Tu buen corazón será tu mejor guía si aprendes á refrenar los sentimientos, contestó Glauco.

—¡Ah! ¡eso no ha de ser nunca! replicó Nydia.

—¿Y por qué razón? dijo Glauco. Haz el primer esfuerzo que es el más difícil.

—Este primer esfuerzo he procurado hacerlo muchas veces, dijo candorosamente la cieguecita. Tú que eres mi Mentor, ¿crees que son tan fáciles semejantes esfuerzos? ¿Puedes tú refrenar el amor que sientes hacia Dione?

—¡Oh! Eso del amor es otra cosa, querida Nydia, contestó el joven preceptor.

—¡Así lo pienso! dijo Nydia con melancólica sonrisa. ¿Quieres tomar el ramito que he traído, Glauco? Puedes hacer con él lo que quieras. Puedes darlo á Dione si te parece.

—Nó, muchacha, dijo Glauco adivinando un poco de celos en las palabras de Nydia pero atribuyéndolo todo á vanidades de niña. Yo no he de dar estas flores á nadie. Siéntate y entreteje una guirnalda. Esta noche la llevaré y no será por cierto la primera que me habrá venido de tus manos.

La pobre niña sentóse entonces al lado de Glauco respirando con más alegría. Sacó del ceñidor un manojo de cintitas de diversos colores que servían para formar las guirnaldas y púsose á trabajar con mucho donaire. Ya no había lágrimas en sus tiernas mejillas: ya brillaba otra vez en sus labios una sonrisita de complacencia. Como una chiquilla era sensible á las impresiones de lo presente. Se había reconciliado con Glauco, tenía su perdón, estaba sentada junto á él, la mano del ateniense jugueteaba con sus cabellos sedosos, sentía su aliento inmediato al rostro, Dione, la cruel Dione estaba lejos y nadie distraía á Glauco: con esto la niña sentíase contenta y feliz, y aquel momento en su breve y conturbada existencia fué uno de los pocos cuyo recuerdo pudo conservar como un tesoro. Seducida por un sol de invierno báñase la mariposa en el suave calor de sus rayos tanto como puede hasta que sopla el viento y llega la helada y mata su existencia antes de la tarde. De este modo asoleábase Nydia bajo un

cielo menos frío para su corazón que aquel que ordinariamente la cobijaba, y el instinto que hubiera debido advertirle de la brevedad de aquel goce, la invitaba únicamente á sonreir y á mostrarse contenta.

— Bonitos son tus cabellos, dijo Glauco. ¡ Cuánto debió gozarse tu madre contemplando esta cabellera !

Nydia suspiró. Bien se conocía que no era esclava por el nacimiento, pero fuese modesta ó noble su familia, no habló jamás de ella con sus protectores. Hija de la tristeza y del misterio pasó como el pajarito que entra por una ventana y vuelve á salir, sin que nadie sepa de dónde ha venido ni adónde se dirije.

Nydia suspiró. Y después de una corta pausa, sin contestar directamente á las palabras de Glauco, le dijo:

— ¿ Crees que hay demasiado número de rosas en esta guirnalda ? Yo las pongo porque dicen que es la flor que tú prefieres.

— Es la flor que prefieren cuantos aman la poesía, dijo Glauco. Es la flor de los amores y de los festines, y es al mismo tiempo la flor de la muerte y del silencio. Durante la vida sirve de adorno para nuestras sienes, y cuando la vida se acaba, la ponen como adorno en nuestras sepulturas.

— Quisiera, dijo Nydia, en vez de entretejer esta guirnalda que ha de marchitarse, robar á las Parcas el hilo de tu destino y colocar allí las rosas.

— Prenda mía, eso que dices, contestó Glauco, es un deseo que sienta muy bien á la que tiene tan hermosa voz como la tuya para entonar los conceptos poéticos. El espíritu de la música te ha inspirado, y sea el que fuere mi destino, debo darte las gracias.

— ¿ Sea el que fuese tu destino ? repuso Nydia. ¿ Pues no es el más brillante y el más hermoso de todos ? Mi voto es completamente inútil. Las Parcas han de ser tan propicias para tí como pudiera serlo yo misma.

— No estaría yo satisfecho de mi destino, dijo Glauco,

si dejáramos á un lado el Amor. Mientras dura la juventud puedo por algunos momentos olvidarme de la patria. Pero cuando un ateniense ha llegado á su edad madura, ¿cómo puede recordar sin profunda tristeza el pasado de Atenas? ¿Cómo puede sentirse contento mientras la patria está caída, y lo que es más, caída para siempre?

—¿Porqué ha de estar caída para siempre? dijo Nydia.

—Porque las cenizas no pueden reanimarse, contestó Glauco. Porque el amor cuando ha muerto, no puede revivir. Porque la libertad de un pueblo cuando ha sido arrancada, no renace nunca. Pero no hablemos de estas cosas que á tí no deben interesarte.

—Te engañas, Glauco, me interesan mucho, dijo Nydia. También yo suspiro por mi Grecia. Junto al Olimpo se meció mi cuna, y si los dioses abandonaron el sacro monte no se ha perdido su culto en el corazón de sus adoradores, ni se han extinguido las señales de su poder manifestadas en la belleza del clima. Porque yo he respirado aquel aire que es mucho más dulce que el de Italia y he sentido los rayos de aquel sol respecto al cual este sol de Italia parece frío. ¡Oh! ¡No dejes de hablarme de Grecia, Glauco! ¡Por más que te parezca una chiquilla bien te comprendo! Si yo hubiese permanecido en mi tierra, si yo hubiese podido ser una muchacha griega, cuyo feliz destino hubiera consistido en amar y ser amada, no habría dejado de poner las armas en manos de mi novio para renovar las glorias de Marathón ó de Platea. Ciertamente, oh Glauco, la mano que hoy entreteje estas rosas hubiera entretejido para tí la corona de olivo.

—¡Si este día llegase! dijo Glauco arrebatado por el entusiasmo de Nydia. ¡Pero no! repuso luego, ¡el sol se ha puesto, y la noche nos convida únicamente al olvido y al regocijo! ¡Sigue entretejiendo las rosas, oh Nydia!

Estas palabras las dijo Glauco en tono más bien melancólico que alegre, y después de ellas, quedó sumido en una especie de estupor del cual le sacó al poco rato la voz

de Nydia que entonaba una composición métrica conocida de entrambos. La poesía que cantaba Nydia se la había enseñado el mismo Glauco y decía de este modo:

ELOGIO DEL DELEITE.

¿Quién ambiciona el lauro
Que ciñen los guerreros?
¿Con los antiguos héroes
Quién puede competir?

La Tumba de los Dias
Esconde sus hazañas;
Tan esplendente gloria
No espera el porvenir.

Ciñamos nuestras sienes
Con rosas placenteras,
Por ellas el deleite
Consuelo nos dará.

La rosa no es altiva
Ni busca clara estirpe,
Del libre y del esclavo
La vida templará.

En flacos corazones
Revives Grecia antigua;
Deja que recordemos
Al menos tu valor.

Mas ya que en tus colinas
No brilla la armadura
Sea la rosa emblema
De nuestro santo amor.

Decidle al verde Himeto,
Ligeros cefirillos,
Decidle que guardamos
Amor que es inmortal.

Decidle que en Italia,
Gozando del deleite,
La flor nos habla siempre
De la región natal.

CAPÍTULO V.

El encuentro de Iulia con la cieguecita. — Entrevista de la gentílica Dione con su hermano converso. — La propaganda cristiana explicada por un ateniense.

¡Qué felicidad para Dione! ¡Qué bendición del cielo estar siempre cerca de Glauco y escuchar su voz!

De este modo hablaba consigo misma la pobre cieguecita en tanto que al caer de la tarde se encaminaba hacia la casa de su ama, en donde Glauco debía encontrarse ya en aquellos momentos. Súbitamente interrumpió el curso

de sus ideas una voz de mujer, la cual dirigiéndose á ella le decía:

—Cieguecita florista, ¿á dónde vas? ¿No llevas hoy la cesta? ¿Has vendido ya todas las flores?

Iulia, la hija de Diomedes, la que en el rostro y en los ademanes parecía más bien una dama que una doncella, era la que por tal manera detenía á Nydia en su camino. Traía levantado el velo, y acompañada por su padre y por un esclavo encargado de la linterna, dirigíase á su casa. Ella y su padre habían cenado en casa de un vecino y estaban de regreso.

—¿No me conoces en la voz? continuó diciendo Iulia. Soy la hija de Diomedes el rico.

—¡Ah! ¡es verdad! ¡No te agravies! contestó Nydia. Ya reconozco ahora el tono de tu voz. No puedo venderte flores esta noche, noble Iulia.

—Dicen que te ha comprado Glauco, el hermoso griego, dijo Iulia, ¿es esto verdad, linda muchacha?

—Sirvo á Dione, la hija de Neápolis, replicó evasivamente Nydia.

—Adelante, adelante, dijo Diomedes cubriéndose la boca con el manto. La noche está fría y no quiero quedarme de plantón en tanto que charlas con la cieguecita. Que venga con nosotros si quieres hablar con ella y vamos á casa.

—Ven con nosotros, niña, dijo Iulia con el tono de persona muy acostumbrada al mando. Tengo muchas cosas que decirte. Ven con nosotros.

—No puedo esta noche porque es tarde, respondió Nydia. Ya sabes que no soy libre, noble Iulia.

—Pues qué; ¿había de reñirte la suavísima Dione? dijo Iulia. Supongo que no será una reina Thalestris. En fin, si no puedes ahora ven á verme mañana en casa. No eches en olvido que soy tu amiga desde mucho tiempo.

—Se cumplirá lo que deseas, dijo Nydia.

Diomedes en esto, más y más impaciente, regañó de

nuevo á su hija, y ésta le siguió sin haber podido preguntar á Nydia lo que deseaba averiguar con mucho empeño.

El día en que esto pasaba, Dione recibió la visita de su hermano á quien no había vuelto á ver desde los sucesos acaecidos en casa del egipcio. Ocupado en sus pensamientos, siempre elevados y serios, el joven sacerdote se había acordado muy poco de su hermana, porque las inteligencias privilegiadas que aspiran sin cesar á las cosas sobrenaturales, acostumbran tener bastante descuido en eso de los afectos mundanos. Dione, por su parte, no cesaba de entristecerse viendo que Apecides estaba tan alejado de su compañía, y en las horas plácidas en que sentía su espíritu halagado por la esperanza y por el amor, suspiraba muy de veras, no acertando á darse cuenta de que el servicio de los dioses ensombreciese por tal manera lo que los mismos dioses habían creado.

La fisonomía de Apecides estaba más calmosa y tranquila que de costumbre cuando penetró en la estancia donde se encontraba su hermana.

—¡Bendígante los dioses, hermano mío! dijo Dione abrazándole con mucho afecto.

—No hables de este modo, hermana mía, contestó Apecides. No hay más que un sólo Dios, y Él es el único que puede bendecirnos.

—¡Qué es eso, hermano mío! dijo Dione.

—¿Pues no puede hallarse la verdad en la fé de los nazarenos? contestó Apecides. Dios el invisible, Él solo, el único, el gran monarca, ¿tiene por ventura á su lado esos otros dioses á quienes se atribuye poderío sobre el mundo? ¿Á qué vienen las innumerables deidades? ¿á qué vienen tantos altares como se han construído sobre la faz de la tierra? Todo ello es para honrar á los espíritus malos que desean apartarnos de la religión verdadera. ¿No te parece de este modo, Dione?

—¿Cómo pudiéramos creerlo de esta suerte? dijo ella. Ó mejor, si de esta manera lo creyésemos ¿no abrazaría-

mos una fé muy triste y melancólica? ¿Puede concebirse que este hermoso mundo en que habitamos sea una cosa puramente humana? ¿Qué sería de los montes sin la Oreada y de las aguas cristalinas sin la Ninfa? Si hay flores consagradas y si percibimos celestiales rumores en las brisas, ¿puede ser equivocada esta fé que habla á todos los corazones poblando con los dioses el universo entero?

Apecides, que estaba todavía algo perplejo en sus creencias, recibió una sacudida nerviosa con la inocente y natural contestación de su hermana, y replicóle de una manera tan vehemente y tan embrollada, que Dione llegó á temer que se le trastornaba el juicio.

—¡Oh, hermano mío! dijo ella, ¡esas dudas que manifiestas van á quitarte el buen sentido! Ven, acércate, Apecides, dame la mano, no me riñas y piensa únicamente que Dione no puede ofenderte nunca.

—Dione, dijo Apecides abrazándola y mirándola cariñosamente, ¿puedo yo pensar que tu bellísima forma, que tu bondadoso corazón han de hallarse destinados á una eternidad de penas?

—¡Guárdenme los dioses! contestó Dione.

La superstición que, según el concepto de Apecides, andaba envuelta en estas palabras, hizo que resonasen duramente en sus oidos. Levantóse de donde se había sentado, dió vueltas por la estancia hablando consigo mismo, detúvose de repente, miró á su hermana con gravedad y extendió los brazos. Dione se arrojó en ellos con expre-

sión de júbilo, pero él la besó ardorosamente y le dijo:

—Quédate con bien, hermana mía. Cuando volvamos á vernos acaso no serás nada para mí. Acuérdate entonces de este abrazo en el cual van todos los recuerdos de la infancia, todos los recuerdos de aquel tiempo en que la fé y las esperanzas, los ritos y las costumbres, los intereses y los propósitos eran comunes entre nosotros dos. Ahora el lazo está á punto de romperse.

Después de estas raras y extrañas palabras, y sin proferir ninguna otra, salió Apecides de la casa de su hermana. Tal era con mucha frecuencia el proceder de los primitivos cristianos, y por tal manera su conversión interrumpía sus relaciones y sus cariños. Parecíales que no podían estar asociados con las personas cuyas acciones y formas ordinarias de lenguaje se hallaban impregnadas de idolatría. Estremecíanse al oír las salutaciones del amor, porque á su entender estaban proferidas en nombre de un espíritu malo. Sufrían la desgracia del apartamiento, pero en ella precisamente encontraban su fuerza, y cuanto más se alejaban de los gentiles, más unidos quedaban uno con otro. Eran hombres de hierro destinados á propagar la Palabra Divina, y en realidad, las cadenas que les enlazaban entre sí, eran también de hierro.

Cuando entró Glauco para visitar á Dione la encontró llorosa y arrogóse el dulce privilegio de consolarla. Escuchó de sus labios la narración de la entrevista que había tenido con su hermano, mas era el caso tan extraño para él, que se quedó perplejo como la misma Dione respecto á las intenciones y propósitos de Apecides.

—¿Te has enterado mucho, preguntó Dione, de lo que viene á ser esta nueva secta de los nazarenos á que mi hermano se refiere?

—Oigo hablar de las disposiciones que manifiestan, contestó Glauco, pero no sé nada de sus creencias, aunque al parecer pecan de frías y de fantásticas. Forman estos sectarios linaje aparte y se escandalizan de la cosa más

sencilla, como por ejemplo del uso de las guirnaldas. No gustan de las distracciones y profieren terribles amenazas sobre la próxima destrucción del mundo. Parece que hayan aprendido su oscura y melancólica religión en el antro de Trofonio. Á decir verdad, creo que no les han faltado algunos hombres de energía y de talento y han tenido prosélitos en el mismo Areopago. Recuerdo que hace algunos años hablaba mi padre de un forastero que se presentó en Atenas y que se llamaba Pablo, el cual venía á predicar estas nuevas doctrinas del Oriente. Mi padre estaba entre el gentío que se reunió en la colina para escucharle. No se oía en el ancho espacio ni una voz ni un murmullo. No se le acogió con exclamaciones ni con chanzas como sucedía de contínuo con los oradores de Atenas; lejos de esto, al presentarse en lo más alto de la colina cautivó los corazones aun primero que desplegase los labios. Decía mi padre que era bajo de estatura pero de aspecto noble y simpático, que llevaba un traje holgado y de color oscuro, que se conocía en su rostro la huella de las adversidades y de los cambios de clima, pero que sus ojos tenían un brillo sobrenatural, y que al levantar el brazo para dirigirse á la muchedumbre, tenía toda la majestad de un hombre inspirado por el Espíritu divino. «Ciudadanos de Atenas, dicen que exclamó, he visto un altar que erigisteis *al Dios desconocido:* sabed que el Dios á quien reverencio es ese mismo: lo que era desconocido se revela ya para vosotros.» «El Señor de la tierra y del inmenso cielo no habita en los templos fabricados por mano del hombre.» «¿Pensáis que el Invisible se parece á vuestras estátuas de oro y de mármol? ¿Pensáis que necesita vuestros sacrificios el que hizo el cielo y la tierra?» Con estas predicaciones y otras parecidas, conmovía el extranjero á la mayor parte de sus oyentes. Los estóicos y cínicos, y los epicúreos que no creen en la existencia del Elíseo, se burlaban de él, pero el pueblo estaba penetrado de su celo, y por el tono de su voz y por la

gravedad de sus ademanes comprendía que aquel hombre tenía misión de Dios para predicar la fé.

Dione escuchaba este relato de Glauco con atención extraordinaria. La seriedad y el fervor del ateniense producían en su ánimo la misma impresión que éste había recibido cuando oyó contar á su padre las predicaciones del Apóstol. ¡ Por medio de Glauco llegaban al corazón de Dione las primeras noticias del Cristo anunciadas en la colina del dios Marte !

CAPÍTULO VI.

El portero, la muchacha y el gladiador.

La puerta estaba abierta en la casa de Diomedes, y el viejo criado Medón estaba sentado en los últimos peldaños de la escalera. La suntuosa mansión del rico mercader de Pompeya puede verse todavia en la parte de afuera de la ciudad, no lejos de la puerta de Herculano y en el sitio donde comienza la vía de los Sepulcros. Era aquello un emplazamiento felicísimo, y respirábase allí gozosamente aun á presencia de los monumentos fúnebres. En el lado opuesto y algo apartada del camino estaba una espaciosa hostelería, en la cual iban á descansar y refrescar los que se hallaban cansados de negocios ó diversiones. Frente al ingreso de la posada veíanse carruajes de diferentes clases, unos recien llega-

dos, otros descargados ya, reinando allí el bullicio propio de las animadas reuniones populares. Cercano á la puerta del hospedaje y sentados en un banco junto á una mesita redonda, se hallaban varios labradores tomando la copa de la mañana y hablando de los asuntos concernientes á su oficio. La muestra ó insignia del parador consistía en un cuadro de jaqueles pintados con vivísimos colores, tema repetido en otras partes de Pompeya. En la azotea veíanse las mujeres de los labradores apoyadas en la baranda y conversando con los de abajo. A poca distancia bajo un oscuro cobertizo, dos ó tres pobres pasajeros estaban sacudiendo el polvo de sus vestiduras. En el espacio comprendido entre la posada y el camino público, lugar destinado á sepultura por una antiquísima raza pobladora de la comarca, estaba el *Ustrino* ó quemadero de los cadáveres. Por encima de éste se divisaban los terrados de la ciudad medio ocultos entre los árboles. Con sus diferentes y graciosas formas artísticas, las tumbas, bordeadas por flores y por follaje, constituían el adorno de aquel sitio sin comunicarle aspecto de tristeza. Junto á la puerta de la ciudad y dentro de una garita encontrábase de plantón el disciplinado centinela romano, en cuyo casco bruñido reflejaban los rayos del sol que relucían asimismo en el hierro de su lanza. El portal tenía tres arcos: el del centro para los vehículos, y los otros dos para los transeuntes de á pié. Corrían á uno y otro lado del portal las sólidas murallas que protegían la población, construídas y reparadas en diferentes épocas, según lo habían hecho necesario las guerras, el transcurso del tiempo y los terremotos. De trecho en trecho levantábanse en la muralla torres cuadradas que pintorescamente interrumpían la línea recta, y contrastaban con la parte de obra recien construída. El camino carretero que enlazaba á Pompeya con Herculano perdíase de vista formando una curva entre pampanosos viñedos por encima de los cuales descollaba la taciturna majestad del Vesuvio.

—¿Sabes ya las noticias, viejo Medón? dijo á éste una muchacha que llevaba un cantarito en la mano.

Medón levantó los ojos con extrañeza dejando de mirar al suelo para contemplar á la joven que se había detenido ante la puerta, dispuesta al parecer á charlar con él antes de ir á la hospedería á llenar el cántaro y á dejarse requebrar por los pasajeros.

—¿Qué nuevas son esas? dijo Medón.

—Bastante ruído se armó esta mañana cuando pasó por este camino dirigiéndose á la ciudad, contestó la joven. De seguro ha debido quitarte el sueño el nuevo visitante de Pompeya.

—Creo que me lo ha quitado en efecto, replicó el esclavo con indiferencia.

—¿Pero ya sabes lo que es? dijo la joven. Es un regalo del noble Pomponiano.

—¿Un regalo? dijo Medón. Creía que decías un visitante.

—Es un visitante y es un regalo, continuó la muchacha. Sabe, papanatas, que es un tigre joven, el más hermoso que has visto en tu vida, y que ha de servir para los juegos del anfiteatro que se acercan. ¿Oyes esto Medón? ¡Esto si que es alegría de veras! Dígote que no he de pegar los ojos hasta el día de la fiesta. ¡Dicen que tiene un rugido!

—¡Pobre loquilla! exclamó tristemente Medón.

—¿Porqué soy loquilla, viejo patán? dijo la muchacha. Te digo que es linda cosa eso del tigre, y sobre todo será bueno si encontramos algo paraque coma. Ahora ya tenemos un león y un tigre. ¡Figúrate Medón! Si nos faltan dos criminales á propósito, tendremos que ver como el león y el tigre se comen el uno al otro. Pero tu hijo es gladiador y robusto muchacho, ¿por qué no le persuades á que riña con el tigre? ¡No puedes imaginar el contento que me darías! Y no solamente yo, sino toda la ciudad te lo agradecería como un grande obsequio.

— ¡Vaya, vaya! dijo el esclavo con aspereza. Piensa en tu propio peligro, y déjate de charlar sobre la muerte de mi hijo.

— ¡Mi propio peligro! exclamó la joven extremeciéndose y tocando con las manos el talisman que llevaba en el cuello. ¡Apártese el mal agüero! ¡Caigan sobre tu cabeza estas palabras! ¡Mi propio peligro! ¿Qué peligro es ese, vamos á ver?

—El terremoto de la otra noche, ¿no era una advertencia? dijo Medón. ¿No era aquello una voz? ¿No venía á decirnos claramente: preparaos para la muerte que el fin de todas las cosas está cercano?

— Eso son tonterías; dijo la joven arreglando los pliegues de su túnica. Estás hablando como los nazarenos, y aun yo pienso que lo eres. Ahora, remolón, no puedo detenerme contigo por más tiempo. ¡Cada día te haces más insoportable! ¡Vaya! ¡quédate con salud!... ¡Oh Hércules! ¡Danos un hombre para el león y otro para el tigre!

Y en esto se alejó la muchacha cantando con argentina voz el estribillo, y las coplas populares relativas al placentero espectáculo:

¡Viva la fiesta!
¡Viva el placer!
¡Luchadores que vais á la arena
Morir ó vencer!

Ya se llena el anfiteatro
De galanes y de damas,
Gozoso brilla el hierro
Del gladiador.

¡Hála! Hála! por do quiera
Corred, corred á las gradas,
¡Derrámase la sangre!
¡Viva el valor!

¡Luchadores que vais á la arena,
Morir ó vencer!
¡Viva, viva la espléndida fiesta,
Viva el placer!

Mientras atravesaba el polvo del camino recogía la muchacha los pliegues de su túnica, y así andando ligeramente y cantando, se halló al poco rato en medio de los concurrentes á la hostelería.

—¡Pobre hijo mío! exclamó Medón en cuanto perdió de vista á la muchacha, ¡qué hayas de correr á la muerte para solazar á esas gentes tan frívolas! ¡Oh, fé del Cristo! ¡Y cuanto he de venerarte en mi corazón, aunque no fuera más que por el horror que inspiras hacia esas fiestas de sangre!

Caída la cabeza sobre el pecho, quedóse el anciano silencioso y pensativo, y de cuando en cuando enjugaba el llanto que asomaba en sus ojos. Tenía el corazón sobrecogido por la suerte de su hijo, y absorto en su dolor no advirtió que desde la parte de la ciudad venía acercándose un joven de airoso porte y gallardo en el andar, el cual se aproximó á donde él estaba y se detuvo en su presencia.

—¡Padre! exclamó el recien llegado.

—¡Lydón! ¡hijo mío! ¿eres tú? dijo el anciano con alegría. No sabes cuanto me acordaba de tí en este momento.

—Mucho me contenta eso que dices, padre, dijo el gladiador tocando con respeto las rodillas y la barba del esclavo. Pronto llegará el día en que estaremos siempre juntos, y no tan sólo en el pensamiento.

—¡Pero no en este mundo, hijo mío! contestó el esclavo recobrando su expresión de tristeza.

—No me hables de este modo, señor, dijo Lydón. Piensa más bien en la victoria que he de alcanzar muy pronto; porque estoy seguro de ello; y entonces el oro

que haya ganado comprará tu libertad. No hace muchos días, padre, que recibí una afrenta con este motivo, y gustosamente hubiera desengañado á quien me la hizo, porque es más generoso que sus iguales. No es romano, es ateniense, y me afrentó cuando le pregunté por la cantidad que había de ganarse con la victoria. Echóme en cara que yo prefería las monedas á la gloria del triunfo. ¡Cuán poco conoce el alma de Lydón!

—¡Hijo mío! ¡hijo mío! exclamó el esclavo enternecido.

Y en esto subiendo la escalinata condújole á su cuarto que estaba junto á la primera pieza, la cual en la quinta de Diomedes no era el átrio sino el peristilo.

Aun hoy puede ver el visitante el cuartito de Medón. Es la tercera puerta entrando á mano derecha. La primera de estas puertas conduce á la escalera del corredor y de los jardines. La segunda es un cuartito apartado, en el cual se encontró una estátua de bronce.

—Generosos é inspirados por la piedad y por el afecto son los móviles que te impulsan, dijo el esclavo á Lydón cuando estuvieron solos en su cuarto, pero tu acción en sí misma es mala. Quieres derramar tu sangre para alcanzar la libertad de tu padre: bueno es el deseo; pero vas á derramar la sangre ajena, y en esto cometes una gravísima culpa. No puede justificarse semejante cosa con el objeto que te propones. ¡Guárdate, guárdate, hijo mío! preferible es que yo sea esclavo toda la vida, antes que adquirir la libertad por semejantes medios.

—No prosigas, padre mío, dijo Lydón con un poco de impaciencia. Eso debes haberlo aprendido en la nueva religión á que te han adherido tus compañeros, y ruégote que no me hables de ellos ni una palabra, porque los dioses me dieron más fuerza que caletre, y nada entiendo de lo que me dices cuando me sermonéas sobre estas cosas. En esa nueva religión debes haber aprendido algo muy raro sobre lo que es malo y lo que es bueno. No te

ofendas, padre, pero échate á pensar quienes son mis adversarios. Si tú conocieses á semejante canalla, comprenderías que se purifica la tierra quitándoles de enmedio. Bestias sedientas de sangre, salvajes más bien que valerosos, fieros desapiadados y duros de corazón, no hay lazo ninguno que les una con la vida. No conocen el miedo, es cierto, pero nada saben en cambio de gratitud, de caridad ni de amor, y viven por mero egoismo prontos á despedazar sin misericordia y á morir sin espanto. Tus dioses, sean los que fueren ¿ podrán mirar con enojo que yo combata á tales hombres, teniendo un motivo tan excelente ? ¡ Oh padre mío ! cuando quiera que las potestades de lo alto fijen su vista en la tierra ¿ dónde contemplarán otra acción más sagrada y más santa que el sacrificarse un hijo agradecido en favor de su anciano padre ?

El pobre esclavo que no había concurrido á las escuelas, y que solo de poco tiempo se había convertido á la fé cristiana, no sabía de que razones valerse para contrarrestar aquellos pensamientos de su hijo, que le parecían á la vez erróneos y simpáticos. Quiso echarse en sus brazos, tembló todo su cuerpo, retorcióse las manos y prorrumpió al fin en sollozos que le quitaron el habla.

—Dices que no hay más dioses que el Dios único, prosiguió Lydón. Pues bien, padre, si el Dios único es benévolo y piadoso como tu mismo aseguras, conocerá que tu propia fé robustece mi designio aun cuando á tí te parezca reprobable.

— ¡ Cómo ! ¿ qué quieres decir ? dijo el anciano.

—Recuerdas que de niño fuí vendido como esclavo, contestó Lydón, y que fuí manumitido en Roma por un amo á quien tuve la suerte de agradar. Apresuréme entonces á volver á Pompeya, y te encontré ya viejo y un poco enfermo, sufriendo el yugo de un señor muy gordo y muy caprichoso. Tú habías adoptado la nueva fé, y eso hacia que tu servidumbre fuese doblemente pesada, porque no tenías el consuelo de habituarte á ciertas cosas que

son reprobables á los ojos de un nazareno. ¿No sentías remordimiento cuando te veías obligado á ofrecer pedazos de torta delante de los Lares guardianes del impluvio? ¿No creías que al derramar vino frente á los umbrales ó al pronunciar el nombre de una divinidad de Grecia, te condenabas quizás á penas más atroces que las de Tántalo, á tormentos más terribles que todos los que se refieren del Tártaro? Yo me admiraba de todo esto y no lo comprendia; por Hércules te aseguro que no lo comprendia; pero yo era hijo tuyo, y lo que debía hacer era sentir tu tristeza y remediarla en lo posible. ¿Podía yo escuchar tus quejas, tus angustias, tus horrores misteriosos sin emprender cosa alguna en favor tuyo? ¡No ciertamente! ¡por los dioses inmortales! Entonces me alumbró un pensamiento como si fuera una luz del Olimpo. Yo no tenía moneda, pero era joven y robusto; á tí te lo debía todo y podía venderme otra vez para asegurar tu libertad. Pregunté por la cuantía de tu rescate, y supe que á un gladiador victorioso le pagaban doble. Hiceme pues gladiador: juntéme con aquellos hombres desalmados y aprendí su arte. ¡Benditas sean sus enseñanzas si es que por ellas alcanzo á libertar á mi padre!

—¡Oh, cuanto diera porque escuchases á Olintho! dijo el anciano cada vez más convencido de la virtud de su hijo, y más seguro al mismo tiempo del desacierto de sus propósitos.

—A todo el mundo escucharé si quieres, contestó jovialmente el gladiador, pero eso será cuando no seas esclavo. Cuando te halles bajo un techo propio, entonces todo el día y toda la noche si te parece bien, podrás darle trabajo á mi cerebro que está un poco duro. ¡Si vieras la casita que tengo escogida para que habitemos en ella! Es una de las noventa tiendas que Iulia Felix mandó construir á la parte oriental de la ciudad. En los días de invierno podrás tomar el sol delante de la puerta, y yo tendré allí comercio de vino y aceite, y si Venus lo quiere, (y

aun cuando no lo quiera porque á tí no te gusta este nombre, y á mi muy poco me importa), si Venus lo quiere, digo, ó si la ocasión se ofrece, tendrás una nueva hija, y luego habrá quien chille sentándose en tus rodillas, y te llamarán el padre de Lydón. ¡Verás cuán felices vamos á ser! ¡El precio alcanza para todo! ¡Mucho ánimo, padre, mucho ánimo! Y ahora debo marcharme, porque el tiempo pasa y el lanista me aguarda. ¡Acércate, padre mío, y bendíceme!

Durante esta conversación el padre y el hijo habían salido del cuartito, y hallábanse otra vez en la escalinata de ingreso.

—¡Bendito seas! ¡Bendito seas, muchacho! dijo fervorosamente Medón. ¡La Suma Potestad que lee en todos los corazones, dígnese considerar la nobleza del tuyo y perdonarte tus errores!

Alejóse el gladiador y su padre le siguió con la vista mientras pudo, sentándose luego otra vez en los peldaños donde se quedó inmóvil como una piedra mirando nuevamente al suelo. ¡Pobre corazón del esclavo! Entre los viajeros felices y alegres que contemplan hoy la casa de Diomedes ¿quién es el que puede comprender tus emociones y tus angustias?

De su meditación le sacó una voz muy dulce y suave que decia:

—¿Se puede entrar? ¿Está en casa, Iulia?

El esclavo hizo un signo de que podía pasarse adelante, pero quien había llegado era Nydia la cieguecita, y el ademán del esclavo resultó completamente inútil.

Nydia repitió su pregunta, en tono más bajo que la vez primera, y el esclavo contestó con mal humor:

—¡Pues ya te lo he dicho! ¡Entra!

—¡Gracias! dijo la cieguecita con voz plañidera.

Hízose cargo entonces Medón de que era la florista ciega la que estaba delante de él, y simpatizando en medio de su tristeza con la desgracia de la niña, levantóse y guió

sus pasos hasta la escalera que conducía al aposento de Iulia. En el ingreso de la escalera se encontraron con una de las sirvientas, á la cual llamó Medón encargándole que acompañase á la joyencita.

CAPITULO VII.

El tocador de una bella pompeyana. — Interesante conversación de Iulia y Nydia.

IULIA la elegante estaba sentada en su cámara, y á su alrededor se hallaban las doncellas y camareras ocupadas en servirla.

Era el aposento que ocupaba Iulia de pequeñas dimensiones, casi tanto como la alcoba ó cubículo que allí junto estaba, porque es de saber que los dormitorios eran tan diminutos en Pompeya, sin exceptuar los de casas muy principales, que el que no ha llegado á verlos no

puede formar concepto de aquellos nidos de palomas donde los pompeyanos gustaban de pasar la noche. En realidad la cama no era cosa tan importante y grave para los antiguos como lo es para nosotros. Hallábanse bien avenidos con la angostura y lijereza de sus lechos, porque de este modo aun el mismo dueño de la casa podía transportarlos de una parte á otra, y era muy común cambiarlos de sitio según las estaciones. Por otra parte los italianos de aquel tiempo no querían luz en las habitaciones cerradas; disfrutaban del sol expléndidamente en los jardines y en los pórticos pero sus cuartos eran bastante oscuros, y eso no por negligencia del arquitecto, sino por cuidadoso estudio de las condiciones del clima.

La estancia que ocupaba Iulia en la época del año á que nos referimos estaba al nivel del jardín en la parte posterior de la casa y debajo de las habitaciones principales del piso superior. Penetraba escasa luz por la ancha puerta vidriera, mas el ojo una vez acostumbrado, distinguía allí perfectamente los colores, y no dejaba Iulia de encontrar exactamente los delicados matices del carmín que mejor ponían de relieve el centelleo de sus negras pupilas á la par que daban frescura y aspecto rejuvenecido á su cutis.

En la mesa frente á la cual se hallaba sentada, veíase un espejo circular de pulidísimo acero, y en derredor del espejo, puestos en órden, estaban los cosméticos y las pomadas, los perfumes y el colorete junto con las joyas, peinetas, lazos y alfileres de oro; destinado todo á realzar las bellezas naturales por medio del artificio y de los caprichos de la moda. La media luz difundida en el aposento no impedía que resaltasen los vivos y variados colores de las paredes, pintadas al fresco á estilo pompeyano. Delante del tocador extendíase á los piés de Iulia una rica alfombra oriental, y al alcance de su mano había otra mesita con jarro y palangana de plata. En esta segunda mesita encontrábase igualmente una lámpara, no

encendida en aquellos momentos, en la cual se había esmerado el artista representando un Cupidillo dormido bajo un arrayan, y además de la lámpara había allí un rollo de papiro de pequeñas dimensiones en el que estaban escritas las más tiernas elegías de Tibulo. La entrada del cubículo estaba protegida por una cortina recamada con flores de oro.

Tal era el cuarto y el tocador de una mujer joven y hermosa diez y ocho siglos antes de nuestra época.

Descansaba indolentemente la venustísima Iulia en tanto que la peinadora iba amontonando en su cabeza bucles sobre bucles, mezclando los postizos con los verdaderos, y levantando por tal manera el edificio del peinado que la cabeza llevaba camino de quedarse al parecer en la mitad del cuerpo. Vestía una túnica de color de ámbar oscuro, bien escogida para que armonizase con sus cabellos negros y con su tez morena. Los pliegues holgadísimos de la túnica le caían hasta los piés que llevaba calzados con chinelitas sujetas al contorneado tobillo por medio de corregüelas blancas. Eran las chinelitas de color de púrpura y parecidas á las modernas babuchas de los turcos, y en ellas se ostentaba un primoroso bordado de perlas. Detrás de la peinadora estaba una criada ya entrada en años y perita en todos los secretos del tocador, la cual tenía en el brazo el ancho y rico cinturón de su ama y se entretenía en dar consejos para la construcción del grandioso edificio de los cabellos, entremezclando sus observaciones con oportunas lisonjas á Iulia.

— ¡Este alfiler más á la derecha! decía dirigiéndose á la peinadora. ¡Más abajo, necia! ¿No ves la perfectísima igualdad de las cejas? No parece sino que estás peinando á Corinna que tiene torcido el rostro. Pon ahora las flores. ¡No ese clavel desmayado, boba! ¿Te parece que estás disponiendo los matices para las pálidas mejillas de Cloris? Flores brillantes es lo que hay que buscar para el cutis fresquísimo de mi ama.

—¡Que me tiras de los cabellos! exclamó Iulia golpeando el suelo con el pié. ¿Estamos en un campo arrancando malas yerbas?

—¡Torpe! dijo la directora del ceremonial, ¿no sabes que la señora es delicada? Ya se vé: ¡estarás acostumbrada á las crines de la viuda Fulvia! Pon ahora la cinta. Esto es. Mírate en el espejo, preciosa Iulia. ¿Viste en parte alguna hermosura más perfecta que la tuya?

Cuando en pos de muchos comentarios, dificultades y dilaciones se dió por terminada de un modo definitivo la torre de los cabellos, la faena subsiguiente consistió en dar á los ojos expresión de languidez por medio de un polvillo oscuro aplicado á los párpados y á las cejas, después de lo cual se puso un lunarcito en forma de cuarto creciente junto á los rosados labios para que llamase la atención hacia los hoyuelos y hacia los dientes cuya blancura se habia extremado con todos los recursos del arte.

La esclava guardajoyas, que hasta entonces habia estado ociosa, llegóse al tocador y empezó á disponer los aderezos, los pendientes de perlas (dos para cada oreja), los macizos brazaletes de oro, la cadenita formada por anillos del mismo metal de la cual pendía un talismán entallado en cristales, la graciosa hebilla que prendía el traje en el hombro izquierdo y en la cual estaba colocado un camafeo que representaba á Psyche, el cinturón de púrpura bordado con hilo de oro y sujeto por serpientes entrelazadas, y por último las varias sortijas destinadas á embellecer los blancos y adelgazados dedos. Completóse con esto el tocado según la última moda de Roma, y dando al espejo una última ojeada complaciente y vanidosa, reclinóse Iulia en el asiento y ordenó á una criada jovencita que leyese los enamorados versos de Tíbulo. Habia ya comenzado la lectura poética cuando otra esclava introdujo á Nydia en el aposento de la señora de la casa.

—Salud, Iulia, dijo la ramilletera. He venido para cumplir con tus mandatos.

Esto diciendo se había quedado Nydia á pocos pasos de Iulia y había cruzado los brazos sobre el pecho.

—Bien has hecho en venir, contestó Iulia. Puedes acercarte. Siéntate.

Nydia tomó asiento en un escabel que había acercado una esclava, y Iulia, después de contemplar por algunos momentos á la cieguecita como si no encontrára medio para romper el silencio, despidió por último á sus camareras y dióles orden de que cerrasen la puerta.

Sola ya con Nydia, y componiendo el rostro para que apareciese tranquilo como si la niña pudiera observarle, le dijo:

—¿Te hallas, pues, al servicio de la neapolitana Dione?

—En efecto, me hallo en su casa, contestó Nydia.

—¿Y es hermosa como dicen?

—Eso no puedo saberlo, dijo Nydia. ¿Cómo quieres que lo juzgue?

—Ciertamente, me había distraído, repuso Iulia. Pero tú tienes oído ya que no tienes vista. Bien puedes decirme lo que se habla entre la servidumbre. ¿Qué dicen sus camareras? Las criadas hablando unas con otras no es facil que adulen á la señora. ¿Dicen que es hermosa?

—Eso dicen, contestó Nydia.

—¿Y es alta?

—Bastante alta, según afirman.

—También yo lo soy, dijo Iulia. ¿Tiene el cabello negro?

—Dicen que es muy negro, contestó la ciega.

—También es negro el mío, replicó Iulia. ¿Y Glauco la visita mucho?

—Todos los días, dijo Nydia procurando contener un suspiro.

—¿De veras? exclamó Iulia. ¿Con que la visita todos los días? ¡Debe parecerle muy hermosa!

—Yo lo creo, como que van á contraer nupcias, contestó Nydia.

— ¡Que van á contraer nupcias! dijo Iulia.

Y al soltar esta exclamación incorporóse bruscamente en su reclinatorio y púsose pálida á despecho y pesar del colorete.

Hubo entonces un rato de silencio.

Nydia no podía observar el efecto producido por sus palabras, mas otra persona dotada de la vista hubiera leído fácilmente en la respiración agitada de Iulia y en el relampagueo de sus ojos, cuán mortificada quedaba en su vanidad y cuán herida en su amor propio.

— Según se dice eres de Tesalia, dijo á los pocos momentos.

— Así es en efecto, respondió Nydia.

— Pues la Tesalia es la comarca de los hechizos y de las brujas, de los talismanes y de los filtros amorosos.

— Siempre ha sido célebre la Tesalia por sus hechiceras, dijo Nydia con timidez.

— ¿Sabes tú algún bebedizo para enamorar á los hombres, cieguecita tesaliana? preguntó Iulia.

— ¿Yo? contestó Nydia ruborizándose. ¿Cómo puedo saber eso? ¡Te aseguro que no conozco semejante cosa!

— Lo siento por tí, dijo Iulia con desembarazo. Si me hubieses dicho que lo sabías te hubiera dado bastante oro para comprar tu libertad.

— Pero la rica y hermosa Iulia, ¿porqué razón pregunta esto á su servidora? repuso Nydia: ¿No tiene Iulia moneda, juventud y atractivos personales? ¿No son estas prendas un filtro amoroso muchísimo mejor que todos los recursos de la magia?

— Para todos los son menos para uno, respondió Iulia con altivez. No se diría sino que se ha contagiado con tu ceguera.

— ¿Se puede saber de quien hablas? dijo ansiosamente Nydia.

— No creas que hablo de Glauco, díjole Iulia empleando la mentirilla como es uso y costumbre de su sexo. De Glauco, nó.

Nydia respiró entonces con más libertad, y Iulia prosiguió diciendo.

— Pero es el caso que hablándome de Glauco y de sus amores con la neapolitana, me has traído á la memoria eso de los filtros amorosos y estaba pensando si habrá usado ella de semejante medio para hacerse querer de Glauco. Ni lo sé ni me importa, pero yo también estoy enamorada, niña mía, y aunque parezca mentira que yo viva y haya de confesarlo, lo cierto es que no encuentro correspondencia. Esto me irrita y me da frenesí y me pone ansiosa por ver al ingrato á mis piés, no para levantarle, sino para hacerle sentir mi desprecio. Cuando me decían que eres tesaliana figurábame que á pesar de tu juventud debías conocer los secretos de la hechicería.

— ¡Pues no los conozco! ¡Pluguiera á los dioses el revelármelos! dijo Nydia.

— Gracias te doy por este deseo, díjole Iulia que andaba muy lejos de sospechar lo que pasaba en el corazón de la florista. Pero dime, continuó: tú debes oir las picoterías de las esclavas que todas, cual más cual menos, tienen confianza en esas cosas oscuras. Todas ellas acuden seguramente á la brujería en beneficio de sus trapicheos. ¿Has oido que hablasen de algún mágico oriental que se haya establecido en Pompeya? No quiero decir de un quiromántico vulgar ni de un charlatán de los mercados públicos, sino de algún poderoso y sapientísimo mago de la India ó del Egipto.

— ¿Del Egipto, dices? interrumpió Nydia. ¿Pues hay nadie en Pompeya que no conozca, por lo menos de oídas, al egipcio Arbaces?

— ¡Arbaces! ¡Ya me acuerdo! contestó Iulia. Dicen que no es un charlatán como tantos otros. Dicen que sabe leer en las estrellas y que posee los secretos de la antiquísima Noche. Posible es que conozca del mismo modo los misterios del amor.

— Si hay algún mágico cuyas artes sean más poderosas

que las de otro alguno, de seguro es Arbaces, dijo Nydia poniendo mano á su talismán.

—¿Será demasiado rico para ofrecerle dinero? dijo Iulia en tono de zunga. ¿Podré yo visitar á ese adivino?

—Su casa es muy mala para una mujer linda y joven, contestó Nydia. Además de que ahora dicen que está enfermo.

—¿Su casa es mala? preguntó Iulia deteniéndose en el primer concepto. ¿Y por qué ha de ser mala su casa? ¿Qué sucede en ella?

—Sucede que sus orgías nocturnas son muy poco decentes ó á lo menos así lo dicen las malas lenguas.

—¡Por Ceres, por Pan y por Cibeles que estás excitando mi curiosidad! dijo la indiscreta y atrevida pompeyana. No creas que me asusta. Quiero verle y sacar el jugo á su ciencia. Si en esas orgías de que hablas tiene cabida el amor, bien conocerá los secretos que estoy buscando.

Nydia no respondió palabra alguna y Iulia prosiguió diciendo:

—Hoy mismo he de visitarle. ¿Qué digo hoy mismo? Ahora, en este instante voy á su casa.

—De día, replicó Nydia, y enfermo como está, no creo que haya peligro alguno.

Lo cierto es que Nydia con estas palabras se proponía cooperar al proyecto de Iulia porque tenía grandes deseos de conocer, por medio del egipcio, aquellos filtros amorosos de que había oído hablar muchísimas veces.

—¿Quién se atrevería á faltar al respeto á la hija de Diomedes? dijo Iulia con altanería. Voy al momento.

—¿Podré venir á que me digas lo que ha pasado en la entrevista? preguntó ansiosamente Nydia.

—Dáme un beso por lo que te interesas en mi decoro, contestó Iulia. Vuelve cuando quieras. Esta tarde no cenamos en casa, pero ven mañana por la mañana y te lo contaré todo. Aguarda un poquito. Toma este brazalete

en recompensa de la buena idea que me has sugerido. No te olvides cuando sirvas á Iulia de que es reconocida y generosa.

—El brazalete no puedo aceptarlo, contestó Nydia, pero, niña como soy, puedo simpatizar con los que aman, y aman en vano.

—¿De veras? dijo Iulia. ¡Estás hablando como una mujer libre, y es preciso que lo seas! ¡Vete con salud y hasta mañana!

CAPITULO VIII.

Arbaces visitado por Iulia. — Resultado de la conferencia.

Hallábase Arbaces en una estancia que salía á una especie de balcón ó azotea delante del jardín. Estaba sentado y la extrema palidez de sus mejillas atestiguaba los sufrimientos de que era víctima; pero los terribles efectos del incidente que en el momento de la victoria vino á destruir sus esperanzas no habían quebrantado su naturaleza férrea. El aire oloroso rozaba su frente reavivando en él la fuerza de los sentidos, y en sus venas irritadas circulaba la sangre con más libertad que los días anteriores.

—Estalló por fin la tempestad de los hados, decía para consigo mismo, pero ya está disuelta. La desgracia que había previsto mi saber y que amenazaba mi existencia, pertenece á lo pasado ¡mas á pesar de la catástrofe vivo todavía! Todo ha sucedido como vaticinaron las estrellas, y ahora me aguarda la existencia próspera que me habían predicho para el caso de que no sucumbiese en el peligro.

Ya está subyugado, pues, el último riesgo de mi destino. Sólo me queda que recorrer tranquilamente los bellos jardines de lo futuro. El primero de mis goces no será el amor sino la venganza. Este muchacho griego que se ha interpuesto en el logro de mis deseos, que ha desbaratado mis designios, que ha podido burlarse de mi poderío en el momento en que la punta del hierro iba á chupar su maldita sangre, no ha de escaparme segunda vez. Pero ¿cuál ha de ser la forma de mi venganza? ¡Oh Até! si realmente eres tú una diosa, no dejes de inspirarme sobre este punto.

Dicho esto, cayó el egipcio en profunda meditación, pero no se le presentaban, al parecer, proyectos claros y satisfactorios. Cambiaba de postura con desasosiego, revolvía designio sobre designio, y desechaba de pronto lo que poco antes había tenido por excelente. Golpeábase el pecho con rabia, y rugía de despecho sintiendo á la vez el ardor de la venganza y las dificultades para llevarla á cabo.

Mientras estaba de este modo absorto en sus pensamientos, entró tímidamente en la estancia un muchacho, esclavo suyo, el cual le dijo:

—Ha llegado una mujer que es de elevada alcúrnia según puede verse en su traje y en el de su doncella. Está esperando abajo y pregunta por Arbaces.

—¿Es joven la mujer esa? preguntó el egipcio relamiéndose algún tanto.

—Lleva el velo en la cara, contestó el esclavo, pero es esbelta y contorneada como una jovencita.

—Pues díle que entre, repuso el egipcio.

Lleno de vanidad, figuróse por un momento que era la mismísima Dione la que venía á visitarle, pero desengañóle muy pronto el aspecto de la dama recien llegada. Podía competir ésta con la hija de Neápolis en lo alta y en la edad juvenil, que una con otra no se llevaban ventaja en estos puntos, mas ¿dónde se encontraba la elegan-

Iulia visita á Arbaces.

cia incomparable, la gracia embelesadora, la corrección de pliegues en el traje, la dignidad y reserva en los ademanes, la maravillosa reunión de la modestia de niña con la majestad de matrona?

—Perdóneme la que á mí se llega, díjole Arbaces, puesto que me levanto con mucha dificultad. He tenido hace poco una desgracia y sufro todavía bastante.

—No te esfuerces, oh poderoso egipcio, en levantarte, contestó Iulia, ni extrañes que una mujer angustiada venga á pedir un consuelo á tu sabiduría.

A la verdad, con estas palabras corteses trataba Iulia de disimular el miedo que había sentido en los primeros instantes, pero el egipcio acabó de tranquilizarla indicándole que se sentase y que expusiese sus cuitas sin temor ni reserva.

Sentóse Iulia cerca de Arbaces y miró en derredor sorprendiéndose del lujo que se desplegaba ante sus ojos y que aventajaba por lo delicado y costoso á los adornos de la casa de su padre. Con extrañeza contempló las inscripciones geroglíficas de las paredes, los rostros singulares de las estátuas que se hallaban á los lados del aposento, el trípode que realzaba la gravedad del conjunto, y por encima de todo ello fijó su atención el majestuoso continente de Arbaces. Llevaba éste un manto blanco en la cabeza que protegía sus negros rizos y descendía hasta los piés envolviendo el cuerpo. Con estar pálida su fisonomía era más expresiva que de costumbre, y su negra y penetrante mirada parecía explorar, al través del velo de Iulia, los secretos de su alma vanidosa y poco femenil.

—¿Qué motivos te han impulsado, hermosa joven, á visitar á un hijo del Oriente? preguntó Arbaces.

—Su fama, contestó Iulia.

—¿Qué clase de fama? dijo Arbaces mostrando una sonrisita burlona.

—¿Puedes preguntarlo, sapientísimo Arbaces? respondió Iulia. ¿No es acaso tu ciencia el tema de todas las conversaciones en Pompeya?

— Algo he podido inquirir en punto á ciencias, dijo Arbaces, pero ¿de qué manera tales secretos áridos y graves, pueden ser interesantes al oído de la hermosura?

— ¡Ay de mí! respondió Iulia que iba cobrando valor á medida que Arbaces se mostraba galante; el que sufre pesares ¿no ha menester la sabiduría para que venga á calmarlos? y el que ama sin esperanza, ¿no sufre el pesar más grande que pueda imaginarse?

— ¡Oh! exclamó Arbaces, un amor sin esperanza no puede haber tocado en suerte á una persona cuyas perfecciones se manifiestan á pesar del velo. Dígnate levantarlo, oh joven, para que vea toda la hermosura de tu rostro y pueda asegurar que corresponde á la elegancia de tu cuerpo.

Iulia, que no deseaba otra cosa, levantó su velo, pensando excitar de esta manera el interés de Arbaces. Éste quedó muy agradado del semblante de Iulia si bien no le pasó por alto la compostura y el artificio.

— Vienes para consultarme sobre un amor sin esperanza, le dijo; pues oye: busca al esquivo ingrato y déjale que vea tu cara. No hay en toda la hechicería recurso mejor ni más socorrido que éste.

— ¡Oh! ¡déjate de galanterías! contestó Iulia. Un hechizo, un verdadero hechizo es lo que yo imploro de tu ciencia.

— Para esos hechizos, linda joven, no he consumido yo el aceite de mi lámpara, repuso Arbaces desdeñosamente.

— Si es así, perdóname poderoso Arbaces y quédate con salud, dijo Iulia.

— ¡Oh! ¡no te vayas! apresuróse á decir el egipcio que aun estando enfermo y enamorado de Dione sentía deseos de consolar á la que se había entrado por sus puertas. No te vayas y escucha lo que voy á decirte. Cierto es que estas brujerías de los filtros y de las pócimas las he abandonado á los que hacen tráfico con ello, pero no soy tan

adusto que no haya empleado en mi juventud semejantes remedios por mi propia cuenta. Podré indicarte quizás alguna cosa útil si me hablas con franqueza. Tú no eres matrona según manifiesta el traje.

—No lo soy en efecto, respondio Iulia.

—¿Te ha favorecido escasamente la fortuna y deseas un amante rico?

—Tengo más riqueza que el que me desdeña.

—¡Extraño es eso! ¡muy extraño! dijo Arbaces. ¿Con que tú le amas y él no te corresponde?

—Yo no sé si le amo, respondió Iulia con orgullo, pero sé perfectamente que deseo triunfar de una rival. Quiero ver á mis piés al que me deniega su homenaje. Quiero que la preferida de hoy se vea despreciada mañana.

—¡Ambición natural y digna de una mujer! exclamó el egipcio en tono grave y sin rastro de ironía. ¿Puedes decirme el nombre del deseado amante? De seguro no es hijo de Pompeya, porque si lo fuera y no advirtiese tu hermosura, no dejaría de fijarse en tus riquezas.

—Es ateniense, dijo Iulia bajando los párpados.

Encendióse vivamente el rostro de Arbaces y exclamó con mucho calor.

—Ateniense, joven y noble, no hay aquí más que uno. ¿Estás hablando de Glauco?

—Así le llaman, contestó Iulia. No reveles mi secreto.

El egipcio se recostó en el asiento que ocupaba, fijando la vista sin decir palabra alguna en la hija del comerciante la cual apenas se atrevia á mirarle. Empezaba á comprender Arbaces que aquella visita, sin importancia alguna en sus principios, y que únicamente le inducía á divertirse con la credulidad de una joven, podía tener consecuencias favorables á su venganza.

Sentiase Iulia mortificada por el silencio de su interlocutor, y lo rompió por su parte en estos términos:

—Veo que resueltamente no puedes venir en mi ayuda.

Guárdame el secreto á lo menos, y vuelvo á decírtelo: quédate con salud.

— Joven, dijo el egipcio tomando un tono más agasajador y serio, tu demanda me ha conmovido y quiero proveer á tus deseos. Oye lo que voy á manifestarte: de estos hechizos de poca monta no me ocupo, como antes te dije, pero conozco persona que no se ocupa de otra cosa. Junto al Vesuvio, á menos de una legua de la ciudad, tiene su habitación una bruja muy poderosa la cual recoje ciertas yerbas cuando las humedece el fértil rocío del plenilunio y tienen la virtud de ligar el afecto con lazos indestructibles. Por su arte puedes lograr que se rinda á tus piés el ingrato de quien deseas tomar venganza. Vé al encuentro de la bruja y usa el nombre de Arbaces. Es nombre temido para ella, y al oírlo te dará sin duda alguna el más seguro de sus filtros.

— Lo malo es que no sé el camino, respondió Iulia, y aunque sea corto siempre será una travesía demasiado larga para la joven que á escondidas deja la casa de su padre. La campiña está llena de labruscas, y es peligrosa por las cavernas y los derrumbaderos. No me atrevo con extraños guías, y la reputación de las mujeres de mi clase está contínuamente expuesta. Por otra parte, aunque nada me importaría en último resultado el decir en alta voz que amo á Glauco, no quisiera se averiguase que obtengo su correspondencia por medio de un filtro.

— Déjame tres días para recobrar mis fuerzas y te acompaño, dijo Arbaces.

Y en esto se levantó y ensayó su paso vacilante marchando de un lado á otro de la estancia.

— Lo dicho, repitió, aguárdame tres días.

— Pero el caso es que Glauco contrae nupcias con la neapolitana, observó Iulia.

— ¿Eso hay? preguntó Arbaces.

— Ciertamente, dijo Iulia, van á contraer nupcias en los primeros días del mes próximo.

—¡Tan pronto! ¿estás segura? dijo Arbaces.

—Por su esclava lo he sabido, contestó Iulia.

—¡Pues esto no ha de ser! exclamó el egipcio con energía. Nada temas. Glauco será tuyo. Mas dime ahora: en cuanto hayas obtenido el filtro ¿cómo piensas arreglarte para que lo tome?

—Mi padre le ha invitado para un banquete pasado mañana, y creo que también ella es de la partida, dijo Iulia. La ocasión viene de molde para echar el filtro en su copa.

—Sea como lo dices, dijo el egipcio cuyos ojos se encandilaron de tal modo pensando en la venganza, que Iulia llegó nuevamente á tener miedo. Haz que dispongan tu litera para mañana por la tarde. ¿Tendrás criados á tus órdenes?

—Mucho que los tengo, respondió Iulia siempre vanidosa por sus riquezas.

—Pues que dispongan la litera, continuó Arbaces. Hay á dos millas de la ciudad una casa de recreo frecuentada por los opulentos de Pompeya y célebre por sus baños y jardines. Puedes decir que vas allí de paseo, y enfermo ó moribundo, me encontrarás en el bosquecillo junto á la estátua de Sileno. Yo mismo te acompañaré á donde está la bruja. Aguardaremos á que salga la estrella vespertina y á que los pastores recojan el hato. Protegidos por la oscuridad no habrá nadie que detenga nuestros pasos. Vete á tu casa y nada temas. Por el Hades te lo juro. Arbaces, el hechicero egipcio, te da su palabra de que Dione no será nunca la mujer de Glauco.

—¿Y que Glauco será mío? dijo Iulia completando la frase.

—Como lo dices, respondió el egipcio.

Iulia en esto, azorada por el compromiso que acababa de contraer, pero soliviantada al mismo tiempo por los celos y por el odio á su rival, resolvióse á llevarlo todo á cabo punto por punto como queda dicho.

Cuando Arbaces se quedó solo, desahogó en exclamaciones su contento.

—Brillantes estrellas que jamás mentís, decía, bien principiais el cumplimiento de las promesas que me hicísteis. ¡Buen éxito en mis amores, victoria sobre mis enemigos por toda la vida! ¡En el momento preciso en que mi espíritu no acertaba á combinar la venganza, me habeis enviado esa linda tontuela para darme apoyo! Cierto, dijo después de un rato de meditación, por mi mano no habría yo propinado la venenosa pócima que es el filtro que le corresponde. Su muerte hubiera dejado rastro junto á mis umbrales. Pero la bruja es un medio excelente para mis designios.

Llamó entonces á uno de sus criados y le ordenó que siguiese los pasos de Iulia y que averiguase su nombre y su estado. Después de esto salió al terradito y vió que el firmamento estaba sereno y claro; pero avezado como estaba á leer los signos atmosféricos no dejó de observar un grupo de nubecillas en el lejano horizonte removidas ya por el viento y que anunciaban tempestad.

—Hé aquí el emblema de mi venganza, dijo fijando su vista hacia aquel lado. El cielo está despejadísimo, pero la nube se acerca.

CAPÍTULO IX.

La tempestad en los climas meridionales. — La cueva de la bruja.

Era la hora en que los fuegos del mediodía dejaban de abrasar á la tierra, cuando Glauco y Dione salieron en carruaje á respirar el aire fresco y agradable.

Usábanse en aquella época en la sociedad romana diferentes clases de coches de recreo. El más usado por los ciudadanos ricos cuando salían solos, era la *biga* ó coche-

cito de dos caballos tal como lo tenía Glauco, y como lo dejamos descrito al principio de nuestro relato. El que servía de ordinario para las matronas era el que llevaba el nombre de *carpento* el cual comunmente no tenía más que dos ruedas. Servíanse también los antiguos de literas llevadas por los criados, mucho más cómodas que las sillas de mano, puesto que podían acostarse en ellas y no sufrían tanto de esta manera con los vaivenes de alto abajo. La *sella* ó verdadera silla de mano, no les era tampoco desconocida. Para viaje ó para excursiones campestres tenían otra clase de vehículo á que daban el nombre de *carruca*, y era capaz para tres ó cuatro personas, hallándose provisto de un gran toldo que podía levantarse ó bajarse según la ocasión lo requería. En una *carruca* ó como si dijéramos *carroza*, habían emprendido su excursión los dos amantes acompañados únicamente por una sierva de Dione, llevando por objeto el visitar unas ruinas que se encontraban á diez millas de la ciudad, y tenían para ellos mucho interés, puesto que eran los vestigios de un templo griego.

Condújoles fácilmente el camino á través de viñedos y de olivares, hasta que acercándose á las alturas del Vesuvio hízose más penoso á cada revuelta. Las mulas andaban ya con mucha fatiga y paso á paso. Los recodos del bosque les iban descubriendo sucesivamente aquellas negras y pavorosas cavernas abiertas en la abrasada roca, de las cuales nos da noticia Estrabón, y que hoy han desaparecido de la superficie por causa del tiempo y de las erupciones volcánicas. Iba á ponerse el sol: proyectábanse en la montaña negras y desmesuradas sombras, y oíase de cuando en cuando la rústica churumbela del pastor por entre las hayas y las encinas silvestres. Ramoneando entre los riscos, asomaba la elegante cabritilla de sedoso pelo, que por su cuerno ensortijado y por el brillo de sus negros ojos trae á la memoria bajo los cielos de Ausonia las églogas Maronianas; y el racimo, enrojecido por las ar-

dientes sonrisas del verano, centelleaba bajo los arqueados parrales que entrelazaban un árbol con otro. En el sereno firmamento flotaban ligeras nubes atravesando con tanta pausa el espacio que parecían inmóviles. A la derecha del sendero dominaba la vista el mar sin oleaje, animado únicamente por la presencia de unos pocos barquichuelos, y embellecido por los innumerables y delicadísimos cambiantes de color que producen en aquellas aguas deliciosas los reflejos del sol poniente.

—¡Qué feliz concepto, exclamó Glauco á media voz, qué feliz concepto ha sido el designar á la tierra con el epíteto de Nuestra Madre! ¡Cuán santa y equitativa es la ternura con que reparte los beneficios entre sus hijos! Estériles son esas quebradas á las que la Naturaleza no ha concedido la hermosura, y sin embargo halla trazas en medio de tanta aridez para mostrarse sonriente. Dígalo sino el madroño que alterna con las cepas sobre la desolada pendiente de este volcán antiguo. ¿Quién nos dice á la hora en que atravesamos este paisaje agreste, que no veamos aparecer entre el verde follaje la picaresca fisonomía de un fauno, ó que no topemos con alguna fugitiva ninfa del Monte cuyas huellas vayan á perderse en el intrincado laberinto de las cañadas?... ¡Aunque á decir verdad, continuó Glauco, yo creo que no aparecen las ninfas desde que tú naciste, hermosísima Dione!

Eso tiene el lenguaje de los amantes, quienes exagerando hasta lo sumo la expresión del sentimiento se figuran decir las cosas más llanas y naturales. ¡Extraña y pródiga exuberancia que se anonada en definitiva por su propio exceso!

Llegaron á las ruinas, y las examinaron con el cariño que suele concederse á los venerandos y caseros vestigios de la época de los abuelos. Allí permanecieron hasta que apareció el Héspero entre las sonrosadas nubes del cielo, y al tomar nuevamente el camino para regresar quedaron por mucho rato más callados y pensativos que antes,

porque en medio de las sombras crepusculares y á la luz de las estrellas, el amor del uno y del otro les oprimía el corazón con mayor fuerza.

Esta fué la ocasión en que la tormenta predicha por el egipcio empezó á formarse poco á poco sobre el lugar donde se hallaban. Advirtióles en primer término un trueno lejano y sordo, y conocieron por su rumor que estaba próxima la lucha de los elementos. Poco rato había transcurrido, cuando ya fulguraba la tempestad por entre la cerrazón de las apiñadas nubes. Mucho se parece á un prodigio la celeridad con que se manifiestan las tempestades en los climas del mediodía, y no es maravilla ciertamente que las antiquísimas creencias mezcladas de superstición, viesen en todo ello la acción inmediata del Poder divino. Cayeron algunas gruesas gotas de lluvia: removiéronse pesadamente las ramas que se extendían sobre el camino: rápido y deslumbrador serpenteó un rayo ante los ojos de los viajeros, y en densa oscuridad quedó envuelto muy luego todo el espacio.

—Buen carrucario, date prisa, exclamó Glauco. El agua se nos echa encima por momentos.

Arreó el esclavo las mulas, y estas emprendieron á correr por el desigual y pedregoso sendero. Las nubes en esto se condensaban más y más, acercábase el fragoroso rumor del trueno y empezó á llover á mares.

—¿Tienes miedo? dijo Glauco á Dione aprovechando esta ocasión para acercarse á ella.

—No lo tengo estando contigo, contestó Dione suavemente.

Más he aquí que en esto el carruaje, mal construído y frágil como muchas cosas bonitas de aquel tiempo, vino á encallar en una rodada, sobre la cual se había caído y atravesado un árbol, y aunque el conductor quiso aguijar las mulas jurando y echando imprecaciones de lo lindo, lo que logró fué que la rueda se desprendiese, con lo cual tuvo lugar un verdadero vuelco.

Salió Glauco con presteza del vehículo, y acudió al socorro de Dione que afortunadamente no se había hecho ningún daño. Consiguieron á duras penas levantar de nuevo la carruca, pero se convencieron muy luego de que no había de servirles ni siquiera de abrigo, puesto que se habían roto los lazos que sujetaban el toldo, y llovía dentro del carruaje como á la parte de afuera.

¿Qué partido podía tomarse hallándose á distancia de la ciudad y sin casa ni refugio en las cercanías?

El esclavo dijo que á cosa de una milla se encontraba un herrero, el cual podría recomponer la rueda.

—Mas ¡por Diu Piter! añadió, en tanto que voy y traigo el herrero, ese chaparrón que cae ha de mojar completamente á la señora.

—Vé por el herrero, dijo Glauco. Veremos de guarecernos como se pueda.

Entre los árboles que sombreaban el camino, había uno más copudo que los demás, y á su amparo llevó Glauco á Dione cuidando al mismo tiempo de cobijarla con el manto, sin que lograse preservarla por completo, pues tal era la fuerza con que caía la lluvia, que no eran bastantes contra ella tan pequeños reparos. Sostenía Glauco á su amada y en voz baja procuraba infundirle valor, cuando repentinamente cayó un rayo á pocos pasos y hendió en dos el tronco de un árbol. Esto les dió á conocer que no era muy seguro el asilo á que se habían amparado, y Glauco miró en derredor ansiosamente buscando algún lugar menos peligroso.

—Estamos á mitad de la altura del Vesuvio, dijo. Bien debe haber por ahí cerca alguna caverna, ó siquiera un hueco abandonado por las ninfas entre los viñedos para proteger al caminante.

Diciendo estas palabras alejóse un poco de los árboles, y escudriñando las laderas de la montaña, divisó á no mucha distancia una luz trémula y rojiza.

—Ahí debe estar la choza de algún viñador ó guarda

de ganado, dijo al ver la luz. Eso lleva camino de indicarnos un albergue. Quédate en este sitio Dione, en tanto que averiguo lo que es ello; aunque mejor será que no te deje sola mientras dure el peligro.

—Voy contigo de buena gana, respondió Dione. Prefiero estar al raso, antes que al pérfido abrigo de estas ramas.

Guiando y sosteniendo á Dione del mejor modo posible, adelantóse Glauco en dirección al sitio donde se veía la luz inmóvil y rojiza, y junto con ellos iba la sierva de Dione temblando de miedo. En algunos momentos los pámpanos de la viña silvestre, ocultaban la luz que les guiaba, y en tanto la lluvia caía con mayor fuerza que antes, y los relámpagos se sucedian unos á otros presentándose en formas raras y pavorosas. Las labruscas dificultaban el paso, y la luz acabó por ocultarse completamente á su vista, pero habían tomado un sendero abierto y dejábanse conducir por él si bien con mucha fatiga, sirviéndoles para orientarse el fulgor de los rayos. De repente cesó la lluvia y se encontraron con un terreno resbaladizo y de mucha pendiente, formado por escorias de consumida lava, más temible y más espantoso que nunca cuando lo alumbraba el fuego del cielo que era tan intenso en algunas ocasiones que permitía divisar los confines de la bahía, desde el altivo y arrogante promontorio Miseno hasta las elevadas colinas de la hermosísima Sorrento.

Dudosos y perplejos habían detenido sus pasos los dos amantes, cuando en uno de los intervalos de oscuridad descubrieron nuevamente cerca de ellos aunque á mayor altura, la misteriosa luz que andaban buscando. Por el resplandor de un nuevo relámpago que alumbró la tierra y el cielo, pudieron convencerse de que no había por allí cerca ninguna casa, pero donde se había percibido la luz figuróseles divisar una forma humana junto á una especie de cabaña. Subieron por aquel lado y llegaron realmente á una covacha formada por enormes pedruscos; mas no

bien se fijaron en su interior, cuando retrocedieron instintivamente como poseídos de un terror supersticioso.

Veíase allí dentro un fuego encendido, sobre el cual pendía un caldero: en la cima de un alto y delgado sustentáculo de hierro, estaba una lámpara y de la pared colgaban muchas yerbas y ramajes formando hileras, pareciendo que se habían puesto adrede paraque se secasen. Junto al hogar estaba un zorro que al ver á los forasteros les miró con ojos encendidos erizando el pelo y dejando oír un ahullido discordante. En el centro de la caverna se levantaba una estátua de la tierra con tres cabezas de extraño y fantástico aspecto, como que eran los cráneos de un perro, de un caballo y de un jabalí. Frente á esta pavorosa imagen de la popular Hécate, levantábase un trípode de poca altura.

Todo esto daba calofríos al que se encontraba con ello de una manera inesperada, pero más que todo helaba la sangre en las venas el aspecto de la inquilina de aquel sitio. Era una mujer anciana la que estaba sentada junto al hogar, cuyas llamas alumbraban los rasgos de su fisonomía; y no era fea y repulsiva como suelen serlo las viejas en Italia, (pues no hay quizás otra comarca en el mundo donde al retirarse la hermosura deje rostros más antipáticos), mas tenía las apariencias y la mirada de un cadáver, y aunque conservaba vestigios de sus facciones correctas, aguileñas y pronunciadas, por sus labios cárdenos y reentrantes, por su tez lívida y por sus canas de color mate, se hubiera dicho que salía de la tumba. Fascinaba todavía en algún modo con sus ojos, pero era el brillo de sus pupilas empañado y frío.

— ¡Es una muerta! exclamó Glauco.

— ¡Se mueve! dijo Dione apoyándose con terror en el pecho del ateniense. Debe ser una sombra del otro mundo, una larva.

— ¡Oh! ¡es la bruja del Vesuvio! ¡Huyamos, huyamos de este sitio! dijo la sierva de Dione.

—¿Quién sois y á qué venís? dijo la bruja con voz hueca y temerosa como de un espectro.

Poco faltó para que Dione huyese al momento sin cuidarse de los rigores de la tempestad, cuando resonó en sus oídos aquel acento lúgubre que parecía provenir de algún espíritu alojado en los bordes de la Estigia, pero Glauco, si bien no las tenía todas consigo, quiso que su compañera entrase con él en la caverna.

—Hemos salido á paseo desde la ciudad, dijo Glauco. Nos ha sorprendido la lluvia. Hemos visto esa luz y venimos á pediros hospedaje y abrigo.

El zorro, en esto, se había acercado á los forasteros y ahullaba con ademanes de amenaza mostrando enteritas sus dos filas de blancos dientes.

—¡Quieto ahí! exclamó la bruja.

Y entonces el zorro dejó de ahullar y se recostó donde antes estaba, cubriéndose el hocico con la cola y sin perder de vista á los recien llegados que habían interrumpido su reposo.

—Acercáos al fuego si queréis, dijo la anciana dirigiéndose á Glauco y á sus compañeras. En mi albergue no recibo yo á nadie de buena gana como no sea al buho, á la zorra, al sapo ó á la víbora. De modo que daros la bienvenida es cosa que no puedo hacerla; pero con bienvenida ó sin ella, acercáos al fuego. ¿Qué os detiene?

Era el lenguaje que empleaba la hechicera un latín extraño y bárbaro, intercalado con palabras de un dialecto antiguo. No se tomó el trabajo de levantarse, pero miró con mucha fijeza á los huéspedes cuando Glauco tomó en su mano una de las prendas de abrigo que llevaba Dione y cuando indicó á su amada que se sentase sobre un madero, puesto que no podía disponerse de mejor sitio. Sopló Glauco en el rescoldo para avivar la llama, y la sierva, más animada con la franqueza que se iban tomando los amos, quitóse también su largo capotillo, y no sin cierta timidez fué á sentarse al otro lado del fuego.

—Creo que os estamos molestando, dijo Dione con su argentina voz procurando captarse la benevolencia de la vieja.

Mas ésta no respondió una palabra. Parecía que arrancada por un momento de la tumba había vuelto á recobrar el sueño eterno. Al cabo de mucho rato empero tomó súbitamente la palabra y preguntó:

—¿Sois hermano y hermana?

—Nó por cierto, dijo Dione ruborizándose.

—¿Pues sois marido y mujer? continuó la vieja.

—Ni aun eso, respondió Glauco.

—¡Ah! ¡pues sois amantes! exclamó la bruja riendo á carcajadas y haciendo resonar con ellas los ecos de la caverna.

Helósele á Dione la sangre del corazón ante esta salida de tono; Glauco pronunció en voz baja algunas palabras de conjuro; y la sierva se puso tan pálida que podía apostársela con el cadavérico semblante de la anciana.

—¿Porqué te ríes de este modo, vejancona? dijo Glauco en cuanto hubo acabado sus invocaciones contra el mal presagio.

—¿Yo me he reído? preguntó la vieja.

—¡Está chocheando? repuso Glauco.

Y como al decir estas palabras mirase nuevamente á la bruja se encontraron sus ojos con los de ella y quedó sorprendido de su relampagueo vivaz y lleno de malicia.

—¡Mientes! dijo de pronto la bruja.

—Mal recibes á quien se te acerca, contestóle Glauco.

—No vayas á enojarla, Glauco, dijo entonces Dione.

—Ahora voy á decirte porqué me reía cuando he sabido que érais amantes, dijo la hechicera. ¿Sabes porqué razón? Porque es cosa que da gusto á las personas ancianas y ajadas el contemplar á dos amantes jóvenes como vosotros y considerar que antes de mucho tiempo sentiréis hastío el uno del otro. Hastío, verdadero hastío, eso es lo que habéis de sentir sin remedio ninguno, continuó la vieja soltando nuevamente la carcajada.

Tocóle esta vez el turno á Dione de salir al encuentro del mal pronóstico.

—¡Que lós dioses nos preserven! exclamó. Tú, pobre mujer, conoces muy poco del Amor, pues de otro modo sabrías que el verdadero Amor no cambia nunca.

—¿No he sido yo también joven como vosotros? dijo la hechicera. ¿No soy ahora vieja, arrugada y casi muerta? Pues tal es la figura, tal es el corazón: tenedlo por cierto.

Dicho esto, quedó sumida nuevamente en profundo y pavoroso silencio como si realmente se hubiese interrumpido su vida.

Glauco, á quien aquel silencio estaba oprimiendo el pecho, le preguntó después de algunos instantes.

—¿Hace mucho que habitas en esta caverna?

—Mucho tiempo, dijo la anciana.

—Triste me parece el albergue, repuso Glauco.

—Más de lo que te figuras, contestó la bruja. El Hades infernal se halla aquí debajo. ¿Quieres que te diga un secreto? Pues sabe que los séres tenebrosos que se hallan en esta región subterránea están maquinando algo contra vosotros, contra los que sois jóvenes, hermosos y robustos.

—No tienes más que palabras de mal agüero, contestó Glauco, y esto no se aviene con la hospitalidad. En otra ocasión sufriré la tormenta con mejor gusto que tu presencia.

—Bien harás de este modo, repuso la hechicera. En mi caverna deben entrar solamente los desgraciados.

—¿Porqué los desgraciados? preguntó el ateniense.

—Soy la Saga de la montaña, contestó la bruja haciendo un espantoso visaje. Mi oficio consiste en dar esperanzas á los que no la tienen. Tengo filtros para el que sufre de un amor contrariado: tengo promesas de tesoros para el avariento, y pócimas vengadoras para el malvado. Para el que es honrado y dichoso, ¿qué quieres que tenga?

Lo que tiene la vida en sí misma. Penas y sinsabores. Con que ya lo sabes y no me preguntes otra cosa.

Acabado este diálogo la ceñuda hechicera de la caverna cerró nuevamente los labios, con tal obstinación y con aspecto tan taciturno, que fueron vanos é inútiles todos los esfuerzos de Glauco para conversar con ella de nuevo. Inmóviles y rígidas las facciones de su rostro, no daban indicios siquiera de que oyese las palabras que se le dirigían. Felizmente la tempestad que había sido tan breve como violenta, estaba en su período de descenso. Caía ya la lluvia con menos fuerza, disipábanse las nubes, aparecía la luna en el purpurino cielo, y difundía de lleno su blanca luz sobre la desolada estancia.

Jamás había alumbrado seguramente un grupo más digno del arte de la pintura. La joven, la hermosísima Dione estaba sentada junto á la rústica fogata. Su amante, que había dado al olvido la presencia de la bruja, estaba reclinado á sus piés contemplando su rostro y dirigiéndole frases de cariño. Á poca distancia se hallaba la esclava de Dione, pálido el semblante y llena todavía de inquietud. La horrible vieja les contemplaba á todos con su amortiguada vista.

Habían recobrado los gallardos jóvenes la serenidad y la calma, puesto que á tanto alcanza el poder de los amoríos, y no parecía sino que fuesen séres de un orden superior que habían descendido á la sombría y profana habitación de la bruja para vivificarla de mejor modo que los tétricos objetos que la adornaban.

El zorro, desde su rincón, no apartaba los penetrantes y encendidos ojos del sitio donde se hallaban los forasteros. Acertó Glauco á volverse nuevamente en dirección á donde estaba la bruja y vió por primera vez debajo del asiento que ella ocupaba, la vista fascinadora y la erguida cabeza de una enorme serpiente. Los vivos colores del manto que el ateniense había echado sobre los hombros de Dione provocaban quizás la cólera del reptil: lo cierto

es que se ponía más y más enhiesto y amenazador y se preparaba á lanzarse sobre la hija de Neápolis. Cogió Glauco al momento uno de los tizones á medio encender que se hallaban junto á la hoguera, mas en lugar de amedrantarse con ello la serpiente dió un agudísimo silbo mostrando su rabia, salió de su escondrijo y enderezóse sobre la punta de la cola levantando la cabeza hasta donde estaba la del griego.

—¡Bruja! exclamó Glauco, llama pronto á este mal bicho ó voy á matarlo ante tus ojos.

—Se le ha quitado el veneno, contestó la bruja á quien la amenaza de Glauco había hecho salir del ensimismamiento.

Mas no acababa de pronunciar estas palabras, cuando ya la serpiente se había lanzado sobre Glauco. Ágil, como griego, y preparado como estaba para la acometida, pudo éste hacerse rápidamente á un lado y asestó luego un golpe tan fuerte y tan acertado á la cabeza del reptil, que dió con él en el suelo haciéndole caer postrado y sin fuerzas sobre las cenizas que bordeaban la hoguera.

Levantóse al punto la bruja de donde estaba sentada como movida por un resorte, y encaróse con Glauco con un gesto tal, que más que otra cosa parecía la más terrible de las Furias por lo desencajado y horroroso de su fisonomía, bien que á decir verdad, conservaba hasta en aquel trance lejos y sombras de su prístina hermosura, pues ya hemos indicado que no había en ella la fealdad grotesca en la cual se origina el terror según las imaginaciones del Norte.

Tomó una entonación de voz lenta y reposada que contrastaba con la expresión de su rostro, y díjole á Glauco:

—Has encontrado amparo bajo mi techo, te has calentado junto á mi hogar y me has devuelto mal por bien. Has herido, muerto quizás, al único sér que me amaba y me pertenecía; más que eso, te has cebado en la criatura consagrada preferentemente á los dioses y considerada por

los hombres como venerable. Oye, pues, ahora tu castigo. Por la luna que es protectora de la bruja, por el Orco que es el tesorero de la venganza, yo te maldigo, y maldito quedas. Marchítese tu amor, deshónrese tu nombre, pongan su marca sobre tí las potestades infernales, consúmase tu corazón, evoque tu hora postrera la voz profética de la Saga del Vesuvio. Y ahora me dirijo á tí, continuó, poniéndose enfrente de Dione y levantando la mano derecha.

—Cesa en este punto, bruja, dijo Glauco interrumpiéndola. Me has lanzado tu maldición y confío mi suerte á los dioses. Te menosprecio y desdeño tus amenazas. Mas dí una sola palabra contra esta joven y la imprecación que salga de tus repugnantes labios será tu chillido de muerte. Cuenta con lo que dices.

—Ya he dicho bastante, respondió la hechicera con risa estentórea. El destino de la mujer á quien adoras está ligado con el tuyo. Y como sus labios han pronunciado tu nombre, sé perfectamente como debo encomendarte á las divinidades infernales. ¡Glauco, maldito eres!

Callóse después de esto, volvió la espalda al ateniense, púsose de rodillas junto al favorito y herido reptíl y apartólo de las llamas sin dirigir nuevamente la mirada á los circunstantes.

—Glauco ¿qué has hecho? exclamó Dione aterrorizada. Vámonos de aquí. Se ha disipado ya la tormenta. Buena mujer, dijo luego dirigiéndose á la bruja, perdónale, revoca tus palabras, lo que hizo fué para defenderse. Toma esta prenda de paz para retractarte de lo que has dicho.

Puso Dione la bolsa en el regazo de la bruja, mas ésta replicó desabridamente.

—¡Fuera de este sitio, fuera! Echada la maldición, solamente los Hados puedan desatarla. ¡Fuera de este sitio, os digo!

—Ven, amada mía, dijo Glauco con impaciencia. ¿Crees tú que los dioses de arriba ó los de abajo han de

escuchar los necios desvaríos de una vieja que chochea? Déjala ya y vente conmigo.

Por largo rato resonaron todavía en la caverna las carcajadas de la bruja. Esta fué la única respuesta que dió á las últimas palabras de Glauco.

Respiraron con alguna satisfacción los amantes cuando se hallaron al aire libre, pero todo lo que había pasado y el recuerdo de las palabras y risotadas de la vieja, tenía oprimida y amedrentada á Dione, y aun al mismo Glauco costábale trabajo el reponerse después de trances tan extraños é imprevistos. De la tormenta no quedaba ya rastro, salvo algún trueno amortiguado que se dejaba oír en las apartadas y sombrías nubes y algún pequeño relámpago que se atrevía á mostrarse en los celajes como desafiando el resplandor de la luna. No sin dificultades volvieron á encontrar el camino y hallaron el carruaje recompuesto y pronto para la marcha. En cuanto al carrucario le encontraron que daba grandes voces invocando á Hércules para que le dijese cómo habían desaparecido sus amos.

En vano procuraba Glauco reanimar á Dione. ¿Y cómo había de lograrlo si él mismo no acertaba á restablecer el plácido y jovial fraseo que tenía de costumbre?

Llegaron sin dilación á la puerta de la ciudad, y al abrírsela, notaron que impedía el paso una litera conducida por esclavos.

—Es demasiado tarde para salir, dijo el centinela al que iba dentro de la litera.

—No es tarde para mí, puesto que voy á la quinta de Marco Polibio, contestó el de adentro.

Bien conocieron los amantes la voz del que hablaba y no dejaron de oírla con sobresalto.

—Tengo que regresar muy pronto, continuó el de la litera. Soy Arbaces el egipcio.

Desvaneciéronse con esto los escrúpulos del guarda, y la litera pasó casi rozando con el carruaje.

—¡Arbaces á esta hora y convalesciente como debe estar! exclamó Glauco. ¿Á dónde se dirige y qué proyectos lleva?

—¡Pobres de nosotros! contestó Dione prorrumpiendo en llanto. ¡Mi alma presiente nuevos agüeros y todos para nuestra desdicha! ¡Preservadnos, oh dioses!... Ó á lo menos (dijo en voz baja) ¡preservad á Glauco!

CAPÍTULO X.

El señor del cinturón de fuego y su humilde servidora. — Escribe el hado en rojas letras su profecía: ¿quién será el intérprete que acierte á comprenderlas?

ARBACES había esperado á que cesase la tempestad para visitar bajo la protección de la noche á la bruja del Vesuvio. Tendido estaba en su litera y llevábanle sus esclavos más adictos, aquellos en quienes

tenía confianza para sus ocultas correrías. En su espíritu no se agitaban otras ideas que las de venganza próspera y de amor satisfecho. Siendo corto el trayecto, los esclavos le condujeron casi con tanta rapidez como lo habrían hecho las mulas. Pronto se halló al comienzo de una estrecha senda que había pasado desapercibida para los amantes, y que directamente aunque serpenteando entre las viñas, conducía á la caverna de la bruja. Salió entonces de la litera y ordenó á los criados que se ocultaran en los viñedos de manera que no les viese nadie, en pos de lo cual con débil paso y apoyándose en un largo palo que llevaba, empezó á subir por la empinada y pedregosa cuesta.

No caía una gota de agua del tranquilísimo cielo, pero la humedad se desprendía de los parrales, y formaba charcos en las quebrajas del monte y en las hendiduras del camino.

—¡Extraña pasión es esa, discurría Arbaces consigo mismo, la que á un filósofo, á un hombre avezado como yo á todos los placeres y comodidades del lujo, le arranca como si dijéramos de su lecho de muerte, y le lleva de noche por estos vericuetos! Más es lo cierto que el afán amoroso y la venganza cuando marchan de consuno, pueden transformar al mismo Tártaro en Eliseo.

Levantada, clara y melancólica brillaba la luna sobre el camino del sombrío peregrinante, rielando en el agua de las charcas ó perdiéndose al sesgo en las inclinadas vertientes de la montaña. Presentóse muy pronto á la vista de Arbaces aquella misma luz que había guiado los pasos de los dos novios, á quienes deseaba convertir en víctimas, más no parecía tan rojiza en aquel momento como antes había parecido, porque no formaba contraste con los negros nubarrones del cielo. Detúvose Arbaces cerca de la covacha para tomar aliento, y luego con el continente grave y majestuoso que tenía de costumbre, penetró en el umbral misterioso de la hechicera, donde

fué recibido por el zorro que se levantó aullando á más y mejor para anunciar su llegada.

La bruja estaba en su acostumbrado sitio con aspecto severo y grave como estátua de sepulcro. A sus piés y sobre un echadero de seca hojarasca, descansaba en cuanto podía el herido reptil, y aunque estaba medio cubierto por las hojas, vió claramente el egipcio el reflejo de sus escamas al resplandor de la hoguera, mientras que se retorcía de uno y otro lado contrayendo y dilatando sus anillos con penosa y prolongada congoja.

—¡ Quieto ahí ! dijo la hechicera dirigiéndose al zorro.

Éste se recostó en el suelo como antes lo había hecho, y se quedó callado sin olvidar la vigilancia.

— ¡ Levántate, servidora de la noche y del Erebo ! dijo Arbaces con tono imperativo. Uno de tus superiores en el arte mágica viene á saludarte. Levántate y dale la bienvenida.

Volvió la cabeza oyendo estas palabras la bruja, y contempló por un buen rato la majestuosa estatura y las sombrías facciones de su interlocutor, que ostentaba delante de ella su traje oriental y estaba con los brazos cruzados y el semblante altanero.

—¿ Quién eres tú, preguntó la bruja que según dices eres más grande en el arte mágica que la Saga de los Campos abrasados, la que tiene sangre en sus venas de la antigua raza de Etruria ?

—Yo soy aquel, contestó Arbaces, á quien acuden de Oriente á Poniente y del Septentrión al Mediodía, desde el Nilo y del Ganges hasta los valles de Tesalia y hasta el amarillento Tiber, todos aquellos que han menester lecciones de magia.

— No hay más que uno en esta comarca á quien convenga lo que tú dices, replicó la bruja, y á ese el común de las gentes que ignoran sus altos atributos y su oculta fama, le conoce bajo el nombre de Arbaces el egipcio. Para nosotros los que vivimos en vida superior á la del

vulgo, y tenemos conocimiento más profundo de las cosas, su nombre recto y legítimo es Hermes el del cinturón de fuego.

—¡Mírame! dijo Arbaces. ¡Este soy yo!

Desabrochó entonces el ropaje, y mostró un ceñidor que bien podía equipararse al encendido fuego, tanto era lo que relucía y brillaba por su colorido; y ajustaba en mitad de la cintura por medio de un anillo que tenía grabado un signo misterioso no desconocido por la Saga. Al verlo, postróse esta á los piés de Arbaces, y dijo con voz desmayada y humildísima:

—He visto al señor del cinturón terrible: ¡reciba mi homenaje!

—¡Levántate! prosiguió el egipcio. Necesito que me ayudes.

Sentóse Arbaces en el madero en que antes había reposado Dione, hizo señal á la bruja de que podía también sentarse, y hablóle en estos términos:

—Dices que eres descendiente de las antiguas tribus Etruscas, las que levantaron sus construcciones con peñascos y las rodearon con prepotentes murallas, que aun hoy miran con desprecio á la raza usurpadora de aquel venerable imperio. Pues bien, ora desciendas de aquellos Etruscos que vinieron de Grecia, ora provenga tu linaje de aquellos otros que vinieron desterrados de suelo más ardiente y primitivo, la sangre de tus venas es egipcia, puesto que los griegos dominadores de los aborígenes ilotas, fueron hijos errantes del Nilo alejados por éste de su regazo. Tus abuelos, oh Saga, juraron obediencia á los míos. Por el nacimiento y por el saber eres la servidora de Arbaces. Atiende pues á mis palabras y obedece.

La bruja inclinó la cabeza, y Arbaces continuó:

—A pesar de nuestras artes de brujería, justo es reconocer que debemos valernos con frecuencia de los medios ordinarios para lograr nuestro objeto. El anillo, el cristal, las cenizas y las yerbas, no revelan secretos que puedan

tenerse por infalibles. Ni aun los mas altos misterios de la Luna, son capaces de evitar que el mismo poseedor del mágico cinturón haya de valerse de medios humanos para los fines relativos á cosas de los hombres. Fíjate pues ahora bien en lo que digo. Tú sabes cuanto hay que saber, según yo pienso, respecto á las yerbas venenosas. Tú sabes cuales son las que detienen el curso de la vida, las que abrasan y consumen el alma desde el exterior de la fortaleza que la encierra, las que penetran en los canales de la sangre joven y la convierten en hielo tan cuajado y tan resistente, que no hay fuerza de sol que lo derrita. ¿Es cierto que posees enteramente los secretos de esta ciencia? Contéstame la verdad, y cuenta con engañarme.

—Poderoso Hermes, contestó la bruja, esta ciencia de que hablas es en efecto la mía. Dígnate contemplar mis demacradas y cadavéricas facciones, y considera que si han perdido su natural color, ha sido por estar velando las plantas maléficas que hierven continuamente en ese caldero.

—Bien está, dijo el egipcio, y apartóse instintivamente de la maldita y venenosa cocedura: bien está lo que manifiestas. El consejo que da la ciencia á sus adeptos es éste: desprecia el cuerpo á fin de mejorar el espíritu. Ahora pues, prosigue en tu tarea. Mañana al salir las estrellas, vendrá á visitarte una joven que es un poquillo necia, y te pedirá que por medio de tu sabiduría le proporciones un filtro amoroso, á fin de que ciertos ojos que se han fijado en otra, vayan á fijarse en ella. Lo que hay que hacer es entregarle en vez de filtro un activísimo veneno. De este modo conseguiremos que el amador incauto se marche á visitar el reino de las sombras.

—¡Perdón, perdón, venerable maestro! exclamó la bruja temblando de piés á cabeza y con voz débil y entrecortada. No me atrevo con lo que dices. Hay leyes en estas ciudades de la Campania que son activas y rigurosas. Me prenderán sin duda alguna, y me condenarán á muerte.

—¿Entónces, paraque sirven esas yerbas y esas pócimas, bruja charlatana? dijo Arbaces con desprecio.

—Oye lo que voy á decirte, replicó la bruja ocultando el descolorido rostro entre sus manos. Hace muchos años no era yo lo que soy á la hora presente. Mi corazón latia por el amor, y estaba segura de haber hallado correspondencia.

Esto lo decia la hechicera con voz tan suave y enternecida, que en nada se parecía á su modo ordinario de expresarse. Más Arbaces la interrumpió de nuevo y le dijo:

—Pero ¿qué tienen que ver esos amores tuyos, con las órdenes que vengo á darte?

—Lo sabrás si me escuchas, repuso la hechicera. Otra menos hermosa que yo; si ciertamente, ¡por Némesis! menos hermosa, tuvo habilidad para fascinar al escogido de mi alma. Yo pertenecía á la severísima tribu Etrusca que mejor que las demás conocía los recónditos secretos de la magia. Mi madre que era también Saga, tomó parte en el resentimiento de su hija, y dióme por sus manos una pócima para recobrar el amor perdido, y además un veneno para dar muerte á mi competidora. ¡Oh! ¡cómo no me aplastan esos terribles peñascos! Equivoqué un filtro con otro, y mi amante cayó á mis piés, pero no rendido de amores sino muerto. ¿Lo oyes bien, Arbaces? ¡muerto! Desde entonces ¿qué es la vida para mí? Envejecí súbitamente, dediquéme á las brujerías propias de mi raza, y por un impulso irresistible me condené á un tormento sin límites, buscando yerbas dañosas, cociendo venenos, imaginando que los propino á mi rival, embotellándolos, destruyendo con ellos en imagen su aborrecida belleza, y á lo último despertando de mis ensueños, y viendo ante mis ojos el tembloroso cuerpo los espumantes labios, los ojos apagados de mi querido Aulo entregado á la muerte por mi propia culpa.

La huesosa figura de la bruja se agitó con temblor convulsivo al pronunciar estas palabras, y Arbaces que seguía

contemplándola con desdén, aunque al mismo tiempo con cierta curiosidad, dijo para sus adentros:

—¿Pues no tiene también esa estantigua sentimientos humanos? ¿Pues no guarda en su corazón el rescoldo de aquel fuego abrasador que está consumiendo el mío? ¡Así somos todos en efecto! ¡Extraño y místico lazo es este de las pasiones mortíferas que une y equipara á los grandes con los pequeños!

Cuando ella se hubo calmado algún tanto, sentóse de nuevo en su sitio balanceándose adelante y atrás como para expresar su pena, fija en las llamas la enturbiada vista, y bañadas las mejillas en llanto.

—Doloroso cuento es el tuyo, díjole Arbaces, pero todo esto no conviene más que á la juventud. Preciso es que la edad vaya endureciendo los corazones, y que los deje latir únicamente para el interés propio. Cada año aumenta en espesor la concha de los mariscos, y así debe suceder con nuestro espíritu. No te acuerdes de esas locuras, y en nombre de la misma venganza que tanto has perseguido te ordeno que me obedezcas. Se trata también de una venganza por mi parte. Ese joven á quien deseo barrer de mi camino, se ha presentado como un obstáculo ante mis pasos á despecho y pesar de mi sabiduría y de mis recursos. Renacuajo cubierto de bordados y de púrpura, dispensador de ojeadas y de sonrisas, pero sin entendimiento y sin calor en el alma, tal es ese muchacho cuyo único hechizo ¡maldito sea mil veces! es la hermosura. Pues bien, ese insectillo, ese Glauco ¡por el Orco te lo digo y por Némesis! es preciso que muera.

Como si ya no estuviese débil ni enfermo, como si no le estorbase la presencia de su rarísima compañera, íbase animando Arbaces á cada palabra, y acordándose tan solo de su rabia y de sus deseos de venganza, paseábase á grandes pasos de un extremo á otro de la caverna.

—¿Has dicho Glauco, poderoso señor? preguntó súbitamente la hechicera. Y al repetir este nombre, encan-

diláronse sus amortiguados ojos brillando en ellos el fulgor de un resentimiento terrible puesto que no hay afrenta que les parezca pequeña á los que viven escondidos y solitarios.

— Así se llama, contestó Arbaces, pero su nombre es lo de menos. ¡De hoy á tres días no ha de hablarse ya de él como de un sér viviente!

— Óyeme, dijo la hechicera después de un rato de concentración causada por la sentencia del egipcio. Te pertenezco, soy tu esclava pero no me pierdas. Si á la muchacha de que has hablado le doy un veneno mortífero para Glauco me descubren de seguro, porque los muertos hallan siempre vengadores. Además de esto, si hay quien tenga noticia de la visita que me has hecho, si el odio que sientes hacia Glauco llega á ser cosa conocida, tú mismo, poderoso y terrible Arbaces, tendrás necesidad de la magia más refinada para salvarte.

— ¡Cierto es eso! exclamó Arbaces cuyo espíritu prudente y circunspecto había olvidado por esta vez los azares y peligros á que podía conducirle su venganza.

— Ahora bien, continuó la bruja, si en lugar de una pócima que ataque el corazón le entrego una mixtura que turbe el seso, que emborrache para siempre, que incapacite para las cosas ordinarias de la vida, que embrutezca y cause turbación y delirio, que haga chochear en plena juventud, que produzca la fatuidad y engendre la simpleza y la bobería, ¿no quedará con esto satisfecha tu venganza y conseguido tu objeto?

— ¡Oh, bruja! exclamó el egipcio. No eres ya la servidora, sino la hermana, la similar de Arbaces. ¡Cuánto más agudo es el ingenio de las mujeres, que el nuestro aun tratándose de la venganza! Eso que dices es en verdad mucho mejor que la muerte para mis planes.

— En esto no arriesgamos casi nada, prosiguió la bruja complaciéndose en el rencoroso designio. La víctima puede haber pedido la razón por mil causas que los hom-

bres temen averiguar. Puede haber visto á una ninfa entre los viñedos, puede haberse excedido con el zumo de las uvas. ¿Quién recela de esos accidentes que suelen traer su origen de los mismos dioses? Y aunque se supiera que todo ello se debe á un filtro amoroso, no es cosa nueva que tales filtros produzcan la demencia, y á la hermosa que los emplea nadie la mira con malos ojos. Poderoso Hermes ¿crees que te sirvo con buena traza?

—Veinte años de vida tendrás por ello, contestóle Arbaces. Escribiré de nuevo en faz de las pálidas estrellas la época de tu destino. No se dirá que has servido en balde al maestro del cinturón ardiente. Toma esos utensilios de oro, ¡oh Saga! y arréglate con ellos una habitación más cómoda en esta lóbrega caverna. Justo es que un servicio prestado á mi persona, valga más que un millar de adivinanzas hechas en favor de la gente boba por medio de las tijeras ó del cedazo.

Esto diciendo, tiró al suelo una bolsa llena y pesada, cuyo metálico sonido no dejó de recrear á la hechicera, puesto que gustaba de tener medios para buscar comodidades aun cuando realmente las desdeñaba.

—Quédate con bien, dijo Arbaces despidiéndose. No te descuides. Vigila más que las estrellas para componer el tóxico. Obtendrás el respeto de tus hermanas debajo del Nogal, cuando les dirás que tu patrono y amigo es Hermes el egipcio. Mañana por la noche vendré de nuevo.

Después de estas palabras, alejóse con paso rápido sin atender á las salutaciones y despidos de la bruja, y á la luz de la luna descendió del monte. La hechicera se quedó mirándole desde el portal de la covacha, pareciéndose en medio de las rocas á un habitante del Orco á quien le arrebatasen un compañero. Entró por fin en su guarida, recogió la bolsa, tomó la lámpara que estaba encima de la columnita, y metióse por un pasadizo lóbrego cuya entrada quedaba disimulada por los peñascos. Dió algunos pasos en aquel antro como si descendiese á las entra-

ñas de la tierra, y levantando una losa del pavimento, dejó al descubierto las piezas de moneda que allí tenía ocultas, y que eran los gajes debidos á la ignorancia y á la gratitud de sus clientes. Junto con aquellas piezas acuñadas de valor diverso, colocó las que Arbaces acababa de regalarle, y al contemplarlas á la luz de la lámpara apostrofólas en estos términos:

—¡Cuánto me gusta contemplarte, tesoro mío! ¡Por ti conozco que aun soy poderosa, que aun soy fuerte! ¡Veinte años de vida me restan aun para aumentar esos montones! ¡Oh nobilísimo Hermes!

Puesta en su lugar la losa después de esta exclamación y escondido nuevamente el tesoro, descendió todavía la bruja por aquel sombrío corredor, y hallóse á pocos pasos junto á una gran quebradura por donde se oían extraños rumores como de un trueno sordo que retumbase á lo lejos, y de cuando en cuando un sonido igualmente raro, pero menos ingrato, parecido al que produce el acero rozando con las piedras molares. Por la ancha grieta del monte al producirse este sonido, salían espirales de negro y densísimo humo que llenaban todo el ámbito de la caverna.

—Ciertamente es cosa singular, dijo la maga sacudiendo sus guedejas. ¡Hoy hacen las sombras más ruído que de costumbre!

Y mirando otra vez al fondo de la cavidad, divisó á lo lejos una raya colorada, una línea de fuego intensísima, rojiza y oscura á la vez, que centelleaba por intervalos.

Agachóse para examinar aquello que se presentaba ante su vista, y exclamó de nuevo:

— ¡Cosa singular por cierto, cosa singular! ¡Solo hace dos días que brilla esta luz fatídica! ¿Cuál será el porvenir que nos anuncia?

En esto el zorro, que se había acercado también á la rendija, soltó un ahullido quejumbroso y lento, y corrió á esconderse al otro extremo de la caverna. Para los espíritus supersticiosos era semejante ahullido un malísimo pronóstico, y así fué que la bruja tembló de piés á cabeza, pronunció algunas fórmulas de conjuro, y se retiró á lo alto de su madriguera donde al poco rato en medio de sus yerbas y de sus pócimas encantadas empezó á prepararse para dar un digno fin y remate á los deseos del egipcio.

— ¡Que yo chocheo, dijiste, oh Glauco! murmuraba la bruja junto al caldero. ¡Ah! ¡ciertamente es lastimoso el chochear cuando se caen los dientes, cuando babean las encías, cuando el corazón apenas tiene fuerza para dar latidos! ¡Pero que chochee el joven, el hermoso, el robusto, eso si que tendrá que ver, y será mucho más terrible que las choceces del anciano!... ¡Llamas! ¡encendeos! decia en tono de fisga, ¡yerbas! ¡coced presto! ¡sapos! ¡hervid en la mistura! ¡He dicho que le maldecia y bien maldito queda!...

En el entretanto, aquella misma noche, y á la hora en que había tenido lugar la impía y malvada conjuración de Arbaces y de la Saga, el sacerdote Apecides recibía el agua del Bautismo.

CAPITULO XI.

De como los acontecimientos van siguiendo su curso. — De como se forma el nudo de la intriga. — De como tejida la urdimbre cambian de mano las redes.

De veras, oh Iulia, tendrás ánimo para visitar á la bruja del Vesuvio yendo acompañada por un hombre que da tanto miedo?

Á esta pregunta de Nydia replicó afectadamente Iulia:

— Pues qué: ¿hay en eso algún peligro? Yo creo que las ancianas que hacen profesión de brujería, con todo su ajuar de espejos encantados, de cribas movedizas y de yerbas cogidas á la luz de la luna, no vienen á ser otra cosa que una sarta de embaucadoras. Lo único que saben, según yo pienso, es propinar los filtros amorosos, porque para esto basta el conocimiento de ciertas yerbas, y pues-

to que voy á consultarla con este objeto, ¿qué miedo he de tener?

—Del compañero digo yo que debes tener miedo, dijo Nydia.

—¿De Arbaces? exclamó Iulia. ¡Por Diana que no he visto en mi vida otro galán más cortés que ese mago! Y aun te diría que es hermoso sino fuera porque es tan morenito.

Nydia comprendió perfectamente, á pesar de su falta de vista, que Iulia no era mujer para espantarse de las galanterías del egipcio, y en este concepto dejó de disuadirla, sintiendo al mismo tiempo, y por su cuenta propia, una gran comezón por averiguar si la magia poseía realmente un hechizo para enamorar á los hombres.

—Deja que te acompañe, noble Iulia, dijo la cieguecita. Ya sé que no puedo protejerte, pero tendré mucho gusto en estar á tu lado hasta que encuentres lo que deseas.

—Mucho me place, contestó la hija de Diomedes, pero ¿cómo podremos combinarlo? Yo regresaré muy tarde de seguro y van á extrañar en tu casa que no vuelvas.

—Dione es muy bondadosa, replicó Nydia. Concédame albergue en tu casa por esta noche, y diré que siendo tú mi antigua protectora y amiga me has invitado á pasar el día contigo para escuchar mis cantares de Tesalia. Estoy segura de que ella misma te da las gracias y te hace un regalo.

—Eso del regalo será para tí en todo caso, dijo Iulia con altivez. Yo no pido favores á la neapolitana.

—Sea como quieras, dijo Nydia. Voy á pedirle permiso. Me lo concede sin duda alguna y vuelvo al momento.

—Anda enhorabuena, contestó Iulia. Tendrás cama esta noche en mi propio cuarto.

Con esto alejóse Nydia de la hermosa pompeyana, y en su camino hacia la casa de Dione pasó junto al ca-

rrocín de Glauco cuyos briosos caballitos estaban llamando como siempre la atención de los transeuntes. Glauco detuvo por un momento el carruaje, y dijo á la ciegecita:

—Me alegro de verte, lozana como tus flores, graciosísima Nydia. ¿Cómo está tu ama? Supongo que el chaparrón no habrá tenido malas consecuencias.

—Hoy no he podido hablar con ella, respondió Nydia, y por cierto que desearía pedirle un obsequio.

—Dime lo que deseas, repuso Glauco, y antes que todo, apártate algún tanto porque estás á los piés de los caballos.

—¿Piensas que Dione me permitirá que pase el día con Iulia, la hija de Diomedes? dijo Nydia, Iulia lo desea y ha sido muy buena para mí cuando yo tenía pocas amistades.

—¡Bendigan los dioses tu corazón que siempre es agradecido! dijo Glauco. Yo te respondo del permiso que pides.

—¿Entonces puedo quedarme esta noche con Iulia y volver mañana á casa? replicó Nydia insistiendo en sus pretensiones.

—Haz lo que quieras y lo que ordene la hermosa Iulia, díjole Glauco. Salúdala en mi nombre. Oye ahora una cosa: cuando hables con Iulia fíjate en su voz. Ya sabrás decirme si es tan argentina como la de Dione. Vete enhorabuena.

Robustecido el espíritu y echadas en olvido las aventuras de la víspera, dejando flotar al aire los undosos bucles de su cabellera, brincando su corazón de gozo y alegría á cada salto de sus caballos parthos, parecíase Glauco al dios tutelar de su comarca, henchido de amor y de juventud. Iba marchando á buen paso y no tardó en llegar á la casa de su amada. Justo era que divirtiese su corazón con las satisfacciones de lo presente, pues respecto á lo futuro ¿qué medio tenía para descubrirlo?

Caían las sombras de la tarde cuando Iulia, recostada en su litera que era bastante capaz para conducir también á la cieguecita, tomó el camino de la casa de baños á que Arbaces había hecho referencia. Para un carácter dado á los devaneos como el suyo, había en aquella expedición más atractivo que angustia, y llenábala sobre todo de contento el pensar que era breve y seguro su triunfo sobre la aborrecida neapolitana.

Á la entrada de la quinta balnearia, y en el momento en que la litera pasó por allí para ir á detenerse junto al departamento destinado á las damas, hallábase reunido un pequeño y alegre corro de jóvenes desocupados.

— Paréceme, dijo uno de ellos, aun cuando está eso muy oscuro, que los que acaban de pasar son criados de Diomedes.

— Cierto que lo son, Claudio, dijo Salustio, y esa litera debe ser la de Iulia. ¿Cómo no la cortejas con más empeño sabiendo que es riquísima?

— Yo te diré el motivo, contestó Claudio. Yo creía que Glauco se desposaría con ella, y siendo Glauco un jugador de los buenos y teniendo la costumbre de perder cada vez que juega...

— Veo claramente lo que quieres decir, interrumpió Salustio, esperabas que los sextercios de la dote habrían pasado á tus manos. Eres muy listo, Claudio mio. En verdad que una esposa rica puede servir de mucho, no sólo para el marido, sino también para los amigos.

— Lo cierto es que Glauco contrae nupcias con la neapolitana, dijo Claudio, y por tanto voy á consolar, si es posible, á esa desdeñada hermosura. La lámpara del Himeneo será bien dorada ciertamente, y cuando la vasija es bonita no hay que atufarse por el olor del aceite. De lo que voy á precaverme con todo empeño, te lo digo con franqueza, es de que Diomedes te nombre fideicomisario de la fortuna de su hija.

— Bien me lo había figurado, contestó Salustio riéndose

de bonísima gana. Vamos, vamos adentro carísimo convidador mío. El vino y las guirnaldas esperan nuestra llegada.

Iulia mandó sus esclavos á los aposentos destinados para que aguardaran á los amos, y sin aceptar servicios de ninguna clase atravesó el departamento de baños junto con Nydia y salió por una puertecilla que estaba en la parte posterior y comunicaba con el jardín contiguo.

—Esa debe tener alguna cita, observó caritativamente una sirvienta de la casa.

—¿Y á tí que te importa? replicóle el mayordomo con aspereza. A quien paga para el baño no hay que regatearle el azafrán. ¡Bueno andaría el negocio si no fuera por esas cosas! ¡Anda ya! ¿No estás oyendo las palmadas de la viuda Fulvia? Corre, simplona, corre á donde te llaman.

Iulia y Nydia se apartaron del sitio más concurrido del jardín y llegaron al lugar designado por Arbaces, donde en medio de un circuito de césped se levantaba una estátua de Sileno sobre cuya cabeza relucían ya las estrellas. Estaba el dios de la risa reclinado sobre un pedrusco, teniendo á sus piés el lince de Baco, y con el brazo extendido suspendía sobre su boca un racimo de uva, pareciendo que se regocijaba en contemplarlo antes de decidirse á comerlo.

—¡Y á todo esto el mago no parece! exclamó Iulia mirando en derredor.

Mas no tardó en presentarse Arbaces por entre el follaje, divisándose á la pálida luz de la noche, las holgadas vestiduras que llevaba.

—¡Salud, preciosa joven! dijo al acercarse á Iulia. Pero ¿quién está contigo? repuso. Yo entendí que debíamos ir solos.

—Es la florista cieguecita, sapientísimo mago, respondió Iulia. Nació en los valles de Tesalia y gusta por consiguiente de brujerías.

— ¡Ah! ¡es Nydia! ¡Bien la conozco! dijo Arbaces.

Y acercándose á la ciega, continuó diciendo en voz baja:

— Sabes que has estado en mi casa y debes acordarte del juramento. Con que ahora, lo mismo que entonces, silencio y reserva. No olvides que la indiscreción podría costarte muy cara.

Dichas estas palabras quedóse pensativo, y ocurrióle que lo mejor del caso era no fiarse de nadie ni siquiera de una ciega, por lo cual, llamando aparte á Iulia, le manifestó que no debia tener ningún recelo y que podía ir sola con él puesto que su magia no tenía nada de peligrosa.

— La bruja no gusta de recibir muchos huéspedes, añadió. Deja, pues, á Nydia; que no ha de servirnos de provecho alguno. Ya la encontrarémos á la vuelta, y en cuanto á protección tendrás bastante con la que debes á tu belleza y á tu calidad, pues has de saber, oh Iulia, que tengo noticia de tu nombre y de la condición de tu familia. Vente conmigo. Mi amparo será bastante para tí, lindísima rival de la más tierna de las Náyades.

La vanidosa Iulia, que no era asustadiza como llevamos dicho, sintióse halagada por las lisonjas de Arbaces y consintió en decir á Nydia que se quedase. La cieguecita, por su parte, en cuyo espíritu habían renacido todos los temores al escuchar la voz del egipcio, se puso muy contenta de saber que ya no se contaba con ella para subir la cuesta. Volvióse, pues, Nydia á la casa de baños, y allí, sola, retirada en una estancia, estuvo aguardando el punto final de aquella expedición nocturna.

Muchos y amargos fueron los pensamientos de la pobre y abandonada niña, cuando se encontró allí por largo rato aislada en medio de su lobreguez perenne. Pensó en su adverso destino que la tenía desterrada de su patria; pensó en las blandas caricias que un tiempo mitigaron las primaverales tristezas de su infancia; pensó en que se hallaba privada de la luz del día y que no había más que

extraños y advenedizos para guiar sus pasos; pensó por último en que estaba herida en los más íntimos sentimientos del corazón, en que amaba sin esperanza, sin otra esperanza á lo menos que el opaco y profano rayo que penetró en su mente cuando el ardor de su fantasía tesaliana la llevó á preguntar por la fuerza de los hechizos y por el alcance de la magia. Cierto que la naturaleza había depositado gérmenes de virtud en el corazón de la desventurada muchacha, pero no estaban destinados á sazonar, porque si bien es verdad que las lecciones de la desgracia suavizan y corrigen á veces el espíritu, en otras ocasiones lo malean y endurecen, y tal había sucedido con la que fué vendida como esclava y no cambió de situación sino para multiplicar sus llantos. El criterio de lo bueno y de lo malo estaba ofuscado por la pasión que locamente la dominaba, y agitábanse en su pecho las emociones trágicas y fuertes de las Myrras y de las Medeas, aquellas emociones que, en los tiempos clásicos, á un alma sojuzgada por el amor la arrebataban y la conducían á un terrible exceso.

Pasaron los instantes y entró por fin Iulia con lijero paso en la estancia donde se encontraba Nydia presa todavía de sus crueles congojas.

—Gracias á los dioses inmortales, ya estoy de vuelta, dijo Iulia. Por fin hemos salido de la espantosa caverna. Ven, Nydia. Vamos á casa sin perder tiempo.

Ya una vez instaladas ambas en la litera, continuó Iulia con voz un poco trémula:

—¡Pero qué cosas he visto, amiga mía! ¡Que encantamientos tan pavorosos! ¡Qué semblante cadavérico tiene la bruja!... El caso es, sin embargo, que ya tengo la pócima. Los efectos son seguros. Mi rival será indiferente á los ojos de Glauco. Yo sola, enteramente sola, seré la señora y el ídolo de sus pensamientos.

—¿Has nombrado á Glauco? exclamó Nydia.

—Eso he dicho, contestó Iulia, y aunque antes te dije

que no era el ateniense á quien yo quería, puedo ya declararte la verdad puesto que tengo confianza contigo.

Gracias á la oscuridad que reinaba dentro de la litera, pasó desapercibida para Iulia la conmoción de la pobre cieguecita que era tanta y tan grande que le faltaba el aire y la respiración y estuvo en poco el que no quedase enteramente sofocada. Sin enterarse de semejante cosa prosiguió Iulia hablando de los próximos efectos del filtro, de su triunfo sobre Dione, del singular espectáculo que presentaba la cueva de la bruja y de la autoridad que Arbaces ejercía sobre la temida Saga del Vesuvio.

Cuando Nydia pudo recobrar un poco la calma del espíritu, avínole un pensamiento salvador y fué el de que debía dormir en la misma estancia de Iulia, con lo cual tendría quizás ocasión para apoderarse del filtro. En esto llegaron á la casa de Diomedes y entraron desde luego en el cuarto de Iulia donde las aguardaba una colación nocturna.

—Bebe, Nydia, que hace mucho frío, dijo la hermosa pompeyana.

Y en tanto que Iulia sin vacilar se echaba al cuerpo sendos tragos de un vino con especias, díjole la cieguecita:

—Permíteme Iulia que tenga en mis manos el filtro. ¡Qué redoma tan pequeña! ¿Tiene color esa bebida?

—Es como el cristal, contestó Iulia. La misma apariencia tiene que el agua clara. Y dice la bruja que no sabe á nada, y que aunque sea pequeña la redoma, basta para asegurar la constancia de toda la vida. La echarémos en otro líquido y Glauco no sabrá lo que ha bebido pero sentirá el efecto.

—¿De modo, que es idéntico al agua? insistió Nydia.

—Así es la verdad, replicó Iulia, aunque á mis ojos parece esencia del rocío recogida al resplandor de la luna. Voy á quitar el taponcito á ver si huele. ¡Nada! ¡no huele nada! Parece mentira que lo que no afecta á ningún sentido pueda cohibirlos á todos.

—¡Ese sí que huele! dijo Nydia tomando un frasquito que estaba sobre la mesa.

—Pues guarda ese frasco, Nydia, contestó Iulia. Guárdalo porque tiene algunas piedras preciosas. Ayer no quisiste el brazalete: bien puedes tomar hoy ese frasquito de esencia.

—Semejantes aromas pueden recordar á la cieguecita la gentileza de Iulia, replicó Nydia. ¿No es de mucho valor este frasco?

—Tengo otros más ricos todavía, dijo Iulia, puedes guardarlo.

Nydia guardó el frasquito en la veste inclinando al mismo tiempo la cabeza como para dar las gracias.

—¿El efecto del filtro es instantáneo? preguntó al cabo de un rato.

—A veces retarda algunas horas, contestó Iulia.

—¿Y lo mismo da que lo propine una persona que otra?

—Lo mismo, dijo Iulia. Si la más espantable vieja que haya visto la luz del sol le propinase este filtro á Glauco la tomaría de seguro por la mujer más hermosa del mundo.

El vino por una parte y el estado de su ánimo por otra habían exaltado de tal manera á Iulia que ya reía á mandíbula batiente y hablaba de mil cosas diversas como una loquilla sin advertir que adelantaba la noche y que iba aproximándose por momentos la luz del alba. Por fin, mandó que la desnudaran sus doncellas, y al quedarse á solas con Nydia puso la redomita debajo de la almohada de su cama diciendo que no quería separarse de aquel licor sagrado, y á que su protección se entregaba para tener sueños felices.

El corazón de Nydia latía con violencia.

—¿Decididamente no quieres vino? díjole Iulia.

—Ahí tengo la garrafa del agua, contestó Nydia. Estoy calenturienta y esa es la mejor bebida para una noche de verano. Mañana debo partir muy pronto, Iulia, por-

que Dione me lo ha ordenado. Con esto recibe de nuevo mis parabienes.

— Gracias, dijo Iulia. Cuando volvamos á encontrarnos será probable que postrado á mis piés encuentres á Glauco.

Acostáronse entrambas en sus lechos respectivos, y Iulia, que estaba fatigadísima por las excitaciones de aquel día, tardó muy poco en dormirse. La tesaliana por el contrario, quedóse despierta y desvelada dando tortura á sus ardorosos é inquietos pensamientos y espiando con gran sutileza de oído el sueño de su compañera.

— ¡Ayúdame, oh Vénus! exclamó en cuanto estuvo segura de que Iulia dormía profundamente.

Y entonces tomó el frasquito que le había regalado Iulia, derramó la esencia sobre el mármol del pavimento, lavó luego el frasco con agua, y cogiendo la redoma del filtro que estaba debajo de la almohada, vació su contenido dentro del frasco sin que se perdiese una sola gota. Después de esto llenó de agua clara la redomita y púsola de nuevo debajo de la almohada de Iulia.

Turbada y ansiosa echóse luego en la cama esperando el nuevo día, y apenas había salido el sol cuando sin despertar á Iulia, que seguia durmiendo con mucha tranquilidad, compuso sus vestiduras, tomó en la mano su bastón y salió de la casa.

El portero le dió los buenos días mientras bajaba los peldaños que conducían á la calle, pero era tan grande la confusión y el tumulto de sus ideas, que ni oyó la salutacion del portero ni hubiera acertado á contestarle. Sintió sus mejillas acariciadas por el fresco ambiente de la mañana, mas no se templó con esto el hervor de su sangre.

— ¡Oh Glauco! decía para sus adentros. ¡Todos los filtros amorosos, todas las magias y brujerías del mundo no pueden hacer que me quieras tanto como yo te quiero! ¿He de pensar en Dione? ¡Oh! ¡afuera recelos! ¡afuera

vacilaciones y escrúpulos! ¡Mi hado está en tu cariño, oh Glauco, y tu hado, delicia mía, esperanza mía, tu hado está en mis manos!

NOTAS

LIBRO PRIMERO.

1. *¿Cenas hoy en casa de Glauco?* El original dice: *cenas esta noche*, pero bien se ve que es un descuido de redacción, pues se desprende del capítulo tercero que se trataba de comer á las tres de la tarde, sobre lo cual insiste el autor en otros pasages de la obra. La *cena* se tomaba con frecuencia después de las cuatro, y á ella precedian el ligero desayuno de la mañana (*jentaculum*) y el almuerzo (*prandium*).

2. *Pompeya.* La forma clásica del nombre de esta ciudad es *Pompei* ó *Pompeii*. (Genitivo: *Pompeiorum*). Ignorándose como se ignora su etimología, cabe sospechar que el singular femenino *Pompeya*, es la primitiva y verdadera forma que le corresponde. Algunos piensan que el sentido etimológico debe buscarse en el plural griego *pompeia*, que viene á significar *depósitos comerciales*. Nuestro concepto sobre la lectura de este nombre, se confirma por las inscripciones oscas, cuya interpretación genuina es *Pumpeiie*. La ciudad estaba situada á 7 kilómetros del cráter del Vesuvio, y á 14 de Neápolis. La circunferencia de sus muros media unos 4 kilómetros, y la superficie ocupada representaba más de 66 hectáreas. La población se calcula en 30 ó 40,000 almas. Hoy se encuentran las ruinas á un kilómetro de la playa, pero en la época de nuestro relato parece que el agua del mar bañaba las inmediaciones de la ciudad. El perímetro fortificado tenia 7 puertas: al Norte las que se denominan hoy de Herculano, del Vesuvio y de Capua, al Oriente las de Nola y del Sarno, á Mediodía la de Estabias y al Occidente la de Marina. Se indica otra puerta en el lado Sud, y acaso otra distinta en la parte de mar.

3. *La vía Domiciana.* Esta vía, llamada también *Consular*, es la que da ingreso á la ciudad por la puerta de Herculano, y viene á ser la prolongación del camino carretero que á la parte exterior de la población se denomina *Vía de los sepulcros* por tener á uno y otro lado los monumentos fúnebres. Penetra la vía Domiciana en la ciudad formando una línea ondulante, y termina en la prolongada y recta calle de las Termas, de la Fortuna y de Nola.

4. *Bayas.* Era Bayas las más lujosa estación balnearia del mundo antiguo. Situada junto á la playa rodeábanla en el horizonte verdes colinas, y aunque era población pequeña, tenia grandiosos establecimientos para los bañistas, magníficas habitaciones y ricos edificios para diversiones y placeres. La hermosura de la naturaleza, la transparencia del aire, el azul del mar y del cielo, todo convidaba allí al reposo y al olvido de los afanes del mundo. Dábanse en Bayas fiestas espléndidas, y en sus aguas balanceábanse continuamente barcas y góndolas de todos colores, que á veces luchaban entre sí celebrando regatas. Veíanse á todas horas en las barcas y en la playa gozosas comitivas de alegres vividores coronados de rosas, entre los cuales no dejaba de hallarse á veces algún beodo. La claridad y el frescor de las noches convidaba á dar serenatas, y llegaron á hacerse proverbiales los baños de Bayas como tipo de vida muelle y enamoradiza. (V. Ausonio, Celso, Cicerón, Dión Cassio etc).

5. *Plinio el mayor.* Tenía la edad de 55 años en la época de nuestro relato. Era conocido como jurista, había servido en el ejército del Norte contra los Germanos, y obtuvo el mando de la escuadra que se hallaba en Misena. Su principal renombre lo debía á su afición á los estudios, principalmente á los de ciencias naturales. Bajo el título de *Historia natural*, escribió 37 libros que han llegado hasta nosotros y estaban dedicados á su amigo Tito hijo de Vespasiano, el que ocupaba el sólio imperial en el momento de la destrucción de Pompeya.

6. *Plinio el joven.* Era hijo de Plinia hermana de Plinio el mayor, y había nacido el año 61 de nuestra era. Figuró como literato y como abogado, y ha legado á la posteridad diez libros de sus cartas particulares, y el panegírico del emperador Trajano.

7. *Iulia la hija de Diomedes.* El nombre *Iulio*, se encuentra en esta inscripción pompeyana: *Iulium Polybicum II vir, Vatia rogat.* Tenemos también el nombre de la rica propietaria *Iulia Felix* (V. el libro 3.º). Si la inscripción que se halla en la tumba de Arrio Diomedes se interpreta, como algunos fundadamente lo quieren, en el sentido de que este Arrio Diomedes, propietario principal del barrio suburbano llamado Augusto Felix, fué liberto de la citada Iulia Felix, se verá el acierto con que Bulwer Lytton ha usado este mismo nombre de Iulia que tenía en la familia de Diomedes un valor patronímico.

8. *Diu Piter.* Es sabido que esta designación equivale al sanscrito *Dyaus Pitar*, y corresponde al latín clásico *Deus Pater* ó al castellano *Dios Padre.* Suele ortografiarse con *J*, que es en italiano equivalente á *doble i* ó á *di*, pero hemos creído muy útil restablecer la verdadera ortografía, por cuanto la *J* en español se pronuncia de ordinario gutural y á la manera de los árabes, y esto unido al acento que suele ponerse sobre la *u* convierte en esdrújulo inesplicable el nombre de la divinidad, y acaba por ponerlo en ridículo. Que el templo del Foro, el principal de Pompeya, estaba consagrado á Diu Piter, lo demuestra el haberse encontrado en el mismo una testa colosal del Dios, con los cabellos rojos como símbolo de luz esplendorosa.

9. *Neápolis. Nea Pólis.* De estas palabras griegas que significan *ciudad nueva*, deriva el nombre moderno de *Nápoli* el cual ha dado origen á su vez á la forma española *Nápoles.* Como se indica en el texto, correspondía originariamente á la ciudad el nombre de *Partenope*, que es como si dijéramos *la de virginal aspecto.* Según la tradición, los griegos de Kalkí, en la isla de Eubea, fueron los colonizadores de Cumas y también de Partenope. En el siglo 4.º antes de nuestra era estaba dividida la población en dos grandes agrupaciones separadas por una muralla denominadas respectivamente *Paleópolis;* (ciudad vieja) y Neápolis (ciudad nueva). En el mismo siglo cayó la población en poder de los Samnitas, y en el tercero la conquistaron los Romanos. Conserva la fama de la ciudad el proverbio moderno: *Vedi Nápoli é poi mori*, que forma juego con los consabidos de Sevilla y de Granada.

10. *Los filósofos del Jardín Epicúreo.* Dice el texto original únicamente: los jóvenes filósofos del Jardín. Para entender este concepto es preciso recordar que Epicuro había enseñado su filosofía en el jardín que poseía en Atenas, y de ahí que se llamase á los Epicúreos filósofos del jardín, como á los primeros discípulos de Platón se les llamó filósofos de la Academia, y á los Zenonistas filósofos del Pórtico (*Estóicos*). El único libro de Epicuro que se conserva íntegro fué encontrado en las ruinas de Herculano.

11. *La heróica Leena.* Fué amiga de Aristogiton, y puesta en la tortura, prefirió arrancar su lengua antes que revelar el secreto de la conspiración contra los hijos de Pisistrato. En tiempo de Pausanias, veíase todavía en Atenas una Leona erigida en honor suyo. (N. del A.).

12. *Falerno.* Distrito que se extendía desde Monte Mássico hasta el río Volturno. Era el vino de Falerno el más celebrado de Italia junto con los de Setia y Cécuba. Este último se llamaba también extensivamente Falerno. Horacio, Cátulo, Séneca, Persio, Estrabón y Plinio, pregonaron en sus escritos la fama vitícola del Monte Mássico. Dividíase el vino de aquella región en dos clases: el seco y el dulce. El seco era el más estimado, y era muy común el beberlo mezclado con miel del Himeto. (V. lib. 4 cap. 5). Añejo de un siglo era un verdadero jarabe y debía mezclarse con agua. Según Plinio el naturalista estaba en sazón á los 15 años. En el siglo 6.º de nuestra era, se perdieron definitivamente los viñedos clásicos de Falerno.

13. *El impluvio.* Aun cuando algún autor moderno ha dado al *impluvio* el nombre de *compluvio* y viceversa, la nomenclatura recta es la de Bulwer Lytton. Véanse las citas clásicas en el Diccionario de Freund.

14. *La casa de Glauco.* Está situada la casa á que se refiere el texto en la calle de las Termas esquina á la calle de la Fulónica, frente al establecimiento de baños. Encontráronse en ella muchas joyas, y esta circunstancia unida al buen gusto de la parte decorativa, explica perfectamente la suposición de nuestro autor, según la cual debió ser dueño de la misma el rico y elegante ateniense.

15. *Las exedras.* Eran salas de conversación ó de visita, generalmente holgadas, ricas en decorado y cubiertas por completo en la parte superior (V. Vitruv. 6. 3. 8.) También las había sin techo, expuestas al sol y al aire libre (Vitruv. 7. 9. 2.) Para las juntas científicas literarias, artísticas ó de pasatiempo intelectual, solían construirse con ábside en semicírculo.

16. *La habitación de Pansa.* Que Pansa es un personaje histórico y que fué candidato edilicio de Pompeya, lo demuestra en consonancia con otras esta inscripción encontrada en 1814: *Pansam Aed. Paratus rogat.* (*Parato pide que Pansa sea edil*). La casa donde fué encontrada la inscripción, es la que comprende una isla entera entre las calles de la Fulónica, de Fortunata y de Mercurio. Como se ve, el propietario de esta casa estaba en relación de vecindad con las del poeta dramático y de Leda, es decir, según el tema de Bulwer, con la morada de Glauco el griego.

17. *Preciosa servilleta.* La servilleta antigua se llamaba *mappa*, y este es el nombre que se le da en el original de nuestro texto. Era muy usual acudir á los convites cada uno con la suya, y llevarse dentro de ella algunas golosinas.

18. *Al noveno para las calendas de Setiembre.* Es decir: el 24 de Agosto. *Nonum Kalendis Septembres* dice la carta de Plinio, y ya es sabida la traducción ordinaria de este cómputo. En el texto inglés encontramos *el noveno de los idus de Agosto*, pero es un error visible. El mismo Bulwer Lytton precisa bien el concepto, pues dice que los juegos deben tener lugar el día después de las Vulcanales, y éstas caían á 23 de Agosto según el calendario imperial.

19. *Un cabritillo Ambracio.* Ambrakía (hoy Arta) se hallaba junto al golfo del mismo nombre en el Epiro.

20. *Brundusia.* Hoy es Brindisi. Puerto de Calabria en el Adriático, donde en los tiempos antiguos terminaba la vía Appia.

21. *El convidado sombra.* De este modo se designaba al verdadero parásito, adulador de oficio y bufón ordinariamente de los festines. Aun cuando en el texto se aplica también á Claudio el nombre de parásito, debe tomarse en este caso la palabra en mejor sentido.

22. *¿Dados en verano y delante de un edil?* Según la ley citada por Horacio (od. 24. 1. 3.) los juegos de azar estaban prohibidos durante el año y permitidos en las Saturnales de Diciembre. Los ediles estaban encargados de mantener la observancia de esta ley tan infructuosa en la práctica como muchas otras. El juego de azar era quizás más usado con las tabas que con los dados. Llamábase *suerte de Venus* el sacar cuatro tabas, con diferente número y *suerte de perros* ó *suerte del perro* el sacar el mismo número en las cuatro tabas.

23. *El gorgojo de la comedia.* Es sabido que el *gorgojo* ha dado nombre á una de las comedias de Plauto. Las otras dos á que se alude en la novela son *la alcancía* y *el guerrero jactancioso.*

24. *Treinta sexterciones.* En latín: *sestertia*, singular *sestertium.* No deben confundirse con los *sestertii* cuya singular es *sestertius.* Véase lo que se dice en el lib. 2.º cap. 3.º

25. *El barrio de los plateros.* Entrando en Pompeya por la calle de Marina que desemboca en el Foro, se encuentra como prolongación en línea recta de la misma calle la que lleva los nombres de Platería y de calle de Holconio, saliendo á la transversal de Estabias. No es aventurado el haber dado á esta calle el nombre de Platería, puesto que se encontraron las tiendas llenas de joyas.

26. *El sacrificio á Isis.* Puede compararse con nuestra descripción la pintura de un sacrificio semejante que se halla en el Museo de Nápoles (N. del A.). El tipo del sacerdote de Isis se ha encontrado recientemente en un bellísimo pié de mesa (Ilustración Italiana. 1882).

27. *Caleno.* Significa este nombre *hijo de Cale*, antiquísima población de la Etruria Campana, de la cual quedan medallas con epígrafe latino. Junto con el citado nombre se encuentra en las medallas la imagen del Toro con rostro de hombre barbudo. (V. Lanzi. *Saggio della lingua etrusca*).

28. *¿Estás bueno? preguntó Nydia á Glauco.* No debe sorprender á los lectores modernos el tratamiento de *tú* entre los esclavos y las personas de condición libre, pues este fué siempre el tratamiento habitual de la sociedad Romana. Bulwer Lytton ha empleado en la novela el *you* á estilo inglés que moderniza y desfigura la forma clásica. Para expresar el respeto, sobre todo al principio de las conversaciones entre un inferior y un superior, el mismo Bulwer ha empleado con mucho acierto el tratamiento de tercera persona sin pronombre. Traducir las conversaciones clásicas por medio del tratamiento de *vos*, como lo han hecho con alguna frecuencia los franceses, es apartarse más y más de la llaneza y naturalidad del trato antiguo. Este tratamiento de *vos* tuvo su principal origen en los siglos 4.º y 5.º cuando dividido el gobierno entre Emperadores y Césares, concibióse el poder imperial como pluralidad de personas. El diálogo clásico no sufre *vos* para el singular, como no sufre el *sí* afirmativo, ni el *adios* como despedida.

29. *Dione.* Nombre griego de la misma Afrodite, diosa del Amor. En su origen (en Dodona por ejemplo), equivalia este nombre al de la itálica Diuno, hermana y esposa de Diu Piter (entre las razas helénicas Hera, hermana y esposa de Zeus). Según transformaciones posteriores del mito Dione fué hija de Gea y de Urano (de la Tierra y del Cielo) y madre de Afrodite, á la que llamaron por este motivo Dionéa. En la ortografía usada hoy en Italia, se escribe *Jone* por considerar que la *J* equivale á *Di* ó á *doble i*. Se ha suavizado aun más la pronunciación escribiendo simplemente *Ione*, pero filológicamente no debe echarse en olvido la inicial *delta* de la forma griega.

30. *Al caer de la tarde hicieron excursiones marítimas.* Aun hoy el bogar en la barquilla es la diversión típica del golfo de Nápoles. Digalo si no la tradicional cantinela que se oye de continuo en aquellas playas:

Sul mare lúcica — l' astro d' argento;
Plácida è l' onda, — próspero il vento,
Venite all' agile — barchetta mía,
¡ Santa Lucía !
¡ Santa Lucía !

¡ Con questo zéfiro — così soave,
Ah, come è bello — star sulla nave!
¡ Su passeggieri — venite via !
¡ Santa Lucía !
¡ Santa Lucía !

¡ Oh, bella Napoli, — oh, suol beato
Dove sorridere — vuole il creato!
¡ Tu sei l' impero — della armonía !
¡ Santa Lucía !
¡ Santa Lucía !

31. *Las mujeres siempre en casa y allí charlando.* Cita de Euripides. (N. del A.)

32. *Las vidrieras de cristal opaco.* Con los descubrimientos de Pompeya, pudo esclarecerse el error de los anticuarios que suponian desconocido para los romanos el uso de los cristales en las ventanas. Es cierto sin embargo que este uso se habia extendido muy poco, y no habia alcanzado á las clases inferiores (N. del A.)

33. *La casa de Arbaces.* Existe una pintura pompeyana de paisaje donde hay un edificio con pórtico exterior cuya graderia tiene una esfinge á cada extremo. El edificio está sombreado por una arboleda, y allí cerca se vé un cocodrilo, pero el resto del paisaje no presenta caractéres egipcios. En esta pintura debió inspirarse Bulwer para descubrir la mansión de Arbaces.

34. *Los vasos de fábrica Myrrhina.* Vasos *murrinos* ó de *murrhea*. Es cosa averiguada por los modernos investigadores que la *murrha* de los antiguos tiempos era una tierra finísima del Oriente, de la que se hacian vasos siempre ligeros y quebradizos. Se han descubierto cacharros de porcelana antigua que se avienen perfectamente con las descripciones de Plinio el mayor, en lo relativo á la variedad de colores que adornaban las vasijas de esta clase. Hay datos para asegurar que la verdadera loza de China era importada en Europa en tiempo de los romanos, pero no se ha descubierto el secreto de la fabricación y por esto los ejemplares han conservado precios elevadísimos. (Rich. Dicc.)

35. *Lyco.* Nombre del joven Baco, que significa: el que liberta; el que suelta; el que desciñe. No debe parecer muy aventurada como licencia poética la de que el coro de niñas aplique este nombre al iniciado.

36. *La forma de un esqueleto.* Traducimos literalmente el original inglés que dice: *The form of a skeleton*; aunque admitiendo el banquete de la muerte como una degeneración de ritos egipcios pudiera suponerse que el cadáver debia hallarse rodeado de todas aquellas precauciones consideradas como esencialísimas en la religión del Nilo. En la novela histórica de Ebers se citan las autoridades que apoyan su narración y al mismo tiempo la de Bulwer Lytton. El texto de Ebers, dice: « se presentó el mayordomo con una pequeña momia dorada, diciendo: chanceáos cuanto podáis, que no tardaréis en ser como esta. » No es descuido en Bulwer Lytton el uso de la palabra *esqueleto*, puesto que en el Museo de Nápoles existe un mosáico de Pompeya que representa un esqueleto con un jarro en cada mano, y este mosáico seguramente debió servirle de tema para el Banquete de la Muerte.

LIBRO SEGUNDO.

1. *Pyrgopolinices. Bombomachides.* Nombres tomados del *guerrero jactancioso* de Plauto. El primero significa *vencedor de torres y ciudades* y el segundo *el que pelea donde truenan, el fanfarrón alborotador.* Al guerrero *Bombomachides* le llama Plauto por añadidura *Cluniostaridysarchides* palabra puramente caprichosa que hemos suprimido para no embarazar el texto.

2. *Dirigióse al templo del corazón á la casa de su amada.* El poeta Ateneo dice: la casa de la persona querida es el verdadero templo de Cupido. (N. del A.)

3. *Habladurías de vestíbulo no entran en el peristilo.* Frase de Terencio. (N. del A.)

4. *La costa recentrante.* El golfo de Nápoles era llamado por los antiguos Cráter y también golfo de Puzzoles. Comprende tres senos principales, el de Puzzoles, el de Nápoles y el de Castellamare. En el primero se hallaban Bayas, y Putéoli (los pozillos) lugar célebre por la *puzzolana* ó porcelana descrita por Vitrubio. Cerca de Nápoles se halla el promontorio del Posílipo donde admira el viajero la famosa gruta en cuya entrada se ostenta el monumento fúnebre de Virgilio. De Nápoles á Castellamare se encuentran por su orden Pórtici, Resina, Torre del Greco y Torre dell' Anunziata. La última de estas poblaciones que representa á la antigua Oplonte se halla á poca distancia de Pompeya. La primera es la que inspiró al maestro Auber las preciosas melodías de su ópera *La Muta di Pórtici.*

5. *Estabias.* Más bien que una población era Estabias un conjunto de *villas* ó quintas para el recreo de los ricos. (N. del A.) La situación de Estabias corresponde á las inmediaciones de Castellamare.

6. *Herculano.* Las ruinas de esta población se hallan hoy debajo de Pórtici y de Resina. Por este lado la erupción del año 79 dirigió una corriente de lava derretida y se levantó sobre 20 metros el nivel del suelo. El nombre antiguo completo es *Herculaneum*, y sólo por contracción se dice *Herculanum.* En 1859 el maestro Feliciano David compuso una ópera con el título de *Herculano.*

7. *Los Campos Phlegreos.* Según Diodoro era cosa muy sabida que Pompeya descansaba sobre terrenos abrasados por el fuego, y á toda aquella parte de la Campania se le daba el nombre de *Campos Phlegreos* porque el Vesuvio en tiempos antiquísimos lanzaba llamas como el Etna. Dicho nombre suele aplicarse principalmente á las cercanías de Cumas y de Puzzoles, donde se hallan Solfatara y la célebre *gruta del perro* cuyas emanaciones son mortíferas á poca distancia del suelo.

8. *La bruja del Vesuvio.* El autor la designa principalmente con el nombre de *Saga*, y tiene en su apoyo los pasajes de Festo, Cicerón, Columela y Horacio, citados en el diccionario de Rich. El nombre de *maga* no tiene inconveniente alguno, puesto que originaria de la Bactriana y aceptada por medos y persas tiene esta palabra desde tiempos remotísimos corriente sentido en el Mediodía de Europa. En cuanto al nombre de *bruja*, (cuya filiación puede buscarse en los orígenes célticos) pertenece ya á nuestro idioma vulgar, y buenamente por lo que se refiere al texto de Bulwer, no puede ser causa de confusiones ni de dudas. Una pintura de Pompeya representa á una mujer sentada á la puerta de una choza cubierta de hálago, llevando sombrero y vasilla mágica, y teniendo á su lado un caldero y un perro. Este es el tipo de la Saga contemporánea de nuestro relato.

9. *Sería yo una segunda Tarpeya.* La roca Tarpeya, en Roma, formaba parte de la colina del Capitolio. Según la leyenda romana, la joven Tarpeya, hija del gobernador de la fortaleza, seducida por los brazaletes y collares que le ofrecieron los sabinos, consintió en franquear la puerta á los guerreros que estaban á las órdenes de Tito Tacio. Penetraron, en efecto, los sabinos en el recinto amurallado, y echando sobre ella las joyas y los escudos, ahogáronla bajo el peso de su traición y de su codicia.

10. *El terreno sacro es de rigor para la práctica de nuestros ritos.* Relaciónese la fantasmagoría dispuesta por Arbaces con los misterios de Neith en el bosque sagrado. (V. Ebers. La Princesa Egipcia.)

11. *Las tablillas pugilares.* El texto dice simplemente *una tablilla*, pero hemos añadido el adjetivo clásico para denotar que se trata de un librillo diminuto, de una especie de tarjetero que podía cómodamente llevarse en el seno. De estas tablillas pugilares hay ejemplo en una pintura pompeyana.

12. *¡La misma Até! la Venganza! Até* es el arrebato, el furor desapiadado que impulsa á causar daño al enemigo. Es *hija venerable de Dios* según el texto Homérico, y entendía con esto la antigüedad helénica que el arrebato viene á producir la expiación con la cual se restablecen las leyes morales.

LIBRO TERCERO.

1. *La estátua ecuestre de Caligula.* Cuando en 1823 se descubrió el arco de la calle de Mercurio, se encontraron en la del Foro grandes fragmentos de una estátua ecuestre que unos pensaron ser de Caligula y otros han opinado fuese de Augusto ó de Tiberio. Créese generalmente, y así se indica en el lib. 1.º, cap. 7.º, que la estátua remataba el citado Arco de Mercurio, y hemos precisado el texto de Bulwer Lytton para que no se confundieran uno con otro los dos arcos de que se habla. Además de estos arcos había otro en el lado meridional del Foro, y dos, inmediatos al Templo en la parte de Occidente.

2. *La mala mirada.* En Nápoles esta superstición favorece extraordinariamente á los joyeros, puesto que venden gran número de talismanes destinados á evitar la fascinación del *mal-occhio*. En Pompeya abundaban también mucho estos talismanes, pero no tenían generalmente la elegancia de los modernos, y su carácter era menos decoroso. Entonces, como ahora, el coral era tenido por específico preservativo contra la mala influencia. (N. del A.) Sobre la permanencia y efectos de esta creencia popular puede verse la novelita de Teofilo Gautier que lleva el título de *Jettatura*.

3. *La Campania.* Este nombre correspondía, al parecer, en sus orígenes á los alrededores de Cápua. Posteriormente se extendió desde el río Liris, confín del Lacio, hasta el Silaro, confín de la Lucania. Fueron antiquísimos pobladores de esta comarca los Ausones y los Oscos, de origen etrusco. Además de Cápua, célebre en la historia por el descanso de Hanni Baal, son localidades dignas de recordarse Nuceria cuya lucha con Pompeya motivó el que Nerón prohibiera por diez años los juegos del anfiteatro que habían dado margen á la querella; Atela, que dió nombre á las vetustísimas representaciones Atelanas; Benevento, de que se hace mención en nuestro cap. 10; Nola, donde se han encontrado notabilísimos vasos, y sobre todo Cumas, colonia fundamental de los griegos á la que van anexas las tradiciones de la Sibila. Cerca de Cumas se halla el famoso lago Averno, enlazado con el culto griego de Persefone, y el cual desde tiempos antiquísimos era designado como pasaje á las regiones infernales en testimonio de que estaba reconocida la naturaleza volcánica de la comarca. Los bosques sombríos de las inmediaciones del Averno estaban consagrados á Hecate. El nombre del Averno se hace derivar del griego *aornos (sin pájaro)* porque los vapores mefíticos del lago corrompían la atmósfera y la hacían inhabitable. Hoy ha variado el aspecto de las cercanías de este lago. Vuelan los pájaros sobre sus aguas, no tiene bosques que amedrenten el ánimo, y es tan pintoresco como los demás sitios de la Campania.

4. *El Nacimiento de Venus.* Fué sugerido el tema de esta composición poética por una pintura pompeyana que se halla en el Museo de Nápoles (N. del A.) Era Venus patrona especial de Pompeya, y á su culto estaba dedicado, según se cree, el más grande de los templos pompeyanos que se halla en la parte occidental del Foro, si bien una inscripción osca deja entender que su invocación primordial era la de Apolo. Era celebrada la estátua de Venus, hallada en Pompeya en actitud parecida á la de Medicis, y puede verse también en el Museo de Nápoles una bellísima Venus procedente de Nuceria. El nombre de *Venus Pompeiana* está repetido en las inscripciones.

5. *La quinta de Plinio en Toscana.* El texto dice *las villas de Plinio*, pero hemos precisado el concepto para evitar que los lectores creyesen equivocadamente que se trataba de quintas en Pompeya. Además de su quinta del Laurentino (lib. 2.º, carta 17) poseía Plinio otros fundos en Túsculo, en Tíbur y en Preneste. Pero á todos prefería su quinta de Toscana (lib. 5, carta 6), en la cual se hallaban realmente torturados los bojes y también los acantos para formar nombres, figuras y otras cosas raras.

6. *La congregación religiosa.* Cualquiera que sea la opinión que se adopte respecto á la existencia de cristianos en Pompeya en el momento de la erupción del Vesuvio, puede sostenerse el concepto del autor recordando que según las actas de los Apóstoles San Pablo estuvo en Puzzoles, y habiendo encontrado allí hermanos le rogaron que permaneciese con ellos siete días, después de los cuales se trasladó á Roma. (Act. 28. 13.) El hallazgo reciente de una pintura del Juicio de las dos madres (Juicio de Salomón) representado por pigmeos con casco, pudiera quizás indicar alguna influencia judáica, pero aun esto es muy aventurado. De todos modos, debe tenerse presente que el tema del Cristianismo estaba ya planteado, y que Bulwer Lytton, desde un punto de vista especialmente literario (y además emblemático de la historia general) ha podido enlazar provechosamente como lo ha hecho en el libro 4.º las creencias apocalípticas de los primitivos cristianos con aquella terrible erupción que destruyó los pámpanos de Baco, las aras de Venus y las construcciones que se honraban con el nombre de Hércules.

7. *Contemplando una cruz de madera.* Esta veneración de la cruz, como símbolo cristiano *externo* usado el año 79 en Italia, carece de apoyo histórico como puede verse en Rossi,

Martigny y otros eruditos que se han ocupado de esta materia; y sólo es admisible en la narración novelesca, teniendo presente la facultad de inventar que Horacio concede á los poetas como á los pintores. Lo que se encuentra en los mosáicos de Pompeya es la cruz meramente ornamental, pero esto no tiene que ver con la simbólica cristiana de aquella época. El original dice *un crucifijo*. Si hubiéramos conservado esta licencia poética chocaríamos en mayor grado con la historia: y no creemos que deba mantenerse ni siquiera como hipótesis. La Religión cristiana debió ser en sus comienzos contraria á toda imajen esculturada, y el mismo autor en otro pasaje pone en boca de Olintho una frase que es como si dijera: nosotros no tenemos imájenes sino solamente un símbolo. Corría el siglo 4.° de nuestra era, y la lucha entre los adoradores de imájenes, y los cristianos que eran contrarios á ellas, continuaba vivísima. Del año 305 se cita un cánon del Concilio de Iliberis prohibiendo las imájenes. La armonía *externa* del sentido cristiano con las representaciones figuradas no se realizó en muchos puntos hasta los siglos octavo y noveno. Respecto á la relación actual de las costumbres de Nápoles con la veneración doméstica de las imájenes, véase el característico cuadro pintado por Eduardo Dalbono con el título de *La festa della Madona del Cármine*. (Ilustr. italian. 1882.)

8. *El varón apostólico*. Según el texto de Bulwer no era este varón un testigo presencial del milagro de Naim, sino que era el mismo hijo de la viuda resucitado por el Verbo divino. Siendo innecesaria esta figuración para el objeto de la novela, hemos creido conveniente cambiar el concepto á fin de no poner en escena á un personaje evangélico.

9. *Thalestris*. A tenor de la tradición, que se cree fabulosa, Thalestris fué reina de las Amazonas en tiempo de Alejandro Magno (V. Quinto Curcio, lib. 5.)

10. *La casa de Diomedes*. El estar situada esta *villa* ó quinta frente á los monumentos fúnebres erigidos por Arrio Diomedes para sí y para sus hijos, y el titularse en la inscripción dicho Arrio Diomedes *Magister* del arrabal llamado Augusto Félix, ha hecho suponer, con fundamento, que la quinta debió ser la habitación principal de la mencionada familia puesto que es construcción grandiosa y señorea el barrio.

11. *Pomponiano*. El nombre de este personaje que se hallaba en Estabias en la época de nuestra novela, está tomado de la carta 16, lib. 6 de Plinio, cuyo texto daremos á conocer en las notas del libro quinto.

12. *Las noventa tiendas de Julia Félix*. La casa de Julia Félix se hallaba á la parte oriental de la ciudad cerca de la puerta del Sarno y del Anfiteatro. En 1756 encontróse en ella una inscripción mural que decía de este modo: *In praediis Juliae SP. F. (Spurii Filiae) Felicis, locantur balneum, venerium et nongentum tabernae pergulae cenacula ex idibus aug. primis in idus aug. sextas, annos continuos quinque*. Nuestra edición inglesa dice *999 tiendas* pero este número á primera vista parece una barbaridad. Desgraciadamente la casa de Julia Felix fué terraplenada, merced al sistema defectuoso que al principio se seguía en las escavaciones pompeyanas, y así no podemos hoy discutir este punto con el edificio á la vista. Al traducir *nongentum* por *noventa*, (traducción adoptada por Dezobry) suponemos que el vocablo latino es una variante dialectal de *nonaginta*. Un texto de Varrón citado por Freund deja entender que realmente *nongentum* equivalía á 999 por más que su sentido clásico ordinario sea 900.

13. *La torre de los cabellos*. Esta clase de peinado se llamaba *tutulus* (Varrón. 7. 44. Juvenal 6. 502). Existe un ejemplar de peinado alto en una pintura de Herculano descubierta en 1761.

14. *Los coches de recreo*. Para las fiestas y juegos públicos usaban las matronas romanas un carruaje de mucho lujo y riqueza que tenía cuatro ruedas y llevaba el nombre de *pilento* (N. del A.)

15. *El Vesuvio*. La altura actual de su cráter es de unos 1.200 metros. El cráter primitivo se hallaba más cercano al monte de Somma, y lo que hoy es el eje volcánico, antes de la erupción del año 79 se presentaba como una meseta. Para figurarse el Vesuvio tal como estaba en la época de nuestro relato es preciso suprimir con la imaginación el cono de 400 metros que sobre dicha meseta se ha levantado. La parte inferior del Vesuvio es fertilísima en frutales y en viñedos, y allí se cosecha el célebre vino que lleva el nombre de *Lachryma Christi*.

16. *La Tierra Nuestra Madre*. Una inscripción griega encontrada en Pompeya se refiere á la sacerdotisa de *De Meter* (la Diosa Madre) cuyo sacerdocio, según conjetura Lenormant debió ejercerse en Neápolis. Es sabido que el centro del culto de Deméter era Elensis, y que la diosa era conocida en Italia con el nombre de Ceres, relacionado quizás con el antiquísimo de la población de Cere, centro del ritual etrusco.

17. *Obtendrás el respeto de tus hermanas debajo del Nogal*. Alude este pasaje al vetusto y célebre Aquelarre ó Sábado de las brujas en Benevento, donde se adoraba una serpiente con alas probablemente de origen egipcio. (N. del A.)

18. *Voy á precaverme de que te nombre fideicomisario de la fortuna de su hija.* El deferir las herencias á cabeza femenina es contrario al espíritu del Derecho Romano, y de ahí la institución de fideicomisarios en casos como el presente.

19. *El filtro amoroso.* La ciencia de los venenos y medicamentos, dice Hoefer en su prefacio á la Biblioteca histórica de Diodoro, es tan antigua como la astronomía. Muchas narraciones, al parecer fabulosas, respecto á los artificios de Hecate, de Medea ó de Circe, admiten realmente una interpretación científica. Las materias más usadas en los sortilegios y brujerías eran las plantas de la familia de las solánneas. En las hojas y flores del estramonio, de la belladona, de la junquiama, de algunas especies de solano ó mandrágora, se descubre todo el secreto de las antiguas Medeas. Entre los efectos producidos por estas sustancias se halla principalmente la aberración de la vista y la somnolencia irresistible. Por esto dice atinadamente Diodoro (Lib. 5. cap. 51) que Pélias bajo la influencia de las artes mágicas, creyó ver figuras de dragones, y luego cayó en profundísimo sueño. La invención del acónito se atribuía á la misma Hecate (ibid. 46. 4. c. 45). Los atenienses para dar muerte á los criminales sirviéronse de sangre de toro putrefacta, esto es, de un veneno *séptico*.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

Págs.

PRÓLOGO. 1

LIBRO I.

CAPIT. I. — Dos elegantes en Pompeya. — Conversacion introductoria de Glauco con el ricacho Diomedes. — Glauco el ateniense y su carrocín. 3

CAP. II. — La florista cieguecita. — La damisela de moda. — El secreto de un corazón helénico. — El egipcio Arbaces en la playa. 9

CAP. III. — Alcurnia de Glauco. — Descripción de las casas pompeyanas. — Banquete clásico. 25

CAP. IV. — El templo de Isis. — El sacerdote de la diosa. — De como la índole de Arbaces va demostrándose por sí misma. 45

CAP. V. — Donde se habla otra vez de la ramilletera. — Progresos del cariño. 59

CAP. VI. — El pajarero coje en sus redes el pájaro que habia escapado, y tiende nuevos lazos para otra víctima. 69

Cap. VII. — Diversiones de un ocioso en Pompeya. — Copia en pequeña escala de los baños de Roma. 85
Cap. VIII. — Donde Arbaces *carga los dados* por medio del placer, y gana la partida. 99

LIBRO II.

Capítulo I. — Un bodegón de Pompeya. — Los atletas del anfiteatro clásico. 123
Cap. II. — Dos beneméritos. 133
Cap. III. — De cómo Glauco hizo una compra que andando el tiempo le salió muy cara. 139
Cap. IV. — En que el rival de Glauco apresura el paso para llegar al término de su carrera. 147
Cap. V. — La pobre tortuga. — Cambio de situación para Nydia. 153
Cap. VI. — La hermosa afortunada y la esclava ciega. 159
Cap. VII. — Dione presa en las redes. — De como sale un ratoncillo y hace esfuerzos para roer la malla. 167
Cap. VIII — Soliloquios del egipcio. — Nuevo exámen de su carácter. 175
Cap. IX. — Dione en casa de Arbaces. — Primer signo de cólera del formidable enemigo. 181

LIBRO III.

Capítulo I. — El foro de los Pompeyanos. — El mecanismo elemental que vino á trabajar en la producción de la Nueva Era. 197
Cap. II. — Una excursión á la hora de siesta por los mares de la Campania. 205
Cap. III. — La Congregación religiosa. 217
Cap. IV. — Corre con ímpetu el raudal de los amores. — ¿A dónde se dirige? 227
Cap. V. — El encuentro de Iulia con la cieguecita. — Entrevista de la gentilica Dione con su hermano converso. — La propaganda cristiana explicada por un ateniense. 239
Cap. VI. — El portero, la muchacha y el gladiador. 247

Cap. VII. — El tocador de una bella pompeyana. — Interesante conversación de Iulia y Nydia. 257
Cap. VIII. — Arbaces visitado por Iulia. — Resultado de la conferencia. 267
Cap. IX. — La tempestad en los climas meridionales. — La cueva de la Bruja 277
Cap. X. — El señor del cinturón de fuego y su humilde servidora. — Escribe el hado en rojas letras su profecía: ¿quién será el intérprete que acierte á comprenderlas? 293
Cap. XI. — De como los acontecimientos van siguiendo su curso. — De como se forma el nudo de la intriga. — De como tejida la urdimbre cambian de mano las redes. 305
Notas. 317

B V